ALFAGUARA

Juan David Morgan

Fugitivos del paisaje

Narrativa Hispánica

Juan David Morgan

Fugitivos del paisaje

ALFAGUARA

A mis padres, que inspiraron esta novela,
y a mis hermanos, que la vivieron conmigo

Primera parte

Andrew Thomas

I

Andrew llegó a esa lejana provincia por una serie de circunstancias y coincidencias de las que se suele culpar al destino. Nacido en el País de Gales, de madre colombiana y padre galés, había vivido en Aberystwyth apenas lo suficiente para albergar uno que otro recuerdo. Tal vez realmente lo que guardaba de sus primeros años no eran recuerdos sino evocaciones surgidas después por referencia de sus hermanas mayores.

El padre de Andrew, Edward Thomas, era un experto en minas de plata que a finales del siglo XIX había conocido en las montañas colombianas a Mercedes Torres, con quien poco después contrajo nupcias. Terminada la explotación minera en Colombia, el matrimonio, aún sin hijos, regresó a instalarse en Aberystwyth, ciudad galesa de la que era oriundo Edward Thomas. Allí iniciaron una vida apacible y entre viaje y viaje de Edward fueron naciendo los hijos. A comienzos del siglo XX eran cinco los hermanos, de los cuales Andrew era el benjamín y único varón.

A diferencia del área minera de Gales, donde el sufrimiento y la tragedia eran parte de la vida cotidiana, Aberystwyth era una ciudad alegre y hermosa, situada frente a un mar siempre encrespado en cuyas orillas desfilaban casas iguales, aunque pintadas de diferentes colores.

La familia iba creciendo como cualquier otra del lugar, sin privaciones ni sinsabores excesivos. La principal preocupación de Mercedes era que sus hijos aprendiesen español y conociesen algún día Colombia de modo que pudiesen escoger dónde querían pasar el resto de sus vidas. Edward se ausentaba por largas temporadas a explotar minas en países remotos y uno de los recuerdos que Andrew atesoraba eran los regresos de su padre cargado de toda clase de objetos extraños: lanzas y escudos de tribus africanas, collares y pieles de tigre de la India y pájaros exóticos a los que, obsesionado desde niño con la libertad, él dejaba escapar ante la furia de sus hermanas y la complacencia de su padre, de cuyo rostro Andrew únicamente recordaba la sonrisa cómplice con la que celebraba sus travesuras.

La vida de Mercedes giraba en torno a las ausencias y regresos de Edward, que siempre estaba por irse o por llegar. Quizás aquellas prolongadas esperas fueran las responsables de su carácter taciturno, que a medida que se sucedieron las tragedias devendría en hosco y sombrío. En Andrew se confundirían desde niño la afabilidad de su padre con la melancolía de su madre y, aunque con los años la sonrisa triunfaría sobre el rictus, en la mirada de Andrew quedaría impresa un poco de la tristeza andina de Mercedes.

Nadie en la familia recordaba con precisión la fecha en la que el señor desconocido había llamado a la puerta de la casita de los Thomas, ubicada en una de las colinas más próximas al mar de Aberystwyth. Madeleine, la segunda de las

hijas, fue la que llegó a avisar a su madre que preguntaban por ella. El visitante resultó ser Stephen Lewis, director regional de la Compañía Minera de Indias, para la cual Edward había trabajado toda su vida. En la mente de Andrew quedaría grabada la imagen de aquel señor muy alto, de pie en la pequeña sala de su casa, dando vueltas al sombrero entre los dedos mientras informaba a Mercedes que Edward había fallecido mientras trabajaba en una mina africana. Aunque desconocía los detalles de la tragedia, el señor Lewis sí sabía que la muerte había sido instantánea y que otros cinco empleados habían fallecido en el mismo accidente. La compañía enviaría próximamente a la viuda una suma de dinero correspondiente a la indemnización que se otorgaba a las familias en tales circunstancias, además de algunos pagos adeudados a Edward por sueldos aún sin cobrar. Incluiría también la suma necesaria para trasladar el cuerpo hasta Aberystwyth, tarea que tomaría aproximadamente un mes y medio. Casi sin pensarlo, Mercedes decidió que el cuerpo de su marido fuera enterrado en el lugar de su deceso y que se le entregara a ella directamente el dinero equivalente al costo del traslado de los restos. De los hijos, ninguno llegaría a saber con exactitud dónde murió ni dónde yacía enterrado Edward Thomas, que había perdido la vida en una mina extranjera a diferencia de tantos que sucumbían en Gales víctimas de las minas de carbón.

Años después, Andrew intentaría en vano averiguar el lugar en el que reposaban los restos de aquel padre que apenas conoció. Mercedes aseguraba haberlo olvidado e insistía en que los documentos con la información se habían extraviado en la travesía de Aberystwyth a Barranquilla. Andrew sospechaba que algo recordaba su madre, que siempre concluía la conversación con aquella forma, tan propia de ella, afirmando tajantemente que prefería que recordara a su padre como un hombre de carne y hueso y no como una cruz de palo en algún lugar lejano. Con el tiempo, la idea del padre muerto y sepultado en África se fue idealizando en el poeta incipiente que había en Andrew, quien asociaba a su progenitor con la imagen de una pequeña y solitaria cruz blanca perdida en la negra inmensidad de África.

No había transcurrido un mes de la muerte de Edward cuando ya la viuda Thomas tenía todo listo para regresar a su Colombia nativa. De nada sirvieron los ruegos de su suegra y del resto de los parientes políticos: Mercedes quería iniciar una nueva vida y solo podría lograrlo cambiando de país, de costumbres y de sentimientos. Ante los reproches de su suegra ripostaba con un "Yo también tengo mi propia familia y mis hijos ni siquiera la conocen". Y ante las protestas de las hijas mayores, que ya habían empezado a sembrar en Aberystwyth sus pequeñas raíces, ponía fin a la conversación con la frase que llegaría a ser su favorita: "Recuerden que ahora yo soy viuda y ustedes son huérfanos".

De Gales partieron rumbo a Colombia, un día de mayo de 1906, Mercedes Torres viuda de Thomas, Sarita, Madeleine, Rachel, Brunilda y Andrew Thomas. El dinero enviado por la compañía minera había alcanzado para adquirir los pasajes y sobrado el monto que Mercedes consideraba indispensable para sostenerse en Colombia mientras encontraba cómo ganarse la vida. Ella confiaba en que alguna de las muchas cartas enviadas a su familia más próxima hubiese llegado a su destino, aunque hasta el momento de embarcarse todavía no había

recibido ninguna respuesta. Esperaba, sobre todo, que su único hermano, José, que vivía en Barranquilla, estuviera enterado de su próxima llegada a ese puerto colombiano.

La despedida en Aberystwyth estuvo impregnada de esa tristeza estéril que hay en los adioses de quienes sospechan que no volverán a verse. Sarita y Madeleine, que entonces contaban catorce y doce años, lloraban en medio de los abrazos de la abuela y de los tíos; Rachel y Brunilda, que a los siete y cinco años solo pensaban en el barco y la nueva aventura, ni siquiera intentaban disimular su entusiasmo e impaciencia por subir a bordo, y Andrew, de cuatro años, contemplaba todo aquello con una mezcla de curiosidad y de tristeza al ver lágrimas en los ojos de sus hermanas mayores y de su abuela. Como su madre permanecía seria, sin exteriorizar sentimiento alguno, Andrew terminó por imitar la expresión de su progenitora. Lo último que recordaba de aquella despedida era la mirada llorosa de su abuela galesa cuando, inclinándose para abrazarlo, decía con delicadeza: "Andrew, my little Andrew, will I see you again some day?".

El Wellington no era precisamente un buque de pasajeros. Por lo regular transportaba carga entre Inglaterra y América del Sur, pero le habían habilitado 12 cabinas para acomodar a aquellos pasajeros que más que las comodidades les importaba el precio del pasaje, que se ofrecía a una fracción del costo regular. La viuda de Thomas y sus hijos ocuparon dos de esas cabinas contiguas en las que, a pesar del reducido espacio, se las habían ingeniado para acomodarse tan bien que otros pasajeros imitaron sus arreglos. Las cabinas estaban ubicadas en el tercer nivel y hacia la mitad de la nave, por lo que el aire escaseaba y la higiene se dificultaba. Durante el día, siempre que el tiempo lo permitiera, los Thomas procuraban permanecer en la cubierta.

Aunque mayo no era época de huracanes ni tormentas, rara vez estaba el Atlántico en calma y en algunas ocasiones resultaba imposible sostenerse en pie. Los únicos que nunca cayeron víctimas del mareo fueron Andrew y su madre, pero las pobres niñas Thomas se pasaron los primeros días de la travesía sin poder retener bocado. Quién sabe si el consiguiente debilitamiento fue la causa de la indefensión de Brunilda y Madeleine ante la epidemia que se desató a bordo diez días después de zarpar.

De las hijas de Mercedes, Madeleine era, sin lugar a duda, la favorita. Aunque siempre procuraba ser justa y ecuánime en el trato, nunca pudo ocultar su predilección por Madeleine y por Andrew, este por ser el único varón y aquella porque era bella, generosa y estaba siempre pendiente de su madre, no solo para ayudarla en sus tareas domésticas, sino para procurarle ratos de felicidad. La espontaneidad y auténtica alegría de Madeleine eran la única fuente de sonrisas y de alguna risa insólita en la taciturna expresión de Mercedes. Sarita, la hija mayor, que adoraba a su madre, era su principal sostén y ayuda, como lo sería luego para toda la familia, pero Madeleine, todavía una niña, era el rayo de sol de su madre, de sus hermanas y, sobre todo, de Andrew. Dueña de una preciosa voz galesa, lo arrullaba antes de dormir y dejaba flotando en el ambiente una paz que sembraba sueños placenteros en toda la familia.

El día que enfermó Madeleine, durante la segunda semana de la travesía, Mercedes presintió lo peor. Se dedicó a cuidarla con todo el esmero y cariño de

que era capaz, pero al tercer día la fiebre no cedía y cada hora que pasaba se hacía más palpable el debilitamiento de la pequeña. El médico de a bordo se limitó a diagnosticar la tifoidea, recetarle algunos medicamentos y colocarla en cuarentena en un pequeño cubículo de la sección del buque destinada a enfermería y hospital. Allí permaneció Mercedes con Madeleine cinco angustiosos días, sin moverse de su lado. Sarita, como siempre, se hizo cargo de sus hermanos y los cuidó como pudo para evitar el contagio. La mañana del sexto día, Mercedes, demacrada y con una expresión de dolor que nunca olvidarían sus hijos, emergió de la enfermería para anunciar que Madeleine acababa de morir.

En la memoria de Andrew quedaría grabada la tarde de ese día. Llovía y el capitán había ordenado deshacerse enseguida del cuerpo. Madeleine, su querida Madeleine, ya no lo arrullaría más. Pálida y empapada por la lluvia, yacía en un improvisado ataúd en el que se le practicaban los últimos ritos. Luego de colocar la tapa la echarían por la borda y quedaría flotando en la mitad de un mar hosco y oscuro, incapaz de arrullar cadenciosamente los restos de quien tanta alegría había traído a la familia Thomas.

Con Madeleine eran ya seis los pasajeros del Wellington que habían fallecido. Faltaban diez días de viaje, la epidemia persistía y a pesar de todos los cuidados, dos días después del fallecimiento de Madeleine enfermó también la pequeña Brunilda. Nuevamente Mercedes se entregó por entero a la hija enferma y una vez más vieron sus hijos aquel inmenso dolor en el rostro de su madre cuando, apenas tres días después de enfermar, moría también Brunilda. Andrew no recordaba que esta nueva pérdida hubiera sido tan traumática como la primera, quizás porque Brunilda, de apenas cinco años, no ocupaba todavía espacios vitales en la familia. O tal vez porque había sido tanto el dolor y el cansancio de las últimas semanas que los Thomas estaban ya vacíos de sentimientos. Y Brunilda, la hermana con la que jugaba y disfrutaba Andrew durante los interminables días a bordo del Wellington, también quedó flotando en una caja pequeñita en medio de la gris inmensidad del océano.

Finalmente, a mediados del mes de junio, el Wellington entró en la desembocadura del río Magdalena y ancló frente a Barranquilla. Para entonces Mercedes Torres había dejado de reír y por más que Sarita, Rachel y Andrew lo intentaban, apenas si lograban de ella el esbozo de una sonrisa de agradecimiento ante el esfuerzo de aquellos hijos que en vano trataban de mitigar el dolor que las ausencias de Brunilda y, sobre todo, de Madeleine, habían sembrado para siempre en el alma de su madre. Previo al desembarco, los pasajeros tuvieron que soportar algunas precauciones sanitarias. A Sarita, Rachel, Andrew y Mercedes, igual que a los familiares de las otras víctimas de la tifoidea, se les examinó con mayor rigurosidad antes de permitirles abordar los botes que los transportarían a tierra firme. Finalmente, fueron declarados en buen estado de salud y dos días después de que el Wellington echara anclas los Thomas navegaban con todos sus bártulos en un pequeño bote de remos rumbo al país en el que había nacido su madre. A medida que se aproximaban al muelle aumentaba la ansiedad de Mercedes, que buscaba con la mirada a su hermano José sin encontrarlo. Ya estaba la familia con todas sus pertenencias en la mitad del espigón y aún no había señales de él. ¿Ahora qué?, se preguntaba Mercedes, cuando vio aproximarse una carreta tirada

por un viejo caballo desde cuyo pescante saludaba, sonriendo, el hermano a quien no veía desde hacía veinte años.

José Torres era un hombre enorme y fuerte, muy poco parecido a su hermana. Sus rasgos eran mucho menos aindiados y tenía una expresión alegre y bonachona. Andrew lo vio cargar los baúles y maletas como si fueran de pluma y cuando lo tomó en brazos para subirlo a la carreta le pareció que aquel tío había salido de uno de los cuentos de gigantes que le leía Sarita.

Luego de un corto trayecto, en el que José se enteraría de la tragedia ocurrida a bordo, arribaron a una casa, ubicada a escasas tres cuadras del muelle, donde José Torres tenía su almacén con toda clase de artículos para la navegación. Justo al lado se hallaba la vivienda, amplia y muy limpia, donde los esperaba la tía Ángela, con quien José se había casado hacía ya diez años sin que hasta ese entonces hubieran tenido hijos. Los Torres de Barranquilla habían arreglado las cosas de modo que sus parientes galeses dispusieran de dos habitaciones completas, un baño y una pequeña salita. Desde la ventana de la habitación de los niños se contemplaba la actividad del puerto, tan distinta de aquel que hacía menos de un mes habían dejado atrás y que nunca más volverían a ver.

Clara Calero

I

Mientras Andrew Thomas y su familia navegaban rumbo a Barranquilla, nacía en la ciudad de Cali, Clara Calero. Su padre, Jorge, un próspero industrial y hombre de negocios colombiano, había contraído nupcias, ya cumplidos sus cincuenta años, con Abigaíl López, veinte años más joven e hija única de uno de los más distinguidos representantes del partido liberal caleño. Abigaíl, educada en Europa, había vivido en París los últimos quince años y recién de regreso en Cali quedó encantada con aquel hombre maduro, de una cultura tan vasta como la de ella, con quien podía comunicarse en francés o italiano y sentirse un poco como en la Europa que tanto extrañaba. Entre sus planes estaba el de trasladar su residencia a París lo antes posible, aunque Jorge insistía en liquidar sus negocios sin apuros antes de retirarse. El nacimiento de Clara les había hecho posponer sus proyectos y acordaron permanecer en Cali hasta que la niña llegara a la edad escolar. Mientras tanto, podrían visitar Europa cada año, de modo que al llegar el momento del traslado definitivo estuvieran ya seguros del barrio, de la calle, de la ciudad y del país donde pasarían el resto de sus vidas. Abigaíl no albergaba ninguna duda de que tendrían un piso en la calle De la Madeleine, muy cerca de los Campos Elíseos y que la pequeña Clara estudiaría en la misma escuela en la que ella había aprendido a amar a París. Jorge, por su parte, deseaba analizar más a fondo las posibilidades de Roma, pues pensaba que Italia ofrecía más oportunidades culturales que Francia.

La infancia y la niñez de Clara fueron similares a las de cualquier otra niña rica de Cali, aunque quizás ser hija única y muy hermosa motivaron más mimos y atenciones, no solamente de sus padres sino también del resto de la familia. Varios viajes a Francia e Italia y el hablar, desde pequeñita, un poco de francés y de italiano la hacían diferente de sus primos y amigas, que a veces la trataban como un bicho raro.

Jorge, cuyos asuntos le dejaban tiempo para estar en casa, se preocupaba mucho por la educación de la pequeña Clara. Con enorme ternura la había guiado por los senderos donde ocurrían las aventuras de los personajes de Julio Verne y al escucharlo leer se pensaría que Jorge disfrutaba las lecturas tanto como su hija. En realidad, lo que más le entusiasmaba era abrirle la imaginación mientras él hacía énfasis en algunos valores básicos que quería inculcarle desde pequeña. Julio Verne fue para Clara no solamente un cúmulo de aventuras increíbles, sino también una fuente de valores morales y buenos sentimientos, que su padre sabía destacar en el momento preciso del relato.

Convencido de que Clara sería hija única, Jorge la llevaba con él a conocer sus fincas, sobre todo el muy productivo ingenio de azúcar que tenía en las afueras de Cali. El maestro oculto que había en él afloraba en toda su plenitud cuando, con gran paciencia, le explicaba a su hija cómo aquellos tallos verdes y recios se irían

transformando en granos dulces y cristalinos hasta llegar a la mesa del desayuno para endulzar el café.

Aquel amor por La Esmeralda conllevaba el riesgo de que Clara se fuera apegando cada vez más al terruño caleño. El propio Jorge se daba cuenta de lo muy ligado que él mismo se sentía a su finca, a su casa, a su familia colombiana y a su país. Abigaíl, que veía peligrar su futuro en Europa, inventaba entonces un viaje más y le hablaba a la pequeña del río Sena, de los *bateaux-mouches* que lo surcaban, del Arco del Triunfo, de la Torre Eiffel, de los pintores de Montmartre. Pero Clara gozaba más la compañía de su padre que las aventuras que le prometía su madre y París no le resultaba tan atractivo como su hacienda La Esmeralda.

La noticia que cambiaría totalmente la vida de Clara y de sus padres llegaría de labios del sacerdote Germán Calero, primo hermano de Jorge, que vivía y oficiaba en la parroquia del puerto de Buenaventura. Aunque le veían poco, habían mantenido siempre la amistad que los uniera de muchachos, cuando el futuro cura compartía con Julio, hermano menor de Jorge, sus primeras travesuras. Julio Calero vivía también en Buenaventura, en cuyo puerto ejercía el muy importante puesto de administrador de aduanas. Un poco tarambana, Julio no había tenido la dedicación y disciplina de Jorge para los estudios ni los negocios, pero cuando la familia pensó que había sentado cabeza logró que lo nombraran en el cargo que desde hacía tres años desempeñaba. Jorge no estaba muy seguro de la aptitud de su hermano para tan delicadas funciones, pero aun así le brindó todo su apoyo. Comoquiera que el administrador de aduanas debía prestar fianza al Estado para garantizar el cabal desempeño de sus deberes, Jorge salió de fiador de su hermano con gran parte de su patrimonio. Se trataba, según pensaba la familia, de una simple formalidad.

Clara recordaba muy bien la escena de aquella tarde por ser la primera vez que vio asomar tan vívidamente el dolor en el rostro de su padre. El tío Germán esperaba en la sala cuando ellos regresaron de uno de sus paseos, felices padre e hija al saber que después de tanto tiempo lo tenían nuevamente de visita. Pero al advertir el desasosiego en el semblante del sacerdote, hasta la pequeña Clara comprendió que algo malo había sucedido. Una vez concluidos los saludos, Jorge le pidió a su hija que le permitiera hablar a solas con el padre Germán.

La noticia era, realmente, devastadora. Algunos comerciantes, que se decían amigos de su hermano Julio, habían introducido a través del puerto de Buenaventura gran cantidad de mercancía de contrabando. Después de venderla cerraron apresuradamente sus negocios, abandonaron la ciudad y, con gran probabilidad, el país. El escándalo, que todavía no trascendía a la prensa, era de proporciones enormes y Julio estaba bajo el peso de muy serias acusaciones que sin duda lo enviarían a la cárcel. La única forma de que conservara la libertad era haciendo frente a los impuestos aduanales no pagados, y a la consiguiente multa, que era mucho mayor aún. Para salvar a Julio de la cárcel era preciso, pues, que Jorge Calero, su fiador, hiciera cesión de bienes por el monto total de las obligaciones. No habría siquiera tiempo para una venta ordenada, procedimiento normal que se seguiría si no existiese de por medio el grave delito de contrabando. El padre Germán aseguró a Jorge que Julio era inocente, víctima de unos delincuentes profesionales. Un somero cálculo permitió a Jorge comprobar

que prácticamente tendría que ceder la totalidad de sus bienes y que de la noche a la mañana quedaría en la ruina. Sin embargo, no tardó ni un minuto en tomar la decisión y esa misma noche partió hacia Buenaventura, sin confiarle aún a su esposa la gravedad de lo ocurrido.

Jorge se entrevistó con su hermano el día de su arribo y a pesar de la insistencia de Julio no quiso escuchar los detalles del asunto. Se limitó a abrazarlo fuertemente y a decirle que no se preocupara, que todo saldría bien. Julio juró pagarle hasta el último centavo, costara lo que le costara, aunque ambos sabían que tal pago no habría de producirse nunca. En menos de cuarenta y ocho horas quedó cancelado todo lo adeudado por Julio al Estado y Jorge Calero dejó de ser uno de los más prósperos industriales de Cali. Mientras leía la escritura de cesión de bienes no pudo evitar que se le empañasen los ojos ante la descripción de La Esmeralda. Pensó en Clara, en las aventuras de la caña de azúcar y en el enorme cariño que había en los ojos de la niña cada vez que desde el coche se daba vuelta para, con un gesto de la mano, decir hasta luego a su lugar favorito. Pero, más allá de la ruina, lo más duro para Jorge fue tener que comunicarle a su mujer y a su hija que no solamente desaparecía un estilo de vida, sino que también se esfumaban los proyectos de un retiro feliz en Europa.

Abigaíl creyó enloquecer y durante varias semanas fue presa de una gran depresión, similar a aquella que la había agobiado luego del nacimiento de Clara. La niña se limitaba a preguntarle a su padre qué harían ahora, pregunta para la cual Jorge no tenía todavía una respuesta. Aunque le quedaba algo de su patrimonio, tendría que vender cuanto antes la casa en la que vivían para trasladarse a un lugar más modesto. Con el resto podría iniciar algún negocio que les permitiera llevar una existencia decorosa.

A pesar de la discreción y celeridad con las que se manejó el asunto, las calamidades seguirían sucediéndose. La noticia no demoró en aparecer en los periódicos de Cali, que pintaban a Jorge como un héroe y un buen hermano y a Julio como un villano. Las acometidas por el lado político tampoco se hicieron esperar y hasta el padre de Abigaíl, Eusebio López, se vio envuelto en el escándalo. Los diarios de Buenaventura fueron aún más inmisericordes y constantes en sus ataques a Julio Calero y, a los pocos días, Jorge recibió la peor de las noticias: su hermano acababa de suicidarse, dejando escrita una nota en la que, después de explicar su actuación, pedía perdón a su mujer, a sus dos hijos y a Jorge, de quien además hacía una apología. Era, en verdad, una hermosa carta y Jorge se lamentó de haber conocido tardíamente y en circunstancias tan trágicas las dotes de escritor de su hermano. Su tristeza se acrecentó cuando un mes después el padre Germán le hizo entrega de un cofre en el que a lo largo de los años Julio había ido guardando sus versos, de un lirismo inimaginable en él.

Todo aquello afectó visiblemente el carácter de la pequeña Clara. Su padre no podía dedicarle ahora tanto tiempo y su madre, sumergida cada vez más en la tristeza y el orgullo herido, escasamente le hablaba. Así las cosas, el suegro, que también veía peligrar su prestigio político, sugirió un viaje para cambiar de aires y Jorge terminó por tomar la decisión que desde hacía varias semanas daba vueltas en su mente: cambiaría no solamente de aires, sino también de país, por lo menos hasta que el tiempo borrara todo vestigio del escándalo. Recordó que su primo

Alberto Escobar, hijo de un hermano de su madre, había emigrado a Panamá y en ocasiones le escribía maravillas de una provincia situada en el occidente del país donde la naturaleza era pródiga y el paisaje hermoso, muy parecido al de Cali. Chiriquí sería, pues, el próximo hogar de la familia Calero López. A la sazón, Clara contaba seis años y transcurrirían doce antes de conocer a Andrew Thomas.

Andrew Thomas
II

Para ganarse la vida, la viuda Thomas había ocupado un pequeño espacio en el almacén de su hermano donde vendía lo que ella y Sarita cocinaban y cosían. Con el tiempo, los platillos y las confecciones finas de las Thomas adquirirían cada vez mayor popularidad entre los habitantes de Barranquilla dispuestos a pagar un poco más para comer y vestir mejor. Mercedes se vio obligada a emplear lugareñas para que la ayudaran en sus labores y poco a poco fue invadiendo más espacio en el almacén de José. Después del primer año ya las Thomas Torres tenían una pequeña industria y ganaban lo suficiente para vivir y pagar la educación de Rachel y Andrew.

Sarita era el eje de la familia: organizaba y dirigía la casa y la industria familiar, se encargaba de que sus hermanos estudiasen y todavía encontraba tiempo para cantar a Andrew algunas canciones antes de dormir. Aunque no tenía la voz cadenciosa de Madeleine, entonaba bien y después de un tiempo aprendería a acompañarse de una guitarra, aprendizaje que era realmente su único entretenimiento. Al repertorio traído de Gales fue incorporando algunos bambucos y pasillos colombianos que encantaban a Andrew. Escuchar aquellos ritmos tan diferentes, que contaban idílicas historias de amor, lograrían que el hermano pequeño ya no extrañara tanto a Madeleine.

Transcurridos tres años, la viuda Thomas ocupaba la mitad del almacén de José, cuyos negocios habían desmejorado notablemente, en gran parte debido al advenimiento de nuevos medios de transporte que motivaron una importante disminución en el movimiento comercial del puerto. No resultó extraño, pues, que un día José anunciara que Ángela y él abandonaban Barranquilla para ir a probar suerte al puerto de Buenaventura. La noticia de la partida del tío José entristeció mucho a Mercedes y a sus hijos porque aquel hombrón y su mujer, además de ser un apoyo importante para los Thomas, aportaban al hogar la ternura de que carecía Mercedes. Habría que buscar una nueva vivienda, pues José necesitaría de todos sus recursos para trasladarse y establecerse en el puerto de Buenaventura, al otro extremo de Colombia. En cuanto al almacén, afortunadamente era alquilado y lo único que habría que conseguir era a alguien dispuesto a arrendar la otra mitad del espacio.

Al cabo de tres meses, gracias a los esfuerzos de Sarita, todo quedó arreglado. Los Thomas se mudaron a una casita ubicada más lejos del puerto, pero más amplia y cómoda que, a pesar de la insistencia de Mercedes, Sarita no quiso comprar, sino solamente alquilar; poco después comprendería por qué. El almacén sería compartido con un comerciante de licores, Lucas González, que resultó muy entendido en negocios y se mostró dispuesto a ayudar a los Thomas a mejorar el rendimiento de su industria familiar, que seguía generando ingresos suficientes para que nada les faltase.

Andrew había cumplido nueve años cuando una tarde de septiembre de 1911, Sarita, ya una elegante señorita próxima a cumplir los diecinueve, reunió a la familia en la sala. La noticia que tenía que comunicarles no pudo ser más traumática para Mercedes y sus hermanos pequeños. Luego de mucho esfuerzo, Sarita había obtenido un trabajo en uno de los grandes almacenes de Chicago y su viaje a los Estados Unidos era inminente. Lo hacía por el bien de la familia, con la promesa de ayudarlos desde allá y enviar por ellos antes de un año. Estaba convencida de que en Barranquilla nunca lograrían sus hermanos ni la educación ni las oportunidades que Estados Unidos, meca de inmigrantes, ofrecía a todo el mundo.

La partida de Sarita ocurrió dos semanas después. Mientras los pequeños lloraban desconsolados, Mercedes no podía ocultar su decepción ni su ansiedad. Cuando la hija mayor volvió a prometer que se reuniría con ellos al cabo de un año en un lugar en el que todos vivirían mejor y más felices, Mercedes expresó su temor de que nunca más volverían a verla, aumentando más todavía la enorme tristeza de Rachel y Andrew. Previsora como siempre, Sarita había dispuesto las cosas de modo que Lucas González, el comerciante de licores, ofreciera apoyo a los Thomas en su ausencia. En realidad, los planes de Sarita y el nuevo amigo de la familia iban mucho más allá, como semanas más tarde comprobaría Mercedes cuando don Lucas le propuso muy seriamente compartir no solo el espacio en el almacén sino también sus vidas. Mercedes no tenía la menor intención de abandonar la viudez y así se lo hizo saber inmediatamente a su esperanzado pretendiente. Sin embargo, aceptó asociarse en los negocios, algo que para don Lucas era importante pues dejaba abierta la posibilidad de más adelante convencer a Mercedes de que lo mejor para todos era compartir el futuro.

La primera carta de Sarita llegó dos meses después de su partida, plena de optimismo por haberse colocado en Montgomery Ward, un almacén importante de Chicago, donde, si todo iba bien, podría ir ascendiendo en su departamento hasta llegar a dirigirlo. Antes de eso, por supuesto, mandaría a buscar a la familia. En el sobre incluía un billete de veinte dólares americanos, que traducido a pesos colombianos eran muchos, y pedía que parte se empleara en comprar libros para Andrew. Al despedirse prometía seguir escribiendo e insistía en saber pronto de la familia.

Las cartas de Sarita, siempre optimistas e incluyendo el billete de veinte dólares, llegaban regularmente cada mes con consejos para sus hermanos y ánimo para su madre. Por parte de la familia, la encargada de escribir a Sarita era Rachel, quien lo hacía con gran cuidado y dedicación. Andrew agregaba alguno que otro párrafo y Mercedes solamente un saludo al final.

Hacia mediados del segundo año, Mercedes advirtió que el sello postal en los sobres no era de Chicago y que las cartas venían de ciudades de los Estados Unidos que ella nunca había oído nombrar. Le pidió una explicación a Sarita, que eludía el tema y les rogaba que siguieran escribiéndole a la dirección de Chicago. El billete de veinte dólares nunca faltaba.

Los hijos de la viuda Thomas asistían al Colegio de Barranquilla, escuela pública donde Rachel obtenía siempre calificaciones excelentes. Andrew, por su parte, ponía mucho menos empeño en los estudios que en sus propias lecturas. A

los diez años era un lector empedernido y aunque compartía algunos juegos con los amigos era obvio que prefería sentarse con un buen libro que perseguir un balón por las calles del barrio. Disfrutaba mucho las aventuras de Salgari y de Julio Verne, si bien su lectura predilecta era el recién publicado *Tesoro de la Juventud*, que su madre, gracias a los veinte dólares mensuales de Sarita, había comprado para él y para Rachel. En él leía y releía sobre todo el *Libro de los porqués* y su prodigiosa memoria retenía una cantidad de datos y conocimientos poco usuales en un niño de su edad. Mercedes se sorprendía de lo mucho que Andrew disfrutaba leyendo y aprendiéndose poemas que para él no podían tener gran significado. En ocasiones lo encontraba escribiendo palabras que a nadie dejaba ver, todo lo cual hacía que Andrew se expresara como una persona mayor. Tenía también un especial sentido del humor en el que se mezclaban las travesuras infantiles con la consabida ironía de Mercedes. Don Lucas González, que no perdía las esperanzas de algún día formar parte de la familia, pasaba con los Thomas mucho de su tiempo libre y le divertía conversar con aquel chiquillo que de varios temas sabía tanto o más que él.

Andrew extrañaba enormemente a la hermana mayor y su música. Aunque ella había sido siempre la encargada de disciplinarlo, era también la que más lo trataba como el niño que, a pesar de todo, seguía siendo. Por eso, en la última carta enviada a Sarita incluyó un párrafo en el que le reclamaba que ya habían pasado más de dos años desde su partida y volvía a preguntarle dónde estaba, qué hacía y cuándo enviaría por ellos. Al mes siguiente recibieron la carta de Sarita que nuevamente trastocaría el rumbo y las circunstancias de la familia Thomas.

Springfield, 23 de septiembre de 1913

Querida mamá y hermanitos:

Espero que todos estén bien y que hayan recibido mis cartas. Las de ustedes me llegan muy tarde a pesar de que dejé instrucciones de enviármelas a cada ciudad donde nos detenemos en nuestra gira. Por eso habrán notado que las últimas cartas las he enviado desde diferentes ciudades, todas de Illinois, pues nuestra gira cubrirá por ahora solamente este estado. Después quizás iremos a Nueva York.

En los últimos seis meses mi vida ha dado un gran vuelco. Resulta que en el almacén donde trabajaba conocí al coronel Amos Winston, un hombre muy agradable, con un gran bigote que me recordó mucho al de nuestro papá. Simpatizamos enseguida y él se interesó mucho en el origen de mis rasgos de india. Al principio creyó que yo era descendiente de los pielroja americanos, pero le encantó saber que mi origen era colombiano y que también hablaba español. Regresó a visitarme varias veces y un día me pidió que fuera a verlo actuar al circo Barnum, que se estaba presentando en Chicago. Me dio un boleto para la mejor butaca y fui a verlo. Hasta entonces no tenía idea de qué era lo que hacía para ganarse la vida.

Resulta que el coronel Winston es un experto con rifles, pistolas y puñales. Las cosas que hacía eran increíbles. Disparaba desde un caballo a galope y también de

espaldas, con la ayuda de un espejo, sin fallar un solo tiro. Lo más emocionante fue el final. Salió una muchacha vestida de india, a la que amarró a una gran rueda, con las manos y pies separados del cuerpo. Después, mientras la rueda giraba él le iba lanzando puñales desde una distancia de más de tres metros. Finalmente, cuando ya la había dibujado con los puñales que clavaba muy cerca de su cuerpo, sacó el revólver y le voló la pluma que la muchacha llevaba amarrada a la cabeza. Los aplausos fueron tremendos; a la gente de por acá le encanta todo lo que tiene que ver con indios y vaqueros.

Pues bien, después del espectáculo, me llevó a cenar y me propuso, sin más preámbulos, que yo ocupara el lugar de la muchacha india. Ya se imaginan el susto que me llevé. En un principio mi reacción fue negativa y le expliqué que estaba ahorrando para poder mandar a buscar a mi familia. Me aseguró que con él ahorraría el doble, que montaríamos nuestro propio espectáculo, con una serie de actos diferentes que él tenía muy bien elaborados y para los cuales necesitaba una compañera inteligente y dispuesta.

Como realmente no era mucho lo que había podido ahorrar, acabé por aceptar y desde hace seis meses estamos de gira. Hemos tenido mucha suerte porque a las gentes de las pequeñas ciudades, que se aburren mucho, las atrae el espectáculo del caballo, los tiros, los puñales y la india. Amos está muy satisfecho y dice que cuando llegue el invierno tendremos suficiente dinero para su nuevo proyecto.

El mes pasado nos casamos y ahora soy la señora de Winston. El coronel es un hombre muy bueno. Tiene cincuenta y un años, treinta más que yo, pero parece mucho más joven porque es ágil y fuerte. A ti, mamá, y a Rachel y a Andrew les encantará conocerlo, lo que espero que sea pronto.

En mi próxima carta les informaré a detalle nuestros planes futuros que, por supuesto, los incluye a ustedes, que son mi única familia a quienes quiero y extraño muchísimo.

Un beso para todos,
Sarita

P. D. En vez de los acostumbrados veinte dólares, en esta les incluyo cuarenta, a petición de Amos. La próxima carta me la envían a la siguiente dirección: Mr. Amos Winston, c/o Richmond Hotel, 5632 Park Avenue, New York, N.Y.

Mercedes y sus hijos quedaron sobrecogidos con las noticias de Sarita. Por un rato se limitaron a intercambiar miradas sin saber qué decir, hasta que finalmente Mercedes exclamó, con aquel acento muy áspero que guardaba para ciertas ocasiones, que nunca le había pasado por la mente que una hija suya iba a trabajar en un circo. Andrew y Rachel, sin embargo, estaban muy emocionados ante la perspectiva de conocer al coronel Amos Winston, un verdadero vaquero del oeste americano.

Casi un mes después llegó una nueva carta de Sarita, escrita desde Nueva

York.

Nueva York, 26 de octubre de 1913

Queridos mamá y hermanitos:

¡Al fin supe de ustedes! Cuando llegué al hotel me estaba esperando su carta, que enseguida leí y releí varias veces.

Sé que mi matrimonio y mis nuevas actividades los llenaron de sorpresa e inquietudes. No tienen que preocuparse ni por mi felicidad ni por mi integridad física, al menos mientras a Amos no le falle el pulso. Estamos muy contentos y satisfechos.

La gira por Illinois ya terminó y nuestros ingresos fueron mucho mejores de lo que esperábamos. Con esa cantidad, y algo más que Amos espera ganar aquí en Nueva York, podremos realizar nuestros planes, que más adelante les detallo.

Nueva York, donde no había vuelto desde mi llegada a Ellis Island, es una ciudad muy hermosa y con edificios aún más altos que los de Chicago. Dentro de dos semanas Amos y yo presentaremos el que será nuestro último espectáculo en los Estados Unidos. Lo haremos en el Madison Square Garden, que es un famoso estadio cubierto. Será el mejor de todos los espectáculos y esperamos ganar muy buen dinero, aunque esta vez además de nosotros habrá otros artistas muy famosos.

Ahora hablemos de nuestros planes, que ojalá los entusiasmen. Amos ha estado ahorrando para comprar una hacienda donde retirarse a criar animales y cultivar la tierra. Después de mucho darle vueltas, influenciado por mí, se ha decidido por una región llamada Chiriquí, ubicada en el antiguo departamento de Panamá, el país que a principios del siglo se separó de Colombia. Chiriquí está muy cerca de Costa Rica, otro país de América Central, y es famoso por la fertilidad de la tierra y la abundancia de ríos y valles. La finca que el coronel ha negociado queda en las tierras altas, cerca de un gran volcán apagado y cerca también de la capital de la provincia. El traslado será a fines de este año y allá les esperaríamos en febrero o marzo, cuando estaremos debidamente establecidos. Si el lugar o la nueva vida no nos gusta, siempre habrá la posibilidad de regresar todos juntos a los Estados Unidos. Pero pensamos que en aquella región, aún virgen, hay grandes oportunidades.

El viaje lo harían en barco desde Barranquilla hasta el puerto de Colón, en el lado atlántico de Panamá. De allí se cruza por tren al sector pacífico para embarcarse nuevamente hasta el puerto de Pedregal, en San José de David, la capital de Chiriquí. Nosotros los esperaríamos allá. El dinero para el viaje se lo situaremos en el Banco de Colombia, el que queda cerca del almacén.

Les ruego que digan que sí, ya que tengo unos deseos enormes de volver a verlos y abrazarlos. Pueden seguir escribiéndome a la misma dirección, pues ya no pensamos dejar Nueva York hasta emprender el viaje. Espero con ansias su próxima carta.

Los quiere y extraña,
Sarita

La perspectiva de un nuevo viaje y cambio de país causó una gran excitación en Andrew y Rachel, que solo pensaban en volver a ver a Sarita y conocer al coronel Winston, de quien ya se habían hecho la imagen de un vaquero a caballo, disparando a diestra y siniestra, sin fallar un solo tiro. Pero Mercedes quedó muy preocupada. Si bien era cierto que mantener y cuidar a la familia sin Sarita era un trabajo agotador, no era menos cierto que ya estaban establecidos en un lugar aceptable, que Andrew podría eventualmente continuar sus estudios en Bogotá y Rachel casarse bien. Antes de decidirse fue a consultar a don Lucas, a quien para entonces los niños llamaban tío y era considerado parte de la familia.

Lucas González no supo qué decir. La decisión no era fácil, pues cómo saber qué les esperaba a los Thomas en Chiriquí. Sin embargo, había advertido que, aunque Mercedes finalmente había comprado el inmueble donde estaba el almacén, ella y sus hijos no pensaban en Barranquilla como un sitio donde echar raíces… y realmente no las tenían. Por un momento consideró la posibilidad de embarcarse con ellos, y así se lo manifestó a Mercedes, pero enseguida descartaron la idea porque ciertamente Chiriquí no parecía un lugar adecuado para un comerciante de licores. Al final, el tío Lucas se limitó a analizar con Mercedes los pros y contras, sin atreverse a dar una opinión.

El tío José también fue consultado y en su carta de respuesta manifestó su acuerdo en que la familia se trasladara al antiguo departamento de Colombia porque veía un gran futuro para Panamá, país que a causa del canal interoceánico había nacido hacía diez años bajo la protección de los Estados Unidos, nueva y poderosa potencia mundial en cuya asociación ninguna nación podía marchar mal. José finalizaba sugiriendo que si todo iba bien en Chiriquí él y Ángela podrían trasladarse allá en el futuro.

Luego de mucho meditarlo, Mercedes tomó la decisión de ir a reunirse con Sarita en aquella ignota región. En el fondo, nunca había estado muy conforme con el futuro de la familia en Barranquilla y comprendía que con Sarita la vida sería mucho más fácil y ordenada. Además, sus dos pequeños tenían la gran ilusión de volver a reunirse con la hermana mayor y conocer a su muy original marido. En cuanto a la familia galesa, escasamente se escribían para Navidades y era evidente que los Thomas no volverían a Aberystwyth.

La carta en la que su familia le comunicaba la decisión de viajar cuanto antes le llegó a Sarita a finales de noviembre. Inmediatamente terminó de hacer sus preparativos para el traslado y envió a su madre la orden bancaria por una suma muy superior a los gastos que realmente ocasionaría el viaje. A solicitud de Mercedes la fecha fue adelantada, de modo que hacia fines de enero de 1914 los Thomas volvieran a estar todos juntos en aquella tierra desconocida en la que ahora cifraban sus esperanzas de un futuro provechoso.

Mercedes logró vender el almacén a don Lucas por un precio aceptable, de modo que no tuvo que utilizar el dinero enviado por Sarita para costear el viaje. A la hora de embarcarse solamente el tío Lucas los acompañó hasta el barco, reafirmando en Mercedes la convicción de que Barranquilla nunca habría podido

ser el destino final de los Thomas.

La travesía en el barco se realizó sin ningún percance. En menos de una semana estaban en Colón, donde tomarían el ferrocarril hacia Panamá. El trayecto en el tren fue más corto de lo que esperaban y Mercedes aprovechó para explicar a sus hijos que la estrechez del istmo de Panamá era la razón por la cual los norteamericanos habían decidido construir allí el canal interoceánico, cuyas obras, ya casi terminadas, podían observar desde el tren. Nunca había visto Mercedes a tanta gente trabajando junta, lo que la llevó a pensar en cuánta razón tenía José en sus apreciaciones sobre el futuro del nuevo país. El trayecto marítimo entre Panamá y Chiriquí también fue más rápido de lo anticipado y en escasos tres días la pequeña embarcación se acercaba lentamente a Pedregal. Ninguna actividad perturbaba el paisaje porque el puerto era apenas un espigón al que solo se podía llegar con marea alta a través de un laberinto de esteros. En el muelle había pocas personas y dos o tres carretas. Fue Andrew quien divisó a Sarita y al coronel Winston, que desde el asiento de un quitrín, ensombrerados y vestidos ambos de blanco, saludaban al barco que atracaba. Andrew y Rachel fueron los primeros en bajar a tierra y en un instante abrazaron, al mismo tiempo, a su querida Sarita. Luego llegó Mercedes y madre e hija se miraron un momento buscando los efectos del tiempo, se abrazaron en silencio y Andrew creyó percibir un genuino gesto de dulzura en el rostro de su madre.

El coronel no decepcionó a los muchachos. Era alto y colorado, con una hermosa cabellera rubia que comenzaba a encanecer. Además del gran bigote llevaba una pequeña barba en punta y aún con el sombrero en la mano parecía un auténtico vaquero que observaba el reencuentro de la familia con un gesto de ternura reflejado en su mirada y en su apacible sonrisa. Aquel 27 de enero de 1914 era un espléndido día de verano en Chiriquí.

Clara Calero
II

La familia Calero había arribado a Chiriquí a finales del verano de 1913. Navegaron de Buenaventura a Panamá y de allí siguieron, también por mar, hasta el puerto de Pedregal donde los esperaba el primo Alberto Escobar. En aquella época San José de David era una pequeña villa de quince mil habitantes, la mayoría de ellos dedicados a la ganadería y la agricultura.

Desde su llegada, el calor, el polvo y el viento se le habían hecho insoportables a Abigaíl, que no tardó en reclamar a Alberto cómo podía comparar aquel pueblo infernal con Cali. El primo le había explicado que San José de David, capital de la provincia, era solamente un lugar de paso y que el pueblo del que hablaba en sus cartas se llamaba Boquete y quedaba más al norte, en las montañas, un día a caballo. En vista de la actitud poco amigable de Abigaíl, Jorge decidió ir primero él con Alberto a conocer Boquete y encontrar un lugar donde vivir para llevar después a su mujer y a su hija, que aguardarían en una pequeña pensión de familia recomendada por Alberto. Dos semanas más tarde, en una carreta tirada por dos enormes bueyes, regresaba Jorge a David. Con una amplia sonrisa le aseguró a Abigaíl que no había que preocuparse, porque Boquete era más hermoso de lo que el primo les había dicho.

Al cabo de dos días, llevando únicamente lo indispensable para el viaje, salieron rumbo a Boquete Jorge, Abigaíl y Clara acompañados de un guía a quien llamaban el indio Juan. El lento ascenso a ritmo de bueyes les tomaría dos largos días, pero hasta Abigaíl, que aún no aceptaba su nuevo destino, hubo de reconocer que el paisaje que recorrían era de una belleza realmente impresionante. Contra un cielo azul sin nubes se destacaba en el horizonte una cadena de montañas azuladas presididas por el majestuoso volcán Barú, cuyas faldas se extendían en una planicie de intenso verdor. La primera noche durmieron bajo un tupido manto de estrellas, oportunidad que Jorge, aficionado a la astronomía, aprovechó para guiar a Clara en un viaje imaginario por la bóveda celeste. El nombre que daba a las estrellas iba seguido de una pequeña trama: las tres Marías, tres hermanas a las que por estar siempre unidas San Pedro las mandó poner en fila para toda la eternidad; las Siete Cabrillas que, perdidas en el infinito y siguiendo los consejos de la mamá cabra, habían decidido no separarse nunca para poder regresar juntas al aprisco. Continuó con la Cruz del Sur, la Osa Mayor y el resto de la Vía Láctea hasta que Clara se durmió soñando, como antes, cosas bellas.

Al caer la tarde del segundo día llegaron por fin a la entrada de Boquete. Desde la cumbre el camino descendía hacia un profundo valle, más bien una enorme abertura en las montañas surgida sabría Dios cuántos miles de años atrás, cuando el volcán había hecho erupción. En medio de aquella hondonada, como un pequeño nido atravesado por la cinta plateada de un río, se acurrucaba el

pueblo de Boquete. El clima era más frío que el de Cali y el paisaje de una belleza incomparable que quedaría grabada para siempre en los recuerdos de Clara.

A medida que descendían y se iban adentrando en el pueblo notaban que los tipos de la gente eran diferentes a los que hasta ahora habían visto en la provincia. Luego se enterarían de que la mayoría de sus nuevos vecinos descendían de norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes que desde hacía muchos años habían llegado atraídos por la fertilidad y hermosura del área.

Como anochecía, Jorge indicó al indio Juan que condujera la carreta hasta la pensión que había escogido para pernoctar. Ante la renuencia de Abigaíl, que quería llegar pronto a su nuevo hogar, le explicó que en realidad no vivirían en el pueblo sino en una pequeña finca que había adquirido un poco más arriba, en las montañas que franqueaban el poblado.

Una hora les tomaría al día siguiente a los Calero llegar a su destino final. Temprano en la mañana dejaron atrás Boquete y ascendieron por la ladera opuesta a aquella por la que habían descendido el día anterior hasta que finalmente arribaron a la Pequeña Esmeralda, nombre con el que Jorge había bautizado la nueva hacienda de los Calero. No se trataba realmente de una hacienda, como reclamó enseguida Abigaíl, sino de una casa de madera sin pretensiones con un pequeño huerto trasero en el que no había más cultivo que unos cuantos naranjos.

Abigaíl no se explicaba cómo Jorge pretendía que vivieran en semejante lugar durante un año entero antes de regresar a Colombia, como él le había prometido. La ilusión de Clara, que estaba encantada con su Pequeña Esmeralda, se vería empañada por la amargura de Abigaíl, que no dejaba de criticar a Jorge por haberlas traído a semejante lugar tan apartado de la cultura y la civilización.

—Tienes que recordar —protestaba airada— que nuestro destino era vivir en París, ir a la ópera, leer juntos a Baudelaire, recorrer los grandes boulevares, en fin, educar a Clara en la cuna de la cultura. Nada, ni la quiebra, ni el escándalo, ni la carrera política de mi padre, nada, nada justifica que nos hayas traído a vivir a estas montañas olvidadas de Dios. ¿De qué viviremos, cómo educaremos a la pequeña, qué haremos para por lo menos mantener nuestro nivel cultural? Me temo, Jorge, que te has equivocado rotundamente. Yo pensaba llegar a un lugar donde habría otras gentes como nosotros, algo de vida social. Pero aquí no creo que soporte ni siquiera un mes.

Atemorizada, Clara seguía atenta la discusión pendiente de la respuesta de su padre, quien la tomó de la mano y le pidió que se sentara al lado de Abigaíl en las cajas y baúles aún sin desempacar. Jorge se sentó frente a ellas y les dijo con paciente dulzura:

—Después de lo ocurrido a mi hermano Julio y de perder nuestra fortuna y nuestra manera de vivir, convinimos en que nos haría bien cambiar de ambiente y disponer de un poco más de tiempo para nosotros mismos. Es la única manera como lograremos asimilar lo que ha pasado y reorientar nuestra existencia. No estoy muy seguro, Abigaíl, de que antes mirásemos la vida como realmente es. Más bien nos la estábamos inventando un poco a la imagen y semejanza de nuestras ilusiones. Creo que en esta vivienda humilde nos será más fácil encontrar el hogar que no teníamos y por eso cada vez que íbamos a Europa en busca de

una futura morada me sentía como si fuéramos una de esas plantas parásitas que crecen hermosas pero sin raíces —Jorge calló un momento antes de proseguir—. Lo que propongo que hagamos es, además, la única manera de encontrar algo positivo en todo lo que nos ha ocurrido. Para subsistir tenemos algunos ahorros y un poco más arriba de aquí adquirí una pequeña finca en la que hay sembrado café de buena calidad. Pienso abrir también, justo al lado, una tienda donde venderemos todo lo indispensable para que la gente que vive por acá no tenga que bajar hasta el pueblo a comprar. Será un buen negocio y, además, prestaremos un servicio.

—¿Y qué pasará con la educación de Clara? —preguntó Abigaíl, todavía con hostilidad.

—En el pueblo hay una escuela de religiosas a la que Clara puede ir. A caballo o en quitrín solamente toma media hora. Además, yo mismo pretendo participar en su educación, como lo he hecho siempre. Para ti sería también una forma de pasar el tiempo a gusto. La casa no parece mucho, pero podemos arreglarla para que sea un hogar acogedor. Imagínatela, Abigaíl, repleta de geranios y campanillas, cuyo aroma competirá con el de los azahares que emanará del patio. Si ponemos un poquito de nuestra parte podremos volver a ser felices, más felices que antes.

Clara escuchaba a su padre dichosa de saber que se quedarían en su nueva Esmeralda. Antes de levantarse, Abigaíl se limitó a responder, más sosegadamente, que no sabía cuánto tiempo podría soportar.

Jorge dedicó los primeros meses a organizar sus nuevos negocios. En un cobertizo adyacente a la casa instaló provisionalmente la pequeña tienda, en la cual vendía todo lo indispensable para aquella gente de montaña que trabajaba de sol a sol, al ritmo de la naturaleza. El indio Juan, que junto a su mujer Elida permaneció al servicio de los Calero, bajaba todos los meses a David y transportaba de vuelta en la carreta lo necesario para mantener la tienda bien provista. También traía algunos libros pedidos por Jorge a Colombia y ediciones dominicales de *El Tiempo* de Bogotá, con las que Abigaíl se mantenía al corriente de lo que ocurría en su país y en el resto del mundo.

El café de la finca resultó de excelente calidad. En un principio Jorge vendía la producción a otros caficultores del área, pero con el tiempo contrató la torrefacción con uno de los productores más grandes, de modo que pudiera vender su propia marca. Más allá de un buen negocio, tenerla significaba un motivo de orgullo y transcurrido el primer año el café Calero comenzaba a ser considerado como uno de los mejores del lugar. Entre los planes de Jorge estaba el de ir adquiriendo poco a poco otras fincas que le permitieran expandir la siembra. Llegó a hacer planes de traer capital de inversionistas caleños para desarrollar una gran empresa cafetalera, considerando que las tierras se podían adquirir a precios módicos y el café de Boquete era tan bueno como el mejor que se producía en Colombia.

Con la colaboración todavía renuente de Abigaíl, la ayuda del indio Juan y de su esposa, y el aporte entusiasta de Clara, Jorge había hecho del nuevo hogar de los Calero un verdadero primor que llamaba la atención de los lugareños que por allí pasaban. De las ventanas de la casa pendían maceteros repletos de geranios

rojos y el frente estaba sembrado de campánulas blancas que al caer la tarde aromaban más que los azahares del patio.

Las naranjas del huerto trasero eran de una dulzura inigualable. Se vendían en la tienda, salvo las de un árbol, el preferido de Clara, que Jorge le había regalado, cuyos frutos eran consumidos únicamente por los dueños del hogar. Aquel árbol se había convertido en el favorito de la pequeña desde que en sus ramas había descubierto su primer nido de colibríes, más pequeño que una de sus pequeñas manos, con dos huevecillos celestes que según Jorge no alcanzaban el tamaño de las pupilas de Clara. Padre e hija establecieron un puesto de observación a distancia prudencial y desde allí lograron seguir la evolución de los pajarillos hasta que hicieron su primer vuelo. Como siempre, Jorge aprovechaba para guiar la sensibilidad de Clara comparando el amor familiar con el de aquellos diminutos visitaflores.

La escuela del pueblo estaba dirigida por madres franciscanas que hacían también de maestras. Para enviar a Clara, Jorge había adquirido un quitrín en el que Juan la llevaba recién despuntaba el día. Jorge procuraba ir a recogerla al final de la mañana, aunque a veces no le alcanzaba el tiempo.

Transcurrida la primera semana de clases, Clara comenzó a protestar porque, a diferencia de ella, sus compañeros tenían que ir casi todos a pie.

—No viven tan lejos como nosotros —le explicaba Jorge.

—Algunos sí, y más lejos —respondía Clara.

Como era de esperarse, al cabo de unos días eran cinco o seis los niños que bajaban en el quitrín de los Calero rumbo a la escuela de Boquete. En las mañanas muy frías se apretujaban unos contra otros y entonces parecía que Juan transportaba a su lado una gran bola de llamativos colores.

En un principio, Abigaíl se esforzó por compartir la alegría de su marido y de su hija. Con la ayuda de la mujer de Juan, mantenía la casa limpia y ordenada y daba algunos toques al jardín, orgullo de su marido. La tienda estaba bajo su cuidado y llevaba con rigurosidad las cuentas y el inventario. De vez en cuando se le presentaba la oportunidad de hablar francés o italiano con alguno de los viejos inmigrantes que allí acudían, pero aunque por momentos se entretenía terminaba convenciéndose de que, más allá de los consabidos saludos y los temas triviales de la cosecha, era muy poco lo que podía conversar con aquellos agricultores. También escribía a sus padres con regularidad, pero resultaba inútil enviar más de una carta al mes puesto que una mayor frecuencia lo único que lograba era que las cartas llegaran de dos en dos. A Clara no era mucho el tiempo que le dedicaba, pues Jorge acaparaba casi todo el que la niña no pasaba en la escuela. Dentro de su pertinaz aburrimiento, lo único que parecía animarla era la lectura de *El Tiempo* dominical. Esperaba con ansias la llegada de Juan de David para leer enseguida los tres o cuatro ejemplares acumulados del periódico, en los que encontraba, además, algunas noticias de Europa. Más que los acontecimientos políticos, que ya parecían vaticinar una gran guerra, le interesaban las relaciones sociales de las más conocidas familias europeas, que después comentaba con Jorge ávidamente. Aunque este se alegraba del renovado interés de su mujer, no dejaba de preocuparle la nostalgia que se apoderaba de ella una vez agotada la lectura.

Conforme transcurría el tiempo parecía evidente que Abigaíl jamás se

acostumbraría a su nueva realidad. Con frecuencia se quejaba de que la actitud de Jorge dejaba al descubierto la intención de permanecer indefinidamente en aquellas soledades. Entonces lo emplazaba a fijar fecha de retorno a Colombia y cuando aquel eludía la respuesta pidiéndole comprensión y calma, Abigaíl caía en una nueva y más profunda depresión.

Las monjas franciscanas, en especial la directora sor Rafaela, habían acogido a Clara con gran entusiasmo y cariño. Al poco tiempo era notoria su superioridad en todas las materias, muchas de las cuales ya conocía gracias a las enseñanzas de su padre. Además de ser la primera de su clase, ayudaba a las maestras en algunas actividades escolares. Con cierta frecuencia la madre Rafaela la llevaba a visitar la residencia de las monjas y allí la niña advertía el contraste entre el claustro, sombrío y austero, y su casa llena de luz.

Con tanta naturalidad llevaba Clara su posición de alumna favorita que los compañeros terminaron por aceptarla sin resentimientos, en parte también porque la niña Calero, a pesar de ser extranjera, parecía amar aquellas montañas más que los que allí habían nacido. Los fines de semana ella y su padre las recorrían en busca de los parajes más recónditos y hermosos. En sus andanzas descubrían los lugares donde se daban las más dulces zarzamoras y las guayabas silvestres. Tan frecuentes eran las idas y venidas de Jorge y Clara por aquellas montañas que los moradores se acostumbraron a mirarlas como si fueran parte del paisaje.

Los Calero veían al primo Escobar y a su familia muy de cuando en cuando. Recién llegado a Boquete, Alberto se había casado con Mireille, hermosa mestiza hija de Jean Dumond, uno de los primeros inmigrantes franceses en llegar a esas latitudes a mediados del siglo anterior. Los Escobar Dumond habían tenido tres hijos. El mayor, Emilio, solía acompañar a su padre en sus incansables correrías mientras los más pequeños permanecían con su madre en la finca enclavada en uno de los lugares más remotos y escarpados de la región. No en vano se comentaba en el pueblo que la vivienda de los Escobar era la más cercana a la cima del volcán. Subir hasta allá requería casi un día a caballo y la única vez que Clara había ido con su padre creyó que moriría de frío. Como en aquella altura no se daba bien el café, los Escobar se habían decidido por la cría de cabras que Clara recordaba haber visto por todas partes: en las laderas, a la orilla del riachuelo y en la pequeña planicie donde se hallaba la casa. Aun dentro de la vivienda, construida de troncos rústicos, convivían con la tía Mireille un par de cabras que ella trataba como animales domésticos.

Alberto Escobar pasaba poco tiempo en su finca. En realidad, no se detenía mucho en ninguna parte. Recorría de un lado a otro aquellas montañas buscando siempre un lugar mejor que el suyo, y regresaba con la misma satisfacción de no haberlo encontrado. Solo una vez lo escuchó Jorge expresar una duda luego de una de aquellas jornadas. Según Alberto, descendiendo por la vertiente occidental del volcán, al lado opuesto de Boquete, había encontrado un extenso valle al que los pocos inmigrantes que allí se habían asentado, en su mayoría europeos, llamaban Cerro de Punta por el enhiesto risco que lo custodiaba como un centinela. “Tenemos que ir allá juntos porque de todos los lugares que he recorrido es el único que se puede comparar con Boquete”, le había dicho a Jorge,

con gran entusiasmo.

Una tarde de fines de noviembre Clara había tenido que esperar en la escuela mucho más de lo usual a que vinieran por ella. Como el tiempo pasaba, la madre Rafaela decidió llevarla a la residencia y allí estaba, jugando en el huerto con su pequeño azadón, cuando llegó Juan.

—¿Por qué no vino mi papá? —preguntó Clara mientras se subía al asiento del quitrín.

—Porque la señora Abigaíl se ha puesto mala —fue la respuesta, lacónica, de Juan, que no supo darle detalles de la enfermedad de su madre.

A medida que el coche avanzaba, la inquietud de Clara iba en aumento. Juan conducía más despacio y callado que de costumbre y tan pronto llegaron, Clara se tiró del coche para abrazar a su padre, que la esperaba de pie frente a la entrada.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó angustiada.

—No estoy seguro, Clarita. Vamos a esperar un rato a que el doctor Taylor concluya su examen.

No había terminado de hablar Jorge cuando se escuchó un alarido desgarrador. Aunque no parecía una voz humana, Clara estaba segura de que era su madre quien gritaba. Padre e hija corrieron hacia la sala y la pequeña quedó horrorizada ante la escena que se grabaría para siempre en su memoria. Acurrucada en un rincón, Abigaíl gritaba sin cesar, los ojos desorbitados, el cabello en desorden, el rostro aterrorizado. Clara cerró los ojos y se cubrió los oídos mientras Jorge y el médico trataban en vano de calmar a Abigaíl.

Pasada la crisis, Abigaíl se sumió en un mutismo absoluto. El doctor Taylor decidió traer de David a un colega especializado en padecimientos nerviosos, quien luego de examinar detenidamente a la enferma concluyó que padecía de una profunda depresión y recomendó su traslado inmediato a una clínica especializada. La más cercana y reconocida estaba en Bogotá y él se encargaría de enviar una recomendación para que fuera ingresada sin contratiempos.

La decisión a la que se vio enfrentado Jorge era sumamente difícil. No se atrevía a confiar a nadie el traslado de Abigaíl al hospital en Colombia y tampoco tenía quien cuidara de Clara si él se ausentaba. Alberto, que por esos días hizo una de sus raras apariciones, se ofreció a hacer lo que Jorge dispusiera, pero este no se atrevía a confiarle al trotamundos ni una ni otra misión.

Enterada de lo que ocurría, la madre Rafaela se presentó en la casa de los Calero con la solución al problema. Si la casa, la tienda y la finca podían quedar bajo el cuidado de Juan y de su mujer, la niña podría permanecer con las monjas hasta el regreso de Jorge, quien aceptó enseguida. Dos días después, Clara quedaba instalada en la residencia de las monjas franciscanas, y Jorge y Abigaíl partían rumbo a Colombia. El llanto no alcanzó para expresar la angustia de Clara al contemplar la carreta que se alejaba con su padre y su madre enferma. Aunque Jorge le había prometido regresar antes de un mes, un terrible presentimiento la atormentaba.

Cumplido el primer mes de la partida de sus padres, Clara había aprendido a apreciar aún más a sor Rafaela y a las demás monjas que tanto se esforzaban por hacer placentera su inesperada estadía en la residencia franciscana, en la que poco a poco había ido compenetrándose con el espíritu religioso que embargaba a

aquellos seres tan especiales. Se había dispuesto que aquel año Clara hiciera la primera comunión, y entre los ritos propios de la ocasión y los rezos por la salud de su madre, Clara se vio envuelta en un misticismo que hasta entonces nunca había sentido. Se imaginaba a sí misma como una de aquellas servidoras del Señor, convencida de que podría llegar a ser la más santa de todas. Aunque sor Rafaela procuraba no animarla mucho, no podía disimular su satisfacción al notar cómo se abría aquella pequeña flor a la luz divina.

Un mes y quince días habían transcurrido sin que Clara recibiera noticia de sus padres.

—Ni siquiera una carta, madre Rafaela.

—No te preocupes, hija. Acuérdate de que el correo demora mucho y que don Jorge prometió llegar antes que su primera carta.

Pero en el ánimo de Clara el presentimiento original se había convertido en certeza de que algo muy grave volvería a ocurrir. Una tarde azulada de principios del verano, faltando pocos días para la Navidad, Clara se entretenía en remover la tierra del huerto de las franciscanas cuando vinieron a avisarle que la esperaban en la portería. Acudió enseguida, pensando que se trataba de Juan o de alguno de sus compañeros de escuela. En la portería encontró a sor Rafaela, sonriendo ampliamente: detrás de ella, con los brazos abiertos, la esperaba su padre. Y en brazos de su padre Clara lloró, pero ahora de alegría.

Esa misma tarde regresó la niña a su casa de las montañas. En el camino Jorge le había asegurado que su mamá estaba mucho mejor, aunque todavía tenía que permanecer un tiempo en Colombia mientras se restablecía por completo. Esa noche, mientras recibía de su padre la acostumbrada bendición antes de dormir, Clara advirtió que sus ojos ya no reflejaban el brillo y la alegría de siempre.

A medida que transcurría el tiempo se hacía más notorio que Jorge ya no se ocupaba de sus asuntos con el entusiasmo acostumbrado. La tienda la había dejado al cuidado de Juan, a pesar de cuyos esfuerzos ya la mercancía no se reponía con la misma regularidad ni se llevaban las cuentas con la precisión con que solía hacerlo Abigaíl. El café Calero había dejado de ser una prioridad en los planes de Jorge, que ahora se limitaba a visitar la finca muy de cuando en cuando. Clara seguía siendo la única preocupación de su padre y, aunque retomaron sus habituales excursiones en busca de nuevos paisajes, él ya no marchaba con el mismo ánimo y sus silencios eran cada vez más prolongados.

Desde Bogotá el abuelo Eusebio escribía con regularidad sobre los progresos de Abigaíl mientras en Boquete Clara seguía entusiasmada con la nueva relación con el Señor que había descubierto de la mano de sor Rafaela y las demás monjas, tanto que también durante las vacaciones de verano se la veía asistir a misa tres veces por semana además del domingo. En el pueblo se comenzaba a comentar lo buena religiosa que algún día llegaría a ser sor Clara.

Las primeras noticias sobre Abigaíl llegaron cinco meses después del regreso de Jorge en una carta larga y detallada del abuelo López. En ella les comunicaba que gracias a Dios su hija había sido dada de alta en el sanatorio de Bogotá y que los médicos confiaban en que la cura era total y definitiva, aunque recomendaban controles periódicos y un régimen de vida sano y desprovisto de tribulaciones. Según el abuelo, si bien libre de la enfermedad, Abigaíl parecía muy cambiada,

probablemente por el efecto de los medicamentos. Luego de mucho meditarlo había decidido facilitarle los fondos para que ella pasara una temporada en París, donde sus amigas, enteradas del problema de salud que la aquejaba, estaban dispuestas a ayudarla. Abigaíl había prometido a su padre que tan pronto llegara a Francia escribiría a su marido y a su hija. Don Eusebio terminaba la carta pidiendo que le avisaran en cuanto supieran de ella. Dos meses más tarde llegaba a Boquete la carta de Abigaíl.

París, 12 de diciembre de 1914

Queridos Jorge y Clarita:

No es sino hasta ahora que me siento con fuerza suficiente para escribirles. Les pido perdón por no haberlo hecho antes, pero ya saben que este último año yo no era realmente yo. Ahora, felizmente, me siento bien, aunque muy desorientada en torno al futuro.

Este viaje a Europa, Jorge, no es, como los de antes, uno de esos caprichos que siempre me consentías. Siento que algo de mí se ha quedado por acá y he querido regresar a buscarlo para ver si al fin logro encontrarme a mí misma. Allá, con ustedes, hay otra pieza de este rompecabezas que es mi vida. Sé que esa es la pieza clave, pero ahora mismo me parece que soy incapaz de colocarla en el lugar preciso. Sin embargo, pueden estar seguros de que dondequiera que estén en algún momento volveré a encontrarlos. No sé cuándo, pero sé que así será.

Quiero que sepas, Jorge, que nada de lo que nos ocurrió es la causa real de mi enfermedad. La angustia ante la adversidad puede haber precipitado el desenlace, pero en opinión de los médicos mi mal está conmigo desde mi nacimiento y me acompañará hasta la tumba. Esta opinión la han confirmado los especialistas europeos que he visitado cumpliendo lo prometido a mi padre. Con medicamentos adecuados y algunos cuidados especiales es posible que no sobrevenga otra crisis. Necesito, pues, esperar un tiempo para sentirme bien antes de regresar con ustedes, para quienes lo último que quiero es convertirme en una carga.

Por papá estoy enterada de los grandes progresos de Clara en la escuela y me siento muy orgullosa. Sigue así, querida hijita, que una buena educación es indispensable en la vida de quienes como tú están llamados a triunfar.

En cuanto a ti, Jorge, espero que no abuses del trabajo y que no descuides tu salud. Ahora todos sabemos que es lo más importante en la vida.

Solo me resta decirles, una vez más, lo mucho que los quiero y los extraño. Escríbanme cuanto antes aquí, a París, pues necesito saber que están bien.

Besos,
Abigaíl

Jorge y Clara se apresuraron a enviar sendas cartas en las que expresaban toda la alegría y el amor de que eran capaces, pero ya no llegarían a Boquete más cartas

de Abigaíl. El decaimiento de Jorge se hizo cada día más notorio y los años empezaron a hacer mella en él. Aunque todavía compartía con su hija el amor por las montañas, solamente salía de excursión los domingos, si el tiempo era bueno. La finca había venido a menos y de la tienda casi nada quedaba. Los ingresos apenas alcanzaban para mantener la casa y Clara se vio obligada a privarse de algunos pequeños placeres. Los vestidos ya no los compraba en la tienda del pueblo, sino que se los cosía la esposa de Juan. Con lo rápido que crecía, también el calzado se convertía en un problema. Las madres franciscanas, ante la evidente pobreza de su alumna favorita, decidieron que continuase sus estudios sin necesidad de pagar, con la excusa de que así compensaban los servicios que Clara venía prestando en la escuela como maestra asistente de las clases de religión de los más pequeños.

Jorge veía acercarse el momento en que habría que tomar decisiones acerca del futuro de su hija y decidió consultar a sor Rafaela, con la que Clara seguía manteniendo una relación muy especial. Ambos concluyeron que lo mejor sería preguntarle a la propia Clara, que ya había alcanzado la madurez necesaria para decidir por sí misma lo que deseaba hacer con su vida. Jorge aprovechó uno de sus paseos dominicales para hablar con ella, temeroso de que su decisión traería como consecuencia inevitable el alejamiento. Recordaba que en alguna ocasión la madre Rafaela había mencionado la posibilidad de enviar a Clara a estudiar a Roma, y si sus temores eran fundados y ella elegía el camino religioso, la separación podía ser definitiva. Ese domingo en la tarde, después de escuchar pacientemente las preocupaciones que embargaban a su padre, Clara clavó en él aquellos enormes ojos color café y con una sonrisa mezcla de ternura y picardía le dijo que era verdad que aspiraba a ser como sor Rafaela, pero que no quería ser monja sino maestra.

Corría el año 1919 y Clara era una hermosa y espigada adolescente de catorce años. El abuelo Eusebio López, senador por el departamento del Valle del Cauca, había muerto inesperadamente en Bogotá, víctima de un infarto fulminante. En Europa acababa de terminar la guerra mundial y a pesar de que continuaban escribiéndole regularmente, habían pasado cinco años sin que los Calero de Boquete recibieran noticias de Abigaíl.

Andrew Thomas
III

Tan pronto desembarcaron en Chiriquí, los Thomas emprendieron el viaje hacia La Ladera, nombre con el que desde hacía muchos años se conocía la hacienda adquirida por los Winston. En el quitrín iban Amos, Sarita y Mercedes y un poco más atrás, en una carreta tirada por dos caballos y conducida por un vaquero, seguían Andrew y Rachel con el equipaje. Como el viaje tomaría por lo menos once horas, el coronel había querido partir enseguida para estar en La Ladera antes de medianoche. Alrededor de las doce del día llegaron a un cruce de caminos, contiguo a un apacible río bordeado por árboles frondosos, bajo cuya sombra se detuvieron a descansar y comer un bocado. Sarita explicó que el camino de la derecha conducía hacia San José de David, capital de la provincia, y continuaba después hacia Boquete, un pueblo situado en la vertiente oriental del volcán. Ellos tomarían el de la izquierda que los llevaría a La Ladera, ubicada en la falda occidental de la cordillera a seiscientos metros de altura.

Reiniciado el trayecto, y luego de dar vuelta a un recodo, Andrew contempló por primera vez la masa azul del volcán, una majestuosa montaña que como un imán gigante parecía atraer el quitrín y la carreta en su lento y prolongado ascenso. Cuando cayó la noche los viajeros continuaron el camino iluminados por la luna llena de enero hasta llegar a La Ladera. Mercedes se encontró ante una casa amplia y sencilla, aunque la luz titilante de las guarichas no le permitía apreciar mayores detalles. Tanto ella como Amos y Sarita dispondrían de sus propias habitaciones y Rachel y Andrew dormirían en el jorón, un desván construido con caña brava sobre la sala. Como se habían quedado dormidos, no resultó fácil para el coronel Winston subirlos en brazos por la frágil escalera.

La Ladera distaba cinco kilómetros de La Concepción, una pequeña villa de cinco mil habitantes, en su mayoría ganaderos y agricultores. La finca tenía una extensión de 120 hectáreas repartidas entre una gran planicie y un profundo cañón que la bordeaba por el noreste, en medio del cual serpenteaba uno de los tantos ríos a los que el valle de Chiriquí debía su legendaria fertilidad. Eran esos bajos los que le daban mayor valor a la finca pues en el verano, cuando el agua escaseaba, trasladaban allá al ganado. La hacienda contaba con cuarenta reses, veinte de ellas de ordeño, seis caballos, doce cerdos, cinco cabras y veinte gallinas. Detrás de la casa crecían guayabos de tronco liso y alguno que otro algarrobo, que los gavilanes usaban como observatorio para divisar a su presa. La primera vez que Andrew constató la habilidad de Amos Winston fue precisamente cuando lo vio acertar con el rifle, desde la puerta de la casa, a una de aquellas aves de rapiña. Desde entonces Andrew asumió como uno de sus deberes proteger a los polluelos avisando al coronel cada vez que aparecía un gavilán por aquellos lares.

Amos Winston se ocupaba poco de las labores de la hacienda. Dos vaqueros hacían casi todo el trabajo con el ganado y mientras Sarita administraba, el

coronel se limitaba a dar grandes paseos a caballo por las tardes. Tenía reservadas dos mañanas de la semana para su práctica de tiro y el lanzamiento de los puñales en un sitio apartado de la casa. Se comunicaba poco con Mercedes, que no disfrutaba hablando inglés, aunque había insistido en que sus hijos lo conservaran. Amos dedicaba gran parte de su tiempo a escribir. Según Sarita, estaba redactando sus memorias con la intención de algún día publicar un libro sobre su vida. Una vez cada quince días enviaba o recibía correspondencia que se hacía traer desde David.

Sarita parecía muy feliz. Entre los quehaceres de la hacienda y de la casa encontraba tiempo para que Andrew y Rachel continuaran su educación. Comoquiera que la escuela más próxima se hallaba a medio día de camino, había traído de David textos escolares a los que los pequeños Thomas tenían que dedicar cuatro horas todos los días. Les exigía hablar siempre en inglés y les corregía cualquier falta. "Más adelante sabrán lo importante que es aprender idiomas. Recuerden que aún es posible que regresemos a los Estados Unidos", solía decirles cuando protestaban.

Rachel ayudaba en la casa y se encargaba de las gallinas. En la mañana les regaba el maíz y recogía los huevos de las ponedoras. Andrew tenía asignado el ordeño. Vaciaba ubres junto a los vaqueros y mantenía un cierto control sobre la producción de cada vaca.

Para Mercedes, La Ladera fue una revelación inesperada. Desde un principio tomó gran interés por los animales que supervisaba personalmente. Con el tiempo le fue poniendo nombres a los que más merecían su estima, sobre todo aquellos que andaban más cerca de la casa. Hablaba de la vaca Flora, o de la gallina Julia, o de la cabra Petra como si fueran miembros de la familia. Y sus criaturas también mostraban por ella un cariño singular. Todos los martes y jueves por la tarde recorría en el quitrín los sitios accesibles de la finca para enterarse personalmente de las condiciones del ganado y cuando el coche no podía llegar hasta donde pastaban las reses, realizaba el resto del trayecto a pie. Por órdenes de Sarita, Rachel y Andrew se turnaban para acompañarla en aquellos interminables paseos.

El benjamín de los Thomas cumplía con sus obligaciones de manera que siempre le quedaba algo de tiempo para dedicar a sus propias andanzas. Su día preferido era el sábado, cuando no tenía deberes escolares que reportar a Sarita ni vacas que ordeñar. Salía con el sol a escudriñar hasta el último rincón de La Ladera, especialmente los bajos, donde la naturaleza había sido más pródiga. Invariablemente llevaba en el bolsillo un trozo de papel y un lápiz para escribir cada vez que algún paisaje o una experiencia diferente lo motivaban a jugar con las palabras. Varias veces en sus recorridos había emprendido una decidida marcha hacia el volcán, pero la montaña, que tan cercana se le figuraba, parecía alejarse a medida que avanzaba. Apenas alcanzaba a llegar a los últimos potreros de la finca cuando el cansancio o la caída de la tarde lo forzaban a regresar.

No eran muchas las ocasiones en que Andrew podía juntarse con compañeros de su edad. Las fincas vecinas distaban mucho y solo muy de vez en cuando iba al pueblo de La Concepción a acompañar al tío Amos, cuya apariencia llamaba la atención de los lugareños. Convivir solamente con su familia no parecía hacer

mella en el carácter de Andrew, que a la primera oportunidad entablaba conversación con los demás chicos de su edad. Su sonrisa fácil y su acento tan diferente atraían a aquellos muchachos campesinos, que además mostraban una gran curiosidad por averiguar quién era el señor alto de barba y cabello largo.

Cuando habían transcurrido ocho meses de su llegada a La Ladera, Sarita advirtió con preocupación que el coronel Winston se aburría. Si bien parecía disfrutar el ganado, el volcán, el río y la cañada, algo le hacía falta. Y Sarita creía saber qué era. Una noche de octubre durante la cena le sugirió hacer una demostración de sus habilidades ante la gente del lugar. No sería propiamente una gira como las que ellos habían hecho en los Estados Unidos, sino solo unas cuantas exhibiciones que seguramente encantarían a aquellos lugareños carentes de entretenimientos. Además, aprovecharía para recobrar la plenitud de sus formas.

Amos había descartado la idea de salida porque su retiro era definitivo y no estaba preparado para brindar un nuevo espectáculo. Pero Sarita insistió y lo instó a iniciar sus prácticas para estar listo cuando terminaran las lluvias, hacia mediados de diciembre. Por supuesto que ella no sería su asistente, pues para los habitantes de la provincia su aspecto aindiado no tendría ningún atractivo especial. Lo asistiría Andrew, a quien le confeccionarían una vestimenta idéntica a la del coronel, botas y sombrero incluidos. Dos noches después, Amos se dejaba convencer. A Mercedes no le hacía mucha gracia que Andrew fuera el ayudante del coronel, pero este le aseguró que su participación se limitaría a asistirlo con la colocación de los blancos y la entrega de las pistolas y los puñales en el momento indicado. Andrew, por su parte, quedó encantado con la idea, no solo porque se disfrazaría de vaquero y formaría parte del espectáculo sino también porque conocería la capital de la provincia y Boquete. Se dispuso que la primera presentación se hiciera en La Concepción, para luego subir a Boquete y terminar con un gran final en David. A diferencia de las exhibiciones con Sarita, no habría esta vez un blanco humano. La primera función se programó para el 15 de diciembre.

Amos Winston inició su preparación con entusiasmo. Al cabo de un mes ya se sentía listo para realizar todas sus antiguas proezas con las armas de fuego y los puñales. El papel de Andrew era muy fácil, pues solo tenía que colocar los blancos, cargar y pasar las armas y explicar en qué consistía la proeza, ya que, aparte de que su español seguía siendo bastante malo, el coronel no hablaba durante todo el espectáculo para mantener la concentración.

Sarita y Rachel estaban a cargo de pintar y preparar los objetivos y los cartelones anunciando el espectáculo y una tarde llamaron a Andrew para dibujar su figura sobre un tablón. Sarita le explicó que el coronel se sentía tan seguro de su preparación que había decidido practicar el acto de los puñales y para ello era menester tener las medidas precisas de Andrew a fin de que Amos practicara sobre ellas.

—Pero, Sarita, yo todavía estoy creciendo —protestaba Andrew mientras sus hermanas dibujaban el relieve de su cuerpo.

Ellas rieron ante la ocurrencia y la hermana mayor le aseguró que el coronel lanzaría los puñales a más de seis pulgadas del blanco y que solo llevarían a cabo

el acto si Amos se sentía en plena forma. Al cabo de pocos días Andrew observó, con gran satisfacción, que el coronel Winston clavaba los puñales seis pulgadas exactas alrededor de la figura pintada en el tablón.

El 15 de diciembre, en medio de una gran expectativa, arribaron a La Concepción Amos, Sarita y Andrew en una carreta tirada por dos caballos, que había sido cubierta al estilo de los carromatos del oeste americano para que en su interior los tres pudieran pernoctar durante la semana que duraría la pequeña gira. En la lona habían pintado con grandes letras "El espectáculo del coronel Winston", entre dibujos de pistolas, rifles y puñales, obra de Rachel y Sarita. La presentación sería a las cuatro de la tarde en un solar vacío, contiguo a la iglesia, justo enfrente de la plaza. La entrada costaba 10 centavos para los niños y 25 centavos para los adultos, que pagaban en una improvisada taquilla atendida por Sarita. Los doscientos lugareños que acudieron se sentaron en semicírculo sobre unos tablones apoyados en barriles. Detrás del sitio que ocuparían los objetivos se levantaba un gran promontorio destinado a detener cualquier bala perdida.

El desempeño del coronel resultó perfecto y dejó a todos los presentes asombrados y felices de haber asistido. Hasta Andrew, que lo había visto practicar muchas veces, quedó maravillado ante el aplomo y las dotes de artista del tío Amos. En las pruebas más difíciles, transmitía su concentración al público y el suspenso iba entonces en aumento hasta que súbitamente el coronel se daba la vuelta y acertaba a una velocidad pasmosa todos los disparos. Cuando ya la gente pensaba que el espectáculo había concluido, trajeron el tablón con diez globos de colores formando la figura de Andrew. El coronel en ese momento pedía la caja de los puñales que Andrew, haciendo sus mejores esfuerzos histriónicos, le entregaba con una seriedad solemne. El público, que esperaba nuevos tiros, dejaba escapar una exclamación de asombro al ver brillar la hoja de los inesperados puñales. Andrew sostuvo la caja para el coronel y este, después de medir diez pasos, sin más dilación, clavó con apenas un segundo de intervalo nueve de los diez cuchillos exactamente en la mitad de los globos. Un globo rojo quedaba encima de lo que habría sido la cabeza de Andrew, pero el coronel, como si no se hubiera dado cuenta, ya empezaba a alejarse. Habría recorrido diez pasos cuando el susurro del público lo hizo percatarse de que aún había un globo intacto. Amos Winston miró el globo, luego al público, sonrió y con una velocidad increíble sacó el revólver del cinto y sin apuntar hizo volar de un disparo los restos del último globo. El espectáculo había terminado en medio de un aplauso apoteósico. "¡Qué gran artista es el tío Amos!", se decía Andrew, extasiado.

La felicidad del coronel era evidente mientras felicitaba a Andrew por su ayuda. La gente los rodeaba y todos querían darle la mano o una palmada en la espalda. Andrew pensaba que quizás algún día él podría participar en el espectáculo no como ayudante sino también como experto tirador. Tendría que hablarle a Sarita al respecto.

Al día siguiente emprendieron el trayecto hacia Boquete. Se iniciaba el verano y el paisaje era todavía de un verde intenso que se azulaba en las montañas lejanas. Durante el largo ascenso, Andrew pudo contemplar el volcán en toda su magnitud. Le pareció que por este lado sería mucho más fácil llegar a la cima y se

prometió intentarlo algún día. Amos y Sarita se veían muy felices mientras compartían con Andrew la impresionante belleza del paisaje. En la noche vieron más estrellas que nunca y se entretuvieron contando las fugaces e inventando deseos.

El Boquete que presenciaron los Winston y Andrew antes de iniciar el descenso se hallaba en el apogeo de su esplendor. El cielo azulísimo, la cañada toda verde, los tejados rojos de las casas y el río cristalino e inquieto hicieron exclamar a Sarita:

—*Oh, Amos, I have never seen anything so beautiful!*

—*Yes, Sarita, it is beautiful indeed, but this is no place for cattle. All they grow here is coffee. That is why we chose the other side of the mountains.*

Al pueblo entraron la tarde del sábado. A lo largo de la calle principal se habían ido alineando varios curiosos para ver pasar el carromato del vaquero norteamericano, desde cuyo pescante Amos, Sarita y Andrew saludaban y anunciaban que el espectáculo sería a las diez de la mañana del día siguiente.

El lugar escogido se encontraba a un costado del pueblo, rodeado de pequeñas colinas. Los boqueteños habían erigido una especie de carpa para protegerse del bajareque, de modo que el espectáculo se desarrollaría parcialmente bajo techo. Había algo más de público que en La Concepción, aunque la gente parecía más tranquila. En una de las primeras filas, uniformadas, estaban sentadas las alumnas del colegio de las franciscanas.

El espectáculo se desarrolló impecablemente en medio del regocijo y los aplausos del público. Sin embargo, el coronel advertía que hacía falta entusiasmo y en lugar de atribuirlo al temperamento de aquella gente de montaña decidió añadirle emoción. Llegado el momento de sacar el tablón con los globos le preguntó a Andrew si estaba dispuesto a ocupar el lugar de su figura. Sarita le recordó al coronel que no había practicado con un blanco real, pero Andrew, excitado y totalmente seguro de las habilidades del coronel, se removió enseguida el sombrero y procedió a colocarse entre los globos.

Sarita presentó a Amos la caja con los puñales y cuando el vaquero tomó en sus manos el primero, un murmullo generalizado indicó que la expectativa del público iba en aumento. Amos, muy concentrado, dejó que pasaran varios segundos antes de empezar a lanzar los puñales. Los primeros volaron veloces y se clavaron justamente en medio de los globos, a seis pulgadas de la anatomía del niño que mantenía los ojos fijos en el coronel. Al tomar el noveno puñal, Andrew percibió algo insólito: Amos sudaba copiosamente y la expresión de su rostro parecía diferente. Hubo un momento de vacilación antes de que el puñal saliera de la mano del coronel; al clavarse en la tabla, Andrew supo que algo había ido mal. El globo no se reventó y el puñal había quedado incrustado entre el globo y su costado izquierdo, atravesando la camisa e hiriéndole ligeramente. Pero Andrew no movió un solo músculo y permaneció como si nada. El coronel estaba ya junto a él, destrabando el puñal que impedía a Andrew moverse. A medida que ambos se alejaban del tablón, aumentaban los aplausos y Andrew le dijo en voz baja al coronel que disparara sobre los dos globos restantes. Amos reaccionó y con dos disparos los hizo desaparecer. Los aplausos y vítores se multiplicaron. Entre el público, la niña Clara Calero, alumna del colegio de las monjas, estaba

segura de haber visto una mancha de sangre en la camisa del pequeño vaquero.

Sarita y Amos llevaron enseguida a Andrew al carromato y comprobaron con alivio que la herida había sido superficial.

—*You are a brave kid, Andrew, and today you saved the show* —le dijo el coronel mientras le curaban la herida. Y luego, dirigiéndose a Sarita, había añadido—: *This has been my last exhibition. I could have hurt this boy.*

Aunque Sarita trató de restarle importancia al asunto, presentía que el incidente tendría consecuencias muy serias. Y así fue.

A pesar de los ruegos de Sarita y Andrew, Amos canceló la presentación en la capital de la provincia, pero como de todas formas tendrían que pasar por David para recoger algunos víveres y el correo, el coronel invirtió la lona del carromato. No hubo alegría en el regreso y por más que Sarita y Andrew lo intentaron, no lograron sacar a Amos Winston de su ensimismamiento.

De vuelta en La Ladera, dijeron a Mercedes y a Rachel que habían pospuesto la presentación en David porque Amos no se sentía bien. Les hablaron de la belleza de Boquete, de lo bien que habían quedado las presentaciones y le entregaron a Mercedes los cuarenta dólares de la ganancia, que rehusó recibir. Ante la insistencia de Sarita, finalmente acordaron invertirlos en un nuevo pozo de brocal. Del incidente con el último puñal no dijeron nada.

La noche de su regreso, antes de dormir, Andrew confió a su madre el deseo de escalar la cima del volcán. Le dijo las veces que lo había intentado en vano y que le parecía más fácil el ascenso desde el lado de Boquete. Mercedes miró aquel rostro serio y soñador y luego le dijo, al tiempo que esbozaba una de sus muy contadas sonrisas:

—Andrew, siempre que lo has intentado has subido, sin saberlo, un trecho de la montaña. Si algún día llegas a la cima también te darás cuenta de que, inevitablemente, cada nuevo paso será en descenso. Quién sabe si no sea mejor estar siempre subiendo, sin llegar hasta la cumbre.

Andrew se durmió esa noche pensando con extrañeza que su amor por las palabras tal vez lo había heredado de aquella madre silenciosa.

Dos meses después del incidente de Boquete, Sarita le comunicó a la familia que Amos había decidido regresar a su país porque no estaba hecho para la vida de hacendado y, mientras todavía le quedaban energías, quería probar suerte otra vez en el mundo del espectáculo. Sarita iría a reunirse con él una vez dejase organizado el futuro de la familia y si Mercedes quería, los Thomas podían ir a vivir con ellos en los Estados Unidos, como antes habían planeado. Pero Sarita quería saber qué pensaban de todo aquello su mamá y sus hermanos.

Mercedes casi no la dejó terminar.

—Nosotros no nos movemos de aquí, Sarita. Nos gusta esta tierra y este joven país.

Dos días después, Sarita volvía a hablar con su madre para decirle que ella también se quedaba en La Ladera.

—Creo que Amos sospechaba que esa sería nuestra decisión y me ha dicho que no me preocupe, que la finca es mía.

Una semana más tarde Andrew acompañó a Sarita al puerto de Pedregal para despedir a Amos Winston. El coronel iba triste, pero decidido. Prometió escribir

a menudo y le insistió a Sarita que pensara bien sobre lo que quería hacer, que él siempre la recibiría con los brazos abiertos. Ya en el muelle, envolvió a Andrew en un abrazo de oso, mientras le decía:

—*Someday you will be a great man, and I hope that when it happens someone will tell me.*

Luego de la partida del coronel Winston, las cosas en La Ladera siguieron su curso acostumbrado, aunque, para desgracia de Rachel y Andrew, Sarita disponía ahora de más tiempo para cuidar de la educación de sus hermanos y velar por que cumplieran cabalmente sus deberes. Si no se portaban bien, el castigo no se hacía esperar.

Se iniciaba el mes de marzo de 1915 y Andrew acababa de cumplir trece años. Hasta en la escuela de Sarita ese mes de fines del verano era de vacaciones, y una vez cumplidas sus labores en la hacienda, Andrew quedaba libre para sus juegos y correrías. Cuando empezaba a refrescar la tarde, se juntaba con algunos de los muchachos de las fincas vecinas para divertirse con un juego inventado por él: los participantes se reunían debajo de una gran arboleda de caobos, ubicada a un par de kilómetros de La Ladera, y esperaban a que en el prematuro y mínimo otoño chiricano el viento norte desprendiera las hojas secas para tratar de apañarlas antes de que tocaran el suelo. Al final de la tarde se declaraba ganador al que más hojas había atrapado. Y si alguno tenía la fortuna de capturar en vuelo alguna de las luengas semillas de los caobos, que, a veces, más distantes, descendían dando vueltas, se le anotaba el equivalente a diez hojas.

Aquella tarde Andrew fue el primero en divisar al hombre a caballo que venía hacia la arboleda. Por la vestimenta y la manera como se aferraba a la cabalgadura, resultaba evidente que no se trataba de un vaquero. El improvisado jinete llegó hasta el grupo de muchachos y preguntó si alguno sabía dónde quedaba la finca de los Escudero. Ante el receloso silencio de los demás, Andrew se adelantó a informarle que vivían a media hora de allí y que con mucho gusto le indicaría el camino. Se despidió de sus compañeros y luego de rehusar el anca que le ofrecía el recién llegado, partió con paso decidido delante del caballo. El jinete colocó su cabalgadura al paso del muchacho para trabar conversación.

Andrew se enteró de que servía de guía a don Pablo Aguilar, abogado que ejercía en la capital de la provincia y que venía a ventilar un asunto con la familia Escudero. Por su parte, don Pablo se informó de que, tal como suponía, aquel muchacho decidido, de tez clara y cabello castaño, no había nacido por esos lares. Supo que se llamaba Andrew Thomas; que, igual que su padre, ya fallecido, había nacido en Gales; que su madre era colombiana; que tenía dos hermanas, y que vivían desde hacía varios años en La Ladera. Ante una pregunta de Andrew, don Pablo explicó que un abogado era alguien que estudiaba las leyes para ayudar a los demás a resolver algunos problemas, que a veces podían ser muy importantes y le sugirió que al llegar a la casa de los Escudero permaneciera un rato a su lado para que se diera cuenta de cómo se ejercía la profesión. Andrew aceptó de buena gana y una vez llegaron a la humilde vivienda siguió con mucha atención el diálogo entre el abogado y la pareja de rudos granjeros.

Resultó ser que un tío de los Escudero acababa de fallecer en David, legando todos sus bienes a aquellos sobrinos con quienes había vivido hacía veinte años.

Don Pablo, abogado del difunto, era el encargado del juicio de sucesión y esperaba que al final de todos los trámites los sobrinos quedaran dueños de más de doscientas cabezas de ganado, una finca de trescientas hectáreas y otros bienes dejados en herencia. En total, una pequeña fortuna. Había gastos que cubrir y papeles que firmar por lo que los Escudero tendrían que hacer un viaje a la capital de la provincia. Andrew sintió una profunda emoción al ver a aquella pareja de curtidos labriegos llorar mientras con torpes movimientos tomaban la mano del abogado para agradecerle. Ante la pregunta de cómo podrían sufragar los gastos del proceso si apenas tenían para subsistir, don Pablo les aseguró que él se haría cargo de todo y que después, con una mínima parte de los bienes de la herencia, se cubrirían los costos, incluidos sus honorarios.

La conversación de don Pablo y Andrew se intensificó en el trayecto de regreso, pues este quería saber mucho más sobre lo que hacía un abogado. Mientras la caída de la tarde alargaba las sombras, don Pablo, satisfecho de la atención que prestaba el muchacho, explicaba y filosofaba sobre las leyes y los abogados.

—No crea que las cosas son siempre agradables para nosotros, joven Thomas. Hay casos que se pierden y entonces resulta difícil explicar al cliente que uno hizo todo lo posible. Y otras veces pueden mandar a un defendido suyo a la cárcel y entonces no terminamos nunca de preguntarnos si hicimos nuestro mejor esfuerzo. Lo que sí puedo asegurarle es que la abogacía es un oficio interesante.

Atendiendo la invitación de Andrew, don Pablo cenó esa noche en compañía de los Thomas y se enteró de algunas de las peripecias vividas por la familia galesa-colombiana. Quedó sumamente impresionado con el grado de educación que habían alcanzado Andrew y Rachel bajo la férula de Sarita y le agradó saber que Andrew era un lector empedernido y que hablaba el inglés tan bien como el castellano. Mercedes estuvo más comunicativa que de costumbre, y Sarita y Rachel se ocuparon de que la comida —arroz con pollo, almojábanos, tajadas de plátano maduro y queso blanco con bienmesabe— fuera apetitosa y servida con un orden y pulcritud poco usuales en aquellos lugares.

Concluida la cena, todos lamentaron, Andrew el que más, que el abogado no aceptara la invitación a pasar la noche porque en La Concepción lo esperaba una familia amiga con la que se había comprometido de antemano. Al despedirse, Andrew, solemnemente, estrechó la mano del abogado, mientras don Pablo, sonriendo, le expresaba su deseo de que volvieran a verse pronto.

La mañana siguiente Rachel llegó corriendo al corral donde Andrew ayudaba en el ordeño a anunciarle que el abogado había regresado y que quería hablar con la familia. Al llegar a la casa, don Pablo Aguilar saboreaba una taza de café en el comedor y conversaba animadamente con Sarita mientras Mercedes escuchaba con una expresión adusta. La hermana mayor indicó a Andrew que se sentara, que el abogado tenía algo que decirle. Antes de hablar, don Pablo miró fijamente a Andrew.

—Le contaba a su familia que anoche, después de dejarlos, pensé mucho en ustedes y sobre todo en usted, mi joven amigo. Decidí retrasar mi regreso a David para manifestarles que creo francamente que Andrew debe venir a la capital de la provincia a buscar nuevos horizontes. Yo le ofrezco habitación y empleo en mi

oficina y a cambio veremos qué cosas puede hacer. Por lo pronto su inglés me serviría mucho, pues tengo clientes que solo hablan ese idioma, que yo no lo domino bien. Puedo pagarle lo suficiente para que le mande algo a su mamá y una vez al mes yo cubriría el costo del pasaje para que venga a visitar a la familia —luego de una pausa añadió—: Dentro de poco estará listo el ferrocarril entre David y La Concepción, y entonces Andrew podrá venir más a menudo y también ustedes ir a verlo allá. Piénsenlo y después me mandan a decir qué han decidido a la dirección que aquí les dejo.

Mercedes respondió enseguida que mejor resolvían el asunto de una vez y preguntó directamente a Andrew qué quería hacer.

—¿Ustedes qué creen? —inquirió él a su vez.

Sarita iba a decir algo, cuando Mercedes la interrumpió con un gesto.

—Nosotras pensamos que debes irte con el señor abogado, pero la decisión es tuya. Aunque allá estarás más lejos de tus montañas y todo lo que te gusta, tendrás oportunidades que nunca tendrías aquí.

Andrew no lo pensó mucho.

—Entonces, me voy con don Pablo. ¿Cuándo quiere usted que empiece?

—Lo espero en una semana, amigo Thomas —respondió el abogado, gratamente sorprendido por la pronta decisión de aquella familia.

Y dicho esto, fue don Pablo quien estrechó solemnemente la mano de Andrew.

La víspera de su partida, Andrew hizo un extenso recorrido por sus lugares favoritos de La Ladera. Bajó a la cañada a contemplar el río en su eterno peregrinaje hacia el mar; capturó algunas hojas en la arboleda donde había visto por primera vez al abogado y emprendió una última marcha hacia el volcán, esta vez sin ánimo de alcanzarlo. Mientras veía ocultarse el sol, bajo uno de aquellos hermosos arreboles de finales del verano, se prometió algún día escalar la cima. “Hasta entonces tendré que dedicarme a trabajar en la ciudad”, se dijo con nostalgia. Esa noche escribió su primer poema.

El benjamín de los Thomas partió rumbo a David a principios de abril. Al despedirse, su madre le había insistido en la necesidad de trabajar siempre con mucho orden y disciplina y le recalcó, con inusual seriedad, la importancia de la familia. “No dejes de venir a vernos cada vez que puedas”, fueron sus últimas palabras. Rachel había llorado mucho, no solamente porque extrañaría a su hermano y compañero sino también porque ahora quedaría ella como única alumna de la hermana mayor, con todas las consecuencias que aquello implicaba. Sarita había insistido en acompañar a su hermano a David para saber dónde viviría, cómo era la familia del abogado Aguilar y qué tipo de trabajo desempeñaría Andrew.

Sarita y Andrew entraron en David una tarde muy calurosa. Don Pablo Aguilar vivía con su esposa Lucila y su hija Beatriz, que aparentaba alrededor de treinta años, en una casa ubicada cerca del parque, que contaba con un extenso patio posterior en el que pastaban dos caballos. Para hospedar a Andrew habían habilitado un viejo depósito que, aunque de dimensiones reducidas, era limpio y acogedor, con una ventana que miraba hacia el patio. En el frente de la casa, el pequeño salón que hacía las veces de oficina apenas tenía espacio para el escritorio

de don Pablo y un par de butacas.

—Ya nos las arreglaremos, amigo Andrew, y si el trabajo incrementa mucho, nos mudamos a una oficina más grande —había dicho don Pablo.

Sarita pasó la noche en casa de los Aguilar y se sintió satisfecha de ver que constituían una familia muy unida y de buenas costumbres, aunque a Beatriz la encontró un poco rara. El hijo mayor estudiaba en Bogotá la carrera de Derecho, pero doña Lucila sabía que, una vez graduado, dadas las oportunidades que se le presentarían en la capital colombiana, no regresaría a trabajar en provincias junto a su padre.

—Ya veremos, ya veremos… —comentaba don Pablo cuando se hablaba del tema.

Pablo Aguilar era el abogado más prominente de la provincia de Chiriquí, donde a ratos ejercía también como periodista. A pesar de haberse graduado de abogado en Bogotá y obtenido un doctorado en París, no había aceptado ninguna de las ofertas recibidas para trasladar su práctica a Panamá.

—Me gusta la vida y la gente de aquí. Mi ritmo y el de la provincia van al unísono —solía decir.

A la mañana siguiente, con la salida del sol, Sarita inició el regreso a La Ladera. Sentada en el quitrín, las riendas en las manos, le dio a Andrew un último consejo: "Aprovecha la oportunidad que se te presenta, hermanito. Pero si después de un tiempo no eres feliz, no vaciles en regresar a La Ladera. Por ahora te aconsejo que al menos te pases un par de meses por acá antes de ir a visitarnos".

Y dicho esto, partió, resuelta como siempre. A Andrew se le humedecieron los ojos por un instante antes de ir a preguntar a don Pablo, muy serio, cuáles serían sus obligaciones.

—Antes de que comience usted a trabajar formalmente quiero que tenga este libro —dijo el abogado, mientras entregaba a Andrew un método de mecanografía—. Hoy en día es muy importante saber escribir a máquina. Aquí tenemos una, pero yo no sé cómo usarla y mi hija Beatriz no demuestra mucho interés en aprender. Si pasa por la Notaría, que queda a dos puertas de aquí, podrá conocer a la secretaria del notario, que es una experta mecanógrafa. Se llama Julia, es una buena mujer y le puede ayudar si tiene alguna dificultad. Lo demás lo iremos viendo sobre la marcha. ¡Ah!, eso sí: cuando venga algún gringo por aquí, me puede servir de traductor. Entre tanto, dese una vueltecita por David para que se vaya familiarizando con el pueblo.

David constaba entonces de seis calles que iban de norte a sur y dos avenidas que cruzaban de este a oeste. En medio del trazado estaba el parque, a cuyo alrededor giraba la actividad comercial. A poca distancia del centro se iniciaban los linderos de las fincas ganaderas y agrícolas, verdadera riqueza de Chiriquí. En medio de algunas de aquellas haciendas, rodeadas de árboles antiguos, se levantaban las viviendas de los más prósperos agricultores y ganaderos chiricanos. En su primer recorrido, Andrew se limitó a dar la vuelta al parque y ubicar alguno que otro comercio importante.

Intrigado por el funcionamiento de la máquina de escribir, que nunca antes había visto, Andrew se aplicó a la mecanografía con verdadera obsesión. La

secretaria del notario, que le serviría de maestra, era una verdadera experta. “Yo estudié Secretariado en Panamá y puedo escribir hasta cien palabras por minuto”, le había dicho a un asombrado Andrew, mientras tecleaba sin siquiera mirar.

Con el permiso de don Pablo, Andrew trasladó la máquina a su cuarto para practicar por las noches: “asdfg ñlkjh…”, tecleaba, mientras se iba aprendiendo la posición de las letras, de los signos y de los números. “Se le van a gastar los dedos a tu ayudante”, le decía doña Lucila a su marido cuando escuchaba el incesante teclear que salía del cuarto de Andrew. Al principio era un tecleo lento y arrítmico, pero la segunda semana ya las teclas golpeaban el rodillo con más celeridad y mejor compás.

Transcurrido el primer mes, los señores Aguilar habían acogido a Andrew como a otro miembro de la familia. El muchacho no solamente ayudaba a don Pablo en la oficina, donde algunos nuevos clientes habían aparecido atraídos al saber que ahora se hablaba inglés, sino que también se esmeraba en servir a doña Lucila en las tareas de la casa. Gracias a los castigos de Sarita, sabía barrer mejor que cualquier doméstica y varias veces, en las ausencias de Beatriz, que eran muchas, le quitaba la escoba a doña Lucila para terminar de barrer la vivienda.

Beatriz, sin embargo, parecía resentir la presencia de Andrew y no hacía nada por disimularlo. Le hablaba con marcada indiferencia y aprovechaba cualquier oportunidad para recordarle que él era simplemente un empleado de su padre. Andrew sobrellevaba la situación procurando aparentar que para él la actitud de Beatriz carecía de importancia. En el fondo se preguntaba qué la impulsaba a portarse así y qué hacía con su tiempo aquella señorita tan poco agraciada que, por suerte para él, casi nunca estaba en casa.

Andrew siguió los consejos de Sarita y dejó pasar un mes y medio antes de regresar a La Ladera a visitar a su familia. Sentía una gran nostalgia por la vida bucólica, pero comprendía lo mucho que estaba aprendiendo en David, no solamente por el trabajo que desempeñaba sino por la interacción con la gente y las diversas situaciones que se le presentaban día a día. Don Pablo había insistido en acompañarlo durante la primera visita a La Ladera para asegurar a su madre y a sus hermanas que todo iba bien con el benjamín de la familia e indicarles lo satisfecho que estaba con su desempeño. Mientras las abrazaba, Andrew se percató de lo mucho que las extrañaba y le produjo una gran satisfacción entregar a su madre cuarenta pesos, la mitad del sueldo recibido por sus primeros dos meses de trabajo. Había guardado treinta pesos y el resto lo había empleado en adquirir algo de ropa y calzado más a tono con sus nuevas funciones. La necesidad de ahorrar, que Mercedes les había inculcado desde pequeños, empezaba a ser para Andrew un hábito que le duraría toda la vida.

Durante esa primera visita, Andrew no quiso hacer su acostumbrado recorrido por La Ladera y prefirió permanecer en casa con su madre y sus hermanas, contándoles sus nuevas experiencias. Luego de dar testimonio del buen desempeño de su pupilo, don Pablo había aprovechado el viaje para visitar a los Escudero. Cuando la tarde del domingo iniciaron juntos el regreso a David, Andrew se dio cuenta, con tristeza, de que había procurado mirar hacia el volcán lo menos posible.

Al cabo de cuatro meses, la obstinación y disciplina de Andrew habían

conseguido dominar la máquina de escribir. Los escritos del abogado para los jueces no tenían que ir ya donde Julia, pues Andrew los escribía con pulcritud y aceptable rapidez. Con el permiso de don Pablo, recibía también trabajos de terceros y la propia Julia le pasaba algo de lo que a ella le sobraba. Escribía de noche en su cuarto, por cada página cobraba diez centavos, veinte si el trabajo era en inglés, y ya el primer año ganaba con la máquina de escribir una tercera parte de la suma que don Pablo le pagaba. La mitad la entregaba rigurosamente a su madre durante sus visitas mensuales a La Ladera.

La llegada de nuevos clientes a la oficina de don Pablo ocasionó que el espacio se fuera quedando pequeño. Cuando eran varios los que esperaban para ser atendidos se hacía necesario utilizar la sala de la casa, motivando las quejas constantes de doña Lucila. Con el tiempo, fue preciso mudar el despacho a una nueva oficina que quedó instalada en un amplio local frente al parque, con sala de espera y un pequeño cubículo para Andrew. Ya entonces era normal ver al asistente de don Pablo en el juzgado, llevando o trayendo escritos o tomando notas de los expedientes. Por aquella época fueron publicados los primeros Códigos de la República y Andrew puso todo su empeño en aprenderse de cabo a rabo el Civil, el Penal y el Procesal. Con la ayuda constante de su mentor, iba poco a poco familiarizándose con los conceptos legales y experimentaba una enorme satisfacción cada vez que lograba entender cómo determinadas normas jurídicas se aplicaban a situaciones concretas.

Cuando cumplió diecisiete años, el joven Thomas se ocupaba directamente de algunos casos de menor cuantía y preparaba también algunos escritos que don Pablo corregía antes de enviarlos al juzgado. Para satisfacción de ambos, las correcciones eran cada vez menores y menos frecuentes.

Después de la inauguración del ferrocarril de Chiriquí en el trayecto de David a Puerto Armuelles, con una parada en La Concepción, las visitas de Andrew a La Ladera fueron más constantes. Sarita y Rachel venían a visitarlo a David de vez en cuando, pero Mercedes rehusaba salir de La Ladera. “Prefiero quedarme aquí con mis animales y Andrew sabrá comprenderlo”, respondía siempre que sus hijas la invitaban.

Los ecos de la gran guerra que se libraba en Europa llegaban hasta Chiriquí. El Canal de Panamá, que tenía ya cuatro años de inaugurado, había ayudado mucho a la rápida movilización de las tropas y armamentos de los norteamericanos. Andrew comentaba con don Pablo las noticias que traía el semanario *Ecos del Valle* sobre la guerra, la política panameña, el éxito alcanzado por la vía interoceánica y los futuros planes del gobierno nacional para la provincia de Chiriquí, donde ya se había instalado y empezaba a dejar sentir su influencia la Chiriquí Land Company, con sus enormes plantaciones de bananos en la región de Puerto Armuelles. Andrew seguía aún apegado a las palabras, pero ahora los términos jurídicos ocupaban gran parte del espacio que antes llenaban los versos. Aunque todavía disfrutaba leyendo y escribiendo poemas, la poesía había pasado a ser un mero divertimento en medio de la actividad legal. Algunas veces escribía también sobre política o sobre los acontecimientos mundiales y don Pablo, impresionado por la profundidad y el alcance de los conceptos, hacía publicar los escritos de su pupilo en el *Ecos del Valle*, que ahora se editaba

diariamente en la provincia.

En cierta ocasión, de la dirección del periódico solicitaron a don Pablo el envío de un editorial sobre la administración de justicia y la aplicación de los nuevos códigos Civil y Penal. Don Pablo, que había tenido que salir para Panamá a atender un asunto urgente, dejó un proyecto y le pidió a Andrew que después de revisarlo se lo llevara a don Jorge Calero, corrector de pruebas y redactor del *Ecos del Valle*, que era un buen amigo y le había prometido hacerlo levantar enseguida. Antes del mediodía, Andrew llegó con el escrito a la pequeña vivienda que ocupaba el señor Calero en la calle 4ª, a un costado del periódico.

—¿Don Jorge Calero? —preguntó Andrew.

—Para servirle, joven, pase, pase —en el habla del periodista se advertía, además de simpatía, un claro acento extranjero—. Usted debe ser Andrew Thomas, el socio de mi amigo Pablo Aguilar.

—Soy solamente su asistente, señor Calero —respondió Andrew, algo cohibido—. Aquí le manda el editorial prometido.

Cuando iba a despedirse, Andrew observó una pila de diarios colombianos arrumados en el piso, al lado del escritorio del señor Calero, quien al notar el interés del joven se los ofreció.

—Llévese si quiere estas últimas ediciones de *El Tiempo* de Bogotá y vuelva por más cuando quiera. Yo las recibo semanalmente y me toma un par de días leerlas.

Desde aquel día, Andrew visitaría con regularidad a don Jorge para comentar las noticias de la provincia, de Colombia y del mundo que ambos leían en *El Tiempo*.

El joven asistente ya participaba de las ganancias que producía el despacho y ahorraba cuanto podía. Aparte del dinero que le enviaba a su madre, que rehusaba recibir más de sesenta pesos mensuales, gastaba únicamente en vestirse, siempre de lino blanco y corbata. Como la situación con Beatriz se había vuelto cada vez más incómoda, se vio obligado a mudarse, lo que significaba gastar en el alquiler de un cuarto de pensión que se le ofrecía por una modesta suma. Para complacer a doña Lucila, seguía visitando con regularidad la casa de los Aguilar, aunque evitaba toparse con Beatriz.

Una tarde, mientras Andrew estudiaba una nueva demanda en su despacho, entró don Pablo y se sentó frente a él. Andrew percibió enseguida en la expresión de su mentor que no había venido para discutir ninguno de los asuntos pendientes.

—Muchacho —dijo don Pablo—, acaban de trasladar a Panamá al secretario del Juzgado de David y el puesto está vacante. Lo he pensado mucho y creo que debemos hacer un esfuerzo para que le den a usted la plaza porque es la manera como podrá obtener en muy breve plazo la idoneidad de abogado. Con cuatro años de ejercicio del cargo, la Corte Suprema se la otorgaría enseguida. Además, como el secretario es a la vez suplente del juez, si en algún momento ejerce la judicatura en ausencia del principal, el plazo puede ser aún más breve. Probablemente ganará menos dinero que ahora, pero después recibirá mucho más como abogado. Piénselo bien y me dice mañana si quiere que hagamos el esfuerzo.

—Pero, don Pablo, y usted ¿qué va a hacer con todo el trabajo que hay aquí? Si me quedo en el despacho, en menos de diez años puedo conseguir también la idoneidad y podríamos seguir juntos.

—Andrew, a la velocidad en que están pasando las cosas diez años es mucho tiempo. No se preocupe, que yo ya estoy pensando en ir dejando poco a poco la profesión para dedicarme más al periodismo. Voy llegando a los setenta, pero no quiero dejar de ejercer hasta que usted pueda encargarse de la oficina. Así es que nos conviene a ambos que lo nombren.

Durante los dos meses que tomó la designación oficial de Andrew Thomas como secretario del Juzgado de Chiriquí, él y don Pablo Aguilar se dedicaron a terminar cuantos asuntos pudieron y a enviar a algunos clientes con otros colegas. El 5 de abril de 1920 Andrew Thomas asumía oficialmente el cargo de secretario del Juzgado, que ostentaría por tres años, durante los cuales en seis ocasiones ocuparía la judicatura como suplente del juez. Contaba entonces diecinueve años, vestía siempre de blanco, y su tradicional elegancia era objeto de comentarios frecuentes en los corrillos de David.

La Ladera seguía siendo una finca próspera donde, aparte de la lechería, los quesos frescos de los Thomas gozaban de justa fama. Sarita tenía tiempo de no saber del coronel Winston y de vez en cuando hablaba de trasladarse a la capital del país a respirar nuevos aires. Rachel era una hermosa señorita casadera a la que varios pretendientes davideños visitaban con regularidad y Mercedes seguía feliz entre sus animales. Le costaba mucho disimular el orgullo que sentía ante el progreso de su querido Andrew.

Clara Calero
III

La permanencia de Clara en las aulas de las madres franciscanas llegaba a su fin y era tiempo de decidir dónde continuaría sus estudios. A pesar de que la situación económica de los Calero seguía siendo precaria, Jorge estaba dispuesto a cualquier sacrificio para que su hija pudiera completar su educación. Después de consultar con varios amigos y, sobre todo, con sor Rafaela, tomó su decisión: Clara iría a estudiar a la capital del país donde se encontraba la Escuela Normal para la formación de maestras. El dinero lo obtendría solicitando a los compradores que le adelantaran el valor de la próxima cosecha de café y si no lo lograba, vendería la finca, que ya no estaba en capacidad de atenderla debidamente. La oposición de Clara, rotunda en un principio, fue cediendo poco a poco ante los consejos de sor Rafaela y los ruegos de su padre. Sentía una gran pesadumbre por dejarlo solo, sobre todo ahora que ya se advertían en él las huellas del envejecimiento. Presentía que si se iba de Boquete sería para siempre y no estaba preparada para abandonar su casa, sus montañas y sus amistades. Pero la decisión ya estaba tomada.

El verano llegaba a su fin y con él terminaban también las vacaciones escolares. El último domingo antes de la partida de Clara, Jorge insistió en emprender un paseo de despedida por algunos de sus lugares preferidos. Padre e hija recorrieron juntos, ahora más lentamente, aquellos cerros y vertientes de las que tantos recuerdos habían ido guardando con el pasar de los años. Terminaron el recorrido en el huerto de la casa y allí descansaron en el mismo sitio desde el cual, años atrás, habían visto nacer y volar a dos diminutos colibríes del árbol favorito de Clara, el naranjo más hermoso de la huerta. Ambos pensaron en la esposa y madre ausente, pero ninguno rompió el silencio que a la caída de la tarde hacía aún más apacible aquel inolvidable lugar.

Recién había cumplido Clara dieciséis años cuando estaba lista para viajar a la capital. Jorge la acompañaría y estaría con ella hasta asegurarse de que quedara bien instalada en el internado de la Normal y luego seguiría rumbo a Cali y Bogotá con el fin de visitar a la familia y tratar de averiguar sobre Abigaíl, de quien aún nada se sabía.

Al despedirse de Clara, sor Rafaela había tratado de poner una nota alegre ofreciendo ir a visitarla pronto a la capital. También le pidió visitar a las monjas franciscanas, quienes ya estaban avisadas de la llegada de la señorita Calero.

Durante el viaje en barco Jorge había advertido, con una mezcla de orgullo y preocupación, lo mucho que llamaba la atención la belleza de su hija. Tanto en el recién inaugurado ferrocarril que los llevó de Boquete a David como a bordo del barco que los trasladó a Panamá, los muchachos, casi sin excepción, miraban a Clara con la esperanza de que la muchacha correspondiera para poder intercambiar unas cuantas palabras. Jorge observaba a su hija como si la viera por

primera vez. Verdaderamente no había caído en cuenta de lo hermosa que era. En Boquete su hermosura, casi silvestre, se confundía con el paisaje, pero ahora, a medida que se rodeaba de más gente, se hacía cada vez más notoria. Clara recibía los halagos y cumplidos con la misma naturalidad que siempre había puesto en todas sus cosas.

Llegaron al Hotel Nacional, ubicado frente al Parque de la Catedral, un sábado por la tarde. El domingo lo dedicarían a conocer la ciudad hasta la hora en que Clara tendría que presentarse en el internado. Jorge sabía que alguno que otro pariente cercano se había trasladado de Cali a Panamá luego de la apertura del Canal, pero no estaba seguro de cómo encontrarlos. En su viaje a Colombia averiguaría algo más sobre el paradero de esos familiares, a quienes en caso de necesidad podría confiar la atención de su hija en la capital.

Clara, que muy poco recordaba de Cali y mucho menos de Roma y París, se sintió deslumbrada por los edificios, la actividad y la diversidad de gentes que encontró en Panamá. Ese domingo habían seguido todo el recorrido del tranvía que, partiendo del centro de la ciudad, llegaba hasta los límites de las haciendas que rodeaban la capital hacia el noreste. El conductor sonrió al ver que en la última estación permanecían a bordo para reiniciar el recorrido de retorno hacia el centro.

El hermoso edificio de la Normal quedaba frente a la bahía, no muy lejos del hotel y de la terminal del tranvía. Clara se consoló al pensar que desde su nuevo albergue podría ver el mar y los barcos que se iban o llegaban para cruzar el Canal. En el internado, austero pero limpio y ordenado, la encargada acogió a Clara con simpatía antes de llevarla a su habitación, donde su futura compañera de cuarto aún no se había reportado. Llegado el momento, Clara se despidió de su padre, quien le prometió regresar al día siguiente para hablar con el director del plantel. Sola en su habitación, se durmió llorando desconsoladamente.

Jorge llegó al despacho del director de la Normal a primera hora de la mañana. El doctor Cedeño era un pedagogo de reconocida fama, que contaba más o menos los mismos años que Jorge. Hizo llamar a Clara, quien llegó enseguida y abrazó a su padre con silenciosa ternura. El director aseguró a Jorge que Clara estaría muy bien en el internado, que sabía la excelente alumna que había sido hasta ahora y que su compañera era una muy buena muchacha de una distinguida familia de la capital, con la que indudablemente haría amistad enseguida. Estaba seguro de que los acudientes de Analida Herrera, nombre de su compañera, la invitarían los fines de semana a su hacienda, ubicada en las afueras de la ciudad. Jorge se despidió de su hija convencido de que quedaba en buenas manos y que la decisión de estudiar en la Normal había sido la mejor. Se prometió, también, hacer lo necesario para que Clara no se privara de nada durante sus años de estudio.

Desde el primer día Clara comprendió que las materias demandarían de ella una total dedicación, sobre todo si quería ser de las más destacadas. Sus compañeras parecían todas muy inteligentes y las animaba el mismo deseo de colocarse de maestras en los pocos planteles educativos que para entonces se habían establecido en el joven país. Las plazas en las dos o tres instituciones de educación privada eran, sin duda, las más codiciadas y solo las lograrían las

alumnas con mejores calificaciones. Por otra parte, las distracciones que ofrecía la ciudad eran tantas que la dedicación al estudio tenía que ser producto de una firme e inquebrantable disciplina.

Con Analida Herrera simpatizó desde el primer momento. Era pequeña y regordeta, llena de vitalidad e inventiva. Su cabello muy rubio y sus ojos azules atraían la atención de los muchachos, aunque no tanto como Clara, que ya se perfilaba como una de las alumnas más bellas de la escuela, candidata fija para el reinado de la fiesta de medio año, honor que rechazó cuando Analida y sus otras compañeras se lo mencionaron.

Clara tenía serias limitaciones en sus gastos. Su padre había pagado por adelantado el primer año lectivo, pero para sus gastos personales y de esparcimiento contaba solamente con diez pesos mensuales, apenas lo justo para las necesidades más elementales, por lo que, frecuentemente, tenía que rehusar paseos y diversiones con el pretexto de sus estudios. Las que siempre aceptaba eran las invitaciones de Analida a su hacienda Los Robles los fines de semana, a las que los tíos tutores podían llevarla. El padre de Analida había sido designado embajador del Gobierno de Panamá en Inglaterra y había decidido aceptar la posición por un año, circunstancia a la que obedecía que Analida estuviera interna en la Normal. Con el tiempo, Analida le confiaría que el matrimonio de sus padres no andaba bien y que el año en Londres era un intento por mejorar sus relaciones. Clara, por su parte, no sabía qué decir sobre su mamá y decidió esperar hasta el regreso de su padre antes de compartir con Analida su secreto.

En Los Robles las amigas se divertían realizando largos paseos a caballo que Clara aprovechaba para hablarle a Analida de su casa de Boquete y de sus montañas. Con el tiempo, a medida que la popularidad de Clara iba en aumento entre los muchachos de la capital, no era raro que los fines de semana varios hicieran el viaje hasta Los Robles para pasar el sábado con ellas o traerlas de vuelta el domingo. Uno de ellos, Felipe Alba, el mayor de los hijos de una familia acaudalada, se hallaba en Panamá pasando sus vacaciones y disponía de uno de los pocos automóviles que circulaban en la capital. Felipe estudiaba ingeniería en una muy buena universidad de los Estados Unidos, era muy simpático aunque un poco alocado e insistía en estar siempre con Clara, que recibía sus piropos con evidente aprensión y timidez.

—No tengo mucho tiempo, Clara —insistía Felipe—. Tengo que regresar a la universidad dentro de dos meses y para entonces tenemos que ser algo más que amigos. Recuerda también que estás hablando con el futuro constructor de todos los puentes, carreteras y aeropuertos de este país.

Todo aquello lo decía con una mezcla de sorna y seriedad que movían a Clara a risa, mientras le contestaba que a la edad de ellos tiempo era lo que sobraba.

Ninguna entretención, sin embargo, desviaba el esmero de Clara por sus estudios. Las clases, aunque difíciles por lo novedosas, eran interesantes. Clara se sentía preparada para asimilarlas, gracias a los esfuerzos educativos de su padre y de sor Rafaela, con la que mantenía una frecuente comunicación epistolar.

Dos meses duraría la visita de Jorge Calero a Cali y Bogotá, en donde la familia había venido a menos luego de la muerte de su suegro y la pérdida de la influencia política. Ni en Cali ni en Bogotá pudieron darle razón del paradero de

Abigaíl. Como si se la hubiera tragado la tierra, nadie había sabido de ella después de su viaje a Europa. Tampoco los médicos que la habían atendido en la clínica de Bogotá pudieron darle indicio alguno, aunque volvieron a asegurarle que si tomaba ciertas precauciones, Abigaíl era capaz de llevar una vida normal. Lo que sí logró averiguar Jorge fue que Leopoldo Calero, primo hermano por parte de su padre, se había establecido en Panamá desde hacía algunos años y tenía en la capital un exitoso negocio de avituallamiento de buques. Desde Colombia le escribió anunciándole una visita con su hija Clara.

La decepción de Clara porque nada nuevo se había podido averiguar sobre Abigaíl quedaría compensada con la alegría de volver a ver a su padre. Jorge, por su parte, encontró a su hija mucho más a gusto en su nueva vida y con un nuevo entusiasmo ante los retos y oportunidades que se le presentaban. Le habló de su amistad con Analida, de sus nuevos amigos capitalinos, a los que encontraba divertidos aunque un poco locos. Al conocer a Analida, Jorge pudo comprobar con desasosiego que la diferencia en el vestir entre su hija y la amiga era tan obvia que llamaba la atención. Los trajes de Clara, a pesar de su pulcritud, acusaban el uso prolongado y el rezago ante el avance inexorable de la moda.

La estrechez económica de los Calero de Boquete quedaría más en evidencia durante la visita al primo Leopoldo, que habitaba con su familia en uno de los nuevos barrios que empezaban a construirse fuera del centro de la ciudad. La opulencia de los parientes se advertía en la forma como vestían, en la amplitud y decoración de la casa y en el trato de parientes pobres que les dispensaron a Jorge y a su hija. Leopoldo Calero tenía dos hijos varones y una hija, ninguno de los cuales estuvo presente durante la visita. Antes de despedirse tanto él como su mujer le indicaron a Clara que podía acudir a ellos en caso de que tuviera algún problema.

En el tranvía de regreso al centro Clara expresó a su padre lo poco que le habían gustado aquellos tíos que solo ofrecían ayuda en caso de necesidad. Fue en ese momento cuando, por primera vez en su vida, Jorge tomó la decisión de mentirle a su hija.

—No hay de qué preocuparse, Clarita. Las cosas en Boquete han mejorado y, además, he podido obtener un pequeño ingreso de algunos bienes que aún nos quedaban en Cali. Así es que de hoy en adelante te estaré enviando no diez, sino cuarenta pesos mensuales para tus gastos. Y cuidado con ahorrar, que no quiero que te prives de nada.

Clara intentó una protesta, pero Jorge ya no quiso hablar más del tema. En realidad, cavilaba sobre lo que tendría que hacer para cumplir aquella promesa.

De regreso a Boquete, Jorge no tuvo ninguna dificultad en vender no solamente la finca de café, sino también la casa, que era apetecida por muchos de los finqueros ricos de la región. A través de buenos amigos, había obtenido un empleo en David como corrector de pruebas y redactor del *Ecos del Valle*, semanario que con el transcurso del tiempo llegaría a ser el diario tradicional de la provincia. Para Jorge lo más duro fue dejar Boquete y la serenidad y placidez que se disfrutaba viviendo en aquellas montañas. La ciudad de David era poco amistosa y sus habitantes debían realizar sus labores en medio del calor, la humedad y el polvo. Se consolaba pensando que desempeñaría una actividad que

siempre le había atraído porque armonizaba perfectamente con su amor por la lectura.

A Clara no le dijo una sola palabra sobre la venta de la casa y mucho menos de su traslado a David. Las cartas de su hija seguían llegando a Boquete y gracias a la complicidad de un amigo que trabajaba en el servicio postal, Jorge había logrado que le fueran entregadas en David. Justificaba el engaño tratando de convencerse de que, después de vivir varios años en la capital, Clara querría permanecer y casarse allá, facilitándole a él las explicaciones. Para evitar que se descubriera su tramoya firmaba la columna que escribía semanalmente en el *Ecos del Valle* con el seudónimo Doctor Rousseau.

Al terminar el primer año de estudios, Clara insinuó a su padre la posibilidad de ir a pasar las vacaciones a Boquete, pero Jorge había logrado disuadirla al recordarle que desde un principio habían estado de acuerdo en que no volvería a Chiriquí sino cuando ya fuera maestra. La alternativa era muy triste porque significaba permanecer en el internado donde solo la acompañaría alguna que otra alumna del interior a la que también le resultara costoso y complicado regresar a su casa. Enterada del predicamento de Clara, Analida la invitó a pasarse con ella un mes en Los Robles. No podía invitarla por más tiempo porque, desafortunadamente, los padres de Analida habían decidido permanecer en Londres tres años más y Analida debería partir a principios de año para continuar allá sus estudios.

Pero Clara ya había tomado la decisión de estudiar durante ese verano y el siguiente para terminar la carrera en tres años. Había sido la segunda de su clase y el próximo año sería la primera, no solo de su promoción, sino también en recibir el diploma de maestra. Jorge aceptó de buena gana la decisión de su hija y le prometió ir a pasar con ella unos días durante cada verano para recorrer juntos algunos rincones de la capital y ver el funcionamiento del Canal.

La nueva compañera de cuarto de Clara resultó ser una prima hermana de Felipe Alba, Isabelita, y aunque Clara no llegó con ella al grado de intimidad que tenía con Analida, frecuentemente iba los fines de semana a casa de la familia Alba. Cuando Felipe estaba en Panamá no pasaba un sábado o domingo sin que fuera a visitar a sus tíos si se enteraba de que Clara se encontraba con ellos. No era ahora Felipe el muchacho alocado de hacía un año, sino un joven más serio y formal, sobre todo en lo que tocaba a su relación con Clara, a la que todavía pretendía pero con un cortejo más maduro y realista. Ella parecía aceptar los requiebros de su pretendiente con mayor entusiasmo, aunque todavía con reservas.

Con el dinero que ahora le enviaba su padre, Clara no tenía que privarse ya de ninguna distracción y en compañía de sus amigas normalistas, sobre todo de Isabelita Alba, asistía a paseos y fiestas de los que antes prescindía por estrechez económica. Su popularidad en el colegio y en el reducido ambiente social en el que se desenvolvía era notoria y Felipe no era su único pretendiente, si bien sus amistades les pronosticaban un noviazgo seguro en poco tiempo. Sin embargo, ni las fiestas, ni los paseos, ni los pretendientes desviaron a Clara del objetivo que se había propuesto, y aquel segundo año terminó con las mejores calificaciones de toda la escuela.

En una de las visitas que, cumpliendo lo prometido a sor Rafaela, realizaba regularmente a las madres franciscanas, Clara tuvo el enorme placer y sorpresa de encontrarse con su antigua maestra y protectora del colegio de Boquete. Conversaron largamente sobre la escuela, el pueblo, las demás hermanas y maestras y sus excompañeros de primaria. Al tocar el tema de su padre, hubo un ligero titubeo en sor Rafaela que Clara captó enseguida.

—¿Le pasa algo a papá? —preguntó, preocupada.

—No, te aseguro que no. Ya te dije que lo vi el día antes de mi viaje y está muy bien —fue la respuesta de sor Rafaela.

Pero la duda ya había anidado y Clara se propuso disiparla. Aprovechando el regreso de sor Rafaela envió varias tarjetas postales a sus amigos boqueteños, para saludarlos y pedirles que le escribieran. Por uno de aquellos amigos, que le escribió a mediados de su tercer y último año de carrera, se enteró Clara de que su padre había dejado de vivir en Boquete hacía más de dos años, que había vendido la finca y luego la casa y que trabajaba en un periódico en la capital de la provincia.

En un principio Clara no podía creer que su padre le hubiese mentido, especialmente sobre la venta de la casa de Boquete. Ignoraba si su profunda tristeza se debía a la falta de confianza de su padre en ella, a la enormidad de su sacrificio o porque ahora comprendía que aquella vida que tanto había amado y disfrutado, aquella vida de paisajes y de gente sencilla, había terminado para siempre. Recordó su casa de las montañas, su huerta, su árbol favorito; recordó a su padre erguido y risueño durante sus largos paseos por aquellos parajes mientras le revelaba los secretos de la naturaleza. Y así, recordando, descubrió que había dejado de ser niña, la niña de papá, y que ahora tendría que enfrentar el futuro con una actitud más madura.

Cuando a mediados de octubre de 1923 Jorge Calero recibió la carta de su hija supo enseguida que algo malo había ocurrido. A diferencia de todas las otras que ella le enviara, esta estaba dirigida a él como redactor del diario *Ecos del Valle* en David. Angustiado rasgó el sobre torpemente y comenzó a leer:

Querido papá:

No sabes cuán difícil ha sido aceptar tu sacrificio. Si para mí resulta tan doloroso pensar que ya no es nuestra la casa de Boquete, imagino lo dura que para ti debió ser la decisión de venderla. Y me duele, sobre todo, porque no me diste siquiera la oportunidad de decirte que el sacrificio, aunque lo aprecio en todo su valor, no era necesario. Yo hubiera podido sobrellevar mis pequeñas privaciones sin que mi vida cambiara un ápice. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que los lujos que me has permitido me han alejado de nuestra manera de vivir habitual y me han vinculado más a la forma de vida que se lleva acá en la capital.

Te confieso que he pensado muchas veces en que mi destino o, mejor dicho, nuestro destino, está acá en esta ciudad de tanto futuro. Ya me han ofrecido empleos que jamás podría aspirar a obtener en David. Sin embargo, la decisión la tomaremos juntos cuando llegue el momento, que será en unos pocos meses.

Aunque no me he sentado a meditar sobre ello, es obvio que las oportunidades

de hacer un buen matrimonio son también mucho mejores acá. He conocido muchachos de muy buenas familias y costumbres a quienes se les abre un porvenir brillante en las profesiones que han escogido. También sobre este tema quiero tu consejo llegado el momento.

Agradezco infinitamente lo que has hecho por mí. Solo me resta pedirte que al igual que yo, conserves siempre la memoria de nuestra casita de las montañas y los años que allí vivimos como el mejor de todos los recuerdos. De esta manera solo tendremos que mirar hacia dentro cuando nos hagan falta los paisajes.

Te quiere más que nunca,
Clara

P. D. Mándame a vuelta de correo todos los artículos que el Doctor Rousseau ha publicado en Ecos del Valle.

Jorge se apresuró a escribir de vuelta a su hija asegurándole que no había tal sacrificio, que disfrutaba mucho con el empleo que desempeñaba y que ahora tenía nuevos y buenos amigos en David. Sobre la casa de Boquete escribió que debían pensar en ella como una etapa más en el camino hacia el futuro y que estaba de acuerdo en que lo importante era guardar con celo los buenos recuerdos. Le pedía que antes de aceptar definitivamente un trabajo en Panamá se tomara un par de meses para ver los progresos de Chiriquí, donde ya estaban terminadas las vías ferroviarias y se iniciaba la construcción de nuevas carreteras para acceder a los valles y montañas que guardaban la gran riqueza de la provincia. Además, el ejército americano tenía varios años de estar acantonado en David, donde había llegado para vigilar las últimas elecciones, realidad que, a pesar de las protestas de algunos, había influido positivamente en la economía de la región. Terminaba diciéndole, medio en broma y medio en serio, que también había buenos muchachos en David, capaces de hacer feliz a cualquier profesora de la capital. Los dieciocho artículos que había escrito el Doctor Rousseau acompañaban la carta.

Clara completó en tres años sus estudios y fue la primera alumna en la promoción de la Normal de 1924. Tenía varias ofertas de empleo, una de ellas del colegio privado para señoritas más prestigioso de la ciudad, y mantenía correspondencia con varios amigos de la capital que estudiaban en el exterior, la más asidua con Felipe Alba, que estaba a punto de regresar con su título de ingeniero bajo el brazo para "lanzarse a la construcción de todas las obras importantes de Panamá". En David, algunos quebrantos de salud le habían impedido a Jorge asistir a la graduación de su hija. Tal era la excusa que había dado, aunque la realidad era que no disponía del dinero necesario para los gastos del viaje.

Clara decidió mantener pendiente la aceptación definitiva de la oferta de empleo hasta después de su visita a Chiriquí, donde pensaba pasar los tres meses de verano en compañía de su padre, a quien no había visto desde hacía más de dos años. Tenía algunos ahorros con los que pensaba costear los paseos que

emprenderían juntos a Boquete y a otros sitios de veraneo de la provincia.

A fines de enero, a bordo del vapor Chiriquí, arribó Clara al puerto de Pedregal. Jorge la recibió de primero en la fila de los que aguardaban la llegada de sus seres queridos y padre e hija se fundieron en un prolongado abrazo. Al separarse, Jorge advirtió con orgullo que su hija era ya una mujer en la plenitud de su belleza. A Clara se le encogió el corazón al ver cuánto había envejecido su padre.

Llegaron a la vivienda de Jorge al caer la tarde, cuando ya el viento norte había empezado a amainar. En el trayecto, Clara había observado evidentes señales de progreso en la capital de la provincia. Algunas calles estaban revestidas de adoquines de modo que ya no volaba el polvo, la población sin duda había aumentado y se advertía mayor movimiento comercial.

El cuadro que presenció Clara al entrar en la casita de adobe de su padre fue tan desolador que le resultó imposible disimular el impacto. Aunque se la notaba limpia y en orden, la pobreza era evidente. La vivienda constaba de una sola habitación que Jorge había arreglado para su hija. "Yo he estado durmiendo en la sala, que es más fresca", había dicho a sabiendas de que no le creería.

Clara empezaba a reclamar a su padre por tratar de continuar con el engaño cuando unos golpes en la puerta la interrumpieron. Un joven alto y vestido de blanco entraba en ese momento cargando su maleta.

—Don Jorge, encontré la maleta en el quitrín y supuse que es la de su hija. ¿Dónde quiere que la deje?

Jorge se apresuró a indicarle la habitación y dijo:

—Clara, este joven es el socio del abogado Pablo Aguilar y, además, un gran amigo. Su nombre es Andrew Thomas.

Segunda parte

Uno

Si no fuera por el mes de enero, quizás tendrían razón quienes afirmaban que San José de David era un lugar poco placentero para vivir. Durante la temporada de lluvias, que se iniciaba a mediados de abril y terminaba a fines de diciembre, la capital de la provincia chiricana se convertía en una caldera inmensa y húmeda en la que los aguaceros a menudo se hacían acompañar de estruendosas descargas eléctricas que con frecuencia hacían estragos en las fincas vecinas. Y es que al presentir la tormenta los vacunos se apresuraban a guarecerse, inmóviles como estatuas, bajo el árbol más frondoso del potrero, paraguas gigante que servía de conducto a los rayos con funestas consecuencias para los animales y sus propietarios. Era la época en que solo unas cuantas calles del centro, recientemente revestidas de adoquines, permitían la circulación sin mayor tropiezo mientras las calles secundarias se tornaban en lodazales que pocos parroquianos se aventuraban a transitar. En cambio, durante los meses de febrero, marzo y gran parte de abril, la resequedad del verano hacía presa del villorrio y de sus alrededores. El viento se tornaba entonces en un vaho sofocante que llegaba acompañado de la omnipresente polvareda que, incontenible, penetraba en las casas para posarse sobre los muebles y enseres que en vano sacudían las amas de casa. El ardiente verano era también época de temblores que, sin alcanzar ningún hito en la escala de Richter, provocaban gran inquietud entre los davideños que amanecían fuera de sus viviendas por temor a que el tejado los aplastara durante el sueño.

Pero cuando llegaba enero los vecinos de David se olvidaban del calor, del polvo, de los aguaceros, de los rayos y de los temblores. El cielo se vestía de un azul limpio, los ríos descendían de las montañas hacia el mar plenos y cristalinos y el viento norte traía el aroma de tierra fresca. La luna llena se esperaba con ansias, y las noches se poblaban de música y cantos de serenatas.

A este enero en David había llegado Clara Calero a visitar a su padre con su diploma de maestra y grandes proyectos para el futuro de ambos, que probablemente transcurriría en la capital de la República. Pero las circunstancias que rodearon la primera noche de Clara, después de tres largos años de ausencia, le impidieron pensar en nada que no fuera la pobreza en la que vivía su padre y lo urgente que resultaba mejorar su situación. La vivienda carecía de luz eléctrica y de servicio sanitario. En medio del patio, si es que así podía llamarse el pequeñísimo terreno ubicado detrás de la casa, se hallaba la proverbial caseta de zinc con el excusado de hueco. No había estufa y el agua llegaba solamente a una

pequeña bomba ubicada en lo que parecía ser la cocina. Los alimentos se los traían a su padre en portaviandas, preparados por una vecina que le cobraba un peso diario por las tres comidas. ¡Y pensar que todo aquello lo sufría su padre para que en la capital ella pudiera llevar una vida sin necesidades y socialmente activa!

Antes de ir a dormir Clara quiso saber cuánto ganaba su padre en el periódico.

—Lo suficiente, Clara, lo suficiente —había respondido don Jorge.

—Lo suficiente para no tener ninguna comodidad… ¿Cómo has podido sobrellevar tanta pobreza?

—Te aseguro que nada me ha hecho falta. Comprendo que ahora contigo aquí tendremos menos espacio, pero será por poco tiempo, hasta que regreses a Panamá.

—Hasta que regresemos, papá. Te prometo que ya no nos separaremos más.

—Bueno, mañana hablaremos de eso. Ahora cuéntame qué te ha parecido Andrew Thomas.

—Creo que en tus cartas más recientes lo describías muy bien, solo que lo encontré algo pomposo.

—No creas. Al principio yo pensé lo mismo, pero ha sido educado así y sus modales son auténticos. Te darás cuenta cuando conozcas a su familia.

—¿Es que acaso hay planes de conocerla? —preguntó Clara, recelosa.

—No, en realidad no hay ningún plan —se apresuró a asegurar don Jorge.

—Otra cosa, papá, ¿cómo puedes leer y trabajar a la luz de estas guarichas? —preguntó Clara, cambiando de tema—. Y sobre todo corregir las pruebas del periódico, que tanto tiempo requieren.

—No, hija, yo no trabajo a la luz de las guarichas, sino a la luz del sol. En la silla que ves en el portal me siento a leer, a escribir y a corregir —Jorge sonrió antes de continuar—. Creo que soy una especie de campesino de las palabras: inicio mi jornada con la luz del día y la termino cuando el sol se oculta. Y hablando de eso, ya es hora de dormir. Quiero que mañana temprano me acompañes a mi lugar favorito.

Clara apagó su lámpara de querosén y permaneció un buen rato contemplando la noche a través de la ventana. Antes de dormirse advirtió que el silencio era más auténtico y menos denso que el del internado.

Con la llegada del alba, Clara pudo comprobar también que el paso del sueño a la vigilia era mucho más placentero al canto de los gallos que al timbre frenético de un reloj despertador. Al salir de la habitación, su padre la esperaba con el desayuno en la mesa, salvo el café y la leche, que permanecían en el portaviandas para que no se enfriaran.

Durante el desayuno Clara aprovechó para observar detenidamente a su progenitor. Era cierto que había envejecido, pero se había mantenido delgado y su rostro, donde el gran bigote blanco contrastaba con sus cejas espesas y todavía oscuras, reflejaba una envidiable serenidad. Usaba anteojos solo para leer y entonces los llevaba casi sobre la punta de la nariz. Clara concluyó su análisis convencida de que a sus setenta años su padre era aún un hombre de presencia agradable. En ese momento recordó también a su madre, pero solo por un

instante: aunque nunca había dejado de pensar en ella, procuraba alejar el recuerdo antes de que empezara a dolerle. En realidad, por más que se esforzaba ya no podía recordar sus facciones. A veces creía tener una imagen muy clara de su rostro, pero enseguida se desdibujaba y en su memoria quedaba únicamente una impresión vaga de sus ojos o de su sonrisa.

—Debemos ir partiendo —dijo Jorge, y su voz trajo a Clara de vuelta a la realidad.

—¿A dónde vamos y qué llevas en esa bolsa? —preguntó a su padre.

—Ya verás, ya verás. El camino nos tomará media hora así es que ¡andando!

Era una típica mañana de enero, fresca y transparente. A esa hora, por ser muy temprano y además domingo, circulaba poca gente. Padre e hija dejaron atrás las calles del poblado y continuaron por senderos que no eran más que una larga huella del paso rutinario del hombre. Finalmente se detuvieron bajo una arboleda que daba sombra a una hermosa charca.

—¡He aquí el Charco del Caballo! —exclamó Jorge, con alegría infantil. En un santiamén se despojó de la ropa y en vestido de baño comenzó a chapotear en medio de la charca.

El paraje era muy hermoso. El agua transparente dejaba ver un fondo de arena blanca mientras una mansa corriente mantenía limpio aquel recodo natural del río David. El agua llegaba a la charca a través de una pequeña cascada natural y regresaba al río entre dos enormes peñascos. A Clara también le dieron ganas de zambullirse.

—¿Por qué no me dijiste que veníamos al río? —protestó.

—A esta hora el agua está un poco fría —respondió Jorge—. Además, yo vengo a bañarme en el sentido estricto de la palabra.

Dicho lo cual, recogió el jabón de la bolsa y se encaminó hacia la pequeña cascada. Sentado en una piedra procedió a enjabonarse mientras tarareaba una música irreconocible. Viéndolo así, sonriente y rodeado de espuma, Clara pensó que a pesar de las adversidades sufridas en su padre aún germinaba la semilla de la felicidad.

En el camino de regreso a casa Jorge confió a su hija que ese baño de todas las mañanas era uno de sus grandes placeres.

—Además, me sienta bien la caminata. ¿No crees que estoy joven para mi edad?

—Te ves muy bien, papá. Eres un muchacho de setenta años con un alma de niño.

La tranquilidad de Clara al ver que su padre conservaba mucha de su alegría de vivir se vio perturbada enseguida por la convicción de que llevarlo a la capital no sería tarea fácil y decidió esperar antes de abordar el tema.

Para ese mismo domingo había previsto Jorge una excursión con el fin de pasar un par de días en Boquete. Clara tenía muchos deseos de volver a ver a sor Rafaela, al resto de las hermanas franciscanas y a sus antiguos compañeros de infancia. Pero, sobre todo, quería visitar la casa de la montaña y los parajes que ella y su padre habían descubierto cuando niña.

El viaje, que quince años atrás les tomaba dos días, se hacía ahora, gracias al ferrocarril, en algo menos de dos horas. A las diez de la mañana abordaron padre

e hija el motor para recorrer el trayecto que ascendía atravesando llanuras inmensas, siempre bajo la mirada impasible del volcán Barú, que desde el oeste acompañaba al pequeño vehículo a lo largo de todo el camino. Clara recordó el primer viaje en carreta y los cuentos de su padre mientras contemplaban la infinita bóveda estrellada: las siete Cabrillas, las tres Marías, la Osa Mayor. Con aquellos recuerdos llegó también el de su madre y la angustia que la sobrecogía cada vez que pensaba en ella. Contempló a su padre, que parecía mirar por la ventanilla mucho más allá de la llanura y de la cordillera. ¿En qué pensaría?

El motor se detenía en la pendiente que descendía hasta Boquete que, visto desde lejos, en nada parecía haber cambiado desde que Clara lo contemplara por primera vez con sus ojos de seis años: el mismo río, los techos rojos, el campanario de la iglesia y las hortalizas que parecían vestir con un delantal de cuadros las montañas circundantes. En la última estación los pasajeros se trasladaban a coches y carretas que los acarreaban hasta el pueblo.

Frente a la puerta del claustro de las franciscanas los esperaba sor Rafaela con la amable sonrisa de siempre. El paso del tiempo no parecía haber dejado huella en el rostro de su maestra y Clara pensó, mientras la abrazaba, que tal vez la gente buena nunca envejecía. A un costado de la huerta, en la que tanto había disfrutado Clara con su pequeño azadón, habían colocado la mesa para el almuerzo en el que participaron también sus antiguas maestras. Los recuerdos, que llegaban en oleadas, acabaron por sumir a Clara en un estado de beatitud similar al que sintiera años atrás, cuando acariciaba la idea de compartir el claustro con sor Rafaela.

Concluido el almuerzo, llegó el momento que Clara anhelaba y temía a la vez: en breve saldrían rumbo a su antigua casa en donde los nuevos propietarios esperaban la anunciada visita de Jorge Calero y de su hija.

Muy poco había cambiado el camino que ascendía del pueblo hacia la que una vez fuera la casa de los Calero. Hasta el rostro y los saludos de los lugareños parecían ser los mismos de siempre. A medida que se aproximaban, aumentaba la aprensión de Clara, a pesar de que su padre le había asegurado que los Lescure habían sabido mantener la casa tan hermosa como ella la recordaba.

Cuando el quitrín dio vuelta al recodo desde el cual ya se podía divisar la pequeña casa, padre e hija se miraron sonrientes y complacidos. Había tantos o más geranios rojos y campanillas blancas de las que Clara recordaba. La madera parecía recién barnizada y el techo rojo de zinc brillaba como nuevo bajo el sol de la tarde. Hasta la pequeña tienda contigua había sido remozada y se veía alegre y próspera.

Domingo y Victoria Lescure salieron al portal a recibir a los Calero. Su actitud era a la vez acogedora y tímida, como si se sintieran intrusos en su propia casa. El interior de la vivienda había sido renovado con muebles finos y de buen gusto, y a través de la ventana Clara pudo ver en el patio los naranjales relucientes y cargados de fruta, pero a pesar de la insistencia de su padre no quiso salir a ver el que fuera su árbol favorito. Temía no poder contener las lágrimas y no quería empañar la velada ni disminuir la alegría de quienes, evidentemente, habitaban su antigua casa con el mismo cariño que ella todavía sentía por el lugar en el que transcurriera su infancia.

Pero las lágrimas brotaron cuando llegaron a saludar el indio Juan y su mujer. Ellos habían seguido cuidando la tienda para los Lescure y parecían mantener su misma alegría tranquila, tan típica de la raza, que se advertía más en la mirada que en la sonrisa. La pregunta sobre doña Abigaíl, que ambos formularon casi al unísono, quedaría flotando en el ambiente sin que fuera realmente respondida. "Ahora está en Francia", se había limitado a decir Jorge, sin dejar espacio para más preguntas.

Al cabo de un rato, los Calero se despidieron con seguridades de regresar la próxima vez que visitaran Boquete. En el camino de regreso Clara le pidió a su padre ir directamente a instalarse en la pensión Villarreal, que habría de ser su morada durante los días de visita a Boquete.

—Todavía queda algo de luz. ¿No quieres ir hasta la finca de arriba? —preguntó Jorge, esperanzado.

—No, papá. Creo que ya por hoy no me caben más recuerdos. Vamos a dejarlos acomodarse y reposar hasta mañana.

De regreso al pueblo tuvieron que protegerse del bajareque, llovizna típica del verano boqueteño que llegaba de las montañas acompañando el viento norte. Era una lluvia ligera que apenas mojaba y que impregnaba, sin perturbar, los cultivos y las flores de la región. Los boqueteños estaban orgullosos de aquel remojo veranero que, según ellos, el Señor les hacía llegar para que la tierra fuera aún más fértil. Y, como para que se supiera que era obra de Él, siempre con el bajareque aparecía en el cielo un hermoso arcoíris. Esa tarde, Jorge y Clara volvieron a jugar, como antes, a ver quién descubría primero los siete colores del prisma celestial.

Padre e hija pasaron felices sus días en Boquete. Visitaron a antiguos compañeros de Clara, algunos de los cuales ya estaban establecidos en sus propias fincas. De las compañeras de clase, la mayoría había formado hogar propio y mostraban con orgullo a sus pequeños. Clara se sintió vivamente impresionada con lo mucho que había cambiado la existencia de aquellas amigas de su niñez y cuán diferentes de la suya eran sus vidas y su visión del futuro. Muchos de los parajes que Jorge y Clara habían descubierto ahora se hallaban sembrados de hortalizas o de café y en los lugares más asequibles habían edificado algunas casas. Parecía como si poco a poco los habitantes de Boquete quisieran acercarse más al cielo.

Hacia el final del segundo día apareció, tan inquieto como siempre, el primo Alberto, a quien Jorge había enviado recado de su visita. Irradiaba la misma vitalidad de antes, pero, según él mismo afirmó, ya había dejado de corretear paisajes pues se había convencido de que nunca encontraría un lugar tan hermoso como el suyo. Seguía dedicado a las cabras, aunque ahora mostraba un gran entusiasmo por una cría de faisanes que acababa de emprender.

—Con el tiempo serán tan domésticos como las gallinas y tendrán una gran demanda. A lo mejor yo no lo veré, pero harán la fortuna de mis hijos.

Jorge lo felicitó por la idea y el empeño, mientras pensaba que aquel primo montaraz, aunque ya no perseguía paisajes, perseguiría siempre ilusiones.

Jorge y Clara emprendieron el regreso en el motor que salía para David a las cinco de la tarde. Durante estos últimos dos días habían tenido tiempo para conversar, más que nada sobre recuerdos del pasado. Dentro de los recuerdos

había uno que, sin necesidad de decirlo, ambos parecían haber convenido excluir. Aunque ninguno de los dos mencionara a Abigaíl, padre e hija se sentían capaces de adivinar cuando el otro estaba pensando en ella, quizás por el gesto de tristeza que sin querer se asomaba. O tal vez porque el dolor que les traía pensar en Abigaíl era tan grande que ocupaba todo el espacio existente entre las inquietudes frente al futuro de la muchacha de veinte años y las reflexiones sobre el pasado del anciano de setenta. Bastaba un intercambio de miradas para que padre e hija comprendieran que el recuerdo doloroso estaba entre ellos una vez más.

Así ocurrió mientras el motor se deslizaba por la inmensa llanura que rodeaba las faldas del volcán y que había valido a la provincia el nombre con el cual los aborígenes la bautizaran antes de la llegada de los españoles: Chiriquí, Valle de la Luna. El motor atravesaba el mismo sitio en el cual, quince años antes, a la caída de la tarde, el indio Juan había decidido detener la carreta para que los Calero pasaran la noche. La belleza del paisaje también era la misma que había obligado a Abigaíl a exclamar: "¡Qué hermoso es esto!", última vez que Clara recordaba haber visto feliz a su madre. En ese instante padre e hija se miraron conscientes de que el recuerdo vedado nuevamente los acechaba.

—Papá, ¿qué crees que habrá sido de mi madre? —preguntó Clara, finalmente.

Jorge meditó un momento antes de responder.

—Francamente, no lo sé. Pero tengo el presentimiento de que la volveremos a ver. Cada vez pienso más en ella, como si estuviera más cerca que antes, como si ella también se acordara de nosotros.

—Si algún día volviera, ¿qué harías tú, papá?

—La recibiría como si nunca se hubiera ido. ¿Y tú?

—Haría lo mismo, pero tengo miedo de que el día que aparezca no pueda reconocerla. Por más que trato, no me acuerdo de su rostro, de sus facciones y apenas si retengo en la memoria alguno que otro de sus gestos.

—No te preocupes, Clarita, que el día que vuelva, por más cambiada que pueda estar, la reconocerás enseguida. Tú tienes, sin saberlo, gestos y maneras de tu madre y obviamente tu belleza no la heredaste de mí. Ella era… es una mujer muy hermosa.

Era la hora del sol de los venados, cuando las sombras empiezan a alargarse hasta que finalmente una sola sombra ocupa todo el espacio terrestre. Y aunque no hubo necesidad de decirlo, padre e hija se sintieron aliviados de haber conversado, por fin, sobre la madre y esposa ausente.

Esa noche, justo antes de que Clara apagase la lámpara, Jorge entró a su cuarto con una fotografía de Abigaíl.

—Para que recuerdes cómo era, Clarita.

Sobre el pequeño recuadro de cartón, algo arrugado y desteñido por el tiempo, un rostro sonriente y muy parecido al de ella la miraba desde el pasado.

Dos

El mismo día que Jorge y Clara Calero regresaban de Boquete, Andrew Thomas desembarcaba en la capital de la República acompañado de don Pablo Aguilar, que había insistido en estar presente en el momento en que su pupilo recibiera el Certificado de Idoneidad de manos del presidente de la Corte Suprema de Justicia. También habían concertado una cita con el secretario de Gobierno para la entrega de la carta de naturalización que otorgaría a Andrew Thomas la nacionalidad panameña. Si para el futuro abogado era el día más importante de su vida, para Pablo Aguilar significaba la satisfacción de haber confiado en una intuición que diez años antes lo había llevado a rescatar a aquel muchacho de una vida campesina que no parecía hecha para él.

Por ser el primer viaje de Andrew a la capital todas sus experiencias serían nuevas. Acostumbrado a los tres o cuatro automóviles que circulaban en David, quedó vivamente impresionado con la cantidad de vehículos, un tranvía incluido, que circulaban por el centro de la ciudad. El Hotel Nacional le pareció de un lujo excepcional y le sorprendió la gran cantidad de extranjeros que deambulaban por sus salones. Tal como años antes habían hecho Jorge y Clara, don Pablo invitó a Andrew a realizar todo el recorrido de ida y vuelta del tranvía para que se formara una idea cabal de la ciudad.

A las nueve de la mañana del lunes ascendían Pablo Aguilar y Andrew Thomas las escalinatas de mármol del Palacio de Justicia. La emoción de Andrew se intensificó aún más ante la magnificencia del edificio y la elegante sobriedad del recinto de audiencias, donde fueron recibidos por el doctor Gilberto Fuentes, presidente de la Corte Suprema. Tan pronto se vieron, el doctor Fuentes y don Pablo se abrazaron con el calor de una antigua amistad. Don Pablo presentó a Andrew, quien estrechó con solemnidad la mano que, acompañada de una cordial sonrisa, le extendía el doctor Fuentes.

—Encantado, joven. En un momento conocerá usted al resto de los integrantes de la Corte Suprema.

No había terminado de decirlo cuando fueron entrando al salón de audiencias los demás magistrados. Eran individuos cuyos nombres Andrew había leído en resoluciones judiciales y en la Gaceta Oficial, pero a los que nunca hasta ahora había podido ponerles un rostro.

El acto resultó más solemne de lo que Andrew y el propio don Pablo habían anticipado. Los magistrados ocuparon su sitio habitual en la tarima, detrás de un gran escritorio semicircular colocado contra una pared en la que se destacaba la

bandera panameña, al lado de la cual, desde un gran óleo, vendada y con la balanza en la mano, la imagen de la justicia parecía presidir la ceremonia. Andrew Thomas había quedado de pie, solo, frente a los integrantes de la Corte. Don Pablo observaba la escena desde la mesa destinada a los abogados de la defensa en las audiencias penales. Las palabras del doctor Fuentes fueron breves y directas.

—Andrew Thomas, que yo recuerde es usted la persona más joven que recibe de manos de la Corte Suprema de Justicia un Certificado de Idoneidad para ejercer la profesión de abogado. Bien empleado, ese título puede convertirse en un instrumento al servicio de la justicia, pero si se hace mal uso de él puede ser un arma dañina de consecuencias imprevisibles para los asociados. Nosotros hemos estudiado no solamente sus credenciales profesionales, sino también lo más importante, que son sus cualidades morales. Nos ha impresionado vivamente la recomendación que el doctor Pablo Aguilar ha hecho en el *petitum* y no tenemos por qué dudar de que todo lo que él ha afirmado sobre usted es cierto. En consecuencia, le hacemos entrega de este Certificado que lo convierte no solamente en abogado sino también en un auxiliar de la justicia. Esperamos que haga usted honor a nuestra profesión.

Visiblemente conmovido, pero con aplomo, Andrew se adelantó para recibir de manos del presidente de la Corte su idoneidad profesional. No sabía si le correspondía ahora contestar el breve discurso del doctor Fuentes y en busca de ayuda miró a don Pablo, quien se limitaba a sonreír. Optó entonces por decir solamente unas palabras de agradecimiento.

—Señor presidente, señores magistrados, agradezco enormemente el honor que me acabáis de conferir y os aseguro que recibo este Certificado con el mismo espíritu que os animó a otorgármelo.

Aunque sus palabras fueron muy breves, su voz había resonado en las paredes del recinto con claridad y firmeza.

Igual de emotiva sería la entrevista con el secretario de Gobierno, en la que hubo más formalidad, ya que los lazos de amistad entre este y don Pablo no eran los mismos que lo unían al doctor Fuentes. Sin embargo, el secretario había insistido en ser él mismo quien hiciera entrega a Andrew Thomas del Certificado de Nacionalidad. Los recibió en su despacho ministerial y luego de los saludos y presentaciones, invitó a don Pablo a sentarse mientras él y Andrew permanecían de pie, uno frente a otro.

—Amigo Thomas, sin duda ha cumplido usted con todos los requisitos que nuestra constitución exige a un extranjero para aspirar a la nacionalidad panameña. Muchas cartas de naturalización han pasado por mis manos en este pequeño país de inmigrantes, pero en su caso hay un detalle que ha reclamado mi atención, al cual debo referirme. Usted, señor Thomas, demostró su amor a Panamá sin ser aún panameño en momentos en que la Patria necesitaba de sus hijos. Es posible que la Guerra de Coto con la vecina República de Costa Rica por cuestiones limítrofes no vaya a figurar en la historia de las naciones, pero para nuestro país ese breve enfrentamiento bélico ha tenido un valor simbólico de gran importancia y trascendencia. Hemos demostrado a todo aquel que quiera verlo que Panamá y los panameños no nos dejamos avasallar y que la presencia de extranjeros en nuestro suelo obedece al injusto tratado Hay-Bunau Varilla, que en

1903 nos impuso la primera potencia mundial. Algún día, con ayuda de jóvenes como usted, nos liberaremos de ese yugo.

Ni Andrew ni don Pablo esperaban un discurso tan patriótico y encendido como el que acababa de pronunciar el señor secretario. Sabían de sus reconocidas dotes de orador, pero nunca pensaron que tendrían el honor de ser testigos de ellas y la sorpresa los había enmudecido. Andrew no podía menos que pensar que su participación en la Guerra de Coto no había tenido para él la importancia que el señor secretario le atribuía: no fue necesario disparar su arma ni tampoco el enemigo había disparado sobre él, solo se había limitado a custodiar y conducir a un soldado enemigo hasta entregarlo al comandante de las tropas panameñas. Se acordó, sin embargo, de algunos de los consejos que durante los últimos diez años había escuchado de don Pablo, que para él eran ya norma de vida. "Hay que respetar siempre la opinión de los demás… Las equivocaciones son parte esencial de la libertad… No siempre hay que decir lo que se piensa si el momento no es oportuno… El hombre debe ser libre hasta para guardar silencio".

Andrew recibió el documento de manos del secretario y se limitó a decir, mientras le estrechaba la mano:

—Le agradezco mucho, señor secretario, y fue un placer conocerlo. Haber servido en Coto fue para mí un gran honor y le aseguro que siempre que mi nueva patria requiera de mis servicios sabré decir presente.

Con otro apretón de manos don Pablo y Andrew se despidieron.

La mañana del martes había sido reservada por don Pablo para que él y Andrew conocieran de primera mano el Canal de Panamá, propósito por el cual el doctor Fuentes había puesto a disposición de los visitantes chiricanos su auto con chofer. Por ser la primera vez que Andrew viajaba en automóvil iba pendiente de cada uno de los movimientos del conductor y continuamente le preguntaba la función de cada uno de los instrumentos. En menos de una hora llegaron a las esclusas de Miraflores y subieron al mirador a tiempo de presenciar el paso de un enorme buque carguero. Vieron cómo entraba la nave en la esclusa que luego se llenaba de agua para subirla de nivel. Andrew se informaría más tarde de que, para cada barco que atravesaba el Canal, los ríos de Panamá proveían 52 millones de galones de agua dulce que posteriormente iban a dar al océano. Contiguo al puesto de observación se exhibía una gran maqueta que mostraba la extensa zanja, los tres juegos de esclusas y el lago Gatún, entonces el lago artificial más grande del mundo. Mientras contemplaban la escena, Andrew le comentó a don Pablo:

—El Canal parece ser una gran escalinata de agua dulce, donde los barcos suben y bajan de un océano a otro.

—Así es, Andrew. Entiendo que la idea original de los franceses era hacer un canal a nivel de ambos mares, como el de Suez, pero no contaban con la masa de la cordillera central, con el caudal del río Chagres, ni con la fiebre amarilla, que diezmó a los que trabajaban en aquella obra. El triunfo de los americanos no ha sido solo uno de ingeniería, sino también el de haber logrado sanear el ambiente y controlar las enfermedades.

Antes de regresar al hotel, don Pablo y Andrew hicieron un recorrido por la Zona del Canal y ambos quedaron vivamente impresionados con el aspecto de

ciudad que iba adquiriendo el área donde ya se destacaban el majestuoso edificio de la Administración de la Zona, el cuartel de la policía militar, las escuelas, los comisariatos, las iglesias protestantes y los letreros en inglés.

—No hay duda, Andrew, de que esto es un verdadero enclave. ¡Y todavía siguen construyéndolo!

—¿Usted cree que el Tratado de 1903 con los Estados Unidos preveía todo esto? Han traído hasta su propia religión.

—No, no creo que fuera la intención del tratado que a orillas del Canal se creara una ciudad norteamericana paralela a la ciudad de Panamá. Por eso las protestas van en aumento y se habla de un nuevo tratado para definir mejor las cosas. Me temo que entre los Estados Unidos y Panamá habrá siempre disputas por razón del Canal, pero lo cierto es que comoquiera que se la mire, esa vía acuática constituye la espina dorsal de nuestra economía.

—Y la fuente de nuestro patriotismo, tal como se lo oímos decir al secretario de Gobierno —recalcó Andrew.

—Es cierto. Pero ojalá que ese patriotismo sirva siempre para unirnos y no para dividirnos. El tema es tan sensible que se puede convertir fácilmente en levadura para la demagogia, tan típica de nuestros políticos.

Esa tarde don Pablo y Andrew recorrieron a pie la Avenida Central y ambos quedaron sorprendidos con la cantidad de mercadería de todas partes del mundo que ofrecían los almacenes. Andrew compró para su madre un pequeño jarrón de porcelana hecho en Inglaterra y pañoletas francesas para Sarita y Rachel.

En la noche el doctor Fuentes ofreció una cena a su amigo y colega chiricano en los salones del Club Unión, que se había inaugurado no hacía mucho como el más exclusivo de Panamá. Además del doctor Fuentes, concurrieron a la cena el secretario de Hacienda, también jurisconsulto y muy amigo de don Pablo, y dos abogados más con quienes este mantenía relaciones profesionales desde hacía muchos años. Andrew se dedicó a observar el entorno mientras procuraba no perder palabra de lo que se decía en la mesa. El comedor estaba colmado y le sorprendió que hubiera igual cantidad de norteamericanos que de panameños. Lo impresionaron algunas damas hermosas y muy bien vestidas, con algunas de las cuales intercambió miradas furtivas.

Al final de la cena, observando y escuchando, el joven abogado había logrado forjarse una imagen diáfana sobre la realidad política, económica y social de Panamá. Comprendió la significación de la presencia norteamericana y pudo apreciar que había dos líneas de pensamiento muy marcadas entre quienes tenían la responsabilidad de dirigir el país. Mientras el secretario de Hacienda abogaba por un mayor acercamiento con los norteamericanos con miras a mejorar la situación económica del país, el presidente de la Corte, entre otros, opinaba que el gobierno debía oponer mayor resistencia a las pretensiones de quienes administraban el Canal. Aquella noche Andrew también pudo percibir de primera mano la enorme diferencia que existía entre la vida de provincias y la de la capital. Mientras que allá se llevaba una existencia apacible dentro de una actividad típicamente rural, acá todo parecía girar alrededor del dinamismo que emanaba de la vía acuática. En el camino de vuelta al hotel, Andrew compartió con don Pablo sus apreciaciones sobre las diferencias entre el campo y la capital.

—No hay duda de que es así, amigo Andrew. Es como si se tratara de dos países distintos con economías totalmente diferentes. Ya se imaginará usted que las grandes oportunidades están acá, sobre todo para los abogados. Algún día tendrá que enfrentarse a la decisión de continuar en la provincia o venir a ejercer a la capital. Y la decisión que tome será, tal vez, la más importante de su carrera, sobre todo porque de ella dependerá su futuro y el de su familia. Le garantizo que no será una decisión fácil.

—Y usted, don Pablo, ¿cuándo decidió que quería quedarse en Chiriquí?

—Hace más de veinte años, Andrew. Pero mi decisión fue más fácil. En ese tiempo no había canal ni toda esta actividad frenética que se ve hoy en la capital. Chiriquí era entonces, y sigue siendo, una provincia rica y productiva, y yo uno de los pocos abogados de la plaza. Toda mi familia estaba allá y además a mí siempre me ha gustado vivir despacio —don Pablo meditó un momento—. Hoy las cosas han cambiado. Precisamente la semana pasada recibí una carta en la que mi hijo me anuncia que se queda a ejercer en Bogotá. Y Beatriz, como sabes, vive aquí en la capital desde hace ya más de seis meses. Como dice Lucila, se nos vació el nido.

Esa noche en los sueños de Andrew aparecieron en imágenes cambiantes el volcán Barú, el Canal de Panamá, el rostro adusto de su madre y la mirada de Clara. En el trasfondo vagaba el rostro afable de don Pablo Aguilar.

El jueves de esa semana regresó Andrew a David mientras don Pablo permanecía en la capital atendiendo algunos asuntos de familia. Aunque este no había dicho mucho, Andrew pudo percatarse de que Beatriz atravesaba por algunas dificultades que requerían su atención.

Tan pronto llegó a su vivienda, Andrew dejó el equipaje y se hizo conducir a la casa de los Calero en el mismo coche que lo había traído del muelle. Encontró a don Jorge en su sillón habitual, leyendo un diario colombiano.

—Amigo Andrew, ¡qué bueno verlo de regreso! ¿Qué le ha parecido la capital?

—La capital muy interesante, pero quiero que sea usted el primero en ver mi Certificado de Idoneidad y mi carta de naturaleza. ¡Ya soy abogado, don Jorge, y además panameño!

El anciano leyó visiblemente emocionado los pergaminos que le entregaba su joven amigo.

—Es un hermoso día, Andrew. Realmente debe sentirse usted orgulloso.

—¿Y la señorita Clara?

—Anda buscando dónde vivir. Se le ha metido entre ceja y ceja que no podemos seguir viviendo en esta casa y dice que con su sueldo de profesora podrá pagar sin ningún problema una mejor. Quiere comprar muebles nuevos y no sé cuántas cosas más.

—Entonces, ¿no regresa a la capital? —preguntó Andrew, esperanzado.

—En verdad no lo sé. Allá le han ofrecido una muy buena oportunidad de empleo, pero no la veo muy decidida aún. Me ha dicho que si no la acompaño, ella se queda acá conmigo. Yo ya le insinué que no me quiero ir, así es que… no sé.

—Lo cierto es que no es una decisión fácil para su hija. La capital sin duda está llena de atractivos y oportunidades que no encontrará en David, pero

después de lo que se ha sacrificado usted por ella no creo que lo deje solo por acá —Andrew meditó un instante—. En parte la decisión también debe tomarla usted.

—Yo no tengo nada que ir a hacer a Panamá —protestó don Jorge—. Si me fuera, sería un lastre para Clara.

Tan enfrascados estaban en la conversación que ni Jorge ni Andrew se dieron cuenta de que Clara subía las escaleras del portal.

—Señor Thomas, buenas tardes. Mi padre me contó que andaba usted por la capital.

Antes de que Andrew alcanzara a responder, ya don Jorge se había apresurado a decirle a Clara que acababa de regresar y había venido a mostrarle el Certificado de Idoneidad de abogado y la carta de naturaleza de panameño.

—Me alegro mucho y lo felicito, señor Thomas. Aprovecho también para agradecerle todas las atenciones que ha tenido para con mi padre.

—Le aseguro que no hay nada que agradecer. Su padre, señorita Clara, me ha distinguido con una amistad que yo valoro inmensamente.

Jorge había seguido con interés el diálogo de los jóvenes, en el que notaba cierta rigidez que rayaba en frialdad, sobre todo de parte de Clara. Decidió intervenir.

—"Señor Thomas, señorita Clara". Se tratan ustedes como dos viejos. ¿Qué tal si se dejan de tanto título?

Andrew rio de la ocurrencia de don Jorge e iba a responder cuando Clara se excusó so pretexto de que tenía que buscar algo en su habitación. Don Jorge y Andrew permanecieron un rato más charlando sobre las experiencias del joven abogado en la capital y en vista de que caía la noche sin que Clara volviera a aparecer, Andrew se despidió. Camino a casa pensaba que la hija de don Jorge era muy hermosa pero también muy altanera.

La tarde del día siguiente, en el vagón que lo conducía a La Concepción, Andrew se sorprendió nuevamente pensando en Clara Calero. Tuvo que admitir que era la primera muchacha que realmente lo turbaba, tal vez por lo inaccesible. No solo su hermosura lo atraía; había algo en ella que aún no acertaba a discernir, de ahí su inquietud. Se dijo que quizás la relación tan estrecha de él con don Jorge motivaba aquel sentimiento tan especial. Pero no, tampoco era eso. "Ya veremos más adelante", se dijo.

La Ladera seguía siendo una hermosa finca muy bien atendida, pero, a pesar de que a Mercedes, Sarita y Rachel nada les faltaba, Andrew presentía que estaban contados los días de la permanencia de su familia en aquel sitio en el que había transcurrido su niñez. Sarita había expresado en varias ocasiones su deseo de regresar a los Estados Unidos a visitar al coronel Winston que, postrado por la enfermedad en un pueblo cercano a Chicago, le había pedido volver a verla. Rachel estaba enamorada de un capitán que hacía más de dos años había llegado a David con el ejército norteamericano y Mercedes, siempre a gusto entre sus animales, acusaba el paso de los años. Sus hermanas parecían haberse puesto de acuerdo en que una vez que Andrew estuviese definitivamente establecido como abogado él se encargaría de su madre y ellas quedarían en libertad de orientar sus vidas por nuevos caminos.

El trayecto de La Concepción a La Ladera lo hizo, como de costumbre, a caballo. Era un hermoso paseo, bajo la presencia imponente del volcán. En aquel momento, la satisfacción de haber alcanzado su título de abogado se vio empañada por el presentimiento de que su alejamiento del campo y de las montañas era ya definitivo. Se prometió, sin embargo, que antes de que terminara el verano realizaría el anhelo de su niñez y escalaría la cima del volcán para contemplar el mundo desde el punto más alto del país y pasar la noche más cerca de las estrellas. Había escogido la semana del 19 de marzo, fecha a partir de la cual a lo largo de cuatro días los chiricanos se entregaban a la celebración de las fiestas de San José.

Cuando Andrew llegó finalmente a La Ladera el sol comenzaba a esconderse y sus últimos rayos pintaban de naranja la cúspide del Barú, que parecía querer empinarse para no sumergirse en la sombra. No pudo anotar los versos que se le ocurrieron porque ya su madre y sus hermanas salían a recibirlo. Durante la cena, Sarita y Rachel lo interrogaron concienzudamente sobre su viaje a Panamá, queriendo saber hasta el último detalle de la vida en la capital, de la vía acuática y de la Zona del Canal. Aunque Mercedes escuchaba, parecía más ensimismada que de costumbre.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Hay algo que la preocupa? —le preguntó finalmente Andrew.

—No me preocupa nada. Pero pienso que con tu nuevo trabajo, las ganas de viajar de Sarita y el novio norteamericano de Rachel tendremos que dejar La Ladera. Yo sola no puedo con la lechería y todo lo demás.

Mercedes había hablado con su firmeza habitual y un silencio sombrío siguió a sus palabras. Andrew fue el primero en reaccionar.

—Sarita, realmente, ¿qué planes tienen tú y Rachel?

—Bueno, Rachel se quiere casar. Ya el capitán Thompson habló con mamá y solo falta concretar los detalles de la boda. Yo tengo que viajar a los Estados Unidos a ver a Amos, que está muy enfermo. Según parece le dio un derrame y a su edad el asunto es muy serio. No pienso estar mucho tiempo, pero cuando vuelva quiero aprovechar para conocer la capital y enterarme de lo que ocurre por allá. Solo que antes de tomar una decisión tenemos que saber qué va a hacer mamá.

—Eso no será problema porque mamá puede venir conmigo a David. En cuanto a La Ladera…

Mercedes no dejó que Andrew concluyera la frase.

—No hablen de mí como si fuera un mueble con el que no saben qué hacer después de la mudanza. Yo me puedo valer por mí misma y no voy a ser carga para nadie, y menos para ti, Andrew; suficiente me has dado ya. Que Sarita haga su viaje, pero quiero que esté aquí para el casamiento de Rachel. Hablemos, pues, de la boda. ¿Qué te ha dicho el capitán, Rachel? ¿Ya pusieron fecha?

—Eso no sería problema porque Freddy quiere casarse cuanto antes.

Andrew conocía poco al capitán Fred Thompson. Lo había visto un par de veces en La Ladera y apenas había intercambiado con él dos o tres frases. Rachel, a sus veinticuatro años, era una muchacha muy atractiva que si no se había casado antes era por el aislamiento en que transcurría su vida.

—¿Estás segura de que quieres casarte con Thompson? —preguntó Andrew —. ¿Ya pensaste en dónde van a vivir? Tal vez tengas que irte a los Estados Unidos.

—Freddy me ha dicho que si nos casamos pedirá que lo trasladen a la Zona del Canal. El ejército les da esa opción a los que se casan con panameñas. Además, parece que las tropas se quedarán en David por mucho tiempo.

—No lo creo, Rachel. Más bien están por irse —opinó Andrew—. En Panamá pude percatarme de que la protesta por la presencia de los americanos en David va en aumento. La Zona sí parece una alternativa viable. Los americanos han construido una verdadera ciudad y de allí no se irán mientras exista el Canal.

Mercedes volvió a intervenir.

—Entonces la decisión está tomada. Habla con tu capitán, Rachel, y tú, Sarita, haz tus planes de viaje. Andrew es el más indicado para buscar comprador para La Ladera y yo puedo mudarme a algún sitio más pequeño, más cerca de David.

—No creo que le sea fácil dejar La Ladera, mamá. En cualquier caso, ¿por qué no viene a vivir conmigo?

—No, Andrew. Dentro de poco te llegará a ti la hora de casarte y no hay peor cosa para una esposa que tener a la suegra en casa. En cuanto a La Ladera, debemos pensar en ella como una etapa más. Aberystwyth, Barranquilla, La Ladera, David, todas son etapas. Y estoy segura de que ahí no terminará la peregrinación, no para ti.

Andrew sintió una enorme tristeza al ver lo sencillo que parecía abandonar La Ladera. Sabía que lo que quedaría atrás era su niñez, su adolescencia y su primera juventud, que iniciaba una nueva vida y en adelante su futuro dependería de sus propias decisiones y no de las que otros tomaran por él.

—Será como usted quiera, mamá. Si cambia de parecer sepa que siempre tendrá una habitación para usted en mi casa. En cuanto a casarme, todavía ni siquiera he comenzado a pensar en ello.

En ese instante, sin saber por qué, Clara Calero volvió a vagar en sus pensamientos.

Al día siguiente, Andrew se levantó al alba para despedirse de La Ladera. En los bajos visitó el Charco de la Piedra donde la gran roca del medio, igual que aquel remanso del río, parecía haberse empequeñecido. También creyó menos imponente el barranco por el que descendía el ganado todos los veranos en busca de agua y pastos frescos. La arboleda, a cuya sombra junto a sus amigos atrapara tantas hojas secas y semillas voladoras, la encontró mucho más reducida. Pensó en sus compañeros de juego, a quienes veía muy de vez en cuando y entonces se limitaban a intercambiar un breve saludo, sin la alegría y espontaneidad de antaño. De todas las cosas que tan importantes habían sido para él, solamente el volcán conservaba su majestuosidad. “Tal vez porque sigue distante e inalcanzable”, pensaba Andrew. Y se preguntó si no sería mejor desistir de su deseo de ascender a la cima.

Al final de la tarde acompañó a su madre en su habitual ronda de inspección del ganado. Como de costumbre, hicieron casi todo el trayecto en el silencio que tanto disfrutaba la viuda de Thomas. “No siempre hay que hablar”, solía decir,

para justificar su mutismo. Esa tarde, sin embargo, mientras el viejo caballo que tiraba del quitrín procuraba llegar a casa antes de que cayera la noche, Mercedes habló.

—Hijo, quiero que sepas que estoy orgullosa de lo que has logrado. Tu padre lo estaría también y sin duda sabría ser más efusivo que yo. Ahora ya no puedes detenerte porque el precio del triunfo es que hay que seguir triunfando. Así como La Ladera se te ha quedado pequeña y lejana, algún día también tendrás que dejar atrás David y la provincia. Cuando ese momento llegue, no dudes en seguir tu destino. Y no dejes que nada te ate, ni yo, ni tus hermanas, ni tus amigos, ni nadie. Ya sabrás darte cuenta cuando tu labor esté terminada y puedas sentarte a descansar y recordar.

Andrew solo atinó a responder con un "gracias, mamá", sorprendido una vez más de lo preciso de las palabras que en momentos claves salían de los labios callados y mustios de su progenitora.

Tres

En su primer día como abogado Andrew despertó más temprano que de costumbre. La inquietud de sus nuevas responsabilidades le había dificultado el sueño, pues si bien era cierto que hacía varios años venía desempeñando las labores propias de la profesión, no lo era menos que siempre había estado bajo la tutela protectora de don Pablo, que era quien, en definitiva, asumía la responsabilidad de todo lo que se hacía en la oficina. Pero ahora era diferente: aunque don Pablo todavía estuviera allí, sería en él, Andrew Thomas, en quien recaería la responsabilidad final de los asuntos. Su preocupación aumentó cuando al llegar esa mañana al despacho se encontró con un telegrama en el que don Pablo le anunciaba que debía permanecer dos semanas más en la capital.

Sus dudas desaparecerían tan pronto atendió su primer caso. El nuevo cliente había comprado los derechos posesorios de una finca y luego de pagar la mitad del precio el vendedor se había arrepentido y no quería recibir el resto del pago ni mucho menos entregarle la finca. Los conocimientos adquiridos con los años de práctica se acomodaron rápidamente en la mente de Andrew, quien enseguida supo en qué artículos del Código Civil se apoyaba el derecho de su cliente y cuáles del Código Judicial servirían de base para entablar una demanda en caso necesario. Al final del día ya la preocupación del joven abogado no giraba en torno a su preparación jurídica sino en su capacidad para hacer frente al cúmulo de trabajo que tendría por delante.

Esa tarde, como de costumbre, Andrew fue a visitar a don Jorge. Su día de trabajo se había prolongado más de lo usual y era ya de noche cuando llegó al portal de los Calero. Mientras recorría las cinco cuadras que separaban su oficina de la vivienda de don Jorge, se vio obligado a admitir que ahora no solamente lo animaba conversar con el viejo amigo sino también el deseo de volver a ver a Clara.

Padre e hija estaban en el portal enfrascados en una discusión y, al ver a Andrew, don Jorge exclamó, fingiendo alivio:

—Amigo Thomas, llega usted justo a tiempo para ayudarme a hacer que esta niña entre en razón.

Clara, presa de un mal humor que no intentó disimular, cortó enseguida a su padre.

—No creo que nuestros problemas sean de la incumbencia del señor Thomas —dijo, antes de abandonar el portal.

Andrew sintió pena, más que por él, por don Jorge, que parecía triste y

turbado.

—Parece que no he llegado en un momento muy oportuno —musitó Andrew.

—Pierda cuidado que para usted cualquier momento será siempre oportuno en esta casa. Tiene que perdonar a Clarita, que está un poco fuera de sí. Ella insiste en que o me voy con ella a la capital o nos quedamos a vivir en David. De eso discutíamos y francamente no me gusta litigar con mi hija. Pero, bueno, qué se va a hacer.

—¿Han tomado ya una decisión?

—No, y me temo que cualquiera que tomemos podría perjudicar el futuro de Clara.

—Quién sabe, don Jorge. Hay momentos en que cumplir con los nuestros es lo más importante. Y a Clara le queda todo el tiempo por delante.

—Y a mí me queda muy poco. ¿No es eso? —farfulló don Jorge—. En el fondo el problema es mi vejez, y creo que esto es lo que más me molesta. Clara no me quiere dejar solo porque ya soy un viejo y es posible que dentro de poco no pueda valerme por mí mismo. Créame que cuesta trabajo resignarse. No es solo tener a la Parca resollando en el pescuezo sin saber cuándo nos va a llevar, sino descargar en otros hombros el peso de nuestros años.

—Pero Clara es su hija, don Jorge. Lo raro sería que no actuara de esa manera. Además, le aseguro que falta mucho tiempo para que la Parca decida llevárselo.

Para no importunar, Andrew decidió irse antes de lo acostumbrado y pidió a don Jorge que lo despidiera de Clara.

Cuando Jorge entró en la habitación, aún se veían en el rostro de Clara las huellas del llanto. Jorge había olvidado la última vez que reprochara algo a su hija, pero no por eso cambió de actitud.

—Clara, has estado grosera con Andrew sin razón alguna —dijo, con el ceño fruncido—. Por si aún no lo sabes, ese muchacho me ha demostrado durante mucho tiempo un cariño muy especial que además es recíproco. Me ha cuidado cuando he estado enfermo, me ayuda en el trabajo, a veces me obliga a salir de paseo y también entonces me acompaña. Precisamente, es su compañía la deuda más grande que tengo para con él. Me duele mucho que tú, que eres mi hija, te portes así. En cuanto al futuro, Clarita, la decisión es tuya. Yo haré lo que tú creas que es mejor para ambos.

La expresión de Clara se había ido dulcificando a medida que escuchaba a su padre.

—Perdóname, papá, no fue mi intención herir a un amigo. Te prometo que a la primera oportunidad deshago el entuerto. En cuanto al futuro, no sé realmente por qué discutíamos hoy si desde el sábado pasado envié a Panamá el telegrama rehusando el empleo. También encargué ya los muebles nuevos y te va a encantar la nueva casita que he alquilado. La discusión de hoy era tan solo para estar segura de que tú no querías ir a Panamá. Pero que seguiremos siempre juntos está decidido desde hace mucho tiempo.

Clara selló la reconciliación con un sonoro beso en la calva de su padre.

La mañana siguiente Andrew inició el día con un breve recorrido por los

juzgados para inquirir por el estado de sus casos, visitas que luego se tornarían rutinarias. Al entrar en la oficina, se le aceleró el corazón cuando vio a Clara Calero sentada en la antesala junto a dos de sus clientes. La hizo pasar enseguida mientras se excusaba con el que tenía una cita concertada de antemano. Antes de entrar al despacho Clara le dijo en voz baja que ella podía esperar, sobre todo si alguien tenía una cita previa.

—Por favor, Clara, no se preocupe —le aseguró Andrew, mientras cerraba la puerta—. Todo el mundo sabe que aquí los martes se atiende por orden de belleza.

—Es usted muy amable y galante, Andrew.

La naturalidad de Clara contrastaba con los sonrojos y turbación de Andrew, quien se esforzaba inútilmente por mantener su acostumbrado aplomo.

—¿A qué debo el honor y el placer? —preguntó finalmente.

—Antes que nada, debo pedirle disculpas por mi comportamiento de anoche, que me valió uno de los muy raros regaños de mi padre.

—Por favor, Clara, no tiene importancia. Además, la decisión que debe tomar usted no es nada fácil y puede sacar de quicio a cualquiera.

—La decisión ya está tomada —dijo Clara con firmeza— y si acaso estuve fuera de quicio, ya estoy de vuelta, para usar su propia expresión.

Andrew lamentó enseguida haber escogido tan pobremente sus palabras y se prometió ser más cuidadoso al hablar con Clara.

—También vine a consultarle sobre el arriendo de la nueva casa —continuó Clara—. Aunque aquí parece que no se acostumbra, en la capital todos estos contratos se ponen por escrito y se firman.

—¿De quién está arrendando usted?

—De doña Eugenia Pasquel, ¿por qué lo pregunta?

—Porque la palabra de esa señora vale más que cualquier escritura. Casi que me atrevo a decir que la ofendería si le pide un contrato por escrito. Verá usted, no es que la gente de aquí sea más honorable que la de la capital, pero en estos lugares pequeños todo el mundo se conoce y casi nadie se atreve a faltar a sus compromisos, en parte por temor a quedar mal con el resto del pueblo.

—Si todos son tan honorables y se preocupan tanto por su reputación, entonces ¿de qué viven ustedes los abogados?

Andrew sonrió.

—Siempre hay excepciones, pero le aseguro que doña Eugenia no es una de ellas. Además, esa señora es mi cliente y me sería muy difícil presentarle un contrato de arrendamiento para su firma.

—¿Qué haría usted entonces si dejamos de pagar el arriendo y la señora Pasquel decidiera demandarnos?

—O pago el arriendo yo mismo o me mudo a vivir a Costa Rica.

Ambos rieron de buena gana y Andrew lamentó que ella no lo hiciera más a menudo. “Su risa es tan hermosa como todo el resto”, pensó. Por su parte, Clara no pudo dejar de advertir la transformación en el rostro prematuramente austero de Andrew, como si al reír aflorara un niño oculto.

Mientras la acompañaba a la puerta, Andrew quiso despejar cualquier duda.

—¿Debo entender entonces que usted y su padre se quedan en David?

—Así es.

—No sabe cuánto me alegro.

—Sí, ya sé que usted quiere mucho a mi padre.

"Insidiosa la tal Clara, pero por lo menos esta vez logré mantener una verdadera conversación con ella", pensaba Andrew mientras se preparaba para recibir a su próximo cliente.

Durante el mes siguiente, tal como había sido previsto, la familia Thomas concluyó los preparativos para la boda de Rachel y la mudanza de Mercedes, para quien Andrew había adquirido una pequeña finca de un poco menos de una hectárea en las afueras de David. La vivienda requería algo de trabajo para dejarla en buen estado, pero era cómoda y lo suficientemente amplia para albergar a Mercedes, a Prudencio Céspedes y su mujer. Prudencio era el vaquero de más confianza en La Ladera y Julia, su esposa, ayudaba con los quehaceres de la casa y mantenía una muy buena relación con Mercedes, quizás porque a ninguna de las dos le gustaba hablar más de lo indispensable. Mercedes trajo a su nueva morada cuatro de sus vacas preferidas, dos perros, una lora, unas cuantas gallinas y un gallo. Si la entristeció dejar La Ladera no lo demostró y ante el gesto apesadumbrado de Andrew, se limitó a decirle:

—Pierde cuidado, hijo. La Ladera ya se nos había quedado grande.

La boda de Rachel se celebró ante el pastor protestante que asistía al ejército norteamericano en David. En la casa de don Pablo y doña Lucila Aguilar se reunieron aquel sábado 7 de febrero de 1925 la familia Thomas, los Calero, Freddy Thompson y otros dos oficiales norteamericanos amigos del novio. Sarita y uno de los militares actuaron como testigos en la ceremonia que se llevó a cabo siguiendo los preceptos de la iglesia luterana, a lo que no se opusieron los Thomas para quienes la religión y sus ritos nunca habían tenido mucha importancia. Mercedes era católica no practicante y Andrew nunca supo cuál había sido la religión de su padre. Alguna vez recordaba haber oído de labios de su madre que su esposo Edward siempre decía que Dios no necesitaba intermediarios para entrar en su casa.

El brindis que siguió a la ceremonia fue breve y protocolar. Clara cruzó un par de palabras con las hermanas de Andrew y a Mercedes apenas si pudo decirle: "Mucho gusto, señora". Andrew trató de conversar un poco con cada uno de los presentes, para luego dedicarse a Rachel y a Freddy. Clara observó que los que más parecían disfrutar la ocasión eran su padre y don Pablo, quienes una vez concluida la ceremonia se habían enfrascado en una animada conversación. Andrew procuraba evitar que Clara se aburriera, pero sus esfuerzos parecían inútiles, sobre todo porque la mayoría de los allí presentes se comunicaban en inglés, idioma que ella no dominaba, así que a la primera oportunidad aprovechó para despedirse, aunque para ello tuvo que interrumpir la entusiasta conversación de su padre con don Pablo.

Camino a casa Clara comentó:

—Qué gente tan rara esos Thomas. Con razón el pobre Andrew es como es.

—Mercedes es de poco hablar, pero las hermanas son muy normales. Lo que pasa es que la fiesta era en inglés —don Jorge se detuvo un momento—. ¿Qué quieres decir con que Andrew es como es?

—No sé, es distinto. A veces no sé si es un joven viejo o un viejo joven. Pero ahora que conozco a su familia tal vez aprenda a entenderlo mejor.

—Son gente que ha tenido una vida llena de calamidades. Han sufrido mucho.

—También nosotros, papá, y sin embargo tú y yo somos encantadores.

Jorge soltó una carcajada para agregar entre serio y burlón:

—La próxima vez que vea a Andrew tendré que preguntarle si cree que tú eres encantadora.

—No se te ocurra, papá, por favor, no se te ocurra.

La nueva casa de los Calero distaba una cuadra del parque y tenía las facilidades que Clara consideraba indispensables: luz eléctrica, agua corriente y servicio sanitario. Los muebles ya habían empezado a llegar y padre e hija se sentían felices en su nuevo hogar. Clara tenía una oferta firme de trabajo como maestra del primer ciclo de David y aunque la paga en la educación pública era bastante inferior a la que le habían ofrecido en Panamá, si la sumaba a lo que ganaba su padre resultaba suficiente para costear una vida aceptable.

Durante las últimas semanas, Jorge había observado que las visitas de Andrew se hacían cada vez menos frecuentes. Llegaba ya entrada la noche un par de veces por semana y se quedaba apenas unos minutos para comentar las cosas de la provincia y del país antes de marcharse. En cierta ocasión que don Jorge le reclamó que ya casi no lo veían, Andrew le había explicado que entre la oficina, la venta de La Ladera, la boda de su hermana y la mudanza de su madre, casi no le quedaba tiempo para nada más. Y luego había agregado, con su habitual cortesía, que él también lamentaba no poder visitar a su amigo con la frecuencia de antes.

Pero don Jorge presentía que había algo más y que ese algo tenía que ver con Clara. Era evidente que entre su hija y Andrew no se daba todavía la relación normal que era de esperarse entre jóvenes de la misma edad. Frente a Andrew, Clara dejaba de ser la muchacha "encantadora" de siempre para convertirse en una intelectual de opiniones propias y profundas. Andrew, por su parte, se cohibía un poco y se esforzaba en llevar la conversación sin contradecir a Clara. Jorge trataba de descartar sus preocupaciones diciéndose, poco convencido, que fuese como fuese era problema de ellos.

A fines del mes de febrero el ejército americano se fue de David y con él partieron Freddy y Rachel. Una semana antes Sarita había emprendido viaje rumbo a Crest Hill, Illinois, donde esperaba llegar a tiempo para acompañar al coronel Winston en sus últimos días. Llevaba consigo la mitad del producto de la venta de La Ladera, dinero con el que ayudaría a que Amos lo pasase lo mejor posible dentro de las circunstancias. Sarita no sabía cuánto tiempo estaría ausente y al regreso esperaba pasar una temporada en la capital.

Andrew se ocupaba de que a su madre no le faltase nada, aunque Mercedes estaba acostumbrada a conformarse con muy poco. La visitaba los sábados o domingos y, si el trabajo se lo permitía, también un día de la semana. Mercedes parecía ahora más aislada del mundo que nunca. Durante las visitas de su hijo se dedicaba a hablar de sus animales, con los que cada día parecía mantener una relación más estrecha. Por eso le sorprendió tanto que en una de sus visitas dominicales su madre le preguntase, sin mayor preámbulo:

—¿Qué es de la señorita Calero?

A pesar de su asombro, Andrew se había apresurado a responder.

—Me imagino que está bien. Yo en realidad la veo muy poco porque últimamente casi no he visitado a don Jorge. ¿A qué se debe la pregunta?

—Tú lo sabes mejor que yo.

Dicho esto, sin cambiar el tono, agregó:

—No sé si te comenté que en la última semana la gallina Casilda ha puesto huevos todos los días. Parece que le ha sentado bien el cambio de aires.

Al despedirse esa tarde, Andrew creyó advertir en el rostro de su madre una leve sonrisa matizada de ironía.

Cuatro

Aquel año el mes de marzo llegó a David aún más polvoriento y caluroso. Don Pablo no iba ya por el despacho y unos días antes había hecho sustituir el antiguo letrero con el que Pablo Aguilar y Asociados ofrecían sus servicios por uno que decía simplemente "Andrew Thomas, Abogado". Andrew, sin embargo, seguía en estrecho contacto con su mentor, no ya por el apoyo jurídico que pudiera ofrecerle sino por el genuino cariño y la lealtad que le inspiraba. En el pueblo se comentaba, con un poco de exageración y algo de envidia, que el joven Thomas atendía más de la mitad de los pleitos de la provincia. Frecuentemente, después del anochecer, cuando los parroquianos se reunían en el parque central a comentar los asuntos del día, podían advertir que la luz en el despacho de Andrew Thomas aún permanecía encendida. Con tanto trabajo y tan importante clientela, era evidente que el éxito económico acompañaba los esfuerzos del joven jurisconsulto. Pero también se sabía en la comunidad que las motivaciones económicas no prevalecían en la toma de decisiones del abogado Thomas. Muchos de sus clientes eran gente necesitada que dependía del buen resultado del asunto para poder pagar el abogado. En estos casos, siguiendo el ejemplo de don Pablo, Andrew asumía todos los gastos del proceso hasta su culminación.

Lo poco que Andrew Thomas valoraba el dinero quedaría ampliamente demostrado a raíz de uno de los casos que más comentarios suscitaría en la provincia. La Chiriquí Land Company, que poseía enormes plantaciones de banano en Chiriquí, era uno de los clientes más antiguos e importantes del despacho desde los tiempos en que Andrew se iniciaba como muchacho de mandados con Pablo Aguilar. Tan importante para la provincia era la compañía que, para incentivarla a realizar su inversión, el Gobierno Nacional le había otorgado todo tipo de beneficios fiscales y concesiones. Era, por mucho, la empresa que más empleo generaba en instalaciones que semejaban una verdadera colonia y era, también, el mejor cliente de Andrew Thomas hasta aquel día en que se presentó a su despacho Ángel Quiel, uno de los amigos con quien cuando niño apañaba hojas en La Ladera, al que no veía desde hacía más de diez años.

Después de compartir un efusivo abrazo y de inquirir por sus respectivas familias, Andrew preguntó a su antiguo compañero el motivo de su visita.

—Espero que no necesites los servicios de un abogado, pues eso significaría que andas en problemas —bromeó.

—No, mi hermano, yo problemas no tengo mientras el pasto de mi finca sea suficiente para que el ganado rinda bien. El problema es de un primo de mi

mujer, o mejor dicho, de la familia porque el primo ya se murió. ¿Te acuerdas del accidente que reportó el periódico la semana pasada, de un cholo que se mató al caer del tren que va de Puerto Armuelles a La Concepción? Pues ese cholo era primo de mi mujer. Yo investigué un poco el accidente y lo que hallé es muy feo. En uno de los vagones venían más de cincuenta cholos, todos empleados de la frutera, que como no caben más de treinta los amontona peor que animales. Y el primo no se cayó él solo. Parece que en una curva se cayeron como seis más que iban colgados de las puertas y las ventanas. El único que murió fue Víctor, pero hay cuatro hospitalizados. La frutera ha dicho, y eso fue lo que publicaron los periódicos, que todos estaban jumados. Pero yo sé que Víctor no tomaba ni chicha. Y lo peor es que esas cosas siguen pasando como si nada, igualito que siempre.

—¿Estás seguro de todo lo que me has dicho? —preguntó Andrew, consternado.

—Segurísimo. Si quieres vamos cualquier viernes a ver cómo sale ese tren de Puerto. Yo vengo de allá y siguen cargando cholos como si fueran plátanos.

—¿Quién es el pariente más cercano de Víctor?

—Su mujer, Rosa, y cinco huérfanos.

—Pues tráeme a la viuda el próximo lunes. Mientras tanto yo haré algunas averiguaciones por mi cuenta.

Cuando Ángel se presentó el lunes con la viuda, ya Andrew había visitado el hospital de La Concepción, donde aún permanecían dos de los accidentados. Después de corroborar los hechos, decidió actuar contra la frutera y don Pablo, cauteloso al principio, terminó por estar de acuerdo en que no podían dejar que las cosas siguieran así.

Rosa era una india ngöbe de pura raza que hablaba mal el español, cuya expresión era inmutable a pesar de la tragedia. Andrew redactó el poder, se lo leyó, le explicó la importancia del caso y le pidió que no aceptara ninguna oferta de la compañía sin antes hablar con él. Por supuesto, trataría de arreglar las cosas a las buenas, pero había que estar listo para pelear. A la hora de firmar el poder, el secretario del juzgado se limitó a certificar que la X que aparecía en el memorial había sido puesta en su presencia por quien decía llamarse Rosa, viuda de Víctor Aguirre.

Las palabras de Ángel al despedirse llenaron a Andrew de satisfacción.

—Te agradezco que hayas aceptado el caso —dijo, mientras le estrechaba la mano—. Dudé mucho en venir porque en el caserío me decían todos que tú no ibas a aceptar nunca pelear contra la compañía frutera y menos por un pobre cholo. Estoy feliz de poder taparles la boca; para lo que quieras acuérdate de que allá en Cuesta de Piedra sigues teniendo un amigo.

Una vez obtenido el poder de la viuda, lo primero que hizo Andrew fue concertar una cita con un representante de la bananera. “Asunto de mucha importancia requiere que nos entrevistemos”, decía el telegrama que envió a Fausto Salazar, gerente regional de la empresa, a quien Andrew conocía por haberle atendido algunos casos. La respuesta no se hizo esperar. “El viernes debo ir a David para atender asuntos. Te veré el sábado en la mañana”. Ese día, al representante de la compañía en Chiriquí no le hizo ninguna gracia lo que

Andrew le comunicó.

—Mira, Andrew —dijo, sin ocultar su enojo—, esto que me cuentas no me gusta nada, menos viniendo de ti. Tú eres nuestro abogado en Chiriquí y no entiendo por qué ahora aceptas un caso en contra de la empresa. Estoy seguro de que don Pablo no lo habría hecho. Además, estás defendiendo a alguien que ni siquiera conocías, a un cholo que ganaba cinco pesos cada quince días cortando racimos y todo el mundo sabe, y tú deberías saberlo también, la juma que se pegan esos diablos tan pronto reciben la paga. Te sugiero que olvidemos el asunto y yo daré por inexistente esta conversación.

—Perdóname, Fausto, pero me parece que no me he explicado bien. En primer lugar, que quede claro que no soy empleado de la frutera ni le estoy atendiendo ningún asunto en estos momentos. Además, no tengo interés en llevar a la compañía a los tribunales ni creo que sea tampoco el interés de ustedes ventilar este asunto judicialmente. El problema no es solo Víctor Aguirre, ni tampoco la viuda y sus cinco huérfanos. Te estoy hablando en nombre de todos esos cholos que ustedes tratan peor que animales. Si no arreglan esta situación ahora, eventualmente se enfrentarán a un problema mucho más serio. Recuerda que hay una corriente laborista en el mundo que ya está recorriendo América y con más de mil empleados la compañía no escapará a la marejada. Entre más injusta sea la situación laboral, más violento será el enfrentamiento cuando llegue el momento de las reivindicaciones.

—Ahora hablas como bolchevique. Olvídate de leyes laborales y todas esas pendejadas. ¿No has visto que nuestro contrato exime a la compañía de ese tipo de legislación? Tú eres el abogado y debes saber mejor que nadie que es cierto lo que digo.

—No hay contrato capaz de evitar que se dicten leyes de orden público e interés social y con el tiempo hasta la constitución tendrá que cambiar, si fuera necesario. No se trata de bolchevismo, ni comunismo, ni socialismo, ni nada parecido. Se trata de cumplir con ciertas normas humanitarias que avanzan sin detenerse al compás del tiempo y tarde o temprano llegarán por acá. Te pido que reconsideres bien lo que hemos hablado hoy.

—Todavía no me has dicho qué es lo que quieres. Si se trata de alguna compensación para la viuda, podemos acordar alguna cifra sobre la que yo pueda tomar decisiones. Si no, el asunto tendrá que ir a Panamá.

—Quiero solamente dos cosas, Fausto. La primera, veinte mil pesos para la viuda y sus hijos. La segunda, una garantía de que no seguirán hacinando a los indios como si fueran ganado en sus viajes desde Puerto Armuelles.

Salazar creyó que Andrew había enloquecido.

—Abogado, me parece que te saliste del tiesto —dijo, fingiendo una sonrisa —. Desde ahora te digo que no a ambas peticiones. Y creo que es en vano consultar a Panamá o a la casa matriz, pues la respuesta será la misma.

—Cumplo con decirte que tienen hasta el 15 de marzo para darme una respuesta definitiva y te recomiendo que consultes a Panamá para ver si podemos evitar el pleito. Te anticipo, además, que en la muerte de Aguirre hubo no solamente negligencia civil, sino también penal, lo que dará margen al cargo de homicidio por imprudencia. No lo tomes como una amenaza, sino como la

advertencia de un amigo que quiere evitar mayores problemas.

—Te agradezco la franqueza, Andrew, pero esta vez te equivocaste. Nos encontraremos en los tribunales si eso es lo que quieres.

—Por favor, Fausto, te vuelvo a suplicar que no tomes la decisión tú solo. Comparte la responsabilidad con alguien, aunque sea con tus abogados de Panamá.

—Ya veremos; no sé hasta dónde puede llegar este asunto.

Con esas palabras, dichas en tono de advertencia, Fausto Salazar abandonó la oficina de Andrew. La actitud del representante de la compañía frutera hizo dudar seriamente al abogado de que le daría al asunto suficiente importancia como para consultar a Panamá. Más adelante, después de que los litigios habían acaparado la atención de la comunidad, Andrew se enteraría de que Fausto Salazar sí había consultado a Panamá y que los abogados de la compañía bananera habían enviado instrucciones precisas de no discutir más el asunto ni con el abogado Thomas ni con nadie.

El caso de Víctor Aguirre vs. la Chiriquí Land Company le daría a Andrew más notoriedad y trabajo de lo que hubiese deseado. Una vez se supo en la región que la compañía había sido demandada, le llovieron al abogado Thomas las querellas de quienes se sentían afectados por la empresa. Algunos casos tenían méritos, pero la mayoría eran simples quejas que no encontraban amparo en la ley. Sin embargo, con el tiempo Andrew recibiría el título de "enemigo público número uno de la Chiriquí Land Company", que lo hacía sentirse muy orgulloso.

Hablando un día con don Pablo sobre el caso, que a pesar de las tácticas dilatorias de los abogados de la frutera pronto estaría listo para resolver, Andrew comentó que lo único que hacía falta era un juez con conciencia social.

—Mi querido amigo —había respondido don Pablo—, el peso de la compañía en la provincia es tan grande que aplasta cualquier conciencia. Pero no por eso se desanime usted y siga luchando.

No pasaría mucho antes de que Andrew recordara, con admiración y tristeza, cuánta razón había tenido, una vez más, su querido maestro.

El 18 de marzo, víspera de las fiestas patronales en honor a San José, Andrew llegó a casa de los Calero más temprano que de costumbre. Don Jorge aún no había salido al portal y cuando Andrew iba a tocar la puerta escuchó que Clara le decía a su padre:

—Será un gran abogado y un buen amigo tuyo, pero lo que es a mí, francamente no me interesa.

La respuesta de Jorge, serena y pausada como siempre, no se había hecho esperar.

—Lo que pasa, Clarita, es que no lo conoces bien. Apenas lo has tratado y creo que nunca has estado a solas con él.

—Ni quiero estarlo.

Andrew se retiró lentamente, procurando no ser oído, pero no había recorrido veinte pasos cuando decidió regresar. Procuró hacer el mayor ruido posible al subir las escaleras y golpeó la puerta con más vigor de lo necesario. Don Jorge se apresuró a abrir y lo recibió con su sonrisa de siempre.

—Amigo Andrew, llega usted más temprano que de costumbre, cosa que me

alegra pues hace tiempo que no se le veía por estos lares.

Clara salió al portal detrás de su padre.

—Buenas tardes, Andrew.

—Buenas tardes, Clara. ¿Cómo han estado?

La pregunta, como tantas otras que se formulan por cortesía, quedó sin respuesta. Mientras tomaban asiento Clara comentó:

—Imagino que durante las fiestas dejará usted descansar la máquina de escribir.

—Pues sí. La dejaré descansar, como dice usted. Pero no por las fiestas, sino porque aprovecho los días de asueto para subir a la cumbre del volcán Barú. Es algo que he querido hacer desde niño. Mañana temprano salgo para Boquete desde donde la escalada resulta menos complicada.

—No sabía que era usted tan apegado a la naturaleza.

—Sí, y por su padre sé que también usted lo es. Precisamente creció usted en las montañas que rodean Boquete. ¿No?

—¿Cuántas cosas le has contado a Andrew de mí, papá? —preguntó Clara, fingiendo enojo.

A Andrew le pareció más amable que de costumbre la actitud de la hija de don Jorge y se preguntó si le remordería la conciencia por los comentarios de antes.

—En realidad, las muchas ocasiones en que hablábamos de la finca de Boquete don Jorge no podía evitar hablar también de su familia, especialmente de usted. Debe sentirse orgullosa y feliz de lo mucho que la quiere.

La sombra de su madre pasó brevemente por la mente de Clara y Andrew se alarmó al ver el cambio en su expresión. "¿Qué habré dicho de malo ahora?", se preguntó. Pero el rostro de la muchacha volvió a serenarse y en su voz se advirtió ahora un genuino interés.

—Mi tío Alberto Escobar vive cerca de la cima del volcán, en una finca de la que solo recuerdo las cabras y el frío. ¿No pasará usted cerca?

—Por supuesto que sí. Precisamente el primer tramo de la subida se hace a caballo hasta la finca de los Escobar, que parece ser muy conocida; de allí se continúa el ascenso a pie.

Jorge había bajado el periódico, que fingía leer. Aunque no quería terciar en el diálogo de los muchachos, lo del primo Escobar le interesaba.

—No deje de darle mis saludos a Alberto y a su mujer. A los críos no los veo desde hace tiempo —dijo.

—Pierda cuidado, don Jorge. Siento una gran curiosidad por conocer a ese primo suyo trotamundos… o, mejor dicho, trotasierras.

Andrew volvió nuevamente su atención hacia Clara.

—Supongo que estará muy solicitada durante estas fiestas.

—Espero que no me falten parejos. Pero le prometo que la noche de mañana, en medio del baile, lamentaré que usted se esté muriendo de frío allá arriba —dijo, señalando hacia la serranía.

Clara había vuelto a su sarcasmo de siempre y Andrew pensó decirle, con igual ironía, que un pensamiento de ella bastaría para darle calor, pero decidió no ahondar en ese tema.

—Le sugiero que tenga cuidado y se calce usted muy bien —le advirtió, sonriendo—. Los muchachos de aquí no son tan buenos bailarines como los de la capital y puede usted acabar con los pies magullados.

Don Jorge soltó una carcajada, Andrew se arrepintió enseguida de su pequeña venganza y Clara, disimulando la rabia, retomó la conversación.

—Y usted, Andrew, ¿qué clase de bailador es? ¿Baila usted como los de la capital o como los de aquí?

—Yo no sé bailar, Clara, pero no pierdo las esperanzas de aprender. ¿Me enseñará usted algún día?

—Soy maestra de matemáticas, geografía e historia, pero no de baile, mi estimado amigo.

Jorge Calero seguía el coloquio de sobresalto en sobresalto. "Ahora es un duelo de dardos", pensaba, mientras Andrew intentaba volver al tono amable con el que se había iniciado la conversación.

—No pretendía que fuera mi maestra, Clara, sino una compañera que se apiade de mi ignorancia y me ayude en el difícil arte de deslizarse por los salones al compás de la música. Si no aprendo a bailar, mi vida social quedará truncada.

—Pues en lo que de mí depende, puede usted quedarse truncado y encaramado en su volcán.

Ante lo cortante de las palabras de Clara, Andrew se levantó para despedirse y constató, con asombro, que las había acogido con tranquilidad. Don Jorge lo observaba preocupado, hasta que lo oyó decir desde el primer escalón del portal:

—Hasta pronto, don Jorge. En breve le traigo noticias de su primo. Y a usted, estimada Clara, le traeré un ramo de flores silvestres que sin duda le agradarán pues, igual que usted, se visten de hermosos colores… pero no han aprendido a aromar.

Y se precipitó escaleras abajo sin siquiera mirar atrás.

Cinco

El frío era mucho más intenso de lo que Andrew había imaginado. Fuera de la tolda, levantada en el fondo del cráter para protegerse del viento, el termómetro marcaba 32 grados Fahrenheit. No quería ni pensar cuánto más frío estaría arriba, en la cima, donde constantemente soplaba un viento de más de cuarenta kilómetros por hora. Los dos guías que lo acompañaban estaban hechos un ovillo en sus respectivos abrigos y juraban que el volcán no había estado nunca tan frío. Preocupado porque se agotara la leña, Andrew procuraba usarla con mucha prudencia. Volvió a agradecer mentalmente a Alberto Escobar la insistencia en que se trajera, además de sus abrigos y mantas, aquel poncho de lana de oveja en el que estaba envuelto y que lo ayudaba a mantener el calor.

—Yo sé lo que le digo, joven —le había dicho el primo de don Jorge—, ese abrigo que lleva no es suficiente para el frío que hace allá arriba. Llévese estos ponchos de lana rústica, que es la que más calienta. Me los puede devolver cuando pasen por aquí de regreso.

El ascenso a la cima había sido menos difícil de lo previsto. La primera etapa a caballo hasta la finca de los Escobar había tomado algo más de cuatro horas y el paisaje que se iba abriendo a medida que ascendían era de una amplitud y belleza deslumbradoras. Al pasar por la Piedra de Lino pudo apreciar que era cierto lo que se decía respecto a que desde ese punto se podían divisar los dos océanos. El Pacífico, con todas las islas del litoral chiricano, se veía con claridad; el Atlántico, debido a las nubosidades, no se veía tan nítidamente más allá de la costa de Bocas del Toro. Andrew se preguntó si habría alguna otra cordillera en el mundo desde la que pudieran contemplarse simultáneamente dos océanos.

Alberto Escobar había resultado ser tal como Andrew se imaginaba a los ermitaños. Llevaba una espesa barba entrecana y vestía con ropas burdas que sin duda le cosía su esposa Mireille. Hacía ya tiempo que no abandonaba la casa en busca de paisajes ignotos. “He buscado y buscado, pero no he encontrado nada tan hermoso como este lugar”, le había confiado. Y es que el sitio de los Escobar era realmente impresionante. El único lugar plano que existía en toda la finca lo habían utilizado para ubicar la casa. El resto, salvo pequeñas planicies dispersas, era terreno escarpado por el que solo las cabras parecían aventurarse. El paisaje que desde allí se contemplaba era interminable. Hacia arriba solo nubes y más montaña; hacia abajo cañadas y vertientes hasta donde alcanzaba el ojo humano.

—De día no se distingue el poblado —había comentado Alberto—, pero en las noches claras se pueden ver las luces de Boquete.

El hijo mayor de los Escobar Dumond, Emilio, ya no vivía con ellos. Unos años atrás había formado familia propia y tenía una finca más abajo, donde se podía cosechar café. Mireille y sus otros dos hijos hablaban muy poco y Andrew pensó que al irse, volvería a reinar el silencio en medio de esa gente tan especial.

De la finca de los Escobar habían seguido a pie durante cinco horas hasta alcanzar la cima. Aunque los precipicios eran cada vez más profundos, el trillo no ofrecía mucho peligro si se pisaba con pie seguro. A medida que ascendían el oxígeno escaseaba, la velocidad de marcha disminuía y la naturaleza cambiaba: los arbustos reemplazaban a los árboles, y las flores eran cada vez más pequeñas y de colores más vivos. Detrás de los guías, que mantenían un paso pausado pero constante, Andrew recordaba las veces que de niño había iniciado su inútil marcha hacia la montaña que tanto le atraía.

Finalmente, poco antes de las seis de la tarde, llegaron a la cima y Andrew sintió el enorme placer de haber realizado su sueño infantil. Ahora contemplaba el mundo desde 12,300 pies, único lugar del país que a esa hora todavía recibía los rayos del sol. La grandiosidad del ocaso contrastaba con el hosco y profundo cráter que se abría a sus pies.

—Debemos bajar mientras haya luz —había advertido uno de los guías.

Descender al cráter les tomaría una hora más. El camino iba entre rocas y era muy estrecho y desigual. Cuando finalmente llegaron al fondo ya estaba oscuro y fue preciso levantar la tienda de campaña a la luz de la hoguera que encendieron para ahuyentar el frío.

La temperatura descendió aún más al acercarse la madrugada y Andrew despertó pasadas las cinco para acercarse más al calor del fuego. Los guías dormían y Andrew se apresuró a colocar cuidadosamente los últimos dos leños. Al cabo de un momento el fuego se avivó, igual que el recuerdo de Clara. Andrew se preguntó si realmente estaba enamorado. A pesar de sus desplantes e ironías, le agradaba su compañía mucho más que la de cualquier otra muchacha. ¿Era así el amor?

Volvió a revivir en su mente los incidentes del último día y concluyó que algo debería sentir también ella por él. De lo contrario, ¿por qué aquel aparente desprecio ante alguien que como él estaba llamado a ser, por lo menos, un buen amigo? ¿Era, quizás, esta ausencia de amistad lo que le infundía optimismo a Andrew? En ese momento recordó las palabras de Clara a su padre, que tanto lo habían herido: "Será un gran abogado y buen amigo tuyo, pero lo que es a mí francamente no me interesa". Una súbita inspiración lo hizo sacar de la mochila su libreta y un lápiz. Se volvió a arrebujar junto al fuego y empezó a escribir: "Sí, tienes razón…". El poema iba fluyendo espontáneo, sereno y tierno. Cuando terminó de escribirlo el alba iluminaba la tolda solitaria levantada en el corazón del volcán de sus anhelos.

Andrew regresó a David el domingo en la noche y el lunes muy temprano, antes de ir al despacho, se dirigió a casa de los Calero a esperar a que don Jorge regresara de su acostumbrado baño en el río. Desde el portal lo vio venir silbando sin que el anciano pareciera sorprendido ante su inusitada presencia.

—¿Tan pronto descendió usted de las alturas, amigo Andrew?

—Pues sí, don Jorge. Llegué anoche y voy rumbo a la oficina. Por cierto, su

primo Alberto, que como usted me había dicho es todo un personaje, le manda sus recuerdos. Ahora quiero pedirle el favor de entregar a su hija este pequeño obsequio.

Andrew puso en manos de don Jorge un ramo de rosas en el que con un alfiler había prendido un sobre dirigido a la muchacha. Al ver las rosas y sentir su aroma, don Jorge no pudo evitar un comentario.

—Creí que usted le había ofrecido a Clara un manojo de flores silvestres, de las que no tienen olor —le recordó.

—Estaba equivocado, don Jorge, por eso le traje las que más aroman. Esta tarde, apenas pueda, paso por aquí.

Jorge Calero colocó las rosas sobre la mesa del comedor para que Clara las viera al salir de su cuarto. Luego se sentó en el portal a esperar, con disimulada paciencia, a que su hija apareciera.

Poco después Clara salía al portal con el ramo de rosas en la mano.

—Papá, ¿quién trajo estas flores? —preguntó, antes de sentarse frente a su padre mientras abría cuidadosamente el sobre.

—El amigo Thomas pasó por aquí muy temprano y me pidió que te las entregara junto con el sobre.

La muchacha había desdoblado el papel que venía dentro del sobre y empezaba a leerlo.

Sí, tienes razón, soy poco grato
para tu alma noble y delicada
porque soy rudo y triste y no es mi trato el que pueda agradarte, dulce amada.

Soy muy parco, es verdad, mi vida toda se ha forjado en la escuela del dolor;
yo no sé de la moda
con que se hace el vestido del amor.

Sin embargo, así cual imaginas
tengo un gran corazón, también tengo alma; mi amor es como el arte entre las ruinas: belleza en lo interior y afuera calma.

Así, en mi corazón callado existe
el rayo del amor, dulce y sincero:
al diamante el carbón siempre lo viste, a mí me cubre mi destino austero.

Por eso de mi amor, piedra dormida,
jamás podrás copiar gratos fulgores;
yo tengo la expresión oscurecida
aunque lleve en el alma resplandores.

Volcán Barú, marzo, 1925

Jorge esperaba impaciente la reacción de Clara, que leía despacio sin exteriorizar ningún sentimiento. Al terminar de leer alzó los ojos y dijo, simplemente: —El amigo Andrew es un buen poeta.

A pesar de que Jorge escudriñó la expresión de su hija durante el resto de la mañana, no pudo encontrar nada que le diera una pista sobre lo que pensaba o sentía y se resignó a esperar la visita de Andrew para ver cómo se desarrollaría la situación que, al menos a él, lo mantenía en ascuas.

Don Jorge estaba en el portal cuando llegó Andrew al final de la tarde. Al no ver a Clara, se agudizó la inquietud que sintiera durante todo el día.

—¿Dónde está Clara? —preguntó, sin siquiera saludar.

—¿Qué tal, amigo Andrew? Clarita recibió su obsequio no bien despertó esta mañana. Me pidió que le dijera que daría una vuelta por el parque. Allá debe estar ahora.

Clara únicamente había dicho a su padre que iría al parque y en ningún momento le había dejado un mensaje para Andrew. Pero Jorge pensó que nada le impedía interpretar un poco el sentido de las palabras de su hija, sobre todo si con ello lograba un mejor entendimiento entre personas que para él eran tan importantes. Sin embargo, se asustó un poco al ver la reacción de Andrew, quien no pudo esconder un gesto de esperanza mientras anunciaba que iría a encontrarse con Clara. "Dios mío", pensó, "ojalá que esta hija mía no me haga quedar mal ante Andrew".

Andrew divisó a Clara caminando sola en el parque y se acercó procurando no hacer ruido.

—Buenas tardes, Clara —saludó al llegar a su lado.

—Hola, Andrew. ¿Cómo te fue por las cumbres chiricanas? —preguntó ella sin mostrarse sorprendida.

Era la primera vez que lo tuteaba y al advertir el asombro en la expresión de Andrew, Clara aclaró: —En el poema que me dejaste con mi padre esta mañana me tratas de tú. Quizá lo hiciste porque salían mejor los versos, pero no creo que tutearnos tenga nada de malo. ¿Verdad?

—Por supuesto que no. Pero me va a costar más trabajo hablarte de tú que escribirte de tú.

Caminaron un rato en silencio, finalmente interrumpido por Clara.

—El poema es muy hermoso, Andrew, pero te equivocaste de flores.

—No, Clara, todo lo contrario. Quise darte las que más aroman.

Clara sonrió mientras decía:

—¿Sabes? Hace un tiempo te habría preguntado, siguiendo no sé qué instintos perversos, que de dónde habías copiado tan hermoso poema. Ahora me muero por saber qué me habrías contestado.

—Te habría dicho que ser poeta no es más que saber copiar. En algunos poemas se copia el color de los ocasos, o el rumor del arroyuelo o el canto de las aves o el dolor de los adioses. Yo me limité a copiar los sentimientos que tú inspiras en mí.

Clara miró a Andrew a los ojos y sonrió.

—Sigamos caminando —dijo.

Anduvieron en silencio unos minutos hasta que Andrew, cuyo corazón en vez de latir saltaba, preguntó: —A propósito, ¿qué tal el baile?

—Me han dicho que quedó muy bueno, pero yo no quise ir.

Clara calló un momento antes de añadir:

—Me quedé en casa y pensé un poco en ti, allá arriba, con frío, cerca de las estrellas. Estaba aprendiendo a aromar.

Andrew se detuvo, tomó las manos de Clara, se acercó y susurró:

—Gracias, Clara, es justamente lo que necesitaba oír.

Clara sonrió y, otra vez en silencio, emprendieron el camino de regreso, como si por esa tarde hubieran agotado la fuente de las palabras. Jorge, que los esperaba con ansiedad, sonrió para sus adentros al ver en el rostro de los muchachos la misma expresión de placidez.

Durante las semanas siguientes, Andrew no dejó de visitar un solo día la casa de los Calero. Aunque era evidente, y ya el pueblo lo comentaba, el amor de Andrew por la hija de don Jorge, no estaba muy claro si la nueva maestra sentía lo mismo por el joven abogado. Por ahora, parecía haberse limitado a aceptar el enamoramiento de Andrew sin llegar a comprometerse. De su actitud y de sus palabras se desprendía que, aunque algo había entre ellos, el nuevo trato no conllevaba necesariamente que el amor de Andrew fuera correspondido del todo. Andrew, por su parte, había decidido no forzar las cosas y si bien en cada oportunidad que se le ofrecía la dejaba ver sus sentimientos, lo hacía sin exigir nada a cambio.

A raíz del poema de Andrew, él y Clara habían descubierto que compartían la afición por los versos y los poetas. El duelo de agudezas de antaño lo habían sustituido por una franca y abierta competencia sobre quién conocía mejores poetas y poesías. Pero la alegría de encontrar un buen poeta no conocido por el otro no era tan grande como la de descubrir uno cuyos versos ambos podían recitar de memoria. Don Jorge, gran lector y a su vez poeta aficionado, participaba en los intercambios literarios y sorprendía frecuentemente a los jóvenes con sus conocimientos no solo de los parnasianos sino también de los poetas modernos. Los versos de Guillermo Valencia y Julio Flórez se comparaban con los de José Asunción Silva y Rubén Darío, sin que hubiera un ganador único. Era don Jorge quien tenía la última palabra.

—No pueden compararse los poetas sin comparar la época en que han vivido y escrito —afirmaba—. Ocurre lo mismo con los pintores. ¿Cómo podemos comparar a Rafael o a Tiziano con Renoir o con Pissarro? Aquellos pintaban lo que veían; los impresionistas lo que sentían al ver. De la misma manera para los parnasianos la rima, el metro y el ritmo eran importantes; los poetas modernos han creado su propio ritmo y ya no se sienten atados por la rima ni por la métrica.

—De todas maneras —intervenía Clara—, eso no significa que no existan predilecciones. Así como prefiero a Renoir sobre Rafael, de la misma forma me gusta más Darío que Flórez.

Y Andrew, por su parte, agregaba:

—A mí, en realidad, me gustan todos los pintores y todos los poetas. Lo que

estoy tratando de decir es que me gustan la pintura y la poesía, sin más.

—Pero, Andrew, hay poetas que no pueden leerse por lo malos y pesados.

—Es cierto, Clara. Pero esos no hacen poesías. Versifican, que no es lo mismo.

El verano tocaba a su fin y con él terminaba el asueto de Clara, que empezaba a prepararse para iniciar su nueva carrera. Andrew seguía trabajando largas horas y había adquirido la costumbre de regresar nuevamente a la oficina después de las tertulias en casa de los Calero. Seguía escribiendo versos, pero no le había entregado ninguno a su amada esperando que se presentara una ocasión especial. De vez en cuando, Clara mostraba curiosidad por saber si había escrito algo nuevo, pero lo hacía cuidándose de no insistir. Andrew se excusaba alegando que el trabajo le dificultaba la búsqueda de las palabras.

—Para ser poeta hay que serlo a tiempo completo —solía decir.

Y Clara respondía que si se era poeta no importaba el tiempo porque el alma no tenía reloj.

Seis

Una tarde de mediados de abril, mientras concluía los preparativos para el inicio de clases, Clara recibió una inesperada visita.

—Hay un joven que pregunta por ti, Clarita —le informó don Jorge—. Es un tal Felipe Alba.

Una mezcla de alegría y ansiedad invadió a Clara al escuchar el nombre de Felipe. Corrió al portal donde, para sorpresa de don Jorge, ambos se fundieron en un estrecho abrazo.

—Papá, este es el ingeniero Felipe Alba, mi mejor amigo de la capital, de quien te hablaba en mis cartas.

—Mucho gusto, joven, bienvenido. ¿Qué lo trae por Chiriquí?

—En primer lugar, su hija, que me prometió regresar a Panamá y todavía la estamos esperando. Además, como mi empresa va a construir los puentes sobre el río David y el río Chiriquí, permaneceré por acá un buen rato.

—¿Eso quiere decir que ya iniciaste tu proyecto de construir todos los puentes del país? —preguntó Clara, irónica.

—Así es, Clara. Decidí empezar por Chiriquí porque acá estás tú. Aparte de que, lamentablemente, ya los de Panamá los está construyendo otro ingeniero.

Jorge, viendo reír a los muchachos, tuvo que aceptar, no sin cierta inquietud, que Felipe Alba era una persona muy agradable y extrovertida, y que Clara estaba feliz de verlo.

La siguiente hora Clara y Felipe la pasaron recordando la vida en la capital. Felipe le dio noticias pormenorizadas de sus amigas, ninguna de las cuales se había casado todavía. Analida seguía en Londres, aunque se esperaba su regreso para mediados de año.

—Si me aceptas, puedes ser la primera en casarte —insinuó Felipe.

—Tú siempre con tus locuras —respondió Clara, sonrojándose.

A medida que transcurría la conversación de Clara y Felipe, don Jorge iba comprendiendo a lo mucho que había renunciado su hija al quedarse en David. Felipe, por su parte, no podía creer que no regresaría a Panamá.

—Hablando en serio, Clara, no alcanzo a comprender que hayas decidido quedarte aquí. Allá tienes un gran futuro: amigos, trabajo, oportunidades. Tu padre también tendría mucho más que hacer.

—Lo pensamos mucho, Felipe, y la decisión no fue fácil. Pero pronto verás que la vida por acá también puede ser muy agradable.

Terminaba de hablar Clara cuando Andrew subía las escaleras del portal.

—Felipe, te presento al abogado Andrew Thomas, un gran amigo nuestro —se adelantó Clara—. Andrew, este es el ingeniero Felipe Alba, de quien ya te he hablado. Está llegando de Panamá y viene a construir los puentes sobre el río David y el río Chiriquí.

Andrew fue el primero en reaccionar.

—Me da mucho gusto conocerlo, ingeniero. Y me alegra enormemente saber que al fin el gobierno ha decidido construir los puentes. Para que Chiriquí y el país progresen son indispensables las comunicaciones.

—Pues le aseguro, abogado, que estos dos puentes los tendrán listos en ocho meses. Y espero que el gobierno siga licitando los demás y que sea yo quien se los gane.

—Si en algo puedo servirle mientras está por acá, me tiene a las órdenes. De más está decirle que un amigo de los Calero lo es también mío.

Mientras los escuchaba conversar, Clara no pudo evitar compararlos. Felipe era más expansivo y desenvuelto, pero Andrew, dentro de sus maneras circunspectas, se expresaba con igual locuacidad. Y cuando Andrew profundizaba más en la conversación, Felipe podía seguirlo sin dificultad, aunque no fuera su estilo. Felipe vestía de kaki en mangas de camisa y botas de trabajo. Andrew, como siempre, iba de saco y corbata en impecable lino blanco. "Cada uno es elegante a su manera", pensaba Clara. Andrew aventajaba a Felipe en estatura, pero este era más ancho de hombros y más grueso, sin ser gordo.

De regreso a la oficina, luego de dejar a los Calero cenando en compañía de Felipe Alba, Andrew no pudo evitar un sentimiento de inquietud ante la llegada del ingeniero de la capital y las evidencias de su estrecha amistad con Clara. Esa noche le fue más difícil concentrarse en su trabajo: su mente iba del expediente que en ese momento estudiaba a la relación de Clara con Felipe Alba, que por cierto, era un individuo muy agradable. "¿Serán así los celos?", se preguntaba.

La súbita aparición de Felipe obligó a Clara a meditar un poco más sobre su relación con Andrew Thomas. Lo primero que supo enseguida fue que los vínculos con aquel eran muy distintos en relación a los que últimamente había establecido con el abogado. Le agradaba estar con ambos, pero de distinta manera. Con Felipe, porque entre ellos existía una amistad verdadera. Con Andrew, ¿por qué? "Bueno", se dijo, "vamos a esperar que el tiempo nos lo aclare".

Las lluvias que acompañaban el inicio del invierno no se hicieron esperar. Tanto llovió en David aquel mes de mayo de 1925 que el ingeniero Alba ni siquiera había podido iniciar las excavaciones para los pilotes del puente sobre el río David. No era solo el agua que descargaban las nubes lo que entorpecía los trabajos, sino, más que nada, las enormes crecientes del río a consecuencia de los torrenciales aguaceros en la cabecera.

En no pocas ocasiones las lluvias también interferían con la labor de Clara. Si bien la nueva maestra se esmeraba por estar puntualmente en su puesto todas las mañanas, algunos alumnos, sobre todo los que vivían más alejados del centro, llegaban con retraso a las clases. Clara procuraba hacer tiempo para esperar a los rezagados hasta que resultaba evidente que aquella mañana la lluvia les impediría asistir a la escuela. La maestra les pedía entonces llegar más temprano los

próximos días para ponerlos al día en las lecciones. Pero pese a todas las dificultades Clara se dio cuenta, con alegría, de que disfrutaba mucho su trabajo, que enseñar era todo lo que ella había anticipado y más. Al meditar en ello se prometió hacer una visita a su antigua maestra en Boquete para comentarle sus primeras impresiones.

Para Andrew, la lluvia tenía consecuencias agradables. Había adquirido un nuevo quitrín que usaba para visitar a su madre, pero los días en que los aguaceros se desataban al inicio o al final de clases le daban la oportunidad de ir a llevar o a buscar a la maestra Calero a la escuela. Al principio Clara intentó protestar, pero Andrew logró convencerla de que a la hora en que se iniciaban y terminaban las clases no era necesario que él estuviera en la oficina.

Una mañana en la que el sol había despuntado radiante y el cielo no podía ser más azul, Clara se sorprendió al encontrar el quitrín esperando frente a su casa.

—Andrew, ¿que haces aquí hoy? —preguntó—. No creerás que va a llover esta mañana, que es la más despejada que hemos visto últimamente…

—Precisamente, he pensado que no es justo que venga por ti solo cuando los días amanecen tristes, por lo que de ahora en adelante cambiaremos un poco la rutina y también vendré a buscarte cuando los días sean excepcionalmente hermosos, como hoy.

Y otro día en que Andrew llegó a buscarla sin que lloviera ni el sol brillara, Clara volvió a inquirir, coqueta:

—Habíamos quedado en que vendrías por mí los días de lluvia o aquellos de mucho sol. Entonces, ¿qué haces por aquí hoy?

—Es que me he dado cuenta, querida Clara, de que siempre que estoy contigo las mañanas son hermosas. ¡Aquí estaré siempre!

En el pueblo, quienes los veían pasar juntos todos los días empezaron a comentar sobre la futura boda del abogado Thomas y la maestra Clara.

Entre tanto, el ingeniero Felipe Alba, que había construido su campamento a orillas del río David, no podía ocultar su frustración y preocupación por lo poco que avanzaban los trabajos y en una de las visitas de fin de semana que regularmente hacía a los Calero, anunció su decisión de regresar a Panamá.

—Es imposible hincar pilotes con tanta lluvia. Además, los ríos de aquí son impredecibles y a veces echan unas crecidas que me hacen dudar de si realmente los pilotes deben ir donde marcan los planos. He conseguido con la Secretaría de Obras Públicas que los revisen y pospongan los trabajos hasta el próximo verano. Dicho sea de paso, Andrew me ayudó a redactar la petición y a darle fundamento legal. Antes de ayer me enviaron el telegrama en el que, al fin, oficialmente, me otorgan la prórroga. Con dolor en el alma, levanto el campamento y regreso a Panamá en dos semanas.

Clara lamentó mucho la partida de Felipe, a quien le hizo prometer que regresaría a David apenas se iniciara la próxima estación seca. Don Jorge, que había establecido una buena relación con el joven ingeniero, también se sintió compungido por la inesperada partida y le hizo prometer que escribiría o al menos contestaría sus cartas.

El día que se embarcaba, Andrew llevó a Felipe al puerto de Pedregal. Llovía a cántaros y el ruido de los goterones sobre la capota del quitrín casi no permitía

conversar. Llegando al muelle, Felipe tuvo que alzar mucho la voz para que Andrew lo escuchara.

—Después de que te cases con Clara tienen que irse a vivir a Panamá. Cuenta conmigo para ayudarlos a establecerse allá.

—Nadie ha hablado aún de matrimonio —gritó Andrew a su vez—, aunque si de mí dependiera me casaría con Clara mañana mismo. Pero realmente no sé lo que ella piensa.

—Pues yo sí lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas?

Esto último lo había dicho Felipe mientras terminaba de bajar sus bártulos del quitrín. Y ya desde el barco, mientras se despedía, gritó empapado y sonriendo:

—Avísame si hay boda antes de enero.

Poco después de la partida de Felipe, Clara y don Jorge decidieron aprovechar los días soleados del veranillo de San Juan para ir a Boquete a visitar a sor Rafaela, a quien hacía tiempo no veían. Andrew se les había unido con el pretexto de que tenía un par de clientes que visitar, aunque no era esa la verdadera razón. Después de la conversación con Felipe Alba en el muelle, Andrew había decidido hablar seriamente con Clara sobre su relación y el viaje a Boquete se presentaba como una ocasión propicia.

El día era transparente y el volcán y las montañas circundantes parecían recién lavados por las lluvias, pero la única que parecía interesarse por el paisaje era Clara. Don Jorge estaba dedicado a la lectura de *La Estrella de Panamá* y Andrew escribía en la pequeña libreta que siempre llevaba consigo.

La voz de Clara interrumpió el monótono traqueteo del motor.

—En algún lugar de por aquí pasamos la noche en nuestro primer viaje a Boquete —recordó.

Andrew dejó de escribir y miró por la ventanilla.

—También yo pasé por aquí cuando fui con Sarita y el coronel Winston a Boquete hace casi trece años. Recuerdo que el lugar se llamaba la Mata del Francés; si no me equivoco, es aquella arboleda que se ve a la derecha.

—¿Quién era el coronel Winston? —quiso saber Clara.

—El esposo de mi hermana Sarita. Él murió hace poco en los Estados Unidos —Andrew permaneció callado unos momentos mientras evocaba viejos y gratos recuerdos—. Amos Winston fue todo un personaje y a él le debemos estar en Chiriquí. Era un experto disparando y tirando puñales y él y Sarita montaron un espectáculo que presentaban en diversas ciudades de los Estados Unidos. Aquella vez íbamos a Boquete para que hiciera una exhibición de sus habilidades; yo era su ayudante.

Clara no podía creer lo que oía. Uno de sus recuerdos más vívidos era el de aquel vaquero de barba y cabello blanco tirándole puñales a un niño vestido igual que él. Recordaba, sobre todo, el último puñal porque estaba segura de que había herido al vaquerito. Había quedado muy impresionada al ver que aquel niño parecía no inmutarse mientras una mancha de sangre empezaba a dibujarse en su costado.

—¿Así que tú eras aquel vaquerito? —preguntó Clara, incrédula—. Yo fui a ver el espectáculo con las demás alumnas de las franciscanas y por mucho tiempo lo que más se comentó en mi colegio fue la valentía del muchachito de nuestra

misma edad que a pesar de estar herido no había hecho siquiera un gesto de dolor. Hasta la propia sor Rafaela usaba de ejemplo al "vaquerito valiente" cuando esperaba de nosotras una actitud estoica. ¡Me parece increíble que aquel fueras tú!

Andrew sonrió con algo de tristeza al recordar aquella tarde que, según Sarita, había afectado tanto a Amos Winston que allí mismo decidió cambiar el rumbo de su vida.

—Para ser franco, Clara, recuerdo que estaba más asustado que nada. El cuchillo apenas me rozó, pero quedé con la camisa clavada a la tabla y, aunque hubiera querido, no podía moverme.

Don Jorge había dejado momentáneamente de leer el periódico y decidió intervenir.

—Comoquiera que sea, demostró usted mucho estoicismo para un niño de, ¿cuántos años?

—Acababa de cumplir once.

—Pues yo me siento muy orgullosa de que tú seas aquel vaquerito valiente del que tanto se habló en mi escuela —insistió Clara, todavía asombrada—. Estoy segura de que sor Rafaela recuerda el incidente y ardo en deseos de contarle.

Terminada la conversación, don Jorge volvió a su periódico, Andrew a sus notas y Clara al paisaje. Pero no habían transcurrido diez minutos cuando Clara, azuzada por la curiosidad, preguntó a Andrew:

—¿Qué es lo que escribes con tanto interés, Andrew Thomas? No me digas que es un alegato.

—No, Clara. Estoy aprovechando lo espléndido del día para terminar un soneto que desde hace tiempo me da vueltas en la cabeza. Pero creo que ya lo tengo.

Don Jorge había vuelto a dejar el periódico.

—¿Lo puedo leer? —preguntó Clara.

—No creo que entiendas mis tachaduras y garabatos, pero lo voy a pasar en limpio y te lo doy después. De todas maneras es para ti.

Aunque lo último lo había dicho bajando la voz, don Jorge y los vecinos de asiento, que seguían con interés el coloquio, lo habían escuchado.

—¿Por qué mejor no me lo lees? —preguntó Clara, melosa.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—Sí, aquí y ahora.

Clara sonrió al ver que había hecho sonrojar a Andrew, quien, para su sorpresa, sacó enseguida su libreta de apuntes y empezó a leer en voz alta:

Un cielo azul tan claro como la luz del día,
un sol que es un diamante radiante de esplendor,
la tierra ánfora rica de la cual se diría
que vierte un verde y puro licor de paz y amor.

Natura está vistosa de galas y alegría,
la psiquis de la vida brota cual una flor;

el aire es un perfume, el mundo una poesía
y en el ambiente trina un mago ruiseñor.

Y yo que veo en toda la primavera, ¡oh, mía!,
tu belleza y tu gracia, tu hermosura y tu amor,
me figuro que se ha hecho para ti el claro día,

el verdor de la tierra, su perfume de flor,
la pureza del aire, la paz, la armonía,
y para ti me vuelvo un pájaro cantor.

Un elocuente silencio se había instalado entre los pasajeros después de las primeras palabras de Andrew, cuya voz competía favorablemente con el traqueteo del motor. Terminada la lectura, la veintena de personas que compartían el vagón había aplaudido con entusiasmo a Andrew, quien se puso de pie, hizo una reverencia y señaló a Clara, como hacen los artistas que desean que el público sepa que el mérito de su actuación es compartido. Entonces fue Clara quien se sonrojó.

Esa misma noche los Calero y Andrew Thomas cenaron con sor Rafaela en la pensión Villarreal. El tema de la conversación giró en torno a que Andrew había resultado ser aquel vaquerito valiente de los años escolares de Clara. Sor Rafaela recordaba muy bien el incidente y quiso saber más sobre el joven amigo de los Calero, por lo que Andrew no tuvo más remedio que contar detalles de su vida, algunos de los cuales Clara desconocía.

Al terminar la velada, Andrew se sentía como si él también hubiera ido a la escuela de sor Rafaela, a quien desde el primer momento le cobró cariño. La franciscana, por su parte, había acogido a Andrew como si fuera un miembro más de la familia Calero, pensando para sus adentros que quizás pronto lo sería, dadas las evidentes muestras de cariño que tanto Jorge como Clara le dispensaban, donde la ternura discreta de su antigua alumna contrastaba con la admiración que abiertamente manifestaba su padre por Andrew. Antes de que sor Rafaela se despidiera, don Jorge ya le había hecho saber que aquel vaquerito valiente de antes era ahora el más exitoso abogado de la provincia chiricana. Andrew había fingido no oír ese último comentario, pero sus orejas enrojecidas lo delataban.

Esa noche, mientras buscaba palabras para un nuevo poema, Andrew se prometió no dejar pasar el fin de semana sin obtener de Clara una respuesta definitiva sobre la posibilidad de compartir el futuro juntos. “Espero que por lo menos me acepte como novio formal”, pensó antes de dormirse.

La mañana del sábado había sido destinada por Andrew para visitar a algunos clientes boqueteños y por Clara para juntarse con sus antiguas compañeras. Don Jorge prefirió permanecer en la pensión y ponerse al día en sus lecturas. Después del almuerzo, irían los tres a visitar a los Lescure, pues Clara quería que Andrew conociera la casa y el huerto en los que tan feliz había sido de pequeña.

Esa tarde, luego de disfrutar con los Lescure una taza de café acompañada de galletas hechas en casa, Clara propuso a Andrew salir a la huerta a conocer su

árbol preferido. Comenzaba a caer el bajareque y la cinta de colores del proverbial arcoíris enlazaba las montañas cuando los jóvenes se sentaron frente al naranjo que ya empezaba a vestirse de azahares. Clara, subyugada por el paisaje que había sido el de su niñez, quiso compartir con Andrew sus mejores recuerdos. Relató la historia del nido de colibríes, los juegos con su padre identificando los colores del arcoíris, sus frecuentes andanzas por las montañas circundantes, las idas y venidas en coche con sus compañeros de escuela bajo la impasible pero atenta mirada del indio Juan, su acercamiento a Dios en el claustro de las madres franciscanas. En este punto se interrumpió para preguntar a Andrew:

—¿Qué piensas tú de Dios?

Andrew, que la escuchaba embelesado, quedó por un momento confundido.

—En realidad trato de no pensar mucho en el concepto de Dios. Son cosas muy profundas —respondió finalmente.

—Pero cuando piensas, ¿qué piensas? ¿Crees que existe un Dios? —insistió Clara.

Andrew volvió a reflexionar antes de responder.

—Pienso que todas las cosas que vemos y vivimos nos recuerdan a cada instante que tiene que haber una fuerza superior, un Creador. En cuanto al más allá, donde se nos ha dicho que finalmente lo conoceremos, como no podemos vivirlo ni sentirlo debemos limitarnos a tener fe en la existencia de la otra vida. Por eso prefiero decir que yo sé, porque lo puedo ver y sentir todos los días, que Dios existe; con relación a la vida después de la muerte, como no puedo saber, solamente me queda creer.

Clara tardó un momento en asimilar el razonamiento de Andrew.

—Sería absurdo que todo terminara aquí —dijo, finalmente, en voz baja.

Andrew se dijo que el momento decisivo había llegado y buscó la mirada de Clara.

—Quiero que sepas que si yo logro vivir el resto de mi vida contigo dejaría de importarme el más allá. Creeré con mayor fuerza que Dios existe y que por alguna razón desconocida ha decidido premiarme antes de tiempo.

—Eres un romántico perdido —respondió Clara, mientras, sonrojada, inclinaba la cabeza.

Andrew temió que Clara no hubiera captado la seriedad de sus palabras. Suavemente le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Hablo en serio, Clara. Te estoy proponiendo formalmente que construyamos juntos el futuro. ¿Aceptarías casarte conmigo?

Clara lo miró fijamente y rio antes de responder.

—Querido Andrew, me estás proponiendo matrimonio y ni siquiera somos novios. ¿No sabes que antes de la boda viene el noviazgo?

—Entonces, ¡seamos novios! —exclamó Andrew.

—Acepto, pero con una condición. Dejemos que pase algo de tiempo y que sean las circunstancias las que nos indiquen cuándo debemos casarnos.

Andrew no estaba seguro de haber comprendido bien.

—Entonces, ¿somos novios pero sin fecha de matrimonio?

—¡Exactamente! —exclamó Clara.

El joven abogado no podía contener su emoción. Se puso en pie, y luego

volvió a sentarse. Tomó a Clara de las manos y le preguntó:

—¿Entre novios es permitido besarse?

—No solamente es permitido, Andrew Thomas. Es obligatorio.

En ese primer beso Clara sintió el tierno y profundo calor de Andrew y supo que ese calor los uniría toda la vida. Entre las sombras tenues del día que terminaba, pudo observar que los primeros azahares se habían abierto de tal forma que parecían dibujar una alegre sonrisa en el verde rostro de su árbol favorito.

Cuando emprendieron el regreso a casa, Clara preguntó a Andrew si estaba enterado de lo de su mamá.

—Sí, Clara. Don Jorge me contó.

—¿Y no te preocupa?

—Me preocupa por la incertidumbre y la tristeza que les causa. Igual que tu padre, yo creo que algún día la volverán a ver.

—Andrew, lo que quiero decir es si no te preocupa que la enfermedad de mi mamá pudiera afectar a nuestros hijos.

Andrew la abrazó con ternura antes de responder.

—No me preocupa ahora ni me preocupará nunca.

Al regresar a la sala, Clara entrelazó su mano a la de Andrew mientras observaba el rostro de su padre, que, tal como ella había anticipado, se iluminó con una expresión mezcla de alegría y complicidad. "Algún día espero llegar a querer a Andrew tanto como lo quiere mi padre", pensó Clara.

Esa noche al llegar a la pensión el propietario estaba esperando a Andrew con un telegrama en la mano.

—Me pidieron que se lo entregara enseguida.

Andrew lo abrió con suma rapidez. El telegrama venía firmado por don Pablo Aguilar y decía escuetamente: "Asunto de suma urgencia reclama su presencia en David cuanto antes. Confío pueda venir".

Andrew se lo leyó a Clara y a don Jorge. Su preocupación era grande pues sabía que solamente algo muy grave motivaría que don Pablo le escribiera a Boquete, interrumpiendo su asueto.

—Parece que el recorrido por las montañas tendrá que esperar a una próxima oportunidad. Tomaré el motor de la mañana. Ojalá no le haya sucedido nada serio a don Pablo.

Clara no vaciló un instante.

—Regresamos todos juntos.

Aunque Andrew trató de insistir en que no acortaran su visita a Boquete, no hubo manera de hacer cambiar de opinión a Clara. Don Jorge, por supuesto, estuvo de acuerdo con su hija.

Siete

Tan pronto descendió del motor, Andrew fue directamente a casa de los Aguilar. El desasosiego era evidente y se reflejaba, sobre todo, en el rostro de doña Lucila. Don Pablo llevó a Andrew a la pequeña habitación que le servía de despacho y le hizo leer un telegrama y unos recortes de periódico. La noticia era realmente devastadora: Beatriz había sido arrestada en la capital por el asesinato de un alto oficial del ejército norteamericano. Las circunstancias del crimen no estaban claras, pero aparentemente no había duda de que la acusada había disparado el arma homicida.

—Beatriz siempre ha sido una muchacha extraña, Andrew —dijo don Pablo, pensativo—. De un tiempo a esta parte abusaba del alcohol. Pero ¿asesinar a un hombre? Imposible. Su defensa está a cargo del licenciado Rodolfo Pérez, que es un excelente abogado penalista, pero quisiera pedirle que me acompañe a la capital a ver qué es lo que ha ocurrido y qué se puede hacer. Sé que es pedirle demasiado dado lo ocupado que está, pero confío en usted para que al menos me ayude a tomar algunas decisiones preliminares.

Andrew respondió sin titubear.

—¿Cuándo nos vamos?

—Mañana temprano sale un barco. Llegaríamos a la capital el martes en la tarde. ¿Cómo hará usted con sus asuntos?

—Pierda cuidado, don Pablo, que yo me las arreglo. Mañana a primera hora paso a recogerlo.

Andrew se despidió de doña Lucila con palabras de aliento y enrumbó sus pasos hacia la casa de los Calero, donde don Jorge y Clara lo esperaban ansiosos en el portal. Luego de referirles lo acaecido y la necesidad de viajar a la capital al día siguiente, le pidió a don Jorge el favor de llevar a los tribunales algunos escritos que él dejaría preparados.

—Desafortunadamente, son varios los que debo presentar esta semana. Los dejaré listos con la secretaria y con instrucciones precisas de cuándo debe presentarse cada uno.

—Descuide, Andrew; lo haré con gusto y mucho esmero.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Clara.

—No creo que haga falta, pero te lo agradezco igual. Y ahora voy andando, que queda poco tiempo antes del viaje.

Clara lo acompañó mientras descendían los tres escalones del portal.

—¿Cuándo regresas, Andrew?

—A más tardar el fin de semana, espero.

—Pero si vas a defender a Beatriz tendrás que regresar a Panamá otra vez, quién sabe por cuánto tiempo. ¿Cómo harás con la oficina?

—Aunque tengo alguna experiencia en asuntos penales, me figuro que el abogado que tiene Beatriz en Panamá será quien, en definitiva, lleve el caso. Si don Pablo insiste en que yo participe entonces ya veré cómo me las arreglo. El asunto es complicado.

Andrew se encerró esa tarde en su oficina después del mediodía y no se separó de la máquina de escribir hasta que empezó a amanecer al día siguiente. El trabajo urgente de la semana estaba terminado y dejó sobre el escritorio de la secretaria una nota para don Jorge con las últimas recomendaciones.

El barco partía a las ocho y apenas tuvo tiempo de ir a su casa a cambiarse y empacar algo de ropa. Eran casi las siete cuando subió al quitrín para ir a recoger a don Pablo. Al llegar a casa de los Aguilar quedó sorprendido al ver al viejo abogado conversando con Clara.

—Clara, ¿qué haces aquí a esta hora?

—Supongo que trabajaste toda la noche y no comiste ni dormiste nada. Lo de la falta de sueño no puedo remediarlo pero aquí tienes algo que te preparé para que no te vayas con el estómago vacío. ¿No cree usted, don Pablo, que hago bien en cuidarlo?

Y dicho esto le dio un beso en la mejilla y siguió rumbo a la escuela.

Camino al puerto, Andrew no podía ocultar su orgullo, sobre todo después de que don Pablo lo felicitara por su acertada elección y les augurara a él y a Clara un matrimonio feliz. Una vez a bordo, se quedó profundamente dormido. Aquel sueño recurrente que lo acompañaba desde su infancia, en el que se desplazaba por los llanos de La Ladera sin rumbo fijo, volvió a su subconsciente. Esta vez, sin embargo, en vez de caminar, volaba libremente.

La primera entrevista con Beatriz tendría lugar el mismo martes al final de la tarde en el cuarto del Hospital Santo Tomás, donde permanecía detenida luego de haber sido internada dado su estado de incoherencia. En la entrada del hospital se encontraron con el licenciado Pérez, quien les informó que el caso era aún más grave de lo que Andrew y don Pablo habían imaginado porque numerosos testigos la habían visto disparar el revólver con el que el coronel Prescott había sido ultimado de un balazo en la cabeza. El disparo había sido descargado a quemarropa en uno de los salones del Jardín El Rancho, ubicado en el límite entre la Zona del Canal y la ciudad de Panamá.

El estado de Beatriz era lamentable, pero pareció reaccionar positivamente al ver a su padre, que fue el primero en entrar en la habitación. Luego de unos minutos, don Pablo salió para pedirles a sus colegas que lo acompañaran, no sin antes advertirle a Andrew que aunque Beatriz resentía su presencia él le había asegurado que la participación de su antiguo socio era necesaria para la adecuada preparación de la defensa.

No fue fácil obtener de Beatriz un relato coherente de lo ocurrido. Lo que se le pudo entender coincidía con lo dicho por el licenciado Pérez y con las declaraciones rendidas por los testigos ante el fiscal de la causa: Beatriz y el coronel Prescott habían llegado a El Rancho a eso de las seis de la tarde del

pasado viernes, donde se les unieron dos parejas más. Estuvieron de juerga y bebiendo hasta las once, hora en que Beatriz quiso irse, lo que motivó una discusión que terminó en altercado durante el cual Beatriz se había apoderado del arma del coronel y le había disparado en la cabeza matándolo en el acto.

El primer problema que le tocaría afrontar a los abogados de la defensa guardaba relación con la jurisdicción bajo la cual sería juzgada la señorita Aguilar. Los norteamericanos insistían en juzgarla en los Estados Unidos conforme a sus leyes, a lo que el fiscal panameño, Anselmo Patiño, se había opuesto rotundamente. El asunto estaba ahora discutiéndose en la vía diplomática y los norteamericanos presionaban con fuerza al gobierno de Panamá para que cediera la jurisdicción. La opinión pública había empezado a interesarse en el asunto por lo que Andrew, que había estudiado bien el tema de la jurisdicción en la Zona del Canal, se ofreció a escribir un artículo que don Pablo haría publicar en *La Estrella de Panamá* y el *Star & Herald*, diarios con cuyos propietarios y directores mantenía muy buenas relaciones. Esa misma noche se sentó frente a la máquina de escribir en su cuarto de hotel y al día siguiente entregó a don Pablo un primer borrador. Después de analizar concienzudamente el tema de la jurisdicción penal conforme al Tratado del Canal de 1903, Andrew llegaba a la conclusión irrebatible de que, aunque la víctima fuera un miembro del ejército de los Estados Unidos, si el delito había ocurrido en Panamá, el caso tenía que ser juzgado conforme a las leyes panameñas y por tribunales panameños. El artículo era tan categórico que ambos diarios decidieron publicarlo simultáneamente en la página editorial. Algunos de los argumentos serían utilizados más tarde por el secretario de Relaciones Exteriores de Panamá para informarle al embajador norteamericano que Beatriz Aguilar sería juzgada en Panamá.

La noche del miércoles se reunieron los tres abogados en el Hotel Nacional a discutir cómo enfocar la defensa de Beatriz. El licenciado Pérez pensaba que tal vez una declaratoria de culpabilidad con una demostración de locura momentánea podría mantener a Beatriz fuera de la cárcel y lograr que el tribunal la enviara a un sanatorio por un período al cabo del cual podría quedar en libertad. Antes de discutir los pros y contras de esa estrategia, Andrew informó a sus colegas que esa tarde había estado en el Jardín El Rancho interrogando a los meseros que estuvieron presentes la noche del viernes cuando ocurrieron los hechos.

—Parece que no era la primera vez que se daban discusiones entre Beatriz y sus acompañantes, que no siempre eran los mismos. Según los saloneros, para los soldados resultaba divertido ver a Beatriz ebria y ya antes había habido botellazos y cabezas rotas producto de las francachelas que armaban. La noche de los hechos hubo un altercado violento en el que Beatriz fue vejada por los militares. Para mí no hay duda de que Beatriz es alcohólica y de que mató a Prescott bajo los efectos del alcohol. Pero creo que en el juicio se podría probar negligencia contributiva por parte de Prescott y de los demás soldados que esa noche se burlaron de Beatriz, provocándola. Además, se trata de un caso que envuelve las relaciones de Panamá con los Estados Unidos y la opinión pública estará muy al tanto de lo que ocurra. Todos estos factores sugieren que podemos llevar el asunto ante el jurado y, quizás, sacar libre a Beatriz o, al menos, obtener una condena benigna.

Andrew había hablado con convicción, casi con vehemencia. Tras un prolongado intercambio de ideas, tanto el licenciado Pérez como don Pablo estuvieron de acuerdo en seguir el curso de acción que el joven abogado sugería.

—¿Puedo contar con usted como vocero en el juicio? —preguntó el licenciado Pérez.

Don Pablo no dejó que Andrew respondiera a la pregunta.

—No creo que sea justo pedirle a Andrew que descuide su práctica en Chiriquí para atender el caso de Beatriz. Allá también lo necesitan pues atiende la mitad de los casos de la provincia.

Andrew ponderó por unos instantes la decisión que debía tomar. El caso de Beatriz, sin duda, iba a acaparar la atención pública en la capital y el resto del país, de modo que sería una excelente oportunidad para un joven abogado de provincias. Además, y sobre todo, tendría la oportunidad de abonar a su deuda de gratitud para con don Pablo. En cuanto a su trabajo en David, tendría que encontrar la forma de no descuidar a sus clientes.

—Ayudar al licenciado Pérez en la defensa de Beatriz es un privilegio que acepto gustoso —respondió finalmente.

Esa noche, cuando se retiraban a sus respectivas habitaciones luego de haber acordado los lineamientos generales de la defensa, don Pablo quiso exteriorizar una vez más su agradecimiento.

—Es posible que haya penalistas con más experiencia y más nombre que usted, amigo Andrew. Lo que no creo que pueda encontrar, por razones que huelga explicar, es uno que se entregue al asunto como ya se ha entregado usted. Y en materia penal eso es, quizás, lo más importante. El licenciado Pérez tiene razón cuando dice que no hay manera de convencer a un jurado si uno, como abogado defensor, no está convencido. Y usted parece sinceramente convencido de que Beatriz puede ser culpable de muchas cosas, pero no de homicidio, aunque haya disparado el arma.

—Así es, don Pablo. Y le reitero también que me enorgullece mucho que tanto usted como el licenciado Pérez tengan en mí la confianza necesaria para pedirme actuar en un asunto de tanta trascendencia, sobre todo para usted.

Antes de entrar a su habitación, don Pablo preguntó:

—Pasando a otro tema, amigo Andrew, ¿cómo piensa arreglárselas para no descuidar a su clientela chiricana?

—Francamente, todavía no estoy seguro, don Pablo. Mi presencia acá se requerirá para el juicio, que podrá prolongarse por un par de semanas. Tendré que ver cómo lo haré.

—Yo regreso con usted a David mañana. Si en algo puedo ayudarlo, no dude un instante. Le aseguro que mis neuronas jurídicas aún están activas.

—No lo dudo, don Pablo. Con su ayuda no tendré ningún problema en pasar el Rubicón.

Para el día siguiente en la mañana Andrew había invitado a desayunar a Felipe Alba. Quedaron en encontrarse a las ocho en la cafetería del hotel de modo que el abogado pudiera llegar a tiempo de abordar el vapor que salía para David antes de mediodía. Andrew leía el periódico cuando llegó Felipe.

—¿Por qué no me avisaste antes que estabas en Panamá? Hubiera podido

organizar una fiestecita —reclamó Felipe, mientras se abrazaban.

—Vine con el tiempo muy medido y he estado ocupadísimo con el asunto que me trajo.

—¿Es cierto que vas a defender a Beatriz Aguilar?

—Voy a colaborar con el licenciado Rodolfo Pérez. Acuérdate de que ella es hija de don Pablo Aguilar, a quien le debo, entre otras cosas, el título de abogado.

—Por lo que se lee en los diarios, los gringos están que echan chispas con ese asunto.

—Sí, ya me di cuenta. Han presionado mucho al gobierno para que les entregara a Beatriz y juzgarla conforme a sus leyes en sus tribunales.

—Yo no entiendo mucho de derecho, pero no veo qué diferencia hace que la juzguen allá o aquí. El crimen sigue siendo el mismo.

—Las diferencias son muchas, Felipe. Solo a manera de ejemplo, si resulta culpable, allá la pueden condenar a muerte. Aquí no hay pena de muerte ni cadena perpetua. El máximo de reclusión son veinte años.

—Caramba, entonces la cosa sí es muy distinta. Me alegro de que el gobierno se haya mantenido firme.

—Hay otra cosa, Felipe. Como van las cosas, es necesario frenar a los norteamericanos porque de otra forma van a usar el Tratado de 1903 para lo que se les venga en gana. El caso de Beatriz Aguilar es un excelente precedente que ayudará mucho a los gobernantes del futuro a defenderse de los embates del nuevo imperio.

—Bueno, suficiente de leyes y política. ¿Cómo anda el asunto con Clara?

—No podría estar mejor. Somos novios formales, aunque todavía no sabemos cuándo nos casaremos. Debo confesarte que la conversación contigo en el muelle fue la que me dio el valor para declararme. En consecuencia, tanto Clara como yo queremos que seas padrino de la boda y caballero de honor.

—Acepto encantado. ¿Se van a quedar en David?

—Creo que sí. Tú sabes que ambos somos prisioneros del paisaje.

—Sí, ya lo sé, pero insisto en que tienes que ir pensando en venir a ejercer a la capital. Las oportunidades son enormes. Ya te darás cuenta ahora que trabajarás por acá un tiempo. A propósito, ¿cuándo regresarás?

—No estoy seguro. Depende de la fecha que fije el tribunal para la audiencia. Probablemente dentro de un mes, más o menos. Todavía tengo que ver qué voy a hacer con todo el trabajo que tengo en David. Creo que la próxima vez que venga tendré que quedarme por estos lares por lo menos tres semanas. Lástima que el barco demore tanto en ir y venir.

—Y mientras tanto comiendo cabanga.

—Sí, Felipe, comiendo cabanga a dos carrillos. Estos días lejos de Clara se me han hecho interminables. Te aseguro que, si la cabanga engordara, pesaría trescientas libras.

Después de reír un rato y hacer algunos planes para la próxima visita de Andrew, Felipe se ofreció a llevarlo al muelle.

—¿Podemos llevar también a don Pablo?

—Por supuesto que sí. Mi automóvil tiene veinticinco caballos de fuerza más que tu quitrín.

Camino al muelle inglés, donde se abordaban los vapores que salían para Chiriquí, Felipe comentó:

—Andrew, se me acaba de ocurrir que si tienes espíritu aventurero y quieres ir y venir de Chiriquí rápidamente mientras dure el juicio yo tengo un amigo que es dueño de un aeroplano y él mismo lo pilotea.

—¿Cómo es la cosa?

—Un aeroplano, un avión. Es un norteamericano al que le dicen Crazy Sam. Yo sé que realiza vuelos al interior, creo que hasta Penonomé, a medio camino entre la capital y David.

—¿Estás hablando en serio, Felipe? —preguntó, divertido, Andrew.

—Se me acaba de ocurrir. Estoy seguro de que el viaje en aeroplano no tomaría más de tres o cuatro horas.

Al ver el rumbo que iba tomando la conversación, don Pablo decidió intervenir.

—He oído hablar de Crazy Sam y, tal como su apodo lo indica, parece que el señor no está muy cuerdo que digamos. Acuérdense de que "piano piano va lontano". Es mejor llegar tarde en barco que no llegar nunca en el tal aeroplano.

—Le aseguro, don Pablo, que con los aviones está ocurriendo lo mismo que con los automóviles —insistió Felipe—. Ya en los Estados Unidos hay líneas aéreas comerciales y la gente cada vez vuela más. De la misma manera que el carro sustituyó al caballo y a la carreta, el avión sustituirá al barco para los viajes largos.

—Amigo Felipe, yo no viviré para verlo y para que usted y Andrew lo puedan ver es mejor que se olviden de Crazy Sam y de su aeroplano —rezongó don Pablo.

De regreso a David, Andrew tuvo que dedicarse de lleno a la atención de sus asuntos. Aunque procuraba estar con Clara el mayor tiempo posible, no disponía de mucho. Su madre se había quejado de que ya casi no lo veía, a pesar de que iba a visitarla al menos una vez a la semana. Tan sombría la encontró durante la última visita que no quiso hablarle de su compromiso con Clara, aunque se prometió traerla la próxima vez que la visitara.

El fin de semana siguiente Andrew recogió a Clara para ir a almorzar con Mercedes. Cuando llegaron la encontraron frente al fogón, junto a la mujer de Prudencio, preparando la comida.

—¿Se acuerda de Clara, mamá?

—Ajá. Es la maestra que vino de la capital, ¿no?

—Sí, mamá. Y tenemos algo que decirle.

—Ya sé de qué se trata —Mercedes se limpió las manos en el delantal y miró fijamente a su hijo—. Se van a casar. Lo supe desde que la vi en el matrimonio de Rachel.

Clara no sabía si reír o permanecer seria.

—Usted siempre me ha conocido muy bien, mamá —comentó Andrew.

—Eso creía yo, pero has cambiado. Pensé que te ibas a casar con una muchacha de por aquí.

—Yo soy de por aquí, señora Thomas —intervino Clara, decidida—. Me crié con mis padres en Boquete hasta que me fui a estudiar para maestra a la capital.

Pero después de terminar regresé para quedarme.

—Sí, ya lo veo. Pero con gustos y costumbres de la capital, que le van a dificultar la vida a Andrew.

—Después de que conozca mejor a Clara se dará cuenta de que sus temores no se justifican —intervino Andrew, preocupado por el rumbo que tomaba la conversación—. Ahora voy a llevarla a conocer la finca.

—No hay mucho que ver, pero sí, vayan, vayan mientras nosotras terminamos de servir la mesa.

Cuando salieron al patio Andrew se excusó por la actitud de su madre.

—Creo que está celosa —concluyó.

—Por supuesto que lo está, Andrew. Yo también lo estaría si fuera ella. No te preocupes, que sabré ganármela.

Pero ese día Mercedes casi no habló más. Al llegar a su casa esa noche, Andrew pensaba en cómo con cada logro se le iba complicando más la vida.

Ocho

No habían transcurrido dos semanas desde su viaje a la capital cuando Andrew recibía un telegrama de Rodolfo Pérez informándole que los trámites para la audiencia en el juicio de Beatriz estaban muy adelantados y se requería su presencia para iniciar las primeras acciones de la defensa. Andrew todavía no había logrado ponerse al día en sus asuntos y se sentía abrumado, pese a que don Pablo se ofreció a permanecer en la oficina hasta que se iniciara la audiencia. En ese momento recordó la conversación con Felipe sobre Crazy Sam y se prometió averiguar si realmente era posible ir y venir en aeroplano entre la capital y David.

La víspera de su regreso a la capital Andrew invitó a Clara a dar un paseo al final de la tarde por las afueras del pueblo, sin confiarle que su propósito era el de buscar algún sitio adecuado en el que Crazy Sam pudiera aterrizar con su aparato. Pensaba que el más apropiado se hallaría en los potreros de los hermanos Álvarez por ser los más planos y menos pedregosos, razón por la cual habían sido escogidos desde hacía muchísimos años para efectuar las carreras de caballo y cabalgatas con las que en la provincia se celebraban todos los años los juegos de San Juan.

—¿Se puede saber qué hemos venido a hacer por acá? —había preguntado Clara al observar que el quitrín se alejaba de los caminos por los que usualmente realizaban sus paseos.

Andrew, que no quería preocupar a Clara prematuramente, optó por decirle que Felipe le había pedido buscar algún lugar donde un norteamericano amigo suyo pudiera aterrizar en un aeroplano.

—Me parece una perfecta locura. Que yo recuerde, todavía nadie ha venido en aeroplano a David. Será mejor decirle que no hay ningún sitio seguro.

—Pero, Clara, este potrero de los Álvarez parece adecuado. Es plano, es extenso y no hay casi piedras. Yo cumplo con informarle a Felipe y que el aviador decida lo que quiera hacer.

—¿No estará el loco de Felipe pensando en venir él también en el aeroplano?

—No creo, Clara. Me dijo que estaba muy ocupado construyendo no sé qué puentes y carreteras. A propósito de Felipe —añadió Andrew para cambiar el tema—, me dice que le avisemos con tiempo cuándo es la boda.

—Supongo que le dijiste que todavía no tenemos fecha.

—Sí, pero de todas maneras quiere que le avisemos con tiempo.

En repetidas ocasiones Andrew había insinuado la posibilidad de ir fijando una fecha para la boda, aunque fuera tentativa, pero Clara insistía en que tuviera

paciencia, que tiempo tenían de sobra.

—Está bien, no hablemos de fechas —dijo ahora—, pero por lo menos dime en qué época te quieres casar —y añadió con sarcasmo—: si no sabes la época, dime por lo menos el lustro, la década o el siglo.

Lo decía medio en broma y medio en serio, pero Clara, que solo percibía el buen humor de la ocurrencia, decidió seguirle el juego.

—Te prometo que la boda será durante el siglo XX.

—Espero que no tengamos que entrar a la iglesia con bastón y arrastrando los pies —masculló Andrew, con fingida seriedad, y ambos rieron a carcajadas.

Andrew regresó a la capital ese fin de semana y no bien hubo desembarcado llamó por teléfono a Felipe.

—Felipe, soy Andrew.

—Hola, Andrew, bienvenido. ¿Estás en el Hotel Nacional?

—Sí, te estoy llamando temprano porque necesito que me hagas un favor. ¿Te acuerdas de que me mencionaste al aviador Crazy Sam? Quisiera conocerlo y hablar con él.

—¡Claro que sí! Paso por ti enseguida y vamos a buscarlo al sitio donde guarda su avión.

La pista de aterrizaje que Sam Jones utilizaba para despegar, aterrizar y guardar su aeroplano estaba ubicada cerca del camino que llevaba a Los Robles, finca en la que Clara pasara vacaciones con Analida Herrera durante su época de estudiante en la Normal. Luego de desviarse de la avenida principal, Felipe condujo el automóvil por un estrecho camino de tierra hasta llegar a un área despejada y extensa que sin duda era la pista de aterrizaje. Hacia la mitad y a un costado, dentro de un galpón, se hallaba el aeroplano. Cuando llegaron, un individuo de proporciones gigantescas dejó de trabajar en el motor para recibirlos.

—*Good morning, Sam. Meet my friend from Chiriquí, attorney Andrew Thomas. He wants to talk to you*.

Luego de las presentaciones, el aviador trató de seguir la conversación en español, pero el suyo era tan malo que terminaron hablando inglés. Andrew le explicó a Sam su necesidad de ir y venir a David cada cierto tiempo mientras duraba un juicio que atendía en Panamá. ¿Podría el aeroplano de Sam hacer el vuelo? A Sam le brillaron los ojos. Su avión nunca había llegado tan lejos, dijo, pero no sería difícil buscar una ruta entre Penonomé y David. Mientras pudiera eludir montañas y encontrar un sitio para aterrizar y abastecerse de combustible, no veía problema alguno. También habría que enviar suficiente combustible a David para el regreso.

—Además —había agregado— hay que volar con buen tiempo, temprano en la mañana, porque la lluvia puede ser un problema.

Quedaron en que Sam estudiaría el asunto para hablar nuevamente antes del regreso de Andrew a David.

Esa noche Felipe insistió en llevar a su amigo chiricano a una pequeña reunión en el Club Unión.

—Conocerás a algunas de las amistades de Clara y podrás contarles cómo está ella. Anímate.

—No creo que pueda, Felipe. Mañana domingo tengo una sesión de trabajo con el licenciado Pérez para analizar el expediente. La audiencia ya está encima, probablemente se inicie la próxima semana, y no quiero trasnochar.

—Vamos, Andrew. Te prometo que podrás irte temprano.

Andrew se dejó convencer y esa noche fue el centro de atención de las amigas de Clara. Ya sabían por Felipe que Clara se casaba con un joven abogado chiricano y todas querían conocerlo. Andrew trató de actuar con naturalidad y al cabo de un rato conversaba animadamente con varias de las antiguas compañeras de Clara. Al inquirir por Analida, le dijeron que estaba aún en Londres y que pronto contraería nupcias con un inglés.

—Clara no sabe nada. ¿Cuándo se casa? —quiso saber Andrew.

—En enero —le respondieron varias al unísono.

Un poco antes de la medianoche Andrew se despidió y Felipe lo acompañó a la salida.

—Te arriesgas yéndote tan pronto —advirtió Felipe, bromeando—. Ya sabes que el primero que se va de una fiesta es el blanco de todos los comentarios.

—Realmente tengo que irme, Felipe. Confío en que tú me defenderás.

—No hará falta. Puedes estar seguro de que has caído bien y los comentarios serán positivos.

Andrew recorrió a pie el corto trecho que separaba al Club Unión del Hotel Nacional. Tuvo que reconocer que había disfrutado la reunión y que en la capital abundaban las mujeres bonitas. "Pero Clara es aún más hermosa", se dijo enseguida, como si tan solo encontrar belleza en otras implicara deslealtad.

Ese domingo los abogados de Beatriz trabajaron durante todo el día en la oficina del licenciado Pérez. Ya el fiscal había terminado de aducir y presentar pruebas y tocaba a la defensa presentar las suyas, cosa que debía hacerse al día siguiente.

—Los norteamericanos siguen presionando para que el proceso se inicie cuanto antes —informó el licenciado Pérez—. No me sorprendería que el lunes de la semana entrante tengamos que ir a la audiencia.

—En ese caso, colega —advirtió Andrew—, tengo que regresar cuanto antes a David para poder estar de vuelta el fin de semana próximo. Aún dejé allá cosas por resolver.

El vapor que regresaba a David partía, como de costumbre, al mediodía del lunes. Esa mañana, Andrew estaba desayunando muy temprano en la cafetería del hotel cuando de improviso se presentó Sam Jones, cuyo oficio se notaba a leguas por la indumentaria: el casquete de cuero tradicional de los aviadores, los anteojos sobre la cabeza, las botas con polaina y una chaqueta de cuero.

—*Everything is ready, Thomas* —dijo, sonriendo ampliamente.

—*How's that?* —preguntó Andrew, sorprendido.

En su entusiasmo, ya Sam había hecho los preparativos para volar rumbo a David esa misma mañana. Solamente haría falta una parada en Penonomé para cargar combustible en el tanque extra que le había adaptado al aeroplano para volar de allí hasta David sin necesidad de reabastecerse en el resto del trayecto. El viaje se haría en cuatro horas y media máximo. Precisamente en el barco que partía al mediodía se iban los tanques con combustible para el regreso de David a

Panamá.

—No hemos hablado ni siquiera de lo que costará el viaje —protestó Andrew.

—Por ahora usted paga solamente la gasolina, porque yo también tenía ganas de hacer ese vuelo hasta David desde hace tiempo. Más adelante podemos convenir otra cosa. Pero decídase ya porque hay que despegar lo más temprano posible. Yo me voy de todas maneras.

Sin pensarlo dos veces, Andrew envió su equipaje al barco y un telegrama en el que avisaba a don Pablo que lo hiciera recoger esa tarde en el llano de los Álvarez, pero que no dijera nada a Clara. La aventura, que siempre lo había atraído y lo seguiría entusiasmando el resto de su vida, empezó desde el momento en que se subió a la parte de atrás de la motocicleta que, a una velocidad endiablada, conducía Sam por las calles de la ciudad. Los parroquianos miraban con curiosidad aquel vehículo de dos ruedas pasar raudo con un tipo enorme disfrazado de aviador al volante y detrás de él, agarrándose como podía, un joven impecablemente vestido de blanco. Llegaron a la pista en un santiamén y enseguida pusieron manos a la obra. Cuando sacaron el aeroplano del cobertizo Andrew pudo observar por primera vez el artefacto en que pretendía volar hasta David. Las alas dobles superpuestas eran enormes y estaban forradas con lona. Había dos plazas descubiertas, la del piloto y la que ocuparía él detrás. Por lo pronto, tenía que cubrirse la cabeza con un casquete de cuero y ponerse los anteojos protectores antes de ayudar a Sam a encender el motor. Mientras el aviador daba vueltas a la hélice, Andrew, sentado en el puesto del piloto, oprimía un pequeño interruptor. Al segundo intento la hélice comenzó a girar y el motor arrancó con un ruido ensordecedor. Sam le hizo una seña con el pulgar derecho y cada uno ocupó su lugar. Siguiendo las indicaciones del aviador, Andrew se amarró al asiento con una doble correa. El aeroplano empezó a correr por la pista hasta que pareció dar un gran salto para desprenderse de la tierra. El reloj de Andrew marcaba las ocho y media.

Era una hermosa mañana de julio, el avión volaba a unos doscientos metros de altura y Andrew se iba acostumbrando al viento y al ruido. El panorama era espectacular, casi no había nubes en el cielo y el horizonte era ilimitado. Volaron sobre la ciudad de Panamá, que desde el aire parecía haber emergido del océano para encaramarse lentamente en tierra firme. Sobrevolaron luego la entrada del Canal y Andrew pudo ver la gran extensión de la zanja que después del primer juego de esclusas se perdía en lontananza. Al cabo de un rato, Andrew empezó a sentirse seguro mientras Sam mantenía la altura y el rumbo. La ruta los llevaba sobre la costa del litoral pacífico y Andrew pudo observar lo hermoso y poco poblado que era su país. Finalmente, luego de hora y media, el aeroplano giró hacia la derecha, tierra adentro, y empezó el descenso. A medida que se aproximaban al potrero que les serviría de pista de aterrizaje, Andrew volvió a sentir temor. Tocaron tierra y después de dos o tres saltos el avión empezó a rodar hasta detenerse frente a un cobertizo levantado a un lado de la improvisada pista. Sam detuvo el aparato, se volteó hacia Andrew con una sonrisa y volvió a hacer la señal con el pulgar hacia arriba. Allí descargaron unos cuantos paquetes y documentos y llenaron los tanques de combustible. La operación tomó escasa media hora al cabo de la cual rodaban otra vez por la pista para volver a desafiar la

ley de la gravedad. Aunque Sam le había advertido, medio en broma, medio en serio, que en adelante el viaje también sería nuevo para él, Andrew ya no se sentía inquieto. Iba como embriagado por la aventura, por el paisaje, por lo novedoso de la sensación. "Son pocos en Panamá los que han volado y en Chiriquí seguro que soy el primero", pensaba con cierto orgullo. Luego de volar un rato sobre tierra firme, donde Andrew pudo divisar algunas fincas ganaderas, volvieron hacia la costa. Dos horas después tomaban rumbo a David. Andrew había quedado a cargo de mostrarle a Sam el llano de los Álvarez, pero no estaba seguro de reconocerlo desde el aire. Sobre David pasaron a poca altura y algunos vecinos salieron de sus casas a saludar. Andrew trataba de ubicar, sin éxito, las callejuelas que conducían a la finca de los Álvarez, pero Sam, como atraído por un imán, la encontró rápidamente y aterrizó sin novedad y con menos saltos que en Penonomé. Eran las doce y veinticinco y el viaje que duraba casi dos días en barco les había tomado menos de cuatro horas. Andrew se sentía feliz y no podía esperar para contarle a Clara su aventura.

Luego de cubrir el aeroplano con una gran lona, Andrew y Sam caminaron hacia el quitrín que don Pablo había dejado bajo un frondoso árbol a un costado del llano y subieron para recorrer el camino hasta David. Todavía no habían salido del potrero cuando la marcha se vio interrumpida por varios jinetes que llegaban deseosos de ver de cerca el aparato volador. Después de los jinetes seguían algunos coches y más atrás gente a pie. A Sam no le quedó más remedio que quedarse a mostrar el aeroplano a los curiosos y acordaron encontrarse más tarde en casa de Andrew.

Al llegar a David, Andrew se dirigió directamente a encontrarse con don Pablo en su despacho para ponerse al día del estado de sus asuntos, que afortunadamente marchaban sin mayor novedad. Después de escuchar los pormenores de la excitante aventura aérea, el viejo abogado había movido la cabeza de un lado a otro mientras mascullaba: "¡Qué locura, qué locura!".

También de locura tildó Clara el vuelo de Andrew en el aeroplano de Crazy Sam. Le reclamó su falta de consideración al arriesgarse de esa manera y se mostró dolida porque le había mentido acerca del propósito del paseo por el llano de los Álvarez.

—Créeme, Clara, que cuando fui a examinar el potrero todavía no pensaba hacer el viaje con Sam. La oportunidad se presentó de pronto y no pude resistir la tentación de hacer algo tan… diferente y necesario para que nuestra separación sea más breve.

—Y tan peligroso —sentenció Clara—. Espero que ahora no lo tomes como costumbre y nos tengas aquí en ascuas.

—Tal vez tenga que hacer un par de viajes más durante el juicio, pero te prometo no volver a subir al aeroplano a menos que sea indispensable.

Don Jorge, que había seguido la conversación de los jóvenes en silencio, pidió entonces a Andrew que les relatara la experiencia y, sobre todo, lo que se sentía en esas alturas. Andrew hizo un relato detallado y terminó diciendo que realmente no había sentido ningún temor.

—Allá arriba uno va como en trance, don Jorge, hipnotizado por el azul del cielo, por el paisaje y por saber que se están violando las leyes de la naturaleza. Les

aseguro —concluyó, riendo— que en el avión sentí menos temor que durante el recorrido entre el hotel y la pista de despegue en la motocicleta de Sam.

No había terminado de hablar Andrew cuando escucharon un ruido extraño que los hizo salir al portal y mirar hacia arriba. A muy poca altura pasaba el aeroplano de Crazy Sam, en cuyo asiento trasero se asomaban dos cabezas infantiles. El piloto saludaba a la gente que salía de sus casas para ver pasar el aparato volador. Andrew adivinó la risa alegre con la que Sam Jones jugaba a volar por los aires.

Tal como pronosticara el licenciado Pérez, la audiencia en el juicio de Beatriz Aguilar por el asesinato del coronel Ralph Prescott se inició el lunes 26 de julio de 1926. Presidía el magistrado Efraín Domínguez, de quien el defensor de Beatriz aseguraba que era un hombre probo y enérgico. Comoquiera que un gran número de testigos hablaba solo inglés, se haría necesario traducir los interrogatorios, dilatando significativamente el proceso.

La táctica de la defensa consistía en asumir la ofensiva desde el inicio del juicio. "Para una buena defensa penal es necesario un buen ataque inicial", era uno de los lemas que don Pablo le había inculcado a su pupilo. De ahí que una vez instalado el jurado, y como cuestión previa al juicio, Andrew, designado vocero de la defensa, se puso en pie y con voz que conminaba al silencio, expresó:

—Con la venia del señor magistrado que preside esta audiencia, antes de iniciarla es preciso aclarar un asunto de procedimiento. La defensa reconoce en la mesa de la acusación al distinguido licenciado Julio de León, fiscal de Circuito que ostenta la representación de la vindicta pública en este proceso, y reconoce igualmente al distinguido abogado Héctor Villanueva, acusador particular en representación de los deudos de la víctima. En la mesa, sin embargo, está un caballero con el uniforme del ejército de los Estados Unidos de América cuyo papel en esta audiencia ignoramos y cuestionamos.

Como impulsado por un resorte, el licenciado Villanueva se puso en pie.

—Señor magistrado, el coronel Kline es un distinguido abogado, miembro del ejército americano. Dadas las circunstancias que rodearon este caso, es natural que esté en la mesa de la parte acusadora en calidad de asesor.

Andrew insistió:

—Con la venia del señor magistrado presidente, y el perdón del distinguido colega de la acusación, debo señalar que en ninguna parte del proceso penal se contempla la figura del asesor como integrante de la parte acusadora. Si es un perito, pueden presentarlo durante el transcurso del juicio y entonces la defensa tendrá la oportunidad de interrogarlo. Si, como parece ser, es un asesor, no puede ocupar la mesa de la parte acusadora. En el caso de que en el curso del juicio la acusación sienta la necesidad de consultarlo, bien puede hacerlo antes, durante o después. Lo que no puede es tenerlo a su lado porque esa presencia es extraña a nuestro ordenamiento jurídico.

Se escuchó un murmullo en la sala y antes de dar la palabra al acusador, que había vuelto a levantarse para responder, el magistrado Domínguez pidió al fiscal y al licenciado Pérez que se acercaran al estrado.

—No quiero convertir este juicio en un proceso contra los norteamericanos, pero el abogado Thomas tiene razón. Le sugiero que le indique al coronel que se

siente en la primera fila del recinto, pero fuera del área del tribunal. Así me evitan tener que anunciar la decisión yo mismo.

Cuando el licenciado Pérez regresó a la mesa hizo un guiño a Andrew. En la mesa de la acusación, el coronel no disimuló su rabia, mientras se levantaba para mudarse a un asiento detrás de la baranda. Al pasar, Andrew lo oyó comentar en inglés:

—*Who the hell does that son of a… think he is*?

El primer impulso de Andrew fue responder al insulto, pero se contuvo pensando que tal vez le sería de provecho que los norteamericanos creyeran que él no entendía inglés.

La escaramuza legal, aunque de importancia simbólica, había servido para que los participantes en la audiencia supieran que la defensa estaba presta para la batalla. También quedaba en el ambiente la impresión de que el tribunal no se dejaría intimidar por los norteamericanos.

Durante la primera semana del juicio la acusación hizo desfilar ante el jurado todos los testigos que habían visto a Beatriz disparar a quemarropa contra el coronel Prescott. La defensa, en la voz de Andrew, procuraba destacar en el contra-interrogatorio las demás circunstancias que rodearon el hecho para dejar claramente establecida la habitualidad con que Beatriz bebía, la burla de que constantemente era víctima por parte de los soldados, la reyerta que había precedido al disparo del arma y la turbación evidente de Beatriz antes, durante y después del hecho. Todo ello con método, seriedad y paciencia que impresionaban favorablemente a quienes seguían el juicio en la sala de audiencia. Hacia el final de la semana el público ya no cabía en el recinto y no era extraño ver en la mañana largas filas en espera de que el salón abriera sus puertas. Los diarios seguían con interés las incidencias del proceso y el nombre de Andrew Thomas, joven abogado chiricano, se mencionaba con frecuencia en las noticias. En David, don Jorge se encargaba de que Clara fuera la primera en enterarse de lo publicado en los periódicos sobre la actuación de su futuro esposo.

A principios de la segunda semana la acusación aún no había terminado de presentar sus pruebas y Andrew había recibido varios telegramas de su secretaria informándole de situaciones que reclamaban su atención inmediata en David. Todo parecía indicar que el apoderado sustituto designado por él para atender algunos de los casos no se atrevía a tomar decisiones que se hacían indispensables.

Al conversar del tema con don Pablo y el licenciado Pérez, acordaron que el miércoles, cuando ya hubiera concluido la etapa probatoria de la acusación, se podía pedir al magistrado la suspensión de la audiencia hasta la semana siguiente a fin de que la defensa pudiera presentar sus pruebas. Tal como habían anticipado, el magistrado les hizo saber que no tendría objeción y señaló, además, que el juicio hasta ahora había sido intenso y a todos les caería bien un breve descanso. Así pues, Andrew contactó a Sam una vez más. Si llegaba a David al mediodía del jueves, tendría tiempo de poner sus asuntos al día sin que se venciera ningún término. Y, por supuesto, estaría más tiempo con Clara.

El jueves en la mañana despegaron de nuevo Sam y Andrew hacia David. El trayecto hasta Penonomé había sido perfecto, a pesar de que el cielo no estaba tan claro como durante el primer vuelo. Al despegar de Penonomé se veían sobre la

cordillera algunos nubarrones negros; la costa, no obstante, estaba despejada. Aún faltaba algo menos de una hora de vuelo cuando la tormenta que había empezado a caer en la cordillera ocultó al sol por completo y comenzó a avanzar hacia la costa a tal velocidad que alcanzaría al aeroplano mucho antes de llegar a David. Sam hizo una seña a Andrew y giró con brusquedad hacia la derecha; ahora volaban directamente hacia la tempestad. El aviador volvió a hacer otra señal y el aeroplano inició un descenso vertiginoso.

Nueve

En David, poco después del mediodía, don Jorge salía en el quitrín de Andrew rumbo al llano de los Álvarez a esperar la llegada del aeroplano. A medida que avanzaba, la tormenta que azotaba las montañas circundantes comenzaba a desprenderse para envolver el valle de David. El sol se ocultó y un viento de agua huracanado hizo más difícil el avance del quitrín. En la escuela, Clara se asomó un instante a la ventana y al ver la tormenta que se aproximaba presintió lo peor.

El temporal que azotó David ese día fue, quizás, el más intenso del año. La lluvia, los truenos y los rayos intermitentes se iniciaron a la una de la tarde y no cesaron hasta pasadas las cuatro. En San Juan, don Jorge se había guarecido en la casa de los Álvarez a esperar en vano el avión. A las cinco, todavía bajo una llovizna pertinaz, emprendió el regreso a casa. Clara, llorosa, esperaba en el portal y al ver que su padre regresaba solo lo abrazó en silencio.

—No te preocupes, Clarita, que Sam tiene reputación de ser un gran aviador.

—Lo que más me aterra, papá, es que hayan caído al mar y nunca más aparezcan.

En el pueblo se había corrido la noticia del accidente y algunos vecinos pasaron a reconfortar a los Calero, entre ellos doña Eugenia Pasquel, que se quedó a cenar para acompañarlos. La cena transcurrió en silencio y Clara, que no lograba contener las lágrimas, se retiró a su cuarto antes de terminar. Poco después doña Emilia se levantó para despedirse. Pasadas las nueve tocaron a la puerta y don Jorge fue a abrir. En el rellano, Andrew Thomas, cubierto de lodo de la cabeza a los pies, procuraba sonreír.

—Don Jorge, ¿cómo está Clara? —preguntó, ansioso.

Clara, que en ese momento salía de su cuarto, quedó petrificada por un instante y luego corrió a abrazar a Andrew.

—¡Estoy todo enlodado! —le advirtió él.

Pero Clara no se desprendía.

Esa misma noche, antes de cambiarse de ropa y dejarse ver en el pueblo, Andrew relató a los Calero lo ocurrido.

—Lo cierto es que Sam sabe su oficio. Apenas se dio cuenta de que la tormenta no nos dejaría llegar a David, buscó dónde aterrizar. Llegamos a Remedios justo con el inicio del aguacero y tomamos tierra sin percances en la finca de los Jované. Allí cubrimos el avión con una lona y nos sentamos debajo de las alas a esperar a que escampara. Cuando vimos que la tormenta en lugar de

amainar arreciaba, acordamos que yo viniera a David mientras Sam se quedaba cuidando el avión. Salí a caballo a las dos de la tarde, pero algunos ríos crecieron y no fue fácil pasar. Mi mayor preocupación era lo que ustedes pudieran pensar.

—¿Qué van a hacer con el avión? —quiso saber don Jorge.

—Sam está esperando que le envíe combustible. Cuando se seque el potrero seguirá hasta David. Según él, no tendrá ningún problema. En el aeroplano carga todo tipo de provisiones.

—Espero que este haya sido tu último vuelo —dijo Clara con delicada severidad.

—Tengo que acompañar a Sam de regreso el domingo. Después no volaré más si tú no quieres. Debo decir, sin embargo, que lo ocurrido me ha convencido de que Sam tiene razón cuando dice que el avión será el medio de transporte más seguro que habrá. En realidad, a pesar de la gran tormenta, en ningún momento estuvimos en peligro.

El domingo Sam y Andrew volaron de regreso a Panamá sin contratiempos y el lunes se reinició el juicio de Beatriz. Era el turno de la defensa.

Siguiendo la estrategia que con tanto cuidado habían diseñado los abogados defensores, Andrew dedicó la primera parte de su intervención a analizar el alcoholismo. Por el estrado desfilaron reconocidos médicos, entre ellos dos psiquiatras, quienes confirmaron que, más que un vicio o una lacra social, el alcoholismo era una enfermedad que afectaba, entre otras cosas, la capacidad de discernimiento de quienes la padecían. Posteriormente, se llamó a declarar a algunos de los saloneros que habían sido testigos del crimen. Andrew supo aprovechar la ignorancia del inglés de los meseros para lograr una descripción vívida de lo ocurrido no a través de lo que habían escuchado sino de lo que habían visto. Hizo especial énfasis en la descripción de la reyerta y del instante en que el coronel había colocado su arma sobre la mesa. La acusación intentó restarle importancia al hecho con sus repreguntas, pero la defensa había logrado impresionar al jurado con la actitud amenazante del difunto coronel.

A diferencia de la acusación, que siempre procuraba transmitir sus conclusiones al jurado, Andrew, siguiendo el consejo del licenciado Pérez, se limitaba a presentar las cosas de forma que el jurado sacara las suyas propias. “A ninguna persona le gusta que piensen por ella y el jurado no es más que un grupo de personas”, aseguraba el licenciado Pérez. La defensa decidió como táctica que para relatar lo ocurrido solamente se interrogaría a los testigos panameños, evitando hacer preguntas a los soldados norteamericanos. El efecto que se lograba era doble: no se incurría en el tedio de la traducción, que muchas veces distraía la atención del jurado y, por otra parte, se daba la impresión de que en torno a lo sucedido había una verdad norteamericana y otra panameña. Y los jurados, por supuesto, eran panameños.

El momento más dramático y decisivo ocurrió cuando Andrew llamó al estrado al coronel Charles Kline, el mismo que dos semanas antes, a pedido de la defensa, había tenido que abandonar la mesa de la acusación al inicio de la audiencia.

La sorpresa de todos y el evidente disgusto del coronel Kline hizo que, a pesar de las traducciones, el jurado se mantuviera muy pendiente de su declaración.

Andrew le formuló primero algunas preguntas generales sobre su condición de experto antes de dejar caer la bomba.

—¿Conoce el declarante el artículo 727-2 del reglamento que regula la conducta de los soldados norteamericanos en época de paz?

Luego de que le tradujeran la pregunta, Kline quedó visiblemente turbado y respondió que no estaba seguro de recordarlo de memoria.

—¿Sería tan amable de leerlo para el jurado?

Con estas palabras Andrew puso en manos del coronel el voluminoso reglamento. Kline leyó primero para sí mismo y luego miró hacia el abogado acusador como buscando ayuda, pero no le quedó más remedio que leer: "Artículo 727-2: En tiempos de paz, mientras se encuentren en lugares públicos, les está prohibido a los miembros de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos portar armas. La violación de esta norma acarreará la imposición de las sanciones contempladas en la Sección III, del Título Segundo de este Reglamento".

Andrew esperó a que la conmoción producida por la lectura disminuyera y enseguida volvió a la carga.

—¿Conoce el declarante el contenido de la norma 76-B del reglamento que rige a los miembros del ejército norteamericano acantonados en la Zona del Canal?

Nuevamente el coronel Kline respondió que no estaba seguro y otra vez Andrew le hizo leer el artículo que traducido decía: "Se considerará fuera de límites para los soldados norteamericanos acantonados en la Zona del Canal… B) Los sitios públicos de diversión en la República de Panamá, después de las once de la noche".

Otra vez hubo conmoción en la sala de audiencias. Andrew se limitó a mirar detenidamente al jurado y, como de costumbre, dejó que sacaran sus propias conclusiones.

Finalmente llegó el momento de los alegatos de cierre. El de la acusación fue vehemente y beligerante, intentando destruir cada uno de los planteamientos de la defensa. Además, advirtieron el peligro de que los jurados se dejaran llevar por sentimientos nacionalistas. Cuando tocó alegar a la defensa, Andrew se levantó consciente de que toda la atención se centraba en él. Se acercó lentamente al jurado y empezó a hablar, en tono conciliador.

—Previamente a exponer los argumentos de la defensa, quiero dejar algo muy claro. La víctima, antes que un soldado del ejército norteamericano, es un ser humano. Su nacionalidad y su profesión no son importantes para los fines de este juicio, de la misma forma que no debe ser importante la nacionalidad de la acusada. Les pido encarecidamente a los miembros del jurado que no permitan que esos factores afecten su decisión. Recuerden que la justicia, aparte de tener en sus manos la espada y la balanza, lleva puesta una venda sobre los ojos. Esa venda no debe ser removida en ningún momento y por ninguna circunstancia. Hecha esta aclaración, paso a referirme a las razones que justifican plenamente un veredicto absolutorio a favor de Beatriz Aguilar.

Andrew regresó a la mesa a recoger unas notas y aprovechó para interrogar con la mirada a don Pablo, que con un ligero movimiento de cabeza hizo un gesto afirmativo. "Parece que he comenzado bien", pensó.

A través de todo el análisis de las pruebas y circunstancias del caso, Andrew habló pausadamente y con poca inflexión en la voz, contrastando con la oratoria de la acusación. Pero cuando llegó el momento de las conclusiones, sus dotes de orador surgieron en toda su plenitud. El jurado, el juez y el público parecían cautivados por el joven abogado, cuya voz resonaba en cada rincón de la sala.

—Pero lo cierto es que si esa noche el occiso no hubiera llevado su arma al lugar de los hechos, en abierta violación de los reglamentos de su profesión, el lamentable incidente no se hubiera producido; y si el occiso y sus compañeros hubieran cumplido con las normas que le imponían retirarse antes de las once de la noche, hoy no tendríamos tanto que lamentar; y si el occiso y sus acompañantes no hubiesen propiciado la reyerta que se suscitó a raíz de la insistencia de Beatriz Aguilar en retirarse antes de que ocurrieran los lamentables hechos, el asunto no hubiera pasado de ser una juerga más; y si el occiso y sus acompañantes hubieran sentido compasión por la enfermedad que aquejaba a la acusada, en lugar de hacerla blanco de sus mofas, estamos seguros de que no habría habido ningún delito que juzgar; y si el occiso, en un gesto incomprensible, luego de que la acusada había sido vejada por su condición de alcohólica, no hubiera sacado la pistola del cinto colocándola sobre la mesa en gesto amenazador, entonces mi defendida no hubiera tenido que soportar la dura prueba a la que hoy ha sido sometida.

A continuación, Andrew explicó el concepto de la negligencia contributiva, y analizó con detenimiento la locura temporal que el alcoholismo trae consigo, especialmente en momentos de gran tensión, para entonces concluir con las siguientes consideraciones:

—Señores del jurado: la misión encomendada a ustedes por el ordenamiento jurídico no es fácil. El sistema de jurados de conciencia se ha creado, como su nombre lo indica, porque existe el convencimiento de que, cuando se trata de decidir el futuro de un ser humano, la toga del juez y su conocimiento de la ley no son los mejores instrumentos para lograr que se haga justicia. Se recurre, entonces, a otros seres humanos que más que examinar las normas frías del derecho puedan sentir, en sus conciencias, el calor de los hechos y las vicisitudes de la vida. Un ser humano ha perdido la vida en un lamentable incidente. Beatriz Aguilar, otro ser humano a quien hoy se juzga, es inocente a la luz de las normas legales y morales que nos rigen. Quizás su única gran falta es no haber aprendido a ser feliz —Andrew hizo una pausa deliberada y, mirando a la acusada, concluyó —: El triste pasado de Beatriz Aguilar lo conocemos todos. Su futuro, señores del jurado, está en manos de ustedes.

Una cerrada y poco usual ovación siguió a las palabras de Andrew. El magistrado presidente, sin mucho entusiasmo, hizo uso del martillo para pedir silencio.

Cuando Andrew ocupó nuevamente su lugar en la mesa de la defensa, Beatriz tomó su mano y le dijo con voz ronca:

—Me alegro de que mi padre tuviera razón.

El jurado tardó menos de dos horas en regresar con el veredicto. De pie, su vocero leyó:

—Señor magistrado presidente, usted nos ha indicado que lo único que se

espera de nosotros es decidir si la acusada es culpable o inocente y nos ha dicho, además, que no nos incumbe determinar circunstancias atenuantes o agravantes, sino que esto se lo deja la ley a usted. En consecuencia, no tenemos más alternativa que declarar a la acusada inocente.

En la sala se armó el pandemónium. Hubo algunas protestas, casi todas en inglés, pero los aplausos no tardaron en acallarlas. El magistrado presidente martillaba en vano pidiendo orden.

Andrew permaneció inmóvil hasta que don Pablo llegó a su lado. Entonces se levantó y ambos abogados se fundieron en un caluroso abrazo al que se unió Beatriz.

Esa noche Felipe fue a recogerlo al hotel y Andrew pudo conocer los famosos cabarés de la capital de que tanto había oído hablar. La celebración duró hasta entrada la madrugada cuando, prudentemente, Felipe decidió dejar el automóvil en el último sitio que visitaron y ambos amigos llegaron al hotel caminando en zigzag y ayudándose el uno al otro.

—Te juro no contarle nada a Clara —le prometió Felipe.

Esas palabras fueron lo último que recordó Andrew antes de dormirse.

Cuando despertó a la mañana siguiente, lo primero que acudió a la mente de Andrew fue el recuerdo de aquella tarde en La Ladera cuando en compañía de algunos amigos había conocido la dulzura y los efectos del vino de palma. Sentía el mismo malestar y los incidentes de la noche anterior se le presentaban en imágenes aisladas. Recordaba que, gracias al afán de Felipe de presentarlo ante algunos improvisados compañeros de parranda como el David vencedor del Goliat gringo, habían estado a punto de liarse a porrazos con un grupo de soldados norteamericanos a quienes los brindis de Felipe no parecían hacerles ninguna gracia.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones. El botones del hotel, además del periódico, le traía una nota en la que don Pablo le recordaba el almuerzo con el presidente de la Corte y otros colegas. Al ver el reloj pudo comprobar que había dormido hasta las once de la mañana, primera vez que le ocurría desde que comenzara a ejercer como abogado.

La Estrella de Panamá desplegaba en primera plana la noticia de la absolución de Beatriz Aguilar y destacaba la labor de la defensa, especialmente la del abogado chiricano, Andrew Thomas. También comentaba, con algo de romanticismo, la relación del joven jurisconsulto con su mentor, don Pablo Aguilar, progenitor de la acusada. Andrew pensó con orgullo en la satisfacción que sentirían Clara y don Jorge.

A la hora del almuerzo Andrew ya se sentía libre de los efectos de la noche anterior. Aparte del doctor Fuentes, presidente de la Corte, y del licenciado Pérez, se encontraban también el doctor Ernesto Méndez, abogado de unos cincuenta años, socio fundador del bufete más importante de la capital. Concluido el almuerzo, que para Andrew resultó muy agradable por los comentarios elogiosos en torno a su actuación en el juicio, el doctor Méndez lo invitó a tomar una taza de café en su despacho.

La firma Arosemena, Méndez y Díaz ocupaba unas amplias y lujosas oficinas muy cerca del edificio que alojaba a la Corte Suprema. El doctor Méndez recibió

a Andrew con mucha simpatía y resultó ser un panameño muy preocupado por las relaciones de Panamá con los Estados Unidos.

—Licenciado Thomas —comentó—, usted se habrá enterado de que el gobierno norteamericano está forzando a Panamá a unas negociaciones con el fin de instalar en el país nuevos sitios de defensa además de los que ya poseen a orillas del Canal. Lo que quieren es llenar el país de bases militares y me temo que si no reaccionamos con prontitud y energía el gobierno puede terminar cediendo. Hay que crear conciencia entre nuestros conciudadanos para que ese convenio no sea firmado.

A la exposición siguió un intercambio de opiniones sobre la mejor forma de hacer frente a la presión de los Estados Unidos en la que Andrew más que hablar escuchaba. Agotado el tema, el doctor Méndez planteó la razón principal detrás de la invitación al joven abogado.

—Como tal vez usted ya sabe, amigo Thomas, Arosemena, Méndez y Díaz es una de las firmas de abogados más importantes de la capital y estamos creciendo a un ritmo muy acelerado. Ya se habrá dado cuenta usted del dinamismo que hay en esta ciudad y de las enormes oportunidades que se presentan para un joven profesional del derecho. Aquí estamos necesitando incorporar nuevos abogados y a mí me gusta la forma en que usted se maneja. Y no me refiero solamente al asunto de Beatriz Aguilar; le confieso que he estado averiguando sobre usted y los informes que tengo son muy buenos. Le propongo, pues, que se venga a trabajar con nosotros. Estoy seguro de que eventualmente lo haríamos socio y mientras tanto ganaría lo suficiente como para no tener que preocuparse por problemas económicos. ¿Qué le parece?

Por un instante, Andrew estuvo tentado a aceptar allí mismo la proposición del doctor Méndez, pero pensó en su clientela chiricana, en su madre, en Clara y don Jorge y se inquietó por la velocidad con la que las cosas parecían estar desenvolviéndose.

—No sabe el honor que me hace, doctor Méndez. Yo he oído mucho sobre su firma y para cualquier abogado, sobre todo para uno que apenas empieza, trabajar aquí sería la culminación de sus esfuerzos. Sin embargo, tengo asuntos pendientes en David y allá también está mi madre, amén de que pienso casarme en un futuro no muy lejano con una chiricana. Si me deja pensar en su propuesta y consultarla con las personas que me quedan muy cerca, creo que podré darle una respuesta muy pronto.

—Tómese el tiempo que desee y si quiere cásese en David antes de trasladarse a la capital —dijo, sonriendo, el doctor Méndez—. Aquí lo estaremos esperando.

En el barco que los llevó de regreso a David, Andrew comentó a don Pablo la oferta del doctor Méndez.

—Se trata de una gran oportunidad para usted, amigo Andrew —comentó, pensativo, don Pablo—. Arosemena, Méndez y Díaz es sin duda la mejor firma del país y también la más próspera. En el fondo es cuestión de decidir si ya usted se siente listo para dejar la provincia.

Diez

De vuelta en David, Andrew aprovechó su primera visita a los Calero para informarles sobre la oferta del doctor Méndez. Don Jorge, que siempre reaccionaba con entusiasmo ante cualquier cosa que tuviera relación con su joven amigo, se limitó a decir que era una decisión que había que meditar mucho. Clara quedó pensativa unos instantes y luego propuso a Andrew dar una vuelta para hablar del tema.

—Veo que la posibilidad de que yo trabaje en Panamá no emociona mucho a los Calero —comentó Andrew mientras caminaban.

—Creo que debes pensarlo muy bien —respondió Clara.

Empezaba a oscurecer y los jóvenes se sentaron en una de las bancas del parque.

—Debo decirte que lo que más me gusta de la idea de irme a Panamá es que tendríamos que casarnos antes. Sería una forma de obligarte a poner fecha.

—Eso es lo de menos, Andrew. Y mi papá por ti se iría hasta la Conchinchina. Lo que yo no sé es si te conviene dejar Chiriquí tan rápido. Aquí ya eres una persona importante. En la capital tendrás que empezar casi de cero y trabajar en esa firma tan grande podría anularte un poco como persona. Además, ¿tú no sientes ningún deber hacia la provincia?

—Por supuesto que sí, Clara, pero ahora mismo me siento un poco confundido. Déjame regresar a la oficina y volver a poner los pies en la tierra para entonces decidir qué hacer. Lo que no creo es que pueda tomar una decisión desapasionada si pienso que de ella puede depender que nos casemos antes. Por consiguiente, se impone señalar fecha.

Ambos rieron y Clara tomó a Andrew de la mano mientras reanudaban el paseo.

—He estado pensado en ti, solo en la capital, que está llena de toda clase de tentaciones. También recordé mi angustia el día que el aeroplano no llegó. Además, Analida se casa en enero y, como sabes, ella y yo hicimos una apuesta para ver quién se casaría primero, que no quiero perder. Por lo tanto, en vista de tu insistencia, tendrás esposa en enero, Andrew Thomas.

Andrew se detuvo en seco. Tanto había insistido en vano para que Clara fijara fecha que no estaba preparado para una respuesta afirmativa y menos tan rápida y decididamente.

—¿Hablas en serio, Clara?

—Nunca he hablado tan en serio, Andrew. Si me río no es por falta de

seriedad sino porque me divierte mucho tu asombro. ¿Es que acaso pensabas que nos quedaríamos de novios para siempre?

—Ya ni sé lo que pensaba. ¿Y qué hacemos ahora?

—Tú no harás nada más que seguir trabajando y tomar pronto la decisión de si aceptas o no el trabajo en Panamá. De los preparativos de la boda me encargo yo.

Llegaron al portal de la casa, donde don Jorge se entretenía leyendo el diccionario, hábito recientemente adquirido que según él lo ayudaba a mantener vivas las neuronas. Al ver a los jóvenes bajó el libro y los interrogó con la mirada por encima de los espejuelos. Andrew fue el primero en hablar.

—Don Jorge, tengo el gran honor y placer de anunciarle que su querida hija Clara ha fijado finalmente una fecha para convertirse en la señora de Thomas. ¡Nos casamos en enero!

Don Jorge se levantó de la silla, visiblemente emocionado, y abrazó primero a Clara y luego a Andrew. Sus ojos estaban empañados cuando dijo:

—No saben lo dichoso que me hacen, muchachos. Estoy seguro de que ustedes también serán muy felices.

Luego de una breve pausa, preguntó con mal disimulada ansiedad:

—¿Decidieron si se quedan en David o se van a la capital?

—Andrew va a consultarlo con la almohada.

—La decisión no depende solamente de mí —dijo Andrew—. Quiero saber también lo que piensa usted, don Jorge. Además, de aquí voy donde mamá a ver qué me dice ella.

—Lo que piensa este viejo no es importante, amigo Andrew. Usted y Clara son quienes tienen todo el futuro por delante.

—Sea como fuere, ese futuro queremos compartirlo con usted. Converse del tema con su hija y mañana por la tarde volvemos a hablar. Ahora salgo a ver a mi madre.

Cuando Andrew llegó, Mercedes estaba llevando a la vaca Petra al establo contiguo a la casa. Sin usar soga ni gesticular, le hablaba suavemente. Andrew la dejó hacer y entró a la casa a esperarla.

—Tenía muchas ganas de verla y hablar con usted, madre —le dijo apenas entró—. Hay varias cosas que quiero contarle y algunas sobre las que necesito su consejo.

Después de abrazar brevemente a su hijo Mercedes respondió:

—Supongo que con el triunfo que acabas de tener en la capital ya estás pensando en irte a trabajar allá.

Andrew volvió a sorprenderse ante la clarividencia de su progenitora.

—Hay varias cosas, mamá. Es cierto que me han ofrecido trabajar en una importante firma de abogados. Lo otro es que ya Clara y yo fijamos fecha para la boda. Nos casamos en enero. ¿Cree usted que deberíamos irnos a la capital? Por supuesto que usted vendría con nosotros.

—A mí puedes dejarme fuera de tus planes —rezongó Mercedes—. Yo tengo mi vida hecha aquí y no creo que te haga ningún bien el que la gente en la capital comente que la madre del notable abogado Andrew Thomas pasea a su vaca por la Avenida Central o que el canto de sus gallos vuelve locos a los vecinos.

Mientras Andrew reía de la ocurrencia, Mercedes dejó aflorar una de sus escasas sonrisas.

—Con la que tienes que consultarlo es con la futura señora de Thomas. Entiendo que hace muy bien su trabajo de maestra y que los niños la quieren mucho.

Al escuchar a su madre, Andrew cayó en cuenta de que para tomar su decisión no había pensado en Clara y sus alumnos y se recriminó por su egoísmo.

—Tiene razón, mamá. La verdad es que no lo había considerado.

—Se trata solamente de un gesto, de que tu futura esposa sienta que la tomas en cuenta, porque estoy segura de que ella apoyará cualquier decisión que tomes —Mercedes calló un instante—. Si quieres mi opinión, creo que estás andando muy apresurado y cuando uno asciende tan rápido se marea por falta de oxígeno. Estoy segura de que el momento llegará en que tendrás que irte a la capital. Pero por ahora quédate aquí y termina de formarte. Acuérdate de lo que tú mismo repites siempre: que no hay mejor escuela que la vida, ni mejor maestro que el trabajo. Tú todavía estás en esa escuela, con ese maestro, y aún falta tiempo para que te gradúes.

Mercedes esperó a que Andrew asimilara sus palabras antes de añadir que le parecía bien que la boda fuera en enero.

—Sarita anuncia su regreso para mediados de noviembre y Rachel me ha escrito que ella y Fred se van para los Estados Unidos en febrero. También se quejó de que no fuiste a visitarlos mientras estuviste en Panamá.

—Para ir a verlos había que tomar el tren hasta Colón y en realidad estuve muy ocupado. Traté de buscar a Rachel por teléfono, pero la comunicación era un problema. Finalmente les puse un telegrama invitándolos a visitarme en la capital, pero nunca recibí respuesta. Me alegra que estarán aquí para mi boda.

Después de cenar con su madre, Andrew emprendió el regreso a su casa. Era una hermosa noche de invierno, sin luna pero llena de estrellas que parecían recién pulidas. Andrew dejó que el caballo lo llevara mientras pensaba en la conversación con su madre y en la próxima boda. Volvió a reprocharse por no haber consultado a Clara una decisión tan importante también para ella, pero no le resultó muy difícil decidir que se quedarían en David y redactó mentalmente el telegrama que enviaría al doctor Méndez al día siguiente. En la provincia tenía trabajo de sobra y su clientela iba en aumento, razón por la cual la cuestión económica no sería un problema, aunque ahora habría que ponerles más cuidado a los gastos y, sobre todo, a los cobros de sus honorarios, que tan difícil se le hacían a veces. Pensó en la casa que quería construirle a su futura esposa. Medio en broma y medio en serio Clara le había dicho que la quería de dos pisos y con un gran balcón en su recámara y él, por supuesto, había aceptado. Ya tenía visto un hermoso lote en esquina, a dos cuadras del parque, que podría adquirir antes de fin de año con sus ahorros. Lo que más le gustaba era el frondoso árbol de mango que crecía en medio del patio. Desde ya podía imaginarse a sus hijos encaramados en las ramas mientras Clara les gritaba inútilmente que bajaran a almorzar. Sonrió al darse cuenta de que siempre imaginaba solo hijos varones.

El quitrín llegó a la vivienda y el caballo, sin siquiera un gesto de Andrew, se detuvo justo en la entrada. Mientras encendía la luz de la sala, que también hacía

las veces de comedor, se dio cuenta de que la casita que él habitaba era demasiado pequeña para albergarlos a él, a Clara y a don Jorge. "Habrá que mudarse a un lugar más grande", pensó. Y luego dijo en voz baja:

—La verdad es que esto de casarse tiene sus bemoles.

Lo primero que hizo Andrew al día siguiente fue redactar sendos telegramas, uno para el doctor Méndez y otro para Felipe. Al primero le agradecía la oferta que por ahora no podía aceptar y se ponía a las órdenes para cualquier servicio profesional o personal que Arosemena, Méndez y Díaz pudiera necesitar en David. A Felipe le decía escuetamente: "Hay boda en enero eres padrino prepara las maletas".

Durante la semana que siguió a su retorno de la capital, Andrew estuvo muy atareado poniéndose al día en sus asuntos. Justo a fines de esa semana recibió una noticia que lo decepcionó enormemente: el juez de circuito acababa de fallar el asunto de Víctor Aguirre a favor de la compañía bananera.

Don Pablo, que vio a Andrew muy desilusionado, le dijo que aún quedaban el Tribunal Superior y la Corte Suprema.

—Esa sentencia del juez es tan mala, que nos ayuda, Andrew. El momento es bueno para apelar porque en el Tribunal Superior, dos de los tres magistrados tienen un criterio muy independiente y le aseguro que no se dejarán intimidar por la frutera. Así es que ¡ánimo, muchacho! Recuerde que los pleitos se ganan como propios y se pierden como ajenos.

Andrew, que había oído antes la expresión de labios de don Pablo, lamentó estar todavía en esa etapa en la que los litigios más bien los ganaba como ajenos y los perdía como propios.

Una tarde de septiembre, cuando ya entrada la noche Andrew llegó a visitar a los Calero, don Jorge lo esperaba para enseñarle la noticia principal de *La Estrella de Panamá*, que señalaba la inminencia de un nuevo tratado con los Estados Unidos relativo a nuevos sitios de defensa. Según la noticia, todo parecía indicar que el gobierno estaba próximo a firmarlo y el editorial hacía un llamado a los panameños para que meditaran bien el paso a tomar.

—No me gusta el aspecto que está tomando este asunto, Andrew —afirmó don Jorge.

—El proyecto de tratado que están negociando convierte a Panamá en un virtual protectorado de los Estados Unidos —corroboró Andrew—. Por fortuna muchos panameños influyentes se oponen a que se firme.

—Sí, mi amigo, pero el problema es que dada la insistencia de los norteamericanos las consecuencias de no firmarlo también serán negativas. Recuerde que hace unos años vinieron a Chiriquí con el pretexto de vigilar las elecciones y se quedaron más de dos años.

—Lo malo es que si se firma el tratado se quedarían en donde se les antoje y con permiso nuestro. Y lo peor, don Jorge, es que aparte de la capital, en ningún otro lugar del país hay noción de la gravedad del problema. Deberíamos hacer algo para ilustrar a la gente sobre este tema.

—¿Por qué no escribe unos cuantos artículos para el *Ecos del Valle*?

—El asunto no es tan fácil, don Jorge. Hace unos días toqué el tema con don Miguel Rojas y me recordó que los clientes que más anuncian en su periódico son

la frutera y la Compañía Consolidada Fulton, empresas norteamericanas ambas. Terminó diciéndome que él, como propietario y editor, tiene que velar por que el periódico cubra por lo menos los gastos.

—Ahí está precisamente el problema con los norteamericanos, que tienen intereses en cuanto asunto hay. Así nacen los imperios —sentenció don Jorge.

—Creo que el de los Estados Unidos ya nació —reafirmó Andrew—. En cuanto a lo del tratado, ¿qué le parece si hacemos un periódico para concienciar a nuestros paisanos?

—¿Usted no cree que el *Ecos del Valle* es suficiente para la poca gente que hay aquí y que lee?

—No tendría que ser un periódico costoso, don Jorge. Y lo mantendríamos únicamente mientras dure la lucha contra el tratado. Justo al lado de mi oficina hay un espacio que alquilan y que me facilitaría darme una vueltecita de vez en cuando para ver que todo marche bien. Además, hablé con el amigo Julián Ríos, que acaba de jubilarse como cajista del *Ecos del Valle* y está encantado con la idea de volver a trabajar en un periódico.

—Veo que ya tiene el asunto bastante adelantado —dijo don Jorge, complacido—. Si cree que puedo ayudar en algo, este viejo semiretirado está dispuesto a colaborar.

—Precisamente, don Jorge, estaba pensando en usted como director y redactor.

—Es usted muy optimista, Andrew, pero acepto encantado. ¿Y cómo piensa sufragar los gastos?

—Al principio, a punta de pleitos. No creo que se requieran más de quinientos pesos mensuales y espero que al cabo de unos tres meses podamos cubrir gastos.

—Me imagino que ya el periódico tiene nombre —dijo, mordaz, don Jorge.

—Si le parece bien se llamaría *La Razón* y espero que el primer número salga el 1° de diciembre.

Don Jorge pareció adquirir renovada vitalidad con sus nuevas responsabilidades, a las que se dedicó en cuerpo y alma. Clara, preocupada en un principio por el tema económico, ofreció también sus servicios como redactora de noticias y todo lo que hiciera falta.

Los meses siguientes pasaron raudos en medio de los preparativos de la boda y la fundación del periódico. A pesar de todas sus ocupaciones, Andrew, que ya mostraba algún interés por la política, había aceptado ser el orador oficial el día de la Independencia de Panamá de España. Aquel 28 de noviembre de 1926 ocupó la tarima principal en el parque donde, aparte de las autoridades oficiales, se habían congregado un buen número de parroquianos para escuchar el discurso del joven abogado que ya empezaba a ser conocido por sus dotes de orador. Clara y don Jorge ocupaban una de las bancas en un discreto rincón alejado del quiosco central. Luego de las invocaciones eclesiásticas y las presentaciones, tocó el turno al orador de fondo. Para sorpresa de todos, aun de la misma Clara y de don Jorge, a quienes había dicho únicamente que el tema de su discurso giraría en torno al patriotismo, Andrew empezó a declamar en verso:

Me he sentido inspirado con toda la belleza
que en esta tierra quiso poner Dios con su amor:
he visto en sus montañas la tórrida grandeza,
oí de sus océanos el canto atronador,
sus linfas me contaron idilios de pureza,
y así, como a un conjuro con la naturaleza,
vengo a entonar un himno de Libertad y Honor.
De Libertad, la diosa de la antorcha divina,
de Honor, su hijo que en ella se ilumina.
Por eso yo en mi canto evocaré los muertos,
manes de ideales patrios que hoy yacen tan desiertos,
porque donde antes gritos de independencia había,
hoy tristes ambiciones forman algarabía.

El poema se paseaba luego por toda la latitud latinoamericana e invocaba a sus grandes héroes: Nariño, Caldas, Bolívar, Santander, Páez, Sucre, Córdoba, Girardot y Ricaurte para después invocar a los patriotas panameños: Fábrega, Vallarino, Herrera, Arosemena…

Yo evoco vuestros nombres y al pueblo como ejemplo
os pongo en esta fecha de su liberación
para que os rinda culto en el sagrado templo
que todo ciudadano lleva en el corazón.

Y terminaba haciendo un llamado al honor y al patriotismo…

Y en esta tierra buena "Pro Mundi Beneficio*",*
lema de sus entrañas que es de paz y es de amor,
debe el ideal de patria, junto al del sacrificio,
brotar sano y lozano, como brota una flor.
Por eso yo inspirado por toda la belleza
que en esta tierra quiso poner Dios con su amor:
he visto en sus montañas la tórrida grandeza,
oí de sus océanos el canto atronador,
sus linfas me contaron idilios de pureza
y así, como a un conjuro de la naturaleza,
vine a entonar este himno de Libertad y Honor.

Era un poema tan profundamente patriótico y había sido recitado con tal fervor que conmovió a todos los que escuchaban, incluidos algunos que por allí pasaban sin intención de asistir al acto, pero que al oír aquella voz que tocaba fibras íntimas, se habían acercado. Cuando Andrew terminó su "Evocación a la Gloria", en el parque no cabían más parroquianos y el aplauso fue entusiasta y

sincero. Andrew se abrió paso entre quienes lo saludaban y felicitaban hasta llegar donde aguardaban Clara y don Jorge, indagando con la mirada qué les había parecido el poema. Don Jorge solo alcanzó a decir: "Fue algo muy hermoso, hijo mío", antes de que los futuros esposos se confundieran en un prolongado abrazo.

En el mes de diciembre se intensificaron los preparativos para la boda del abogado Andrew Thomas y la maestra Clara Calero. El inicio del proyectado periódico hubo de ser pospuesto porque la inversión y los gastos requeridos superaban con mucho lo estimado. Sarita había regresado de los Estados Unidos a la capital y anunciaba su llegada a David hacia mediados de mes para ayudar con la boda. Entre Andrew, Clara y don Jorge habían decidido que la fiesta fuera pequeña, con solo la presencia de la familia y algunos amigos íntimos. Nuevamente el peso de los gastos se había hecho sentir, aparte de que en casa de los Calero cabrían muy pocos invitados.

Una noche, mientras repasaban los detalles de la boda, Andrew y los Calero fueron sorprendidos por la visita de doña Eugenia Pasquel.

—Perdone la intromisión, don Jorge, pero tengo algo que decirles a los muchachos.

Doña Eugenia frisaba entonces sesenta años y la gordura excesiva la hacía caminar con dificultad. Nunca se había casado y era dueña de una sólida fortuna por ser hija única de uno de los ganaderos y comerciantes más prósperos de la provincia. Se la estimaba mucho en la comunidad por su filantropía, especialmente por su generosa contribución a las actividades de la escuela en la que había podido observar de cerca la dedicación de Clara a sus alumnos. Don Pablo Aguilar había sido el abogado de la familia y después de su retiro Andrew Thomas pasó a encargarse de todos los asuntos jurídicos de doña Eugenia.

Don Jorge se apresuró a ofrecerle a la distinguida visitante una taza de té, que ella aceptó gustosa a condición de que hubiera galletitas para acompañarla.

—Lo que vengo a decirles a Andrew y a Clara es que un noviazgo tan popular como ha sido el de ustedes no puede terminar en una simple boda privada. Sé que cuando se empieza no hay mucho para invertir en fiestas, por lo cual, si me lo permiten, de la fiesta me encargo yo y además quiero que la celebración sea en mi casa. Todos los gastos correrán por cuenta mía: la comida, la bebida, la música.

Andrew intentó una protesta.

—Pero, doña Eugenia…

—Nada de peros, mi joven abogado. Dios no me dio el privilegio de casarme y tener mi propia familia y espero que ustedes me den la oportunidad de celebrar la boda de la hija que nunca tuve. ¡A revisar la lista y que ningún amigo se quede fuera!

Eugenia Pasquel terminó de comerse la última galleta que quedaba en el plato antes de dirigirse a la puerta. Allí se detuvo y se dio vuelta.

—Ah, me olvidaba. Entiendo, Andrew, que está usted próximo a publicar un periódico. Si a bien lo tiene pase mañana a verme al almacén, que tengo una proposición de negocios que hacerle. Se trata de invertir unos cuantos pesos en su empresa periodística, si es que usted me lo permite.

Andrew apenas si alcanzó a dar las gracias cuando ya doña Eugenia, auxiliada por su chofer, había descendido las escaleras del portal para subir a su automóvil,

uno de los pocos que empezaban a circular por las calles de David.

El primer número de *La Razón* salió de la pequeña imprenta el 31 de diciembre de 1926. Desde el inicio anunciaba la necesidad de luchar contra el proyectado tratado de sitios de defensa que el gobierno estaba próximo a firmar con los Estados Unidos de América. Aprovechaba la terminación de un año y el comienzo de otro para pedirle a la comunidad chiricana unirse a los buenos propósitos de los patriotas que combatían por la independencia plena de la República.

El 7 de enero fue un día típico de comienzos del verano y los davideños empezaban a dar muestras de alegría por el arribo de la nueva estación con sus cielos azules y la brisa fresca que descendía de la cordillera. Mientras Clara terminaba de ponerse el traje de novia ayudada por Sarita y Rachel, pensó con tristeza en lo mucho que en ese momento extrañaba a su madre.

La ceremonia religiosa se celebró en la iglesia de la Sagrada Familia, frente al parque. Andrew, con Felipe a su lado, veía a su futura esposa avanzar hacia él del brazo de don Jorge, como si se tratara de un sueño. Clara llevaba en sus manos un ramo de azahares parecidos a los que florecían en su árbol favorito. Cuando su padre la entregó a Andrew, Clara creyó percibir en el rostro de ambos una cierta complicidad.

A la boda en casa de doña Eugenia Pasquel concurrieron aquella mañana de enero de 1927 más de doscientas personas. Mercedes viuda de Thomas estuvo apenas un rato y luego volvió a su finca y a sus animales. Felipe Alba, muy compenetrado con su papel de padrino y caballero de honor, celebró de acuerdo con la importancia de sus funciones. De la capital habían venido también dos de las mejores amigas de Clara, que finalmente había ganado la apuesta a Analida, cuya boda se celebraría dos días después en Londres. Sor Rafaela bajó de Boquete para acompañar a los novios y con ella vinieron también otras amigas de Clara. Como a Andrew ya se le pronosticaba futuro en la política, concurrieron también el gobernador de la provincia y el alcalde del distrito. De la capital se recibieron varios telegramas de algunos invitados que no habían podido asistir, entre ellos el presidente de la Corte y el licenciado Rodolfo Pérez.

A las tres de la tarde los novios se despidieron de doña Eugenia y de los invitados para abordar el motor que los llevaría a Boquete, donde pasarían su luna de miel. Felipe Alba, muy achispado, insistió en acompañarlos a la estación, pero Clara lo persuadió de que se quedara para cuidar que todos siguieran disfrutando de la fiesta. Don Jorge los acompañó hasta la puerta cochera de la mansión de doña Eugenia y cuando Clara le reprochó con dulzura el par de lágrimas, dijo sonriente:

—Son de felicidad, Clarita, son de felicidad.

El motor que conducía a los esposos Thomas Calero pasó por la Mata del Francés a la hora del sol de los venados. El volcán estaba despejado y radiante, como si también se hubiera puesto sus mejores galas. Andrew recordó la primera vez que desde La Ladera intentó llegar andando hasta el volcán y Clara su primer viaje a Boquete y la pareja tan hermosa que formaban entonces sus padres. En ese instante Clara levantó la cabeza del hombro de Andrew y los nuevos esposos se besaron, felices de saber que en adelante compartirían los mismos recuerdos.

Tercera parte

Uno

Las montañas que quince años antes habían abierto sus parajes ocultos a la curiosidad inocente de Clara presenciaron sin inmutarse a la niña, ya mujer, airear su amor recién estrenado por los mismos lugares de entonces. Durante sus paseos cotidianos Andrew y Clara anticipaban la llegada del bajareque con la esperanza de adivinar el instante preciso en que surgirían los primeros colores del arcoíris. Y así, el alma de poeta de Andrew sentía el placer indescriptible de ir descubriendo cosas bellas junto a la compañera que había elegido para compartir la aventura de la vida.

La víspera del regreso a David, Clara llevó a Andrew a un sitio al que solo se accedía después de ascender unos doscientos metros detrás del poblado de Boquete. Desde allí se divisaba el río Caldera descendiendo inquieto entre tierras de cultivo y luego, ya más tranquilo, deslizándose lentamente en medio del poblado.

—Algún día quiero que tengamos aquí una casa. Es, sin duda, el lugar más hermoso de toda la región —dijo Clara.

—Juro ante el paisaje, que es nuestro único testigo —declaró Andrew, grandilocuente—, que yo, Andrew Thomas, construiré en este sitio una casa grande y hermosa para mi esposa Clara Calero —y enseguida añadió—: La única condición es que ella prometa que la colmaremos de hijos, de nietos y de bisnietos. Y para mayor solemnidad, procedemos a sellar este juramento con un beso.

Esa mañana el rocío y los colores del prisma celestial hicieron su aparición sin que los recién casados lo advirtieran.

Concluida la luna de miel, durante la cual los esposos Thomas Calero comprendieron que sus cuerpos armonizaban igual de bien que sus almas, Andrew y Clara iniciaron con entusiasmo la tarea de vivir juntos. Por insistencia propia, don Jorge se mudó a la casa de su yerno y los recién casados fueron a habitar aquella que hasta entonces habían ocupado los Calero, que se acomodaba mejor a las necesidades de una pareja. Andrew se había dejado convencer solamente después de que su suegro le prometió que iría a vivir con ellos tan pronto terminaran de construir la nueva casa.

"Tendrá suficientes habitaciones para acomodarlos a usted y a los seis hijos que queremos tener", había afirmado Andrew, mientras mostraba con orgullo a Clara y a don Jorge el terreno que había adquirido para erigir su futuro hogar. Explicó que los planos se los había encargado al maestro Benítez. "Apenas estén

listos", aseguró, "comenzaremos la obra. Le he pedido, eso sí, que respete el árbol de mango".

Ante la pregunta de Clara que de dónde sacarían el dinero para construir una casa tan grande, Andrew había respondido que lo irían ganando día a día y con la ilusión de la nueva casa en mente, se entregó por entero al trabajo. Clara, por su parte, se preparaba para el nuevo año escolar.

El diario *La Razón,* cuyo tema principal continuaba siendo la lucha contra el tratado de los sitios de defensa, ya se dejaba sentir en la provincia y en alguna ocasión sus editoriales se reprodujeron en periódicos de la capital. Finalmente, ante las presiones de todos los sectores del país, el gobierno se vio obligado a declarar públicamente que el Tratado de 1926, que había sido ya firmado por los negociadores panameños y norteamericanos, no sería aceptado por la República de Panamá. A todo lo largo del país hubo celebraciones y David no fue la excepción. En las oficinas de Andrew Thomas se reunieron esa noche algunos amigos que habían participado en la campaña contra el tratado, entre ellos don Jorge y el cajista Ríos. Después de brindar por un trabajo bien hecho, Julián Ríos se acercó discretamente a Andrew para expresarle su preocupación por el futuro de *La Razón.*

—Me parece, señor abogado, que nos hemos quedado sin tema para el periódico.

—No lo crea, don Julián. El rechazo de este tratado no quiere decir que allí termina la cosa. Los norteamericanos van a seguir presionando y algún tratado habrá de acordarse. Por otra parte, a los panameños nos conviene que se modifiquen algunas prácticas que han venido aplicando en la Zona del Canal, con base, según ellos, en el Tratado de 1903. Por consiguiente, ahora nos dedicaremos a expresar nuestra opinión acerca de lo que debería contener ese nuevo tratado. Además, también nos corresponde orientar un poco a la opinión pública sobre las próximas elecciones. No queremos que queden en el poder quienes estaban dispuestos a entregar el territorio nacional a los Estados Unidos, así es que no se preocupe, don Julián, que tenemos tema para largo rato.

La Razón y la prominencia que había ido adquiriendo el abogado Thomas en la comunidad chiricana habían captado la atención de los conductores de la política nacional y hacia mediados de año llegó a David don Alfredo Espinosa, secretario general del Partido Acción Renovadora (PAR), acompañado de otros dos copartidarios. En una visita que hicieron a Andrew en su despacho le propusieron incorporarse al PAR como secretario provincial de Chiriquí. Ya habían hablado con los directores regionales del partido, quienes se mostraron de acuerdo en que el joven abogado y su periódico constituirían una valiosa adquisición. Alfredo Espinosa era un hombre afable y sincero, de una intachable reputación en la política y en los negocios. Andrew lo escuchó con gran interés y esa noche consultó a Clara, como lo seguiría haciendo el resto de su vida cuando se enfrentaba a una decisión importante. Ella no le respondió enseguida y sugirió tocar el tema con su padre durante la cena.

Aunque Andrew y Clara lo veían todos los días en el periódico y procuraban cenar con él todas las noches, don Jorge no podía ocultar su tristeza por volver a vivir solo. Durante los últimos meses su aspecto físico había desmejorado tanto

que Clara y Andrew contemplaban la posibilidad de mudarse a una casa más grande mientras construían la propia. Sin embargo, esa noche don Jorge se mostró muy entusiasmado con el ingreso de su yerno al Partido Acción Renovadora.

—Conozco muy bien la trayectoria política de Alfredo Espinosa, que siempre ha sido un hombre luchador y de una sola pieza. Además, su partido es de reciente data y se opuso desde un principio a la firma del Tratado de 1926. Si quiere aventurarse en la política, mi estimado yerno, participar en el PAR es lo indicado.

—Yo pienso igual, don Jorge. Y además, en lo personal, Alfredo Espinosa me resulta un hombre muy agradable. ¿Qué opinas tú, Clara?

—A mí lo único que me preocupa es de dónde vas a sacar el tiempo; entre la oficina y el periódico ya casi no te alcanza.

—Tiempo siempre hay, Clara. Es cuestión de prioridades.

—A veces ni cenas en casa por el trabajo y yo sé que si te metes en la política no lo vas a hacer a medias. Además, dentro de unos siete meses habrá alguien más esperándote en casa.

Andrew no estaba seguro de haber entendido bien.

—¿Qué es lo que me estás diciendo, Clara?

—Te estoy diciendo que esta tarde me dijo el doctor Saldaña que dentro de siete meses tú serás papá y mi papá será abuelo.

Don Jorge pegó un salto en la silla y dio un gran beso a su hija. Andrew, que había quedado como en trance, dijo suavemente mientras abrazaba a su esposa con renovada ternura:

—Soy el hombre más feliz que ha puesto pie en la Tierra.

Ese día, por primera vez, Clara vio lágrimas en los ojos de Andrew.

Unos días más tarde, después de hablarlo nuevamente con Clara, Andrew envió un telegrama a don Alfredo Espinosa aceptando la secretaría del PAR en Chiriquí y pidiendo que le diera un mes para poner en orden algunos asuntos antes de hacer efectivo el nombramiento. Don Alfredo expresó una gran alegría por la incorporación de Andrew al partido y le manifestó su conformidad con esperar un tiempo prudencial antes de la incorporación formal de su nuevo copartidario a la Secretaría Provincial.

Con el correr del tiempo, los esposos Thomas se habían ido amoldando a la vida de casados. Cada uno aceptaba las costumbres y los hábitos del otro como parte de su propia rutina y así lograron, sin ninguna dificultad, que las pequeñas desavenencias en vez de crear distancias estrecharan aún más la relación entre ellos. Andrew dejaba a Clara en la escuela todas las mañanas a las siete y media y de allí continuaba hacia su oficina, que él mismo abría antes de las ocho. Una vez llegaba la secretaria, hacía su recorrido por los juzgados para ver el estado de los asuntos y regresaba sobre las nueve para atender a la clientela. Al medio día procuraba encontrarse con Clara en casa de don Jorge para almorzar los tres juntos. Volvía luego a la oficina y trabajaba hasta las seis, hora a la que acudía al periódico a revisar las noticias internacionales que Clara había copiado a mano de las transmisiones de onda corta, procedimiento ideado a fin de no incurrir en el costo del teletipo, que para un diario de poco tiraje era impagable. Luego de

ayudar a armar el periódico y escribir el editorial, regresaba a casa a las ocho, donde don Jorge los acompañaba a cenar. Comentaban entonces los sucesos del día y hablaban algo de política. Durante la sobremesa, la lectura y la poesía seguían llenando gran parte de sus ratos de ocio. Cada quince días, Andrew celebraba reuniones en su casa con los copartidarios para constatar los avances del PAR en la provincia y planificar acciones proselitistas. La política ocupaba entonces el lugar de los versos en el hogar de los Thomas.

Con el embarazo de Clara, el proyecto de construcción de la casa se aceleró y, finalmente, en el mes de noviembre recibieron los planos de parte del maestro Benítez. Aunque ni Clara, ni Andrew, ni don Jorge entendían mucho de planos, disfrutaron enormemente siguiendo las explicaciones del constructor. En la planta baja de la casa, además de la cocina, la sala y el comedor, estaría la habitación de don Jorge con su entrada independiente. En la primera planta, dos cuartos para los niños y la recámara principal, con un gran balcón que se abría sobre la fachada. El maestro Benítez quería tener todo listo para iniciar los trabajos en el verano. Prometía terminar en un año y el precio que estimaba para la construcción era de veinticinco mil pesos.

—¿Estás seguro de que podremos pagar tanto? —había vuelto a preguntar Clara.

—No te preocupes, mi amor, que las cosas marchan bien —había respondido Andrew.

A fines de ese año ocurrió un suceso que ayudaría a disipar las preocupaciones económicas de los Thomas. El Tribunal Superior, tal como había previsto don Pablo Aguilar, revocó la sentencia del juez de circuito y condenó a la Chiriquí Land Company a pagar los perjuicios causados a la familia de Víctor Aguirre. El tribunal determinó que los perjuicios no habían sido debidamente acreditados y remitía a las partes a un nuevo juicio para establecerlos. A pesar de que la parte demandada podía recurrir ante la Corte Suprema de Justicia, Andrew confiaba plenamente en la solidez de la sentencia.

No había transcurrido una semana del pronunciamiento del tribunal cuando Andrew recibió una llamada de Fausto Salazar, que continuaba como gerente regional de la empresa bananera, pidiendo una cita para esa misma tarde en la oficina de Andrew. Después de agradecerle que lo hubiera recibido tan rápidamente le informó que los abogados de la frutera en Panamá querían explorar la posibilidad de negociar un arreglo antes de acudir a la Corte.

—Me parece muy bien, Fausto. Precisamente tengo una audiencia en Panamá dentro de dos semanas y puedo ir a hablar con los abogados. ¿Quiénes son?

—Es la firma de Arosemena, Méndez y Díaz. Debes hablar con el doctor Méndez, que es quien atiende el asunto.

"Qué pequeño es el mundo", pensó Andrew.

—Conozco muy bien al doctor Méndez y yo mismo me encargaré de hacer la cita con él. Creo que un arreglo es la solución lógica para este caso; ya te avisaré.

Dos semanas después Andrew viajó a Panamá. El doctor Méndez insistió en invitarlo a almorzar y volvieron a encontrarse en el Club Unión.

—No sabe el placer que me da volver a verlo, amigo Thomas. Me dicen que atiende usted algunos asuntos por acá.

—Sí, doctor Méndez. Mañana tengo una audiencia penal. Se trata de uno de esos casos en que uno no puede negarse. Un homicidio involuntario en que está envuelto el hijo de un buen amigo chiricano. Yo prefiero no tener que atender asuntos en la capital, pero a veces no hay más remedio.

—Es parte de la fama, colega. Sé por don Alfredo Espinosa que está usted encargado de nuestro partido en la provincia. Él está muy entusiasmado con su apoyo y espera grandes cosas de Chiriquí para las próximas elecciones. Aunque no creo que tengamos opción de ganar todavía la presidencia, sí podemos sacar varios diputados a la asamblea que vayan divulgando nuestras ideas. Yo seré candidato por el Circuito de Panamá.

—Estoy seguro de que usted ganará, doctor Méndez, pero en Chiriquí la cosa está difícil. En los lugares alejados de la capital, al partido del gobierno le resulta más fácil manipular y ya están cometiendo tropelías con las listas electorales, pero el candidato que tenemos es aguerrido y va a dar una buena pelea. No sé si conoce usted a Pedro Obaldía.

—¡Cómo no! Su padre fue amigo del mío y yo lo veía mucho de pequeño. En cualquier caso, no hay que dejarse avasallar. Y ahora dígame, ¿cómo vamos a arreglar el asunto de *Víctor Aguirre vs. la Chiriquí Land Company*?

—Usted dirá, doctor Méndez. Mi cliente y yo estamos en la mejor disposición —respondió Andrew, reacomodándose en la silla.

—Usted ya sabe que recurrimos a la Corte, ¿verdad?

—Por supuesto. Esta mañana leí el recurso que, por cierto, me pareció muy bien redactado.

—Ya veo que no pierde usted el tiempo. ¿Qué le parece entonces si transamos por la mitad de la cuantía de la demanda? Estoy preparado para darle enseguida diez mil pesos y terminar con este enojoso asunto.

—Lamento mucho no poder aceptar su oferta —respondió Andrew, sin vacilar—. Creo que sería más razonable transar por la cantidad original de la demanda, más las costas del proceso.

—Pero, amigo Andrew, ¡usted lo que quiere no es una transacción sino una capitulación!

—Recuerde, doctor, que el tribunal ha ordenado que los perjuicios se establezcan en juicio aparte y ahora mismo no hay una suma tope.

—Claro que la hay, Andrew. Nunca he visto un caso en que en juicio aparte se establezcan perjuicios por una suma mayor a la cuantía de la demanda original. Además, todavía existe la posibilidad de que la Corte revoque la sentencia de segunda instancia.

Andrew sabía que el doctor Méndez tenía razón y estaba convencido de que, como decía siempre don Pablo, un mal arreglo era mejor que un buen pleito.

—¿Qué le parece, entonces, doctor Méndez, si dividimos la diferencia y arreglamos por quince mil pesos?

—Me parece bien, siempre que cada parte cubra sus propias costas.

Andrew aceptó y formalizaron la transacción con un apretón de manos. Al despedirse el doctor Méndez volvió a recordarle que la oferta de trabajar en Arosemena, Méndez y Díaz seguía en pie.

—Ya no puede darme la excusa de la boda —concluyó, sonriendo con

picardía.

—No, pero ahora resulta que vamos a tener un hijo y estoy por iniciar la construcción de una casa —replicó Andrew, con un gesto de impotencia.

—¡Qué le vamos a hacer! Chiricano, al fin y al cabo. A veces envidio la fortaleza de las raíces regionalistas que distinguen a sus paisanos.

La satisfacción de Andrew por el arreglo con la compañía frutera se vio mermada por la pérdida del caso penal que lo había llevado a la capital. Sería la primera vez que Andrew tendría que enfrentarse a la mirada confusa y llena de inquietud de un cliente condenado a prisión y no encontró palabras suficientes para expresar su propia angustia y dolor. De regreso a David, antes de dar a Clara la buena noticia del arreglo del caso de la frutera, expresó su desilusión y tristeza por la condena de su defendido a tres años de cárcel.

—Nunca pensé que perdería este caso, que era mucho más claro que el de Beatriz. No sé qué hice mal, pero sí sé que es el último asunto penal que atiendo. Sencillamente esos pleitos no pueden perderse como ajenos, como dice don Pablo, y no hago más que pensar en ese pobre muchacho de solo veinte años encerrado en prisión.

—Es parte de la profesión que escogiste, Andrew. Siempre habrá casos que se pierden.

—Es cierto, Clara, pero siento tanto respeto por la libertad que no volveré a correr el riesgo de que priven de ella a alguien que depende de mis actuaciones. Este fue el último caso criminal que atiendo.

Y así ocurrió. Jamás, en el transcurso de su carrera, Andrew Thomas volvería a aceptar asuntos penales, a pesar de que, como afirmaba don Pablo y lo demostraban sus triunfos anteriores, Andrew Thomas tenía dotes innatas de abogado penalista.

Si bien el caso de Víctor Aguirre contra la Chiriquí Land Company fue el que más repercusión social tuvo en la provincia, la fama de Andrew Thomas como abogado litigante se debió más que nada al extraño caso de Dimas Montero, en el que le correspondió demostrar ante el juez que la firma de su cliente puesta por alguien en un documento era falsa.

Con lágrimas en los ojos, el campesino había llegado ya casi de noche a la oficina de Andrew en busca de ayuda. Según relató, los vecinos lo habían desposeído de su finca ganadera mediante la falsificación de un documento en el que Montero aparecía vendiéndola al estafador por quinientos pesos cuando en realidad la finca valía más de cincuenta mil. “Me falsificaron la firma, señor licenciado, y usted tiene que ayudarme a recuperar mi hacienda, que es lo único que tengo para mantener a mi mujer y a mis ocho hijos”. Impactado por la angustiosa pero sincera espontaneidad del campesino, Andrew decidió tomar el caso y él mismo redactó y pasó en la máquina de escribir el poder que debía firmar. Cuál no sería su sorpresa cuando sobre su nombre Dimas Montero firmó cuidadosamente… ¡con una X!

—Pero ¿cómo cree, amigo Montero, que voy a poder probar que su X es falsa? —preguntó Andrew.

—Pero es que lo es —insistió Montero—. Yo se lo puedo explicar para que usted se lo demuestre al juez.

En los corrillos judiciales se esparció el rumor de que el abogado Thomas iba a probar ante el juez de circuito que la X del supuesto documento de compraventa era falsa. De allí, el rumor siguió circulando y el día del peritaje la sala de audiencia estaba atiborrada de abogados y de simples curiosos. Para sorpresa de todos, el juez incluido, en lugar de traer de perito a un grafólogo, como había hecho la contraparte, Andrew presentó a Fidel Armuelles, el ingeniero más conocido de la provincia. Llegado el momento de practicar el peritaje, Andrew presentó varios documentos firmados anteriormente por su cliente para ser cotejados con la escritura de la supuesta venta y le pidió al ingeniero que midiera con una regla la distancia de los bordes de las páginas en las que la X de su cliente se hallaba estampada e hiciera lo mismo con la X que aparecía en la falsificación.

—Es obvio que están en distintos lugares —dijo enseguida el perito—. Como puede advertir el señor juez, la X de cada uno de los documentos auténticos se encuentra en el cuadrante inferior izquierdo de la hoja mientras que en el documento de la supuesta venta aparece en el cuadrante inferior derecho.

—Muy bien, ingeniero —dijo Andrew—. Pero para mayor precisión le ruego que mida exactamente la distancia en la que la X de los documentos auténticos se encuentra de los bordes.

El abogado de la contraparte intentó objetar el procedimiento, pero el juez, procurando mantenerse serio, negó la objeción y le pidió al perito que procediera.

El ingeniero Armuelles midió con sumo cuidado y concluyó que en cada documento firmado por Dimas Montero la X se encontraba a ocho centímetros del borde izquierdo y cuatro centímetros del borde inferior de la hoja. Una exclamación de asombro surgió en el público y cuando el juez, sin ocultar la sonrisa, exigió silencio, Andrew sabía que había ganado el juicio.

A pesar de su notoriedad e importancia, el caso de Dimas Montero no apareció en los anales jurídicos porque las partes llegaron a un arreglo extrajudicial: Dimas Montero se abstendría de presentar la denuncia criminal contra el falsificador a cambio de que este le devolviera la finca más un suma de dinero que cubriera su pérdida, las costas del proceso y los honorarios de su abogado.

Tan pronto se consumó el arreglo, el juez había llamado a Andrew para que le explicara cómo era que Dimas Montero podía "firmar" siempre exactamente en el mismo lugar.

—Muy sencillo, señor juez —contestó Andrew, riendo—. Cada vez que Dimas debe estampar su X en algún documento, él extiende la mano izquierda para formar una L entre el pulgar y el índice, la coloca sobre el cuadrante inferior izquierdo de la hoja y pone la X en el vértice que forman ambos dedos.

—Ingenioso el señor Montero —comentó el juez.

—Así es, señor juez. Y para nosotros, que tuvimos la oportunidad de aprender a leer y escribir, una gran lección.

A partir del caso de la X falsificada Andrew Thomas fue conocido en la provincia no solamente como el enemigo número uno de la Chiriquí Land Company sino también como el defensor de los casos imposibles.

Dos

Una tarde de diciembre, cuando ya el verano empezaba a enviar señales de su próximo retorno, Andrew se sorprendió al encontrar a sor Rafaela esperándolo en la antesala del despacho.

—Hermana, ¡cuánto gusto! ¿Qué la trae por aquí?

El rostro de sor Rafaela, siempre dulce y apacible, reflejaba una evidente preocupación.

—He acudido a usted, Andrew, porque no me he atrevido a ir a hablar directamente con Clara, sobre todo considerando el estado avanzado de su embarazo.

Andrew se sobresaltó ante la seriedad de las palabras de la monja.

—¿Qué es lo que ocurre, sor Rafaela?

—¿Lee usted francés, Andrew?

—No, de francés no sé nada.

—Bien. Ocurre que ayer se recibió en la residencia franciscana en Boquete una carta procedente de Megève, en Francia, dirigida a mí. Le voy a leer el contenido, procurando traducir lo más fielmente posible.

Megève, 23 de septiembre de 1927

Querida hermana:

Ayer dejó de existir en nuestro convento la sierva del Señor, Abigaíl López, conocida como la hermana Soledad. Al momento de su muerte tenía catorce años de vivir entre nosotras y era quizás la más servicial y abnegada de todas las siervas, aunque nunca tomó los votos. La ansiedad que la embargaba al momento de su llegada muy pronto dio paso a una absoluta serenidad que, unida a sus indiscutibles cualidades humanas, le ganó el cariño de todas sus compañeras de claustro.

Murió en paz y antes de rendir su alma al Creador me pidió que le hiciera llegar la carta que en sobre sellado ahora le envío con la esperanza de que, efectivamente, llegue a sus manos y usted sepa entregarla a sus destinatarios. Ruego al Señor que así sea pues durante todos estos años es la única petición que hizo sor Soledad.

Dios la bendiga.

—Firma la carta sor Angelique, rectora del Convento de Franciscanas en Megève. Este es el sobre que venía dentro.

Sor Rafaela puso en manos de Andrew Thomas un sobre dirigido a "Jorge y Clara Calero, Boquete, fina cortesía de sor Rafaela".

—¿Quiere decir que la madre de Clara murió hace ya tres meses? —preguntó Andrew, consternado.

—Sí, Andrew, y he venido aquí porque creo que usted es el más indicado para entregar la carta a Clara y a su padre.

—No sé, sor Rafaela. Creo que debemos entregar la carta primero a Clara para que ella decida entonces cómo proceder con don Jorge.

—Lo dejo en sus manos. Dígale a Clara que, si para algo me necesita, estaré esta noche hospedada en la casa de doña Eugenia Pasquel. Ahora no le quito más tiempo.

Andrew agradeció a sor Rafaela su interés y preocupación mientras la acompañaba a la salida. Luego se sentó tras el escritorio y examinó detenidamente el sobre. Lo ordinario del papel contrastaba con la letra distinguida y hermosa. Eran apenas las tres de la tarde y aún faltaba hora y media para que Clara saliera de la escuela. Sin embargo, tanta inquietud le había producido la noticia que no lograba concentrarse en su trabajo y antes de las cuatro dejó el despacho y fue caminando lentamente hacia la escuela, mientras meditaba en cómo darle a Clara la noticia causándole el menor sobresalto posible. Llegó antes de la hora de salida y siguió paseándose frente a la entrada hasta que una nube de gritos lo envolvió. Detrás de los párvulos, conversando con otra maestra, venía Clara. Al verlo allí de pie, lo interrogó con la mirada y enseguida preguntó:

—¿Le ha pasado algo a papá?

—No, Clarita, don Jorge está muy bien.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Ven y te lo cuento camino a casa.

Cuando dejaron atrás el alegre bullicio de la salida de clases, Andrew empezó a hablar.

—Esta tarde estuvo sor Rafaela en la oficina. Se trata de tu madre, Clara, y me temo que las noticias no son buenas.

Clara se detuvo.

—¿Apareció mamá? ¿Está en algún sanatorio? —preguntó, angustiada.

Andrew rodeó a Clara con el brazo para acercarla más.

—Doña Abigaíl pasó los últimos catorce años de su vida en un convento y allí recuperó no solamente la salud mental sino también su tranquilidad espiritual. Hace tres meses murió y dejó esta carta para ustedes, que ayer llegó a manos de sor Rafaela.

Clara contempló como en trance la letra de su madre. Pasaban frente al parque y le pidió a Andrew que se sentaran. Luego de un momento dijo:

—No sé si debo abrir la carta o esperar a hacerlo junto a papá. Tampoco sé cómo darle la noticia; el pobre nunca perdió la esperanza de volver a ver a mamá.

—Me parece, mi amor, que en realidad las noticias no son tan malas. En la carta que la hermana directora del convento escribió a sor Rafaela le indicaba que tu mamá murió rodeada del cariño de todas sus compañeras, lo que junto a la paz

de espíritu equivale tal vez a la felicidad. La angustia que tú y tu padre compartieron en silencio durante tanto tiempo debe dar paso a la tranquilidad de saber que en sus últimos años no solamente no sufrió sino que, además, vivió feliz.

—Pero ¿por qué no volvió acá? —preguntó Clara, secándose las lágrimas que comenzaban a brotar.

—Quién sabe, mi amor, supongo que la carta lo dirá.

—Voy a leerla de una vez y después decidimos qué hacer con papá.

Clara abrió con cuidado el sobre y en voz alta leyó entre sollozos:

Mis queridos Jorge y Clara:

Esta es una carta que mentalmente empecé a escribir hace muchísimos años, pero hasta ahora no había encontrado la fortaleza para terminarla y enviarla. Quizás entre menos nos resta de esta vida y más nos acercamos al reino de Dios sean mayores nuestras fuerzas.

Cuando llegué a París hace ya quince años fui a ver a mis antiguas maestras franciscanas. Necesitaba solaz y creí encontrarlo entre los recuerdos de mi niñez. Me dejé convencer y allí me quedé como profesora auxiliar. Las hermanas se habían dado cuenta de que mi estado aún no era del todo normal y quisieron ofrecerme la paz de su rutina cotidiana y de su oficio. Desde entonces pensé en escribirles y anunciarles mi regreso para muy pronto, pero me lo impedía algo que aún no logro descifrar. Quizás fuera el temor de que una recaída me convertiría en un pesado fardo para ustedes. Me consolaba entonces imaginándolos en sus correrías entre aquellas montañas y paisajes que nunca aprendí a disfrutar. ¡Ironías de la vida, porque de un tiempo acá vivo entre montañas, que en el invierno se llenan de nieve, y he aprendido a quererlas casi tanto como las quieren ustedes!

Al cabo de un año en París, me enviaron a pasar unas vacaciones al convento que las hermanas tienen aquí en Megève. Aunque ya había recuperado todas mis facultades, aún me faltaba apaciguar el espíritu. Durante ese inolvidable verano me invitaron a participar en unos retiros espirituales. "Un banquete para el alma", al decir de las hermanas. ¡Y vaya si para mí lo fue! El padre Auguste, encargado de las charlas, era lo más parecido a un santo que he visto. Y hablaba de Dios y la religión como algo positivo y natural. Al cabo del tercer día ya había decidido quedarme en este convento de montaña procurando servir a las demás hermanas y a Dios. Volví entonces a empezar esta carta, pero tuve miedo de que no comprendieran mis motivaciones o de que quisieran venir a buscarme sin que yo estuviera preparada para tomar una decisión. Y así, raudo, como ocurre cuando somos felices, se me fue yendo el tiempo. En mis oraciones siempre estuvieron ustedes primero. Cuando la tristeza montaba uno de sus frecuentes ataques, me reconfortaba pensando que entre el carácter templado y afable de Jorge y la inteligencia y amor a la vida de Clara, ustedes, mis seres queridos e inolvidables, habrían sabido encontrar también la felicidad y el perdón para la madre y esposa ausente.

Resulta irónico que yo, que perdí la razón al verme obligada a prescindir de lo que creía era nuestra fortuna, la haya recuperado dentro de la pobreza más absoluta. Cuando pienso en mi afán de vivir entre las luminarias de París y me veo en este austero claustro rodeada de la gente más humilde que existe, no puedo dejar de sonreír mientras recuerdo las palabras tan sabias de Jorge cuando decía que tal vez en la pérdida de nuestros bienes materiales y nuestro anterior modus vivendi *estaría el origen de nuestra verdadera felicidad. ¡Cuánta razón tenías, Jorge, y cómo lamento ahora no haberte escuchado entonces! ¡Fue necesario encontrarme con Dios para comprender lo bueno y sabio que has sido!*

Tengo el presentimiento, muy bien fundado, de que ambos han sabido ser felices y espero que lo sigan siendo al terminar de leer esta carta. De un tiempo acá, mi fortaleza física ha ido menguando. El último invierno fue muy frío y parece que mis pulmones no supieron resistirlo.

Por la angustia que pude haberles causado, les pido perdón una vez más. Pero quiero que vivan con el convencimiento de que supe encontrar la felicidad y que de hoy en adelante estaré más cerca de ustedes que nunca.

Con todo mi amor,
Abigaíl

Clara había tenido que interrumpir varias veces la lectura para recuperar la voz. Al terminar de leer ya no lloraba y su semblante reflejaba una serena determinación.

—Es una carta muy hermosa, Clara —musitó Andrew mientras la abrazaba con ternura.

Clara había decidido darle la noticia a su padre sin rodeos ni dilaciones. Fueron a buscarlo al periódico y le pidieron que los acompañara a recibir el verano, que esa tarde había decidido visitar David.

—Termino de corregir esta prueba y enseguida los alcanzo.

Cinco minutos después, Jorge Calero se unía a sus hijos y, con mucha dulzura y aplomo, Clara le contó lo ocurrido con su madre y le entregó la carta. Don Jorge la tomó en sus manos y al cabo de un momento de vacilación, en el que la expresión de su rostro pasó de la incredulidad al dolor, pidió que lo perdonaran, que quería leer a solas la carta de Abigaíl. Clara y Andrew lo vieron alejarse lentamente.

Esa noche, don Jorge no llegó a casa de los esposos Thomas a la hora habitual. Algo después de las ocho se presentó y preguntó si aún no habían cenado. Su expresión era tranquila y caminaba más erguido que de costumbre. Mientras se sentaba a la mesa, dijo:

—Clarita, tu madre fue una gran mujer y estoy orgulloso de ella. Deseo que igualmente ustedes lo estén y que su recuerdo ocupe siempre un lugar importante en sus vidas. También quiero que sepan que me hace muy feliz saber que vivió sus últimos años tranquila y muy cerca de Dios; estoy seguro de que en el cielo tenemos un ángel guardián que siempre velará por nuestro bienestar —don Jorge

guardó silencio por un largo momento—. Ahora, si les parece bien, vamos a cenar.

A mediados de marzo de 1928, Clara le pidió a Andrew que fuera a buscar a la comadrona. Antes de las tres de la tarde de ese sábado llegaba doña Eufemia a casa de los Calero y a las seis ya Andrew era padre de una hermosa niña. Él y don Jorge habían esperado en el portal el clásico llanto que anunciaba el alumbramiento y cuando la comadrona, con la criatura en los brazos, vino a anunciarles que era una niña y que Clara estaba muy bien, Andrew sintió un gran alivio y alegría.

—¡Felicidades, abuelo! —exclamó, abrazó a don Jorge y corrió a ver a Clara.

La nueva mamá esperaba sonriente en el lecho matrimonial. Andrew se sentó a su lado cuidadosamente mientras la partera colocaba a la criatura en los brazos de Clara.

—Sé que estás decepcionado porque tu primer hijo no ha sido un varón. Pero ¿no es verdad que es hermosa?

—No estoy decepcionado, mi amor. Estoy feliz y orgulloso de ser el padre de una criatura tan perfecta. Además, que no haya sido varón nos da la excusa ideal para buscar uno enseguida, ¿no crees?

Andrew dio un beso a Clara en la frente y salió a buscar a don Jorge.

—Abuelo, vaya, que su nieta Anabella lo espera. Usted me dirá quién es más hermosa, si su hija o la mía.

Ambos rieron y Andrew aguardó un momento antes de regresar a estar con su esposa y su hija. ¿Estaba realmente decepcionado de que su primer hijo no hubiera sido un varón? Tuvo que aceptar que quizás sí, un poco, pero únicamente porque de sus hijos varones dependía la continuidad del apellido Thomas, que él quería asegurar.

Con la llegada de Anabella, Andrew decidió que Clara no regresaría más a la escuela. La maestra trató de oponerse, pero Andrew estaba seguro de su decisión.

—Siempre pensé que mi esposa sería madre a tiempo completo —afirmó resuelto.

—Pero, Andrew, también mis alumnos me necesitan; además, mi sueldo en algo ayuda ahora que estamos empezando.

—Créeme, mi amor, que me ayudará mucho más la tranquilidad de saber que mi hija está siempre con su madre. Además, los asuntos marchan bien y hasta *La Razón* deja algo de ganancia. Tan bien va todo que la próxima semana empezamos la construcción de la nueva casa. Con suerte, nuestro próximo hijo nacerá allí.

Al bautizo de Anabella concurrieron todos los amigos de los Thomas. Fueron padrinos don Pablo Aguilar y doña Eugenia Pasquel. El viejo abogado, a pesar de sentirse muy honrado, había tratado de disuadir a Andrew de escogerlo a él.

—Esa niña merece un padrino más joven, uno que le dure más tiempo. Ya yo ando como despidiéndome.

—Le aseguro, don Pablo, que a mí me parece más bien que usted anda como si acabara de llegar. Y me da mucha satisfacción que mi primera hija tenga por padrino a alguien a quien tanto quiero y tanto debo.

—Algún día se dará cuenta, amigo Andrew, de que usted se lo debe todo a

usted mismo. El destino nos lo vamos forjando cada día y las cosas y la gente que vamos encontrando no son sino circunstancias cuya influencia depende de la voluntad, el carácter y la disciplina de cada uno.

—Aprecio su apoyo y su modestia, don Pablo, pero en cualquier caso quiero tener el placer de oír a mi hija llamándolo a usted padrino.

—Pues entonces no tendré más remedio que seguir con vida hasta que la niña aprenda a hablar.

Doña Eugenia, por su parte, había aceptado encantada el madrinazgo y el día del bautizo informó a los esposos Thomas que su regalo tendría que esperar a la terminación de la nueva casa pues quería que su ahijada tuviera los muebles de recámara más hermosos de todo David.

El nacimiento de Anabella alteró un poco la rutina de Andrew. Ahora procuraba llegar a casa todos los mediodías y más temprano en la noche para poder disfrutar a Anabella antes de que se durmiera. Don Jorge, a quien la condición de abuelo parecía haberle inyectado una nueva vitalidad, se escapaba del periódico para ir a retozar con su nieta cada vez que se le presentaba la ocasión. “Dentro de poco podrá venir conmigo al río en la mañana”, solía decirle a Clara entre serio y burlón.

Tres

La Razón había iniciado una nueva campaña para que el gobierno acelerara la construcción de la vía de comunicación terrestre entre la capital del país y la provincia chiricana. De las alternativas que aún se estudiaban, un ferrocarril o una carretera, Andrew favorecía la última y así lo expresaba en los editoriales de su diario de provincias. "Más que la rigidez de una vía férrea", escribía, "que nace en un punto y muere en otro sin transmitir vida en las etapas intermedias, los chiricanos abogamos por una carretera que vaya entrelazando pueblos y llevándoles vitalidad, entusiasmo y progreso. Abogamos también por que la construcción de la carretera se inicie simultáneamente desde Panamá hacia la provincia y desde David hacia la capital para luego encontrarse en un punto intermedio donde tendrá lugar la gran fiesta de la conclusión de una obra por la que claman no solo los productores chiricanos sino también los futuros consumidores de todo el país que podrán disfrutar, al fin, de los productos agrícolas que, gracias al esfuerzo de su gente, derraman las montañas de Chiriquí".

Finalmente, hacia principios de 1929 se iniciaron los trabajos de la carretera que al cabo de unos años uniría la capital con la más productiva de las provincias. El ingeniero Felipe Alba era para entonces el jefe regional de una gran compañía norteamericana a la que se había adjudicado la construcción de la obra y tenía a su cargo, una vez más, la construcción de los primeros puentes sobre los ríos chiricanos.

—Ha resultado más fácil y menos riesgoso trabajar para los americanos que hacerlo con mi propia empresa —le había asegurado a los esposos Thomas tan pronto llegó a David—. La remuneración que recibo es equivalente a lo que antes ganaba y ahora no tengo que preocuparme por pagar planillas ni por consignar fianzas de garantía.

Andrew y Clara, por su parte, comentaban lo desmejorado que veían a Felipe, quien no parecía el muchacho feliz y desenvuelto de antes. Durante una de las tantas veladas que pasaron juntos les había contado de su intención de casarse a mediados de año.

—Se trata de una muchacha norteamericana que llegó a Panamá hace poco. Su padre es el administrador de finanzas de la Compañía del Canal de Panamá.

—¿Y qué pasó con todas las hermosas panameñas que aspiraban a casarse contigo? —había preguntado Clara.

—Parece que en un descuido se enamoraron de otros —fue la respuesta, entre

irónica y contrita, de Felipe.

El mal disimulado desaliento de Felipe incrementó la inquietud de los Thomas por su salud.

—Lo que más me preocupa —señalaba Andrew— es que bebe mucho. No parece que lo hiciera para divertirse sino para aturdirse y cuando intenté decírselo, me cortó en seco. En cualquier caso, insiste en que tenemos que ir a su boda, así como él vino a la nuestra.

—Le habrás contado que para mediados de año yo estaré a punto de dar a luz a nuestro segundo hijo.

—Por supuesto que se lo dije, pero él insiste en que vaya yo.

—No, mi querido Andrew, usted se quedará aquí, muy cerca de su esposa esperando a que nazca su hijo. Yo misma me encargaré de decirle a Felipe que no estoy dispuesta a dejar a mi marido solo en medio de las tentaciones de la vida capitalina.

—¡Por Dios, Clara!

Felipe permaneció en David hasta el mes de mayo y a mediados de julio contraía matrimonio con Margaret Connors. A fines de ese mismo mes nacía Estela Thomas, que trajo el cabello muy negro y oscuro y vivarachos los ojos. Andrew era un padre feliz y orgulloso que varias veces a la semana paseaba por el parque a sus dos hermosas hijas: rubia y apacible una, morena e inquieta la otra. Cuando Clara expresaba preocupación porque aún no llegaba el hijo varón, Andrew le contestaba con picardía:

—No te preocupes, mi amor, que yo sé que lo que quieres es que sigamos buscándolo. ¡Y así se hará!

La casa de los Thomas, de las más grandes y modernas de David, estuvo lista justo antes de la Navidad. Era todo lo que Clara había soñado y más. Don Jorge no lograba ocultar su emoción mientras iba instalando sus pocas pertenencias en la habitación de la planta baja. Tal como había previsto Andrew, al momento de mudarse habían pagado hasta el último centavo del costo de la construcción y de los muebles, todos de caoba. Era de las pocas viviendas en David que tenía teléfono, aparato novedoso en el que había insistido Andrew para poder comunicarse con la oficina cuando hiciera falta. La habitación de los Thomas se abría hacia un amplio balcón que daba sobre la calle 3a. Los parroquianos que por allí pasaban se detenían a admirar aquella mansión de dos pisos, con un gran balcón al frente y un frondoso árbol de mango en el patio trasero. Si los Thomas estaban en el balcón, invariablemente intercambiaban saludos.

Después de uno de sus viajes a Panamá para participar en una reunión del directorio del PAR, convocada a fin de acordar la estrategia de cara a las próximas elecciones, Andrew regresó cargando un extraño aparato.

—Es una vitrola, Clara, y con ella podremos escuchar música a la hora que queramos, sin depender de la radio.

Y desde entonces la música se enseñoreó en la casa de los Thomas. Mozart, Brahms, Beethoven, Strauss llegaron a ocupar un lugar importante en la vida hogareña, al lado de los libros de Ricardo Miró, Rubén Darío, Amado Nervo y muchos otros poetas latinoamericanos.

Para esa época, el número de automóviles que circulaban en las calles de

David había aumentado significativamente, aunque el coche, el caballo y el ferrocarril seguían siendo los medios de transporte más utilizados. Animados por la llegada, primero a Chiriquí y luego a Panamá, de Charles Lindbergh, algunos aviadores panameños hablaban ya de la posibilidad de establecer una línea comercial de transporte aéreo. Crazy Sam seguía volando por su cuenta y en un par de ocasiones había vuelto por David para visitar a sus amigos, los Thomas. Especial satisfacción le había producido a Sam Jones saber que Lindbergh, igual que él, había aterrizado su avión en los llanos de San Juan.

—Pero él dos años tarde de mí —decía en su incorregible español.

La proximidad de las elecciones para presidente y diputados obligaron a Andrew a dedicar más tiempo a la política. Los fines de semana se trasladaba a los campos vecinos en compañía del candidato a diputado por el PAR, Pedro Obaldía, mientras desde *La Razón* denunciaba casi a diario los atropellos del gobierno. La política, como siempre, distanciaba a los chiricanos y dividía al país en bandos que parecían irreconciliables, realidad que movía a Clara a expresar su preocupación por lo mucho que se había involucrado Andrew en la campaña electoral. Aunque él no lo expresaba, ella sabía que en el fondo la sensibilidad de Andrew sufría por las situaciones conflictivas que la política partidista engendraba. En un clima de violencia reprimida llegó finalmente el día de los comicios.

Las primeras noticias no podían ser peores para el PAR. En los campos aledaños, el gobierno utilizaba abiertamente a la Policía Nacional para impedir que los renovadores movilizaran sus huestes. A las once de la mañana, Andrew envió un telegrama a la Junta Nacional de Escrutinios, con copia a don Alfredo Espinosa, denunciando la situación. Luego se encaminó hacia el parque con algunos de sus copartidarios y desde una tribuna improvisada empezó a arengar a los davideños.

—Mis palabras no van dirigidas únicamente a los miembros del Partido Acción Renovadora sino a todos los habitantes de esta comunidad amantes de la libertad y de la justicia. Lo que está ocurriendo hoy es una vergüenza que de no corregirse dejará una mancha permanente sobre nuestra provincia y nuestra República. Es necesario que esto lo comprendan las autoridades locales y sus agentes; si nada hacen para remediarlo el pueblo tendrá que actuar.

Al cabo de quince minutos una multitud coreaba los llamados del orador. Andrew concluyó su arenga invitando al pueblo a expresarle al alcalde su inquebrantable decisión de hacer que el gobierno respetara los derechos electorales de la oposición. Cuando el alcalde del distrito, José Batista, partidario incondicional del gobierno, ordenó a la policía disolver la manifestación, había muy pocos agentes y muchos manifestantes.

Las noticias que le llegaron a Clara esa tarde eran alarmantes. Al frente de una poblada, Andrew Thomas acababa de tomar la alcaldía y refuerzos policiales del resto de la provincia convergían hacia David para reprimir la sublevación y restablecer el orden. Tan pronto tuvo conocimiento, Andrew había pedido a sus seguidores retirarse a sus casas para evitar la violencia.

—Hemos logrado lo que nos propusimos. Nuestros conciudadanos de las áreas rurales ya pueden ir a depositar su voto porque la policía ha tenido que

regresar a David. Ahora podemos retirarnos a nuestras casas y mantenernos vigilantes para que los votos se cuenten debidamente.

La ocupación de la alcaldía no había durado siquiera una hora, pero Andrew sabía que lo podían acusar de sublevación y condenarlo a prisión. Preparando de antemano los elementos de su defensa, volvió a enviar sendos telegramas a la Junta de Escrutinios y a Alfredo Espinosa en los que relataba lo ocurrido.

> *En vista de situación imperante en Chiriquí ciudadanos decidimos protestar ante alcalde quien abandonó el puesto Punto En vista de que policías andaban por los campos vecinos reprimiendo partidarios del PAR cuartel David también abandonado Punto Protesto una vez más por atropellos que han motivado la anarquía Punto*
>
> *Andrew Thomas Coma secretario provincial PAR*

Previamente Andrew había enviado un mensaje a Clara informándole de la situación y pidiéndole que se quedara en casa con las niñas. A las siete y media de la noche don Jorge llamó a su hija para comunicarle que se habían llevado a Andrew detenido por orden del alcalde.

Empezaba ya a congregarse una multitud alrededor del cuartel, pero antes de que se agravara más el asunto Andrew convenció al jefe de policía que le permitiera dirigirse a la gente.

—Copartidarios y amigos —los exhortó desde una ventana—, les pido que regresen ya a sus hogares. Mi situación aquí obedece a malentendidos que pronto se aclararán. Se los pido en aras de la tranquilidad de nuestra provincia.

Además de su auténtico deseo de evitar una desgracia, Andrew seguía preparando su posible defensa. En la capital, don Alfredo Espinosa se había encargado en persona de las gestiones para liberar a Andrew. Finalmente, a las nueve de la mañana del día siguiente, llegaba de la capital la orden de poner en libertad al abogado Thomas. No se formularían cargos.

Las elecciones de 1930 fueron ganadas por el gobierno y pese a los atropellos de que había sido víctima su partido, don Alfredo Espinosa reconoció el triunfo de su contricante. “La importancia de los actos realizados en contra de mi partido es poca comparada con la necesidad de que perviva entre los panameños la continuidad de la tradición democrática”, había dicho el candidato del PAR en un gesto de madurez e hidalguía políticas poco acostumbrado en las contiendas electorales.

En Chiriquí, el candidato a diputado por el PAR, Pedro Obaldía, había ganado la curul legislativa por estrecho margen en gran medida gracias a, según expresaría en su discurso de aceptación, “la decidida actuación de Andrew Thomas, secretario provincial de nuestro partido”.

La política y sus secuelas habían logrado sustraer a los Thomas Calero de la placidez de la vida bucólica. Por primera vez sufrieron las consecuencias de la enemistad y la envidia que en una comunidad pequeña y apretada se sentían con más frecuencia e intensidad. Pero seguían siendo más los amigos que los

enemigos y también más los que elogiaban al abogado Thomas que aquellos que lo menospreciaban.

Pasada la contienda electoral, Andrew regresó a su rutina y se dedicó a disfrutar de su casa y de su familia. Don Jorge ya no iba casi al río por las mañanas con la excusa de que ahora tenía su propia ducha con agua corriente, pero Clara y Andrew sabían que los años finalmente le iban restando energías. Su espíritu seguía incólume y disfrutaba mucho a sus nietas, aunque de vez en cuando dejaba ver que anhelaba un nieto casi tanto como Andrew un hijo. Cuando Clara anunció que estaba otra vez encinta, suegro y yerno no pudieron disimular su entusiasmo ante la nueva esperanza de un varón.

Coincidiendo con el nuevo embarazo de Clara, don Pablo Aguilar cayó muy enfermo y ante lo difícil del diagnóstico, Andrew hizo venir de la capital a un especialista que determinó un caso avanzado de cáncer en los huesos.

—Los dolores serán terribles y llegará un momento en que ninguna droga podrá ayudarlo. Tiene escasos tres meses de vida —había pronosticado el galeno.

Mientras duró la enfermedad de don Pablo, Andrew acudió todas las tardes a confortar a su maestro. A pesar de los intensos dolores que le demacraban el rostro, al verlo llegar, don Pablo intentaba una sonrisa que no lograba dibujar. Así, el estoicismo fue la última lección que recibiría Andrew de aquel hombre que tanto y tan positivamente había influido en su vida. La víspera del deceso de don Pablo Aguilar, Clara descubrió unos versos emborronados en el bolsillo de la camisa de Andrew. Como eran los primeros que escribía después de mucho tiempo, surgieron en Clara sentimientos encontrados: alegría, porque a pesar de los últimos sinsabores Andrew volvía a escribir poemas, y dolor por el motivo y la naturaleza de los versos. Los copió en limpio y después de las exequias se los entregó a doña Lucila.

El dolor es el Dios de la existencia,
es la verdad suprema de la vida;
él forma el corazón y la conciencia
y al bien a los espíritus convida.

El dolor es un jugo que la ciencia

del humano saber siempre prodiga
al que sufre paciente la inclemencia
del árido destino que le hostiga.

El hombre que en la vida no ha sentido
el peso del dolor sobre su frente
jamás podrá decir que habrá vivido.

Yo no quiero al amigo indiferente
que no sabe del dolor de haber sufrido,
que no ha bebido de su amarga fuente.

El hijo ausente de los Aguilar llegó a David a tiempo de despedirse de su padre, pero con la excusa de su ingente trabajo había regresado enseguida a Bogotá. Beatriz, que tan pronto enfermó don Pablo regresó de la capital para estar con él, luego de su fallecimiento decidió permanecer en David junto a su madre. Poco a poco se fue acercando a los Thomas y poco a poco cobró un cariño especial por Anabella, la ahijada de su padre, como si quisiera ocupar el lugar que don Pablo había dejado vacante. La niña correspondía al cariño de "la hija de su padrino", a la que al cabo de unos años escogería como madrina de confirmación.

La expectativa del nacimiento de su nuevo hijo mitigó un poco el desasosiego que la muerte de don Pablo había producido en el ánimo de Andrew y el sabor amargo de la experiencia vivida durante el apogeo de la contienda política, cuando por primera vez había visto de cerca la intriga, la envidia y la crueldad de sus semejantes. Por un momento pensó terminar con la actividad política y se lo hizo saber a Clara. Ella lo había mirado largamente para luego decirle que no podía aconsejarlo en un tema sobre el que no era imparcial, ya que su instinto de madre y esposa la obligaría a oponerse a cualquier actividad capaz de causarle desasosiegos. En una de sus periódicas visitas, Andrew decidió tocar el tema con su madre, quien, sin titubear, le respondió con su franqueza acostumbrada:

—Si cada vez que tienes contratiempos vas a renunciar a la actividad que los motiva terminarás como monje cartujo. Todas las interacciones humanas crean conflicto y el secreto del éxito está en saberlos resolver o sobrellevar. Esto es así en el matrimonio, en el trabajo, en todo. La pregunta que tienes que hacerte es si te gusta realmente la política y si lo haces bien.

Después de escuchar a su madre, Andrew le prometió que antes de tomar una decisión lo pensaría un poco más a ver si le volvía el entusiasmo.

Las relaciones de Mercedes con Clara habían mejorado considerablemente con el advenimiento de Anabella y Estela. Andrew procuraba llevarlas con frecuencia a la pequeña finca donde las niñas se divertían con todos los animales de la abuela. Mercedes también había comenzado a visitar, esporádicamente y sin anunciarse, a los Thomas Calero y la primera vez que vio la nueva casa de su hijo quedó verdaderamente entusiasmada con las comodidades modernas que más que asombrarla parecían divertirla. El teléfono, la vitrola, el alambrado eléctrico, el agua corriente, todo para ella era novedoso. "¡Ni siquiera tienen tinajero!", había

exclamado. Era tanto el orgullo que sentía por los progresos de su hijo que no lograba disimularlo: se le notaba en el brillo de los ojos y en el amago más frecuente de una sonrisa.

Por esos días, Sarita había llegado a David para visitar a la familia y conocer a sus sobrinas, y después de una corta estadía había regresado a la capital. En las cartas que enviaba regularmente a su madre le hablaba de un tal señor Douglas, empleado del Departamento Sanitario de la Compañía del Canal, con el que había establecido una muy estrecha amistad.

El capitán Thompson había sido trasladado finalmente a los Estados Unidos y de vez en cuando se recibían cartas de Rachel enviadas desde un pequeño pueblo de California donde estaba ubicada la base militar en la que Freddy prestaba servicio. Aunque Andrew callaba, le parecía que las cartas de su hermana, cada vez menos frecuentes, venían impregnadas de un dejo de tristeza. Mercedes, como siempre, fue la primera en hablar del tema abiertamente.

—Creo que tu hermana no es feliz con su capitán Thompson —le había comentado a Andrew—. En algún momento tendremos que averiguar bien que está ocurriendo y creo que te corresponderá a ti hacerlo.

Andrew respondía que no se preocupara, que él se encargaría, aunque en realidad ignoraba en qué momento ni cómo.

Cuatro

A medida que el embarazo de Clara avanzaba Andrew la hallaba cada día más hermosa. Ella se quejaba porque esta vez se sentía diferente y había aumentado mucho de peso.

—A lo mejor son indicios de que viene el varoncito —comentaba ella.

—Con lo bella que te has puesto, seguro que será otra niña —decía él, fingiendo alegría.

—O un niño muy guapo —insistía Clara.

Durante el octavo mes Clara comenzó a sentirse mal. Le parecía que las contracciones llegaban adelantadas, aunque no estaba realmente segura de que fueran las del alumbramiento. Una noche, cuando faltaban aún tres semanas para la fecha del parto, Clara despertó con dolores muy agudos.

—Creo que llegó la hora, Andrew. Busca a Eufemia —jadeó.

Andrew despertó a don Jorge para que estuviera pendiente de su hija y menos de una hora después estaba de regreso con la comadrona. Los dolores de Clara eran cada vez más intensos y, según ella misma afirmaba, muy diferentes a los que había sentido durante los partos anteriores. Al cabo de un par de horas de labor, la comadrona llevó a Andrew aparte para decirle que el parto se presentaba muy complicado y que sería mejor llamar al médico enseguida.

Andrew, que a duras penas lograba controlar su impotencia y desesperación, fue en busca del doctor Fernández y lo trajo galopando en el quitrín por las calles de David. Luego de un minucioso pero rápido examen de la paciente, el médico informó a Andrew que había que trasladarla urgentemente al hospital para hacerle una cesárea.

Al ver el estado de Clara, don Jorge se había anticipado a llamar por teléfono a doña Eugenia Pasquel para que les prestara su auto y no había terminado de hablar el doctor Fernández con Andrew cuando ya estaba el vehículo esperando frente a la casa de los Thomas. Doña Eugenia había acudido también y daba instrucciones precisas al chofer para que condujera lo más rápido posible pero con mucho cuidado. En el auto partieron rumbo al hospital Clara, el doctor Fernández y Andrew, que sostenía la cabeza de su esposa mientras murmuraba palabras tiernas y procuraba secarle el sudor que ya le empapaba la camisa de dormir.

El doctor Fernández tardó tres horas en salir del salón de operaciones, tres horas durante las cuales Andrew se mantuvo como una estatua frente a la puerta del quirófano sin emitir palabra, salvo algún monosílabo para saludar a los

amigos que, al enterarse de la condición de Clara, habían acudido a acompañarlo. La expresión del doctor Fernández era de preocupación cuando llevó a Andrew aparte.

—Tanto Clara como el niño están fuera de peligro, Andrew. La criatura tenía el cordón umbilical enredado en el cuello e intervinimos justo a tiempo. De la recuperación total de Clara no tengo duda ninguna, aunque me temo que este haya sido su último parto. Al niño habrá que observarlo. No me gusta ser pesimista, pero debo decirle que es posible que haya estado privado de oxígeno durante algunos minutos. Después del alumbramiento tardó en reaccionar y ya estaba azulado cuando lo extrajimos. Ahora parece normal, pero, como ya le dije, habrá que esperar.

—Entonces, es un varón.

—Sí, es un varón y muy grande y hermoso.

—Quisiera estar al lado de mi esposa cuando despierte de la anestesia.

—No hay inconveniente, abogado, pero todavía permanecerá sedada un par de horas.

Andrew trató de mostrarse feliz cuando dio la noticia a quienes lo acompañaban esa madrugada en la sala de espera.

—Es un varoncito muy guapo y se llamará Jorge, como su abuelo materno —había anunciado antes de compartir un gran abrazo con su suegro.

Mientras esperaba a que Clara se recuperara de la anestesia, Andrew salió por unos minutos a respirar aire puro. Se aproximó al gran árbol de caoba que se erguía en el patio del hospital justo cuando el día comenzaba a despuntar y el canto laborioso de los gallos interrumpía por instantes el gorjeo juguetón de los ruiseñores. En la memoria de Andrew fulguraron, brevemente, sus juegos de niño, cuando atrapaba hojas secas y semillas de árboles similares a aquel en el que ahora se reclinaba, reflexivo. "Cómo se va complicando la vida y cómo cambia todo tan de repente. A veces parece que la belleza se afana en vano por permanecer en recuerdos tan hermosos como este instante cuando el trino de los pájaros y el canto de los gallos compiten por anunciar que el sol comienza a iluminar un nuevo día. Pero mientras tenga a Clara a mi lado todo seguirá siendo hermoso". Andrew se apoyó en el tronco, recostó la frente sobre el antebrazo y lloró larga y apaciblemente.

Dos semanas permaneció Clara en el hospital recuperándose de la operación. A los tres días de nacido, el nuevo bebé de los Thomas tuvo una pequeña fiebre eruptiva, de la cual se sobrepuso sin mayores complicaciones. La aparente falta de anticuerpos del recién nacido le pareció extraña al doctor Fernández, quien recomendó a los Thomas que en cuanto fuese posible lo llevaran a la capital y lo hicieran examinar por algún especialista.

Durante las dos semanas que Clara y el niño estuvieron en el hospital, Andrew organizó sus labores de modo que pudiera estar con ellos el mayor tiempo posible. Llegaba al hospital tan pronto cerraban los despachos judiciales en la tarde y allí cenaba, dormía y desayunaba; regresaba al día siguiente a la hora del almuerzo y aún encontraba tiempo para estar con sus hijas, que esperaban con ansias el retorno a casa de su mamá con el nuevo hermanito.

Andrew y Clara observaban con ansiedad el desarrollo y comportamiento del

pequeño Jorge, que parecía un niño normal, aunque a esa edad era mucho más tranquilo que sus hermanas. Luego de recuperarse de la fiebre eruptiva había empezado a ganar peso a un ritmo satisfactorio, pero pese a ello, siguiendo las recomendaciones del doctor Fernández, Andrew hacía planes para llevarlo a la capital. Clara, por su parte, pensaba que lo mejor era continuar observándolo y esperar unos meses.

Un par de semanas después de que Clara y el niño salieron del hospital, Mercedes se había presentado, maleta en mano, en la casa de los Thomas.

—Vengo a cuidar al recién nacido mientras la madre se recupera —dijo, tajante.

Y al observar las miradas de asombro que intercambiaban Andrew y Clara, añadió:

—No se preocupen, que ni siquiera me sentirán.

—Pero ¿su casa y sus animales, mamá? —se atrevió a preguntar Andrew.

—Pierde cuidado, hijo, que dejé todo a buen recaudo en manos de Prudencio y su mujer. Con que me lleves por allá una vez a la semana será suficiente.

Mercedes se instaló en el cuarto del bebé y se dedicó a él por completo. Llevaba su propia rutina aparte, siempre de acuerdo con las necesidades de Jorgito, y ni siquiera aceptaba comer con el resto de la familia. Para Clara y Andrew la presencia de la viuda de Thomas, tan temida en un principio, resultó una bendición. Al cabo de dos meses, mientras Andrew, Clara y don Jorge desayunaban, Mercedes había venido a despedirse tan inesperadamente como había llegado.

—Quiero que sepan que Jorge es un niño sano. Tranquilo y retraído, pero tú eras igual, Andrew… y además también un poco taciturno, como soy yo. Tus hermanas mayores pensaban que eras bobo y ya sabemos que no lo eres. Así es que dejen de preocuparse.

Clara apenas si pudo darle las gracias a su suegra, quien ya subía al quitrín a esperar con impaciencia que Andrew la llevara de regreso a sus animales.

El paso del tiempo trajo consigo la tan esperada construcción de los puentes sobre los ríos chiricanos, acompañada por la apertura de una trocha apta solo para equipo pesado y para carretas tiradas por animales. Poco a poco, gracias a los esfuerzos de las autoridades provinciales, la trocha fue convirtiéndose en un camino carretero hasta que finalmente intervino el gobierno central y una calzada de polvo y piedras unió a la capital chiricana con el resto del país. En el verano de 1933 hizo su entrada en David la primera caravana de automóviles procedentes de la capital. La odisea había tomado más de dos días y de los veinte automóviles que iniciaron el viaje solamente siete lograron llegar, cuyos conductores se convirtieron en heraldos de la necesidad de mejorar la carretera para que el país entero pudiera disfrutar de los productos procedentes de la provincia más fértil del país. Los chiricanos, alentados por la apertura de la vía, mantuvieron la presión sobre el gobierno para que invirtiera lo indispensable a fin de hacerla transitable todo el año. *La Razón*, por supuesto, participaba activamente de la cruzada, que a veces devenía en una verdadera diatriba.

Unos meses antes de que se celebraran las elecciones presidenciales, y anticipando una campaña violenta, el gobierno emitió un decreto exigiendo a los

editores de los periódicos que circulaban en la República una fianza de mil balboas para responder por posibles perjuicios causados con sus publicaciones. La protesta de los diarios, sobre todo los de poca circulación, no se hizo esperar. *La Razón* publicó un vibrante editorial en el que atacaba la medida, no por el monto de la fianza, sino por el hecho de exigirla. "O tenemos libertad de expresión, o no la tenemos. Si aceptamos el precedente, nada impedirá a los futuros gobernantes aumentar la fianza hasta causar la desaparición de los diarios que menos circulan, que por estar al margen de los grandes intereses son los más combativos. *La Razón*, que se fundó para promover la democracia, no aceptará jamás una medida que es la antítesis del sistema democrático. No permaneceremos abiertos ni un día después de que el decreto mordaza entre en vigor y solo volveremos a la brega periodística una vez desaparezca tan nefasta ordenanza".

Y así fue. De nada sirvieron las ofertas de ayuda económica de los amigos y copartidarios chiricanos ni la que hiciera el propio Alfredo Espinosa, en nombre del PAR. "No son los dos mil pesos, es cuestión de principios", sostenía Andrew, que con una gran tristeza y sacrificio económico cumplió su promesa. A don Alfredo envió el siguiente telegrama:

Estimado amigo y copartidario

Ante la actitud antidemocrática del gobierno solo me cabe cumplir con los principios que en buena hora usted concibió para nuestro partido Punto Cotinuaré luchando por esos principios y demás postulados del PAR desde cualquier trinchera en la que se me requiera Punto

Afectísimo

A quien más pareció afectar la desaparición de *La Razón* fue a don Jorge, que gracias principalmente al periódico se mantenía activo. Clara y Andrew trataron de buscarle algo que hacer, pero el abatimiento del anciano parecía estar más relacionado con el peso de los años que con la falta de ocupaciones. Retozar con sus nietos le proporcionaba momentos de auténtica alegría, pero cada vez parecía cansarse con mayor rapidez. Las pocas salidas que aún hacía eran para llevar al pequeño Jorge de paseo al parque. Siempre se refería al niño como "mi amigo y tocayo" y en su presencia su rostro avejentado parecía iluminarse.

Jorgito Thomas Calero seguía siendo un niño muy tranquilo en comparación con otros de su edad. "Pareciera que siempre está pensando", le comentaba Andrew a Clara. Pero cuando algo lo divertía, reía a carcajadas, como cualquier niño. A diferencia de sus hermanas mayores, que habían caminado antes del año, Jorgito demoró catorce meses en dar sus primeros pasos, pero cuando se dispuso a caminar lo hizo con gran seguridad. "Nunca he visto a un niño que a esa edad no se caiga", comentaba Mercedes cuando iba de visita, ahora con mayor frecuencia. Igual ocurriría con el habla. Demoró en decir sus primeras palabras, pero cuando finalmente empezó a hablar su pronunciación era la de un niño mucho mayor. "Habla como un viejito", decía, admirada, Anabella, su hermanita mayor. Con el tiempo, la preocupación que había embargado a los esposos Thomas fue dejando paso al orgullo de que su hijo, aunque parecía hacer las cosas un poco más tarde y más parsimoniosamente, siempre terminaba haciéndolas mejor y con mayor seguridad que otros infantes de su edad.

Mercedes no disimulaba su preferencia por el nieto varón. Cada vez que llegaba de visita reclamaba que hacía tiempo no le llevaban por allá a Jorgito, aunque lo cierto era que Andrew procuraba llevarle a sus tres nietos todas las semanas. Tanto las niñas como el pequeño disfrutaban mucho en la finca de la abuela, pero el único que prestaba atención a sus explicaciones y conversaba con ella sobre las vacas, las cabras y las gallinas era el más pequeño, gesto que llenaba de satisfacción a la abuela.

De Rachel y Freddy hacía tiempo que los Thomas nada sabían. Cuando las últimas cartas de la familia fueron devueltas por no poder localizar al destinatario, Andrew escribió al comandante de la base en la que Freddy prestaba servicio. La respuesta llegó tres meses después: el capitán Fred Thompson había sido dado de baja hacía ya más de un año por problemas disciplinarios y no se conocía su paradero porque no había indicado ninguna dirección a la que se le pudiera remitir la correspondencia.

Cuando se recibieron las noticias de Rachel, Sarita se encontraba en David, donde había llegado para que su familia conociera a Malcom Douglas, con quien acababa de contraer matrimonio. El señor Douglas, como le llamaba Sarita, era un hombre sosegado que seguía a su mujer como un corderito. Ella se había colocado como maestra de español en una de las escuelas del área canalera y parecía estar muy feliz con su nuevo esposo y con su trabajo. Al enterarse de las desventuras de Rachel, sugirió esperar un tiempo prudencial al cabo del cual, si no se recibían noticias de la hermana, haría publicar un aviso en todos los diarios

del estado de California pidiéndole que se comunicara con su familia.

Las elecciones de 1934 fueron ganadas por los partidos del gobierno por un margen muy estrecho. El PAR, sin embargo, en alianza con otras agrupaciones políticas más pequeñas, obtuvo la mayoría absoluta en la Asamblea Legislativa, situación que pondría a prueba la frágil democracia de la joven república. Don Alfredo Espinosa, en un gesto de auténtico estadista, ofreció al órgano ejecutivo una colaboración irrestricta en lo relacionado con el Canal de Panamá y las relaciones con los Estados Unidos. Presionado por las circunstancias y la opinión pública, el gobierno hubo de aceptar la oferta del PAR garantizando así la celebración de un nuevo pacto canalero. Pero tan pronto se produjo la ratificación del órgano legislativo, las pasiones políticas volvieron a desbordarse y una verdadera anarquía se entronizó en el país.

En uno de sus frecuentes viajes a la capital chiricana, don Alfredo Espinosa expresó a Andrew su gran preocupación por el futuro de la democracia. "Me temo, amigo Thomas, que si las cosas siguen como van no llegaremos a las próximas elecciones bajo un sistema democrático. Los ánimos están exacerbados y ya hay algunos civiles que complotan con la policía para tomar el poder por la fuerza. Lo peor es que dentro del gobierno no hay nadie que parezca entender la gravedad del problema. En cualquier caso, tenemos que luchar para que haya elecciones porque no cabe duda de que ahora nadie podría arrebatarnos el triunfo".

Andrew había seguido activo en el PAR, pero sin cifrar grandes esperanzas en los resultados. Si bien la politiquería le acarreaba cada vez mayores decepciones y contrariedades, mantenía una fe ciega en Alfredo Espinosa, único líder capaz de salvar y perfeccionar la democracia.

La práctica profesional del abogado Thomas se había consolidado en la provincia. A él acudían los que tenían problemas muy graves o muy difíciles de solucionar porque se sabía que de alguna manera Andrew Thomas litigaría hasta el triunfo o hasta cansar a su oponente, obligándolo a un arreglo satisfactorio para sus clientes. Aunque Clara solía quejarse de la falta de diligencia de Andrew en el cobro de sus honorarios, su situación económica era holgada. "Ojalá cobraras lo que te adeudan con el mismo empeño con el que defiendes los intereses de tus clientes", solía reclamarle. "No te preocupes, Clarita, que aunque demoren un poco a la larga todos pagan", respondía Andrew, muy tranquilo.

Las niñas Thomas crecían alegres y hermosas. Anabella tocaba el piano con gran dedicación bajo la atenta mirada del profesor Müller, un músico alemán a quien la primera gran guerra había obligado a emigrar de su patria y radicarse finalmente en David. Estela, que siempre quería hacer algo diferente, había optado por el violín, instrumento que comenzaba a dominar, pero al cual no se dedicaba con igual disciplina que Anabella al piano. Quienes pasaban por la calle 3a frecuentemente se detenían a escuchar las notas musicales que escapaban por la ventana de la casa de los Thomas.

El pequeño Jorge seguía tan sosegado y sereno como siempre, aunque en el barrio no había quien le ganara subiéndose a un árbol o atrapando cigarras. A Andrew le divertían las contradicciones de su hijo: lo observaba amarrarse con mucho cuidado y muy despacio las zapatillas antes de salir disparado para

encaramarse en un santiamén en alguna rama del árbol de mango que crecía en el patio de la casa. Era experto en descubrir los primeros mangos maduros, fruta predilecta de Clara, a quien enseguida se los obsequiaba.

Don Jorge y su tocayo formaban una pareja muy especial. El anciano, que parecía guardar sus pocas energías para gastarlas con el nieto, había adquirido la costumbre de llevarlo todas las tardes al parque donde se sentaba a contemplar los juegos de Jorgito con sus amigos. Además, el nieto era el encargado de despertar a don Jorge cada mañana para ir a desayunar con Clara y Andrew.

Una mañana de enero, cuando ya el verano había hecho a los davideños olvidar los rigores del invierno, Jorgito llegó solo a la mesa del desayuno.

—El abuelo no se quiere despertar —dijo mientras se sentaba.

Andrew y Clara se precipitaron hacia el cuarto de don Jorge, que permanecía inmóvil en el lecho. En su rostro se dibujaba una expresión de paz y felicidad, como si la muerte lo hubiera sorprendido en medio de un hermoso sueño. Jorge Calero, a pesar de tantas penurias, había podido decir adiós a la vida con una sonrisa en los labios. A la misa de difuntos concurrió casi todo el pueblo, humildes y encopetados, viejos y jóvenes, ganaderos y comerciantes. Cada uno guardaba algún recuerdo grato de aquel hombre que solamente había sabido decir palabras amables.

Mientras caminaba detrás del féretro hacia el cementerio, Clara se fue poblando de recuerdos. Veía a su padre en La Esmeralda, enseñándole el origen del azúcar; hablándole con dulzura a su madre sobre cómo hacerle frente al destino; recorriendo, erguido y sonriente, los paisajes boqueteños de su niñez; sentado en el portal de su casucha de David, siempre leyendo o escribiendo; chapoteando como un niño en medio del Charco del Caballo; regresando del parque, cansado pero sonriente, de la mano de su pequeño tocayo. Realmente su progenitor le había dejado la mejor de todas las herencias: recuerdos hermosos y permanentes.

Cinco

Andrew sintió profundamente la muerte de su suegro, el segundo ser querido que se le iba en los últimos cinco años, y se prometió cuidar más a su madre. Mercedes, sin embargo, no acusaba el paso del tiempo. La vida misantrópica que llevaba, rodeada de sus animales, parecía consumirse más lentamente que la de aquellos que más socializaban. Solamente en ocasiones muy especiales accedía a salir de su casa y muchas veces transcurrían varias semanas sin que la viuda de Thomas traspasara los límites de su pequeña finca. Casi no tenía amigos que la visitaran, pero su aparente indiferencia desaparecía cuando llegaban Andrew, Clara y sus nietos. De Sarita recibía una carta todos los meses y en la última insistía en que viniera a visitarla. "El señor Douglas y yo vivimos en la base militar de Margarita, justo a la entrada del Canal por el lado atlántico. Tenemos una casa muy cómoda donde guardamos un cuarto para ti. Anímate que a lo mejor te sienta bien un cambio de ambiente". Mercedes había respondido que quizás más adelante se decidiría a hacer el viaje.

De Rachel habían recibido finalmente una breve carta en la que informaba que estaban bien pero que no les enviaba una dirección para que le escribieran porque desde hacía ya casi un año ella y su marido no tenían domicilio fijo. "A Freddy le ha sido muy difícil conseguir empleo después de que dejó el ejército. Cuando estemos establecidos en un sitio fijo enviaré la dirección para que puedan escribirme".

—Por lo menos está viva —había dicho Mercedes.

—Pareciera que le da pena que nos comuniquemos con ella; debe ser muy infeliz —le había comentado después Andrew a Clara.

La familia Thomas Calero ocupaba un lugar prominente dentro de la comunidad chiricana. A diferencia de lo que ocurría en la capital, donde los apellidos de estirpe eran todavía indispensables para ubicarse en los estratos más altos de la sociedad, en provincias, y sobre todo en Chiriquí, con su gran afluencia de inmigrantes, la laboriosidad y el buen éxito desplazaban al abolengo en la estimación general de los paisanos. Aparte de ser el abogado más connotado de la provincia, y de sus logros periodísticos y políticos, Andrew había sido cofundador del Club Social, del Club de Leones de David, de la Asociación de Abogados Capítulo de Chiriquí, y de varias otras asociaciones y cooperativas de beneficencia. Clara, por su parte, aunque no había vuelto a ejercer de maestra, conservaba aún la membresía del Magisterio Provincial y participaba en todas las reuniones de sus antiguos compañeros de enseñanza.

La existencia de la familia se desenvolvía dentro de la inevitable apacibilidad provinciana. Anabella y Estela eran alumnas destacadas en la escuela de las madres franciscanas de David, y Jorge obtenía excelentes calificaciones en la de los padres paulinos. A pesar de depender enteramente de los ingresos que aportaba el trabajo diario de Andrew, a los Thomas nada les hacía falta. En muy contadas ocasiones salían a divertirse con amigos porque preferían pasar las noches en casa leyendo o escuchando música, ya fuera de la vitrola o del piano de Anabella. Para entonces Estela había renunciado al violín y comenzaba a interesarse en el canto. Durante el verano organizaban excursiones los fines de semana a los ríos cercanos, salvo en el mes de marzo cuando la familia se trasladaba a Boquete. Andrew alquilaba la casa de algún amigo e instalaba allá a su mujer y a sus hijos mientras él trabajaba en David durante la semana para subir a Boquete la tarde del viernes. A lo largo de su estadía, Clara procuraba pasar con sor Rafaela el mayor tiempo posible. A veces su antigua maestra se dejaba convencer y pasaba algunos días con ella y los niños, aunque siempre insistía en volver al claustro el fin de semana. "Tu marido viene cansado de trabajar y quiere estar a solas contigo", sentenciaba, ante las protestas de Clara.

Durante las largas y apacibles conversaciones que mantenía con su antigua alumna, sor Rafaela le confiaba la incertidumbre que la vejez traía consigo.

—Parece que mientras más me voy acercando a mi encuentro definitivo con el Creador, mayores son mis dudas en cuanto a si regreso a mi pueblo natal en Italia y a lo que resta de mi familia, o me quedo esperando aquí, entre estas montañas, donde tan feliz he sido. Es, tal vez, el precio o la recompensa de no tener a nadie que lleve nuestra sangre.

Si bien evocaba nostalgias, en las palabras de la anciana no había siquiera un asomo de amargura.

El desarrollo acelerado de los medios de transporte y comunicación fueron acercando la provincia chiricana a la capital. Se abrieron líneas terrestres que paulatinamente terminaron por reemplazar a la navegación y, siguiendo los pasos de Sam Jones, algunos pilotos panameños se aventuraban a llevar pasajeros regularmente entre la capital y David, dando inicio a las primeras empresas de transporte aéreo. Los chiricanos, que veían reducirse las distancias y desaparecer las fronteras naturales que ofrecían sus ríos y montañas, optaron, tal vez sin darse cuenta, por mantener cerrado el círculo en el que solamente penetraban aquellos a quienes les permitían convivir con ellos. De su aislamiento natural pasaron a uno impuesto por decisión propia y el regionalismo de la provincia, lejos de disminuir, se acentuó. Tan cerrado era el círculo que también se les dificultaba a los chiricanos salir de él. Existía en ellos una vocación de permanencia, un apego al terruño que se imponía como algo espontáneo. Los pocos que tomaban la decisión de traspasar aquella barrera siempre regresaban a su provincia, aunque fuera de visita.

Tal como vaticinara Alfredo Espinosa, la situación política en el país se había hecho insostenible. Los diputados hablaban de destituir al presidente de la República sometiéndolo a un juicio por usurpación de funciones. El primer mandatario, por su parte, intentaba gobernar prescindiendo de la asamblea; el órgano judicial se veía abocado constantemente a actuar como árbitro entre uno y

otro y el país no caminaba.

Se aproximaba la fecha de las nuevas elecciones y en Europa se iniciaban las primeras acciones que llevarían al mundo a la segunda gran guerra. Los norteamericanos, que anticipaban la necesidad de nuevas áreas para defender el Canal ante cualquier eventualidad, mostraban su inquietud y decepción porque no encontraban un interlocutor en el gobierno panameño con quien llegar a acuerdos para la defensa militar del Canal. Finalmente, como el gobierno parecía incapaz siquiera de convocar a elecciones, algunos militares, aupados por civiles, decidieron dar un golpe de Estado. El PAR se opuso rotundamente a colaborar con el gobierno golpista y los propios norteamericanos, al cabo de un tiempo, llegaron a la conclusión de que el nuevo régimen carecía del apoyo popular indispensable para perpetuarse en el poder. La guerra avanzaba en Europa y los norteamericanos veían cada vez más cerca la necesidad de participar.

Menos de dos años después el régimen de facto se vio forzado, por la falta de recursos económicos y la presión norteamericana, a convocar a una asamblea constituyente integrada por todos los partidos, bajo el mando de tres panameños notables encargados de retornar al país al cauce constitucional. La jefatura del triunvirato se le ofreció a Alfredo Espinosa, el político de mayor prestigio en la República. En un memorable discurso a sus copartidarios y a la conciudadanía, el jefe del PAR declinó el cargo, pero instó a su partido a aceptar participar en el esfuerzo restaurador de la democracia. En el triunvirato, en lugar de Alfredo Espinosa, quedó el doctor Ernesto Méndez. Al PAR se le otorgaron también cuatro de los nueve cargos en el gabinete.

Andrew seguía con gran interés los acontecimientos políticos que estremecían la capital y convulsionaban a la nación. Aunque había renunciado al cargo de secretario provincial del partido, continuaba siendo una de las figuras más importantes del PAR en Chiriquí y mantenía una comunicación epistolar frecuente con don Alfredo, a quien le interesaba consultar con el abogado Thomas algunos problemas puntuales. Aquella tarde, cuando se preparaba para concluir una nueva jornada de trabajo, no le extrañó recibir un telegrama de don Alfredo. Lo que sí le causó un gran sobresalto fue el contenido del mensaje.

Distinguido amigo Punto

El PAR me ha autorizado para ofrecerle uno de los cuatro cargos ministeriales que corresponden al partido en el gobierno provisional constituyente Punto Aunque sé que le pido un gran sacrificio le suplico aceptar la Secretaría de Educación Punto Tendrá libertad absoluta en su gestión Punto Le ruego responder por esta misma vía dentro de las próximas cuarenta y ocho horas Punto

Afectísimo

Esa tarde Andrew llegó a su casa más temprano de lo acostumbrado pues no quería siquiera empezar a pensar en la respuesta a don Alfredo sin antes consultarlo con su mujer. En silencio le entregó el telegrama y esperó su reacción. Clara lo leyó y para sorpresa de Andrew, soltó una exclamación de alegría y lo encerró en un fuerte y prolongado abrazo.

—No es una decisión fácil, Clara, no es una decisión nada fácil —rezongó Andrew.

—Ya lo sé, mi amor, pero es una gran oportunidad que te has ganado con tu trabajo y lealtad. Antes que nada, tenemos que convenir en que si aceptas nos vamos todos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto que estoy de acuerdo, aunque eso lo haría más difícil todavía. Debemos pensar que se trataría de un desplazamiento definitivo y ni siquiera sé lo que gana un secretario de Educación ni cuánto más alto es el costo de la vida en la capital. Habría que buscar casa y un nuevo colegio para Jorge y las niñas. Y, después, cuando deje la secretaría, que no sé si será dentro de un mes, un año o los dos que permanecerá este gobierno de transición, tendría que empezar a trabajar partiendo de cero. No, Clara, el asunto es complicado.

—Por otro lado, Andrew, es una coyuntura ideal para salir de David. Aunque aquí nos va muy bien, debemos pensar en el futuro de nuestros hijos, y en el tuyo propio, que todavía tienes mucho por delante. No hay duda de que las grandes oportunidades están en la capital donde a ti ya te conocen, así es que no será realmente empezar de cero.

—Veo que ya tienes un criterio formado —musitó Andrew, algo amoscado.

—No, no lo tengo. Solo quiero ayudarte a tomar la mejor decisión. Te mentiría si no te dijera que desde hace tiempo presentía que no estaba lejano el día en el que nos enfrentaríamos a esta encrucijada.

Andrew se levantó, dio unos pasos por la sala y se detuvo, cabizbajo.

—El otro problema es que no podemos dejar a mi madre aquí, con su finca y sus animales.

—Entonces, habla con ella. He aprendido en estos años que mi suegra es una mujer de pocas palabras, pero muy sensata.

Camino a casa de su madre Andrew experimentó, por primera vez en muchos años, una sensación de impotencia, parecida a la que lo asaltó el primer día que se había enfrentado solo al ejercicio de su profesión. Era indudable que Clara estaba decidida a dejar la provincia. Pensó un momento, con tristeza, en el cariño, entusiasmo y esfuerzo que habían puesto en la construcción de su casa, en la que apenas habían vivido diez años. Enseguida descartó el pensamiento y se dijo que las cosas materiales no podían determinar su destino y el de su familia.

Andrew llegó a casa de Mercedes poco antes de la puesta del sol y como de costumbre la encontró sentada frente a la ventana que se abría al patio trasero y a los celajes. Sobre el brazo de la silla comía de su mano el pollo Cocinero y en el respaldar meditaba la lora Petunia. Andrew trajo una silla, se sentó junto a su madre y mientras se ponía el sol habló trivialidades. Cuando oscureció, Mercedes fue a buscar una guaricha y preguntó antes de volver a sentarse:

—¿Qué te trae por aquí a esta hora? Estoy segura de que no has venido a preguntar por mi salud.

—Acabo de recibir un telegrama de la capital en el que me ofrecen ser secretario de Educación —dijo Andrew sin rodeos—. Quiero saber qué piensa usted, mamá.

—¿Por qué importa tanto lo que piense una vieja?

—Porque esa vieja, como usted dice, es mi madre y tendría que venir conmigo a vivir a Panamá.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Mercedes, sin titubear.

Como tantas otras veces, su madre había vuelto a sorprenderlo.

—Pero ¿y su finca, y sus animales?

—Ya te he dicho, hijo, que son etapas. Aberystwyth, Barranquilla, La Ladera, David y ahora Panamá, la capital. El viento siempre empuja las velas abiertas y aún no es tiempo de que tú las recojas.

—Entonces, ¿vendría con nosotros a Panamá?

—Me iré con ustedes, Andrew. Tú tienes que aceptar el cargo. Lo único que te pido es que me dejes vivir aparte. Una casita junto al mar, donde pueda caminar por la playa y recoger conchas. Es lo que hacía con tu padre frente al mar de Aberystwyth las pocas veces que no estaba de viaje.

Por un efímero instante, Andrew advirtió una extraña ternura en el rostro de su madre.

—En cuanto a mis animales —prosiguió ella— me entretuvieron mucho durante estos años, pero estoy un poco cansada y ellos lo saben.

Esa noche cuando Andrew regresó a su casa la decisión estaba tomada. A don Alfredo le pediría un plazo prudencial para arreglar sus asuntos.

A mediados de marzo de 1940, los Thomas dejaron David. Doña Eugenia Pasquel, muy anciana pero aún activa, quedó a cargo de alquilar la casa. Los litigios de Andrew fueron repartidos entre varios colegas y en el Club Social se organizó un ágape para despedir al futuro secretario de Educación. Mercedes no tuvo dificultad alguna en vender la finquita y sus animales favoritos los obsequió a Prudencio, el vaquero que desde los tiempos de La Ladera la ayudaba a cuidarlos. Solo el pollo Cocinero y la lora Petunia hicieron con ella el trayecto a la capital.

Para el viaje don Alfredo Espinosa había puesto a la disposición de los Thomas dos automóviles con chofer. En uno viajaban Andrew, Clara y Jorge y en el de atrás seguían Mercedes, Anabella y Estela, que todavía lloraban a ratos recordando a sus compañeros de escuela y a algún noviecito que quedaba con el corazón destrozado.

Dieciséis horas tomaría el viaje, entre la polvareda y el golpeteo de las piedras que saltaban debajo del automóvil. En cuatro ocasiones fue necesario detenerse, tres de ellas para cambiar reventones y otra a reparar una perforación en el tanque de la gasolina. Todo era nuevo para aquella familia chiricana que muy rara vez había estado a bordo de un automóvil. Andrew quedó especialmente sorprendido al ver que para reparar el tanque de la gasolina el chofer había utilizado un trozo de jabón. “Con esto aguantará hasta Panamá”, había asegurado. Y así fue.

A pesar del polvo y las piedras, el camino era hermoso. Para evitar el cruce de

la sierra, la carretera bordeaba la costa del océano Pacífico antes de llegar a las provincias centrales, en cuyas interminables planicies abundaban el ganado y la caña de azúcar. Finalmente llegaron a la orilla del Canal, que era lo que todos anhelaban, no solo por el interés de ver pasar algún barco, sino, más que nada, porque significaba que después de haber recorrido quinientos sesenta kilómetros estaban a solo ocho de la capital, y lo que faltaba del camino sería sobre una carretera de cemento construida por los norteamericanos. Para pasar la vía acuática los carros subieron a un ferry que navegaba sin descanso entre las dos márgenes. Como ya era de noche fue poco lo que pudieron ver los Thomas del Canal.

Seis

Más de veinte años habían transcurrido desde la última vez que Clara visitara la capital y los cambios la impresionaron tremendamente. Las nuevas construcciones surgían por todas partes y la ciudad parecía haberse escapado de su antiguo redil para esparcirse por las afueras. Los automóviles habían sustituido por completo al coche y al caballo, y aunque el tranvía todavía hacía su recorrido habitual, parecía moverse con mayor dificultad.

La casa arrendada por los Thomas se hallaba ubicada en la calle 46 de uno de los nuevos barrios, a escasos cien metros de la bahía de Panamá. Constaba de dos pisos, con cuatro recámaras, una de las cuales ocupó la abuela Mercedes temporalmente, como ella misma repetía a cada rato. Andrew y Clara trataron de convencerla de que se quedara con ellos, pero ella insistía en que, para bien de todos, era mejor que viviera sola. No habían terminado de instalarse cuando ya la viuda de Thomas iniciaba la búsqueda de un lugar donde vivir, preferiblemente a orillas del mar. Las niñas, desarraigadas y temerosas en un principio, pronto hicieron amistades en el barrio y en la escuela, y no transcurriría mucho tiempo cuando ya sus pequeñas raíces empezaban a hincarse en tierra nueva.

Jorgito quedó encantado con la proximidad del mar. Justo al final de la calle 46 desembarcaban el ganado procedente del interior que todas las semanas llegaba en grandes barcazas para ser sacrificado en algún matadero de la capital. Jorge no se perdía el desembarco de las bestias, que a unos cien metros de la playa eran lanzadas al agua. Instintivamente nadaban hacia la orilla, donde vaqueros de a pie las esperaban para enlazarlas y subirlas a los camiones que las transportarían a su último y fatal destino. Muchas veces alguna se escapaba y entonces se armaba la corredera por las calles. Al grito de "toro suelto", los vecinos se apresuraban a encerrarse en sus casas a esperar que los improvisados vaqueros recuperaran al prófugo. Jorge gozaba del espectáculo a la prudente distancia que le proporcionaba alguna rama del árbol más cercano a aquel a cuyo tronco amarraban al iluso animal antes de llevarlo al camión donde esperaban sus compañeros de infortunio.

Un mes después de iniciada la búsqueda, Mercedes anunció que había encontrado la vivienda que sería su hogar en la capital. Se trataba de una casa de madera, pintada de verde, próxima a la playa de San Francisco de la Caleta, que constaba de una planta baja y un altillo desde el cual se divisaba el mar. La viuda de Thomas la compró al contado con ahorros que guardaba desde siempre y ella misma se encargó de hacerla pintar y de arreglarla con su tradicional sencillez.

Allí quedó instalada dos semanas después de la compra, con sus bártulos, su pollo Cocinero y su lora Petunia que, siguiendo el ejemplo de la dueña, ya casi no hablaba.

Durante los meses siguientes a su arribo a la capital, Andrew tuvo poco tiempo para los suyos. El desempeño del cargo de secretario de Educación exigía de él más atención que la práctica de la profesión en provincias. Y es que, además de las labores propias de la secretaría, Andrew estaba preparando una ley general con la que pretendía, entre otras cosas, dar estabilidad a los maestros y profesores, además de duplicarles el salario. La presentación de dicha ley al gabinete sería la prueba de fuego del joven político.

Clara, por su parte, se encargó del hogar y de la escuela de los muchachos. Estaba decidida a tener casa propia lo más pronto que fuera posible, y con ese propósito se paseaba frecuentemente por los barrios aledaños y cuando alguna le gustaba, comentaba con Andrew las posibilidades de comprarla. Así ocurrió con una recién terminada de construir, ubicada en la calle 38, a ocho cuadras de donde ahora vivían, que le había encantado desde la primera vez que la vio.

—Podemos ir allá cualquiera de estas tardes. Queda muy cerca de aquí y apenas nos tomaría media hora ir y volver caminando.

Andrew escuchaba con paciencia a Clara y le prometía que irían a verla todos juntos el siguiente domingo, pero pasaron varias semanas sin que las múltiples actividades de Andrew le permitieran complacer a su esposa. En el fondo, él no le daba mayor importancia al asunto, aparte de que no disponía del capital necesario para adquirir casa propia. A menos, por supuesto, que se decidieran a vender la casa de David, pero ninguno de los esposos Thomas quería considerarlo siquiera. Doña Eugenia acababa de enviarles el primer cheque del alquiler, que venía a aliviar la economía de los Thomas, bastante menos holgada en la capital que en provincias. Una tarde, Clara vio con tristeza que de la casa de la calle 38 habían removido el letrero de "Se vende" y ya no volvió a hablarle del tema a su atareado marido.

El proyecto de Ley de Educación provocó una gran polémica dentro del gabinete ministerial, que trascendió a la prensa y encontró eco en la opinión pública. Entre críticas y elogios, se mencionaba a menudo al secretario de Educación y en poco tiempo el nombre de Andrew Thomas era reconocido en la capital: algunos lo recordaban como el abogado de provincias que había tenido un par de casos importantes, pero la gran mayoría lo conocía ahora por su actividad al frente de la Secretaría de Educación.

Dentro del gobierno la preocupación más grande era balancear el presupuesto del Estado.

—No podemos justificar, de ninguna manera, duplicar el sueldo a los educadores —afirmaba en las reuniones del Consejo de Gabinete Everardo Arosemena, secretario de Hacienda.

—La única forma de que los países progresen es con una educación sólida. Con la miseria que se les paga jamás tendremos buenos educadores —le respondía Andrew.

Los maestros y profesores realizaban manifestaciones públicas protestando por los bajos salarios y amenazaban con ir a una huelga. Dentro de las filas del

gobierno había quienes no ocultaban su animadversión hacia el secretario Thomas por los nuevos problemas que en tan breve lapso tenía que afrontar el régimen provisional recién instalado. Pero Alfredo Espinosa dio su total respaldo al proyecto, al igual que el doctor Méndez, que ejercía la mayor influencia dentro del triunvirato gobernante. Los secretarios designados por el PAR, y muy especialmente el de Relaciones Exteriores, también apoyaron el proyecto educativo que, luego de tres semanas de intensas deliberaciones, fue aprobado por el pleno del gobierno. Se trataba, según los medios de información, de un triunfo personal del abogado chiricano Andrew Thomas, secretario de Educación, y de una victoria política para el PAR que, con el apoyo de los maestros, se fortalecía más de cara a los próximos comicios. La satisfacción de Andrew cuando entregó a los educadores la copia de la nueva ley quedaría empañada por los sinsabores, las intrigas y acusaciones que tan de cerca lo habían rozado esta vez.

—Aunque debería sentirme feliz, lo que siento en realidad es un gran vacío —le había comentado a Clara.

De todos los colegas del gabinete, Alonso López, secretario de Relaciones Exteriores, era con el que Andrew había establecido una relación más estrecha. Abogado también, pero dedicado por entero a la política desde hacía muchos años, el licenciado López había acogido a su colega chiricano con simpatía desde la primera vez que se sentaron juntos en el gabinete. Lo había guiado rápidamente a través de los vericuetos de la política criolla, enseñándole todo aquello que un secretario debe conocer para actuar con total acierto. Además, él y su esposa Berta se habían impuesto la misión de dar a conocer a los Thomas en los círculos sociales de la capital. Pero cuando Andrew quiso agradecerle el apoyo que desde un principio había brindado al proyecto de ley educativa, López había sonreído antes de confiarle sin tapujos:

—Mi querido Andrew, a mí, como secretario de Relaciones Exteriores me conviene enormemente poder ufanarme ante todos los embajadores extranjeros de que el país que represento es de los pocos de América que tienen un presupuesto mayor para educación que para seguridad pública y policía. Por si no te has dado cuenta, esa ha sido justamente la consecuencia inmediata de la nueva ley. Y después del reciente golpe de Estado es muy importante poder pregonar, tanto interna como externamente, que les hemos disminuido el presupuesto a los policías para aumentárselo a los maestros. Este, y no otro, es el valor político de tu ley.

—Tal vez tenga razón López —comentaría Andrew esa noche a Clara—, aunque yo nunca lo hubiera enfocado de esa manera. Para mí lo primero eran los maestros y la educación y no las consecuencias políticas. En esto de la política tengo mucho que aprender.

—No sé, Andrew, creo que a veces preferiría que en esto de la política te quedaras analfabeto —respondía Clara, más en broma que en serio.

Andrew reía de las ocurrencias de Clara pero en el fondo sabía que había mucho de verdad en sus sarcasmos. “Quizás para ser político hay que nacer político”, pensaba.

Transcurridos los primeros seis meses de su traslado a la capital, ya los Thomas parecían habituados a sus nuevas circunstancias. Habían sido bien recibidos en la

comunidad, las niñas estaban contentas en su escuela, también de monjas franciscanas, y Jorge era un alumno excelente en el colegio de los hermanos de La Salle. Sarita venía regularmente de Colón a ver a su hermano y a su madre, en compañía del señor Douglas quien, escudado tras su mal español, dejaba a Sarita hablar siempre por él. Mercedes parecía a gusto en su casa cerca del mar. Había adquirido un enorme baúl que poco a poco iba llenando con las conchas y pequeños caracoles que recogía todos los días en sus interminables paseos por la playa.

Para Clara era evidente que Andrew extrañaba la práctica de su profesión, si bien no había querido atender a ninguno de sus antiguos clientes y en las pocas ocasiones que daba alguna opinión legal no cobraba por ello. Rehusaba incluso participar en aquellos asuntos suyos que habían quedado en trámite al aceptar la secretaría. Vivían de los emolumentos que Andrew recibía como secretario, que no obstante ser inferiores al ingreso que le proporcionara el ejercicio de la abogacía, la cantidad fija le permitía a Clara presupuestar con mayor precisión y certeza los gastos familiares.

A mediados del mes de octubre se anunció en el gabinete que estaba listo para ser considerado el proyecto de reformas a la carta magna que posteriormente debía someterse a la aprobación de la Asamblea Constituyente. El doctor Ernesto Méndez, representante del PAR en el triunvirato que gobernaba, hizo una sinopsis de las reformas y luego distribuyó sendas copias entre los secretarios. Andrew se sorprendió de la premura y el sigilo con que había sido elaborado el proyecto y fue el primero en hacer uso de la palabra:

—Señores miembros del Ejecutivo, colegas secretarios. Yo sabía que se preparaba un proyecto de reformas constitucionales, pero me ha sorprendido enterarme hoy de que ya está listo para ser considerado por el gabinete. En lo personal me hubiera gustado participar en su redacción, especialmente en lo que concierne a la educación. ¿Hay algún motivo, desconocido por mí, para que se haya procedido con tanta rapidez y reserva?

Los miembros del gabinete intercambiaron miradas antes de que el doctor Méndez respondiera:

—Señor secretario Thomas, no hay prisa alguna y precisamente para actuar sin apuros es que queremos que el gabinete considere el asunto con tiempo suficiente. Aunque falta año y medio para las elecciones, el tiempo vuela y como usted bien sabe nosotros tenemos asuntos de gobierno que atender diariamente.

—Perdone que insista, doctor Méndez, pero la elaboración de las reformas constitucionales es una de las funciones prioritarias de nuestro gobierno, en particular de este consejo. Vuelvo a manifestar mi estupor frente al hecho cumplido, pues siempre creí que ese proyecto se elaboraría en el seno del gabinete.

La tensión iba en aumento y ninguno de los demás secretarios ni miembros del triunvirato parecía tener la intención de participar en la discusión.

—Señor secretario de Educación: le aseguro que no hay ningún hecho cumplido. Precisamente las reformas están ahora ante ustedes, para que las revisen, las aprueben o las imprueben.

—Permítame, doctor Méndez, y perdone mi insistencia sobre un tema que

considero de vital importancia para la armonía de este cuerpo colegiado. Es obvio que podemos sugerir modificaciones al proyecto que hoy nos han entregado. Pero ya la filosofía y el concepto global que animarán el espíritu de la nueva constitución están vertidos aquí y nosotros no hemos participado en su elaboración, al menos no el consejo en pleno. Puedo preguntar ¿quién o quiénes redactaron el proyecto?

—El proyecto fue preparado por mí, por el secretario de Hacienda y el secretario de Relaciones Exteriores. Francamente, pensé que era asunto sabido, aunque debo reconocer que nunca se habló formalmente en el pleno. Tal vez usted estaba demasiado inmerso en las reformas educativas y por eso no se percató de lo que ocurría.

El tono de Ernesto Méndez había sido cortante y el ambiente era cada vez más cargado. Andrew pensó en la disciplina del partido y decidió poner fin a la discusión.

—Doctor Méndez, no pongo en tela de duda su gran capacidad y la de los colegas que elaboraron el proyecto. Propongo que se nos permita estudiarlo para empezar a considerarlo en la reunión de la próxima semana.

—¿Estamos de acuerdo todos? —preguntó el doctor Méndez con un tono de alivio que se reflejaba igualmente en el rostro del resto de los miembros del consejo.

Esa misma noche, Andrew Thomas leyó por primera vez las reformas propuestas. Se seguía de cerca la técnica constitucional moderna, impuesta por la Constitución de Querétaro. Sin embargo, en el preámbulo se declaraba que la religión católica era la única reconocida y dentro del capítulo dedicado a la educación se incluía su enseñanza en las escuelas públicas. Este tema, que sin duda satisfaría a gran parte de la población, iba en contra de la declaración de principios del PAR, que proclamaba la libertad de cultos. Hizo una anotación y siguió leyendo. Al llegar al capítulo relativo a los ministros de Estado, título que remplazaría al de secretarios de Estado, el corazón le dio un vuelco. Para ocupar el cargo se exigía, como requisito *sine qua non*, ser panameño por nacimiento. El tema había sido objeto de bromas con anterioridad en el gabinete, donde el único que no era panameño por nacimiento era Andrew. Siempre se había considerado que solo para ser elegido presidente de la República se excluiría a los panameños por adopción, de modo que Andrew sintió que la nueva norma iba dirigida contra él y lamentó profundamente que los autores fueran sus propios copartidarios y amigos. Esa noche evitó contarle a Clara sus preocupaciones.

La mañana del siguiente domingo Andrew visitó a don Alfredo Espinosa, quien de salida le manifestó que ya estaba enterado de la discusión surgida en el pleno del gabinete.

—Creo que el asunto es un malentendido, amigo Thomas. Le garantizo que la opinión de todos será tomada muy en cuenta.

—No lo dudo, don Alfredo. Pero en el proyecto hay dos cosas fundamentales que me extrañan sobremanera y ambas tienen que ver con el cargo que desempeño. La primera es que se pretende introducir la religión católica en las escuelas públicas y, aparte de que contraviene la doctrina del PAR, ya se imagina usted la controversia que provocaría. A mí nada se me consultó al respecto. La

segunda es que se ha incluido ser panameño por nacimiento como requisito para ocupar el cargo de secretario de Estado. Y del actual gabinete soy el único que no lo es.

El rostro afable de don Alfredo se había enseriado profundamente.

—Lo primero no me extraña, Andrew. Hay dentro del partido una corriente muy influida por la Iglesia. Ya la vencimos una vez y la volveremos a vencer antes de que la sangre llegue al río. En cuanto a los requisitos para ser secretario, estoy tan sorprendido y contrariado como usted. Le garantizo que me ocuparé personalmente de que eliminen semejante absurdo.

—El caso es, don Alfredo, que ya la han incluido, el proyecto ha circulado y lo han hecho mis propios copartidarios y amigos.

—Mire, Andrew, en la política se ve de todo. Por supuesto que dentro del seno de los partidos hay maniobras e intrigas que debemos identificar, resolver o sobrellevar. No quisiera que usted reaccionara precipitadamente.

—Ahora mismo no sé qué decirle, don Alfredo. Puede estar seguro, sin embargo, de que antes de actuar ponderaré muy bien la decisión que debo tomar. Le pido que comprenda que mi situación dentro del gabinete al discutirse esa reforma será, por decir lo menos, incómoda.

—Yo puedo lograr que esa reforma se elimine antes de que el gabinete la discuta —enfatizó don Alfredo.

—Pero el daño estaría hecho, ya que todos los secretarios tienen el proyecto y han visto el mensaje que se me envía.

—¿Que le envía quién, Andrew?

La expresión de don Alfredo se había ensombrecido aún más.

—Realmente no lo sé, pero lo voy a averiguar. Sobre todo, por qué lo han hecho.

De regreso a casa, Andrew le pidió a Clara que lo acompañara a pasear por la bahía. Después de contarle lo ocurrido durante la última sesión del gabinete hasta su entrevista con don Alfredo, Andrew quiso saber la opinión de su mujer.

—Es obvio que te han hecho una mala jugada. Ahora tienes que decidir cómo la contrarrestas.

—No sé si la quiero contrarrestar, Clara. Yo no sirvo para intrigas y jugarretas políticas. Ni siquiera entiendo por qué lo han hecho, aunque me imagino que todos los que elaboraron y presentaron el proyecto deben estar de acuerdo. Yo, que creía que había empezado a aprender algo de política, me doy cuenta de que, como siempre, tú tenías razón. Sigo siendo analfabeto en esa materia.

—Pero entonces, ¿qué vas a hacer?

—Mañana presentaré mi renuncia al cargo y volveré a ser lo que realmente quiero y me gusta ser: un simple abogado.

—¿Significa que nos regresamos a David?

En la pregunta de Clara se advertía a la vez angustia y resignación.

—No. Ya llegamos aquí y las oportunidades son ilimitadas. Con tu apoyo estoy seguro de que todo irá bien. Será cuestión de amarrarnos el cinturón por un tiempo.

—Tengo ahorrado lo necesario para que nada nos falte durante dos meses —respondió Clara, aliviada y feliz—. Así es que manos a la obra.

—Y yo ya tengo vista una oficina muy cerca del edificio de la Corte Suprema. Créeme que me siento como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

Los esposos Thomas se abrazaron atrayendo las miradas curiosas de quienes aquella tarde caminaban por el paseo de la bahía. Cuando se separaron Clara volvió a encontrar en el rostro de Andrew aquella expresión diáfana y alegre que creía perdida para siempre.

Antes de las nueve de la mañana del lunes se recibía en la Secretaría de la Presidencia la renuncia irrevocable del secretario de Educación y al medio día Andrew se había despedido de sus colaboradores y limpiado el despacho de sus pertenencias. La secretaria privada, Irene Ramírez, también renunció y lo mismo quiso hacer el subsecretario, Mario Aguirre, pero Andrew lo convenció de que permaneciera en la secretaría, al menos por un tiempo, para darle continuidad a su gestión.

—¿Pero por qué se va, secretario, tan de repente? —había preguntado el subsecretario.

—Aquí entre usted y yo, amigo Aguirre, la verdadera y única razón es porque he descubierto que no me agrada la política.

A don Alfredo le envió la siguiente misiva:

Estimado presidente:

Adjunto copia de la renuncia irrevocable que en el día de hoy he enviado al gobierno. A pesar de que la motivación fundamental de mi decisión ha sido el convencimiento de que la actividad política no llena mis aspiraciones básicas de hombre y de ciudadano, deseo, con su venia, permanecer en el partido para contribuir, en la forma que me sea dable, a que llegue usted a la Presidencia de la República, que es el mejor destino que puedo augurar para nuestra querida nación.

Affmo.,
A. Thomas

Alguna conmoción causó en los predios de la política la intempestiva renuncia del fogoso secretario que ocupaba la cartera de Educación. Andrew, sin embargo, se había propuesto evitar que el asunto trascendiera más de lo usual y rehusó hacer declaraciones a la prensa. En un lacónico comunicado enviado a *La Estrella de Panamá* informó que había renunciado por razones enteramente personales y que regresaría al ejercicio de su profesión.

Cuando dos semanas después abrió las puertas de su oficina, ya había tres clientes esperándolo en la antesala. Irene Ramírez había aceptado ser su secretaria, aunque empezaría con un salario inferior al que percibía en la Secretaría de Educación. En un comienzo Andrew decidió prescindir de mensajero para llevar él mismo sus escritos a los juzgados y tribunales y de esta manera ir conociendo a los jueces y secretarios. Al cabo de tres meses, con los malabares de Clara y el trabajo intenso de Andrew, los Thomas habían vuelto a emparejar sus gastos con sus ingresos.

Siete

Andrew esperó un mes antes de invitar a almorzar a su amigo el secretario de Relaciones Exteriores Alonso López. Le mortificaba no saber por qué sus compañeros en el gabinete y en el partido habían procedido tan arteramente contra él al elaborar y presentar el proyecto de reformas a la constitución. Después de un breve intercambio de cortesías y de ordenar el almuerzo, Andrew fue directo al grano.

—Mira, Alonso, aunque, como sabes, he decidido dejar la política quisiera saber qué los movió, a ti y otros compañeros del gabinete y del partido, a presentar en el proyecto de reformas a la constitución aquello de que para ser ministro de Estado era necesario tener la nacionalidad panameña por nacimiento. Por la amistad que nos une, eres a la única persona a la que me atrevo a acudir en busca de una explicación, pero, si prefieres no hablar del tema, lo olvidamos y continuamos como si nada hubiera pasado.

Antes de responder, Alonso López se quedó mirando a Andrew con una expresión entre divertida y curiosa.

—Mi querido amigo, en verdad resultaste menos político de lo que ninguno de nosotros se imaginó. Confío sinceramente en que lo que voy a decirte no vaya a interponerse en nuestra amistad, que, créeme, yo valoro mucho —Alonso hizo una pausa, se aproximó más a Andrew y bajó el tono de voz—. La política, estimado amigo, es una lucha continua por el poder, no solo para llegar al gobierno sino también a la cúpula de los partidos políticos, que son los vehículos a través de los cuales se llega a controlar el Estado. Los animales políticos, como soy yo y lo es también nuestro líder, Alfredo Espinosa, todos los días de Dios respiramos política, desde que abrimos los ojos por la mañana hasta que los cerramos por la noche… y aun después soñamos con política. Lo que ocurrió con las reformas no fue dirigido contra Andrew Thomas personalmente sino contra un secretario del gabinete que estaba adquiriendo mucha fuerza y demasiado rápido, en especial dentro del partido. Había que desacelerar un poco tu ascenso, bajarte del pedestal en que te estabas colocando y ponerte a discutir sobre cosas mundanas. Todos sabíamos que a la larga esa reforma no iba para ningún lado; de hecho ya fue eliminada del proyecto. Pero queríamos que te desgastaras un poco luchando por combatirla. Nunca se nos ocurrió que adoptarías una actitud tan radical como renunciar al cargo. Como suele ocurrir, nos equivocamos contigo y la consecuencia del error es que tú has hecho mutis en el panorama político, al menos por ahora, y nosotros hemos sufrido un bajón ante los ojos de Alfredo

Espinosa y los demás líderes del partido. Yo ya estoy trabajando para volver a revaluar mis acciones, pero tú, sin proponértelo siquiera, paradójicamente, has aumentado tu valor ante los ojos del líder del PAR, quien sin duda será el próximo presidente que elegirán los panameños. Debo confesarte que al principio llegué a pensar que se trataba de una jugada magistral de tu parte preparándote de cara al próximo gobierno, hasta que me di cuenta de que, verdaderamente, prefieres ser abogado antes que político. Te pronostico, sin embargo, que tan pronto Alfredo Espinosa llegue a ocupar la presidencia del país, volverá a buscarte y entonces tendrás nuevamente que decidir entre la política y tu carrera.

A pesar de que las palabras de Alonso López reflejaban una dualidad de valores para él inaceptable, Andrew no pudo dejar de apreciar la sinceridad con la que se había expresado.

—No sabes lo mucho que te agradezco el que me hables tan claro, Alonso. Aunque no puedo estar de acuerdo con mucho de lo que has dicho, debo aceptar que en efecto no alcanzo a comprender la política y creo que jamás volveré a participar activamente en ella. En realidad, no pienso que la decisión que tomé tiene que ver solo con la política y mi carrera. Hay mucho más. Lo que está sobre el tapete, aunque a veces no caigamos en cuenta, es el hogar y la vida familiar. He aquí el verdadero meollo de la cuestión. Sin pretender criticar a nadie, no creo que una dedicación total a la política sea compatible con una vida familiar plena.

—Te entiendo muy bien, abogado Thomas. Es cuestión de prioridades y de qué camino escogemos para ser felices.

Después de aquel almuerzo, Andrew Thomas y Alonso López continuaron siendo amigos, pero ambos sabían que era más lo que los separaba que lo que los unía. Don Alfredo Espinosa, por su parte, había respetado la decisión de Andrew y le había agradecido que su discreta salida del gobierno no hubiera tenido mayores repercusiones para el PAR. No resultó extraño, entonces, que a raíz del alejamiento de Andrew de la política se produjera un mayor acercamiento entre los Espinosa y los Thomas, ni que a pesar de la diferencia de edades —la pareja de la capital era veinte años mayor que la de Chiriquí— surgiera entre ellos una verdadera amistad. Con frecuencia los Thomas eran invitados a pasar los domingos en la casa campestre de don Alfredo y doña Gertrudis en las afueras y si bien la política seguía estando presente, no era el tema principal de las conversaciones en esas placenteras veladas domingueras. Se hablaba de literatura, de música, de ganadería, de la urgente necesidad de desarrollar el campo y de otros muchos temas en cuya importancia coincidían Andrew y don Alfredo. Además, el político mostraba siempre interés por la actividad profesional del abogado y con frecuencia le enviaba clientes importantes contribuyendo a estrechar aún más los lazos de amistad que los unían.

Fue durante una de aquellas tardes de domingo que Clara mencionó su interés en mudarse a una casa propia. Don Alfredo le informó enseguida que su primo, Enrique Díaz, que se trasladaba al exterior en compañía de toda su familia, estaba vendiendo su casa, adquirida hacía menos de un año.

—Queda muy cerca de donde ustedes viven ahora; no la conozco, pero entiendo que es una muy buena casa.

—Lo que ocurre, don Alfredo —intervino Andrew—, es que ahora mismo no

contamos con los fondos necesarios para comprar una casa. Le he pedido a Clara que nos demos un tiempito.

—Te aseguro, Andrew, que conseguir un préstamo no será difícil para ti. Creo que Enrique, con tal de vender rápido, aceptaría una hipoteca. Deja que Gertrudis lleve mañana a Clara a ver la casa y si le gusta, yo mismo le hablo a mi primo.

Enorme fue la sorpresa y alegría de Clara cuando vio que se trataba de la misma casa de la calle 38 que tanto le había gustado. Ella misma, con la ayuda y complicidad de doña Gertrudis, se encargó de hacer los arreglos y cuando Andrew quiso protestar ya todo estaba listo para firmar la escritura. Tal como anticipara don Alfredo, Enrique Díaz había accedido a darle crédito a los Thomas a cambio de una hipoteca. El precio había sido de 18 mil balboas, del cual habían abonado el treinta por ciento, y aunque algún sacrificio habría que hacer hasta pagar el resto, la felicidad de Clara lo compensaba con creces.

En menos de un mes completaron la mudanza. Los nuevos vecinos los acogieron con mucha simpatía y el día que hubo que cargar muebles allí estaban de voluntarios los Herrera, que vivían en frente; los De la Guardia, que vivían dos casas más allá; los De León, que ocupaban la casa de la esquina, y los Pino, que eran los vecinos de al lado. Anabella y Estela quedaron encantadas con el barrio en el que también vivían varias de sus compañeras de María Inmaculada, colegio que distaba menos de tres cuadras de la nueva casa. Jorge hizo amistad instantánea con los vecinitos de su edad, que no perdieron tiempo en llevarlo a conocer las atracciones del barrio: la gran roca de la Avenida Cuba, en la que a veces se armaban guerras de piedra con pandillas de otros barrios; el edificio de apartamentos de la calle 37, donde durante los chaparrones se formaban unos chorros descomunales, ideales para bañarse en el aguacero; la casa de la loca de la esquina, que cuando la molestaban se asomaba al balcón para rociar a los niños con agua caliente; la tiendecita del señor Cárdenas, que cuando estaba de buen humor se hacía de la vista gorda y dejaba a los niños salir con pastillas que nadie pagaba, y, finalmente, el enorme árbol de mango en la esquina de la calle 39, que cada mes de agosto daba frutos de calidad, al que solo eran capaces de encaramarse los negritos que a veces pasaban por allí. Más tarde Jorge se convertiría en un verdadero héroe al demostrar que él podía trepar al árbol tan bien o mejor que cualquiera. Para compensar todo aquello, Jorge llevó a su nueva pandilla para ver desembarcar los toros en la bahía con la esperanza de que alguno se escapara y se formara la corredera.

Apenas estuvieron instalados en su nuevo hogar, el próximo proyecto de Clara fue comprar un automóvil y así se lo hizo saber a Andrew.

—No puedes seguir yendo a la oficina en taxi, que a veces son difíciles de conseguir.

—Entonces me iré en autobús o a pie porque lo que soy yo, carro sí que no compro. Prefiero un quitrín.

En las palabras de Andrew había un dejo de nostalgia que Clara advirtió enseguida.

—Probablemente en David también están desapareciendo los quitrines, los coches y los caballos, Andrew. El progreso es inevitable.

Al final, Clara aceptaría dejar la compra del automóvil para cuando Anabella estuviera en edad de aprender a manejar.

La política había seguido su curso y para las próximas elecciones se daba como un hecho que Alfredo Espinosa, candidato del PAR, sería electo presidente de la República por una abrumadora mayoría. Andrew se había mantenido al margen de la política, pero de vez en cuando don Alfredo le hacía insinuaciones que lo hacían pensar en qué respondería si se le llamaba otra vez a formar parte del gobierno.

—No creo que Alfredo hable en serio —decía Clara—. Él sabe muy bien que tú estás ahora consolidando tu práctica profesional y que te haría un daño muy grande si te lleva de nuevo a la política.

—Los políticos piensan diferente, Clara, y si don Alfredo me llama para lo que sea, no sabría cómo negarme.

Faltando tres meses para las elecciones, el candidato del PAR inició su última gira por el interior del país donde la acogida más entusiasta y numerosa se la dieron los chiricanos. En David, el parque y todas las calles circunvecinas se encontraban desbordadas de gente cuando, entre vítores y aplausos, Alfredo Espinosa subió al quiosco a pronunciar su discurso. Cuando al fin logró imponer silencio, visiblemente conmovido, comenzó:

—Mis queridos compatriotas: la gran emoción que siento ante la presencia de ustedes en esta plaza es solo comparable con el afán que me mueve a poner todas mis energías al servicio de nuestro país…

Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar el candidato que con un gesto de dolor se llevó las manos al pecho y cayó desmayado. Nadie se explicaba lo ocurrido y la confusión reinante demoró el traslado del enfermo, quien al llegar al hospital ya había fallecido víctima de un fulminante ataque cardíaco.

El impacto de la muerte de Alfredo Espinosa fue devastador para el país entero; para Andrew fue definitivo. “La pérdida que ha sufrido nuestra nación”, escribió en *La Estrella de Panamá*, “es irreversible y de incalculables consecuencias. Sin Alfredo Espinosa la política pasará a ser algo pequeño y mezquino, pues él se llevó consigo todo lo grande que en ella había”.

Dos días después de las honras fúnebres, Andrew Thomas renunció al PAR y nunca más quiso saber de política. Sobre su escritorio el retrato de don Alfredo seguiría sonriéndole siempre.

En menos de dos años los Thomas Calero se habían integrado a los modos y costumbres de la capital. Salían poco de noche porque Clara y Andrew, siguiendo los hábitos adquiridos en David al inicio del matrimonio, preferían quedarse en casa leyendo un buen libro o escuchando música. Su grupo de amigos era reducido y cuando invitaban a algunos a cenar, sus hijas los deleitaban con interpretaciones musicales: Anabella acompañaba con el piano a Estela, que después de abandonar el violín había desarrollado una hermosa voz de mezzosoprano.

Cuando Jorge oía que sus hermanas hacían música dejaba cualquier cosa, aun el juego con sus amigos, para ir a escucharlas. Se sentaba en el suelo al lado del piano y no se levantaba hasta que no terminaran. Clara aprovechaba para recordarle que, desde muy pequeño, a la hora de dormir prefería los cantos de

Estela a los cuentos que ella o su padre le leían y le insinuaba que también aprendiera a tocar algún instrumento. Sin embargo, Jorgito invariablemente respondía: "Alguien tiene que escuchar y aplaudir".

Felipe Alba, que todavía construía carreteras y puentes en el interior del país, seguía siendo el mejor amigo de los Thomas, pero las pocas veces que lo veían era siempre sin la compañía de su esposa, que solía pasar largas temporadas en los Estados Unidos. Felipe no disimulaba sus problemas matrimoniales y con frecuencia se mofaba de ellos. "La gran ventaja —decía— es que nuestras peleas son bilingües: yo increpo a Margaret en español y ella me insulta en inglés".

Analida Herrera continuaba en Inglaterra, llenándose de hijos, según le contaba a Clara en sus cartas. Ya iba por el quinto y aún le faltaban tres para completar la meta impuesta por su marido. "Con tanto embarazo me ha resultado imposible viajar a Panamá —escribía—. Algún día, que espero sea más temprano que tarde, llegaré con mis ocho inglesitos para que conozcan a la tía Clara". Transcurrirían todavía muchos años antes de que las amigas volvieran a encontrarse.

Andrew ganaba ya lo suficiente para permitirle a su familia disfrutar de algunos placeres sencillos. Clara, que se encargaba de manejar las finanzas del hogar, ahorraba siempre que podía, hábito al que obedecía que muchas veces los hermanos Thomas se vieran privados de algunas cosas y diversiones de las que disfrutaban sus amigos.

Mercedes envejecía en su casita verde, donde continuaba sus interminables paseos por la playa que ya le habían permitido comenzar a llenar de conchas un segundo baúl. Quienes más la visitaban eran Sarita y el señor Douglas, que se sentaba frente a la ventana trasera para contemplar el océano, mientras Sarita intentaba extraer palabras a su inmutable madre. Para entonces la lora Petunia había dejado de hablar del todo.

De Rachel se sabía muy poco. Al acercarse la Navidad llegaba una tarjeta firmada por ella y por Freddy. No se quejaba de nada, pero la dejadez con que escribía permitía entrever que no era feliz y que con el paso del tiempo había olvidado la ortografía que con tanto esmero le inculcara Sarita. Andrew le enviaba regularmente algo de dinero insistiéndole en que se trasladara a Panamá, que él costearía el viaje, pero Rachel respondía siempre que las ocupaciones de Freddy no le permitían viajar.

Sarita había ido ascendiendo paulatinamente en su trabajo y ahora ocupaba el cargo de directora en una de las escuelas norteamericanas del lado atlántico del Canal. Aunque estaba empeñada en trasladarse al sector pacífico, aún no conseguía una posición equivalente a la que disfrutaba allá.

En David, doña Eugenia Pasquel había fallecido tras una breve pero grave enfermedad. Los Thomas acudieron al sepelio, del que Clara tuvo que regresar enseguida mientras que Andrew, designado por doña Eugenia como único albacea testamentario, se vio obligado a permanecer en David por una semana. Allá reanudó viejas amistades, no sin advertir, con profunda nostalgia, que la relación ya nunca sería igual. Vivir y trabajar en la capital le había ido cambiando el enfoque y la perspectiva desde la cual se perciben y evalúan los acontecimientos del diario vivir y un velo, imperceptible pero real, se interponía ahora entre el

abogado Thomas y sus antiguos compañeros chiricanos, quizás el mismo que desde hacía unos años acallara a su musa.

Un mes después de la muerte de Eugenia Pasquel, sor Rafaela, con la que Clara se escribía regularmente, había anunciado su visita. Fue recibida con gran alegría por Clara y Andrew y con mucha curiosidad por Anabella, Estela y Jorge, quienes finalmente conocerían a la legendaria monja franciscana de la que tanto hablaba mamá.

Sor Rafaela se movía más lentamente, pero su rostro seguía tan fresco y risueño como siempre. Luego de recordar viejos tiempos, sor Rafaela le confió a su antigua alumna que venía a despedirse.

—De pronto —dijo— me he sentido presa de una soledad y nostalgia hasta ahora desconocidas y creo que Nuestro Señor me está diciendo que regrese a pasar los últimos días a mi pueblo, con mi familia. Pasado mañana salgo rumbo a Trento.

Dos días más tarde, Clara y Andrew acompañaron a sor Rafaela al barco que la llevaría de vuelta a Italia. Antes de embarcarse los ojos de la monja se humedecieron y mientras se abrazaban por última vez dijo a Clara con voz que era apenas un susurro:

—Extrañaré la escuela y a mis alumnos; extrañaré a la gente, las montañas y el paisaje de mi querido Boquete, pero, sobre todo, te extrañaré a ti, mi querida Clara, que me has permitido ser a la vez madre y sierva del Señor.

Clara quiso responderle que también sor Rafaela había sido para ella la madre que casi no había tenido, pero el llanto le impidió hablar. Al subir a la pasarela la monja se dio la vuelta y con su invariable sonrisa agitó la mano mientras decía:

—Adiós, adiós. No dejen de escribirme.

Abrazados y con lágrimas en los ojos, los esposos Thomas la contemplaron desaparecer lentamente en las entrañas del barco.

Ocho

En su última visita a David para atender el funeral de doña Eugenia Pasquel, Andrew y Clara se habían encontrado en la iglesia con Emilio Escobar y su esposa Teresa, y acordaron almorzar juntos para ponerse al día. En el restaurante, entre plato y plato, con elocuencia campesina, Emilio contó el final de la historia de Alberto, el tío montaraz de Clara.

Hacía algo más de dos años su padre había despertado de madrugada a su mujer para decirle que tan pronto saliera el sol se iría por un par de días a dar una última vuelta por las montañas que tanto había recorrido en busca de nuevos horizontes. De nada sirvieron los ruegos de Mireille recordándole que ya no estaba en edad de aventuras. De aquella última andanza no regresaría nunca y las expediciones organizadas para dar con él habían resultado infructuosas. Pero su madre nunca perdió la esperanza de que regresaría algún día y haciendo caso omiso a las súplicas de sus hijos, decidió esperarlo allá arriba, entre sus cabras y faisanes. Ella aseguraba que a Alberto se lo había tragado el paisaje y que algún día regresaría caminando sobre un arcoíris.

Mientras lo escuchaban, Andrew y Clara intercambiaban miradas de asombro ante lo poético de la narración de Emilio.

—Poco tiempo después murió también mi madre y los hijos decidimos vender la propiedad y coger cada uno su rumbo. Yo adquirí una finca en las faldas del Barú, muy cerca de la Mata del Francés. Allí tengo unas cuantas cabezas de ganado y una lechería que da lo suficiente para que podamos vivir bien y criar a nuestros tres hijos al ritmo de la naturaleza.

—¿Qué edad tienen ellos? —preguntó Clara.

—Alex, el mayor, va a cumplir doce. Las niñas tienen ocho y seis.

—El varón nuestro, que es el menor, también va a cumplir doce —dijo Andrew.

—¿Por qué no nos lo mandan para las vacaciones? —propuso Teresa—. Prometemos cuidarlo bien y Alex tendrá compañía.

—Gracias, prima —dijo Andrew—. Le preguntamos tan pronto regresemos a la capital. Estamos seguros de que querrá venir; les avisaremos con tiempo.

Tan pronto terminaron las clases, Jorgito recordó a su padre la promesa que le habían hecho de llevarlo a la finca de sus primos Escobar si se graduaba de sexto grado con buenas notas.

—Como saqué el segundo puesto me lo merezco —había insistido—. Además, hace mucho tiempo que no vamos a Chiriquí y cuando nos vinimos

ustedes prometieron que volveríamos pronto.

—No solamente te llevaré a Chiriquí, sino que iremos en avión —le aseguró Andrew.

Jorgito saltó de alegría para abrazar a su padre.

A mediados de enero Andrew y Jorgito aterrizaron en el recién inaugurado aeropuerto de David. Durante el viaje el hijo había escuchado, asombrado, las aventuras vividas por su padre en el aeroplano de Crazy Sam, cuando todavía en Chiriquí no había siquiera una pista de aterrizaje. De David, padre e hijo se trasladaron en el motor hasta la parada de la Mata del Francés, donde los esperaba el tío Emilio con un par de caballos ensillados. El camino hasta El Guayabo, que era el nombre con el que desde tiempos inmemoriales se conocía la finca adquirida por los Escobar Dumond, tomaba una buena media hora a caballo, no tanto por la distancia, que era de apenas cinco kilómetros, sino porque había que atravesar tres quebradas. Las dos primeras ya estaban casi secas por el verano, pero la última, que distaba de la casa menos de cien metros, era mucho más profunda y llevaba bastante agua.

—En el invierno —contaba Emilio—, estas quebradas echan unas crecientes tremendas y entonces no hay hombre ni animal que se atreva con la corriente. En octubre del año pasado nos quedamos todo el mes sin poder bajar a David a buscar provisiones.

Jorge iba fascinado con el caballo, con los riachuelos y con los cuentos del tío Emilio.

La casa de El Guayabo era modesta pero tan acogedora como Teresa y los tres niños que, al ver a los jinetes, se habían precipitado a abrir el portón. Hacía varios días que se preparaban para la visita de aquel primo de su padre, abogado que ahora vivía en la capital y hasta secretario de Educación había sido.

La vivienda no tenía luz eléctrica, ni servicio sanitario ni agua corriente. El agua la sacaban de un pozo de brocal; para ir al excusado de hueco había que salir de la casa y recorrer unos veinte metros, y cuando caía la noche se alumbraban con velas o con guarichas. Todas aquellas novedades fascinaban a Jorge y le traían a Andrew recuerdos que terminaron por despertar nuevamente en él el deseo de volver a escribir versos.

La visita que se había iniciado un viernes estaba programada para terminar el domingo, cuando Andrew y Jorgito tomarían el motor de la tarde para abordar el lunes temprano el avión de regreso a Panamá. La noche del sábado, después de cenar, Emilio había comentado a Andrew:

—Jorgito está feliz aquí y se ha hermanado con Alex, que es de su misma edad. Hace un rato nos pidió permiso a su madre y a mí para que el primo se quede más tiempo.

—Es cierto que nunca había visto a Jorge tan contento, pero realmente no vinimos preparados para quedarnos más de un par de días. No tiene ropa ni permiso de Clara, que es capaz de mandarme de vuelta si regreso sin su benjamín.

Esa noche, acostado en la hamaca del portal, Andrew daba vueltas en su mente a unos versos cuando sigilosamente se aparecieron Jorge y Alex.

—Tío Andrew, vengo a pedirle que deje a Jorge aquí un tiempecito. Ya mi mamá nos dio permiso —dijo Alex, esperanzado.

—Sí, Alex, pero, como le dije a tu papá, la mamá de Jorge no se lo ha dado y él vino preparado para quedarse solamente un par de días.

—Yo le puedo prestar ropa, tío Andrew. Él y yo somos coteja.

"Coteja", ¡cuánto tiempo tenía Andrew de no oír esa palabra!

—Te prometo que en mi próximo viaje, que será dentro de un mes, lo traigo de nuevo y lo dejo por más tiempo.

—Dentro de un mes ya no habrá charcos para bañarnos en la quebrada, ni tampoco cocuyos, ni guayabas pintonas, ni vacas recién paridas para tomar leche acabadita de ordeñar.

El que había hablado era Jorge y Andrew sintió una profunda emoción al oír a su pequeño hablar de aquellas cosas que tanto habían llenado su propia infancia. Sin pensarlo más, exclamó:

—¡Está bien, Jorge se puede quedar! Pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntaron los niños al mismo tiempo y con igual entusiasmo.

—Que cuando empiecen a caerse las hojas secas, cada uno apañe por lo menos cien.

Sin que Andrew lo supiera, el diálogo que acababa de sostener con Alex y Jorgito lo había seguido con atención el resto de la familia detrás de la ventana que daba de la sala al portal y cuando el permiso estuvo asegurado estallaron risas, vivas y aplausos.

Al cabo de un mes Andrew regresaba a David para atender un litigio relacionado con la herencia de doña Eugenia Pasquel. El fin de semana lo pasaría en El Guayabo para recoger a Jorgito y llevarlo de vuelta a Panamá. Clara, que no había estado muy de acuerdo con la quedada de su pequeño en Chiriquí, hizo que Andrew le prometiera solemnemente que esta vez sí lo traería de regreso.

Los que en esta ocasión esperaban el motor en la parada de la Mata del Francés eran Alex y Jorgito, en sendas cabalgaduras. El caballo ensillado para su padre lo sostenía de la rienda Jorge, que en el camino hacia la casa hizo un despliegue de las habilidades adquiridas durante su estadía en El Guayabo. Andrew sonreía al verlo bajar y subir por la pendiente de las quebradas con igual destreza que su primo Alex y tuvo que reconocer que ciertamente se había convertido en un excelente jinete. Cuando descendieron de las cabalgaduras a Andrew le pareció que Jorgito estaba más alto y espigado. Había adquirido, además, un hermoso color de trigo que lo hacía verse más saludable y apuesto.

Esa misma noche Andrew le comunicó a su hijo la inapelable orden de Clara de llevarlo de regreso a la capital. En respuesta, Jorge le entregó un cartucho.

—Para que vea que cumplimos la condición que nos puso a Alex y a mí —dijo.

Al abrirlo, Andrew encontró cientos de hojas secas y semillas de caobo.

—Cerquita de aquí hay una mata donde los árboles están empezando a botar hojas. Si quiere vamos mañana a apañarlas para que vea que no las recogimos del suelo.

Andrew miró con ternura el rostro prematuramente serio de su hijo.

—Quiero que sepas que yo siempre creeré todo lo que me digas. Sería muy infeliz si pensara que me mientes. En cuanto a apañar hojas, despiértame mañana temprano y vamos juntos.

La mañana del día siguiente fue testigo de la competencia de Andrew y los dos niños por ver quién atrapaba más hojas. “No sé si será que el viento norte sopla más fuerte aquí que en La Ladera, o que ya mis piernas no se mueven tan rápido”, pensaba Andrew mientras caía irremisiblemente vencido por la increíble agilidad de los pequeños. Los recuerdos lo seguían invadiendo sin cesar.

Era tal la felicidad de Jorgito y tan estrechos los lazos que había establecido con Alex y los Escobar, que del propio Andrew salió la idea de que se quedara un mes más.

—La próxima vez —dijo— vengo con tu madre porque yo no soy lo suficientemente fuerte para llevarte de aquí.

Mientras esperaba el motor de la tarde en la Mata del Francés, Andrew se sentó junto a los niños a contemplar el volcán de sus verdes años. “Es el único que no ha cambiado”, pensó.

—Niños, ¿no les parece imponente esa montaña? —preguntó.

—Sí, papá. Alex y yo hemos prometido que algún día la escalaremos.

Durante el resto de sus años escolares, Jorgito Thomas pasaría sus vacaciones de verano en El Guayabo en compañía de sus primos Escobar. Mientras en la capital sus compañeros aprendían a jugar al golf y se iniciaban en la vida social, el menor de los Thomas Calero arriaba ganado, ordeñaba vacas y atrapaba cocuyos, cigarras y hojas secas. A los quince años, seis menos de la edad que tenía su padre al hacerlo, había ascendido al volcán Barú.

Después de graduarse del colegio de las monjas, las hermanas Thomas se habían ido a estudiar a los Estados Unidos. Si la partida de Anabella había entristecido el hogar de los Thomas, la de Estela al año siguiente los dejó a todos desolados. Como suele suceder, la prolongada ausencia de Anabella y Estela, que no regresarían a Panamá hasta culminar sus estudios, motivó que los lazos de Jorge con sus padres se estrecharan más. Obedeciendo a un impulso natural, empezó a jugar con el piano y al cabo de un tiempo ya tocaba, sin saber leer música, las piezas que solía escuchar a sus hermanas. Andrew y Clara lo oían entusiasmados y lo animaban para que tomara lecciones, pero Jorge se conformaba con ir descubriendo por sí mismo los secretos del ritmo y la armonía.

Una tarde, más temprano de lo acostumbrado, Andrew regresó de la oficina y le dijo a Clara que tenía algo importante que consultarle.

—¿Pasó algo? —preguntó Clara, alarmada por el gesto de preocupación de Andrew.

—No, nada, pero tengo que tomar una decisión importante y quiero saber qué piensas tú —Andrew titubeó antes de continuar—. Hace una hora me llamó el presidente de la República y me ofreció el cargo de embajador especial ante las Naciones Unidas para formar parte de la comisión que tendrá que estudiar y definir el problema de Palestina. Prometí darle una respuesta antes de mañana al mediodía.

—¡Es un gran honor! —exclamó, aliviada, Clara—. ¿Por qué te preocupa?

—Porque tendría que viajar a Nueva York y no sé cuánto tiempo estaría ausente. Estuve investigando y el asunto puede ir por lo largo.

—Supongo que el ofrecimiento del presidente está relacionado con tu defensa del pueblo judío desde que estábamos en Chiriquí. Recuerdo que en *La Razón*

publicaste varios editoriales defendiendo siempre la causa de Israel.

—Sin duda, Clara. Y la colonia israelí aquí, algunos de cuyos miembros son clientes de la oficina, debe haber recomendado mi nombre. El asunto es qué hacer con el despacho. No puedo abandonar a mi clientela de un día para otro, en parte por el deber que tengo para con ellos y en parte también porque es nuestra única fuente de ingresos. Ni siquiera le pregunté al presidente cuáles serían mis emolumentos.

—¿Y la asociación con el licenciado Valdés que tenías en mente?

—Está muy adelantada y es la única posibilidad que veo para poder aceptar el cargo. Me pregunto si podrá encargarse de mis asuntos el tiempo que demore mi estadía en Nueva York.

—¿Ya hablaste con él?

—No; quería hablar contigo primero.

—Andrew, esta es una oportunidad que no puedes rechazar. Tenemos ahorros que, en caso de necesidad, podemos utilizar. Habla con el licenciado Valdés y dile que sí al presidente.

Andrew concretó la asociación profesional con Lorenzo Valdés y a finales de 1947 viajó a Nueva York para representar a Panamá en la comisión que tendría a su cargo la histórica responsabilidad de hacer cumplir la Resolución de las Naciones Unidas de 1947 que creaba en Palestina un Estado árabe y un Estado israelí para tratar de lograr la paz en la región más conflictiva del planeta. La comisión la integraban, además de Panamá, Checoslovaquia, Bolivia, Filipinas y Dinamarca, todos países pequeños. A lo largo de su gestión, Andrew mantendría informado con regularidad al presidente y finalmente, después de luchar contra la oposición e indecisión de las potencias mundiales, la comisión logró su cometido: el 14 de mayo de 1948 nacía el Estado de Israel. Aunque Andrew pasaría alrededor de seis meses en Nueva York, lejos de Clara y de sus hijos, regresó con la satisfacción de haber tenido y aprovechado la oportunidad de contribuir con una causa que siempre había defendido. Su retorno se produjo justo a tiempo para asistir a la graduación de Jorgito del Colegio Francisco Javier, en el que lo habían matriculado cuando los padres jesuitas se establecieron en Panamá. Para entonces, sus hermanas todavía estudiaban en los Estados Unidos.

A lo largo de toda la secundaria Jorge había estado entre los mejores de su salón y durante el acto de entrega de diplomas pronunció el discurso de despedida del bachillerato por haber sido el primero entre todos los graduandos. Al final del acto se sentó al piano para acompañar a sus compañeros mientras entonaban el himno del colegio.

Para Andrew el momento de hablar con su hijo sobre el futuro había llegado. Desde muy pequeño Jorge había expresado su interés en ser abogado como su padre, deseo que se fue consolidando a medida que se acercaba el momento de ingresar a la universidad. Pensaba estudiar en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, que ofrecía un buen currículum. Andrew, que conocía a varios de los profesores, estuvo de acuerdo.

—Creo que es importante que te familiarices con las leyes de tu país, que son las herramientas que tendrás que utilizar en el trabajo —había dicho—. Además, en tu tiempo libre podrías trabajar conmigo en la oficina, ayuda que no me

vendría mal.

Jorge siguió siendo tan buen alumno en la universidad como lo había sido en el bachillerato. En la oficina asumió de inmediato la responsabilidad de dar seguimiento a los trámites judiciales de los casos y después de los primeros seis meses Andrew solamente tenía que visitar los tribunales cuando su presencia resultaba indispensable para la práctica de alguna diligencia. Transcurridos dos años, a Jorge se le permitía atender directamente algunos asuntos y redactar escritos que Andrew, orgulloso, firmaba casi sin revisarlos.

Durante los seis años de estudios universitarios, Jorge apenas había tenido oportunidad de visitar a los Escobar. Para esa época se llegaba en automóvil hasta la casa de El Guayabo, que ahora tenía luz eléctrica y agua corriente. Después de terminar la escuela secundaria, el primo Alex había decidido no seguir estudiando. Cuando Jorge le insistía en la necesidad de educarse, Alex le aseguraba que lo que él ya sabía de ganadería no lo enseñaban en ninguna escuela. Seguían siendo buenos amigos, pero la hermandad desarrollada durante las inolvidables vacaciones escolares había ido quedando en el pasado junto a aquellos días diáfanos y sencillos cuando lo importante era atrapar una cigarra, apañar cien hojas o escalar una montaña.

El más alto índice académico en la graduación de la Facultad de Derecho le valió a Jorge una beca para continuar sus estudios. Había sido aceptado por varios de los mejores centros de enseñanza de los Estados Unidos, pero aún no se decidía a dejar a sus padres por tanto tiempo. Aunque sus hermanas estaban de vuelta, Estela se había casado y faltaba muy poco para que Anabella siguiera por igual camino. Ante las dudas del hijo, Andrew decidió encararlo.

—Jorge, esta oportunidad de estudiar en una universidad de tanto renombre jamás se volverá a presentar. Te la debes a ti mismo, que tan buen estudiante has sido. Tu madre y yo nos sentiríamos muy mal si fuéramos la causa de que tu carrera quede truncada. Además, piensa en lo importante que será para el futuro de la oficina tener un abogado con un título de doctor de una de las mejores universidades del mundo.

Y Jorge viajó rumbo a los Estados Unidos. Dos meses después de su partida Anabella se casó y abandonó la casa familiar para formar su propio hogar. Los Thomas Calero, que veintiséis años antes habían iniciado juntos la construcción del futuro, se quedaron solos en la casona de la calle 38. Más que proyectos, ahora compartían recuerdos, buenos recuerdos.

Nueve

El día que Mercedes cumplió setenta y seis años, Andrew, Clara, Sarita y el señor Douglas la llevaron a dar un paseo en automóvil para después reunirse a cenar en la casa verde junto al mar. Desde el inicio del paseo, Mercedes se había mostrado presa de una inquietud inusual en ella. Hablaba mucho y decía cosas carentes de sentido. De vuelta en su casa, Mercedes pareció calmarse y pidió a Clara subir juntas al altillo, gesto que sorprendió a todos pues desde hacía un tiempo la comunicación entre ella y su nuera era casi inexistente.

—Tengo un presentimiento y quiero que me hagas una promesa —dijo la viuda de Thomas tan pronto se sentaron frente a la ventana—. Hace más de un año que no sabemos nada de Rachel y no puedo irme de este mundo dejándola por ahí, al garete. Quiero que me prometas que velarás por que Andrew la encuentre y la traiga a vivir a Panamá. Ya también hablé con él, pero sabemos lo ocupado que está.

—Pierda cuidado, suegra, que desde hace tiempo Andrew me ha dicho que va a ir a buscar a su hermana, dondequiera que se encuentre, para traerla de vuelta. No lo ha hecho todavía porque Jorge le ofreció ir a Los Ángeles a localizarla. Además, no queremos oírla hablar de que se va para ningún lado; precisamente le iba a comentar que se ve usted mejor que nunca.

—Yo sé por qué te lo digo, Clara —Mercedes calló un momento y bajando la voz añadió—. Durante las últimas tres noches he soñado con Edward, mi marido. Él me invita a pasear por la playa y en el sueño le digo que no puedo ir sin antes saber que Rachel estará bien.

—Son sueños nada más, suegra —afirmó Clara, procurando disimular su preocupación.

—Son presagios —insistió Mercedes—. Yo lo sé porque los tuve antes, cuando murieron Madeleine y Brunilda durante el viaje a Barranquilla. A nadie más se lo he confiado ni quiero que se lo comentes a Andrew.

Al finalizar la conversación, Clara había advertido en la mirada de su suegra una serenidad nunca antes vista. Durante la cena, la viuda de Thomas volvió a su inexpresivo mutismo.

De vuelta a casa, Clara le comentó a Andrew la extraña conversación con su madre y la promesa que le había hecho sobre Rachel.

—Son cosas de mamá. Ya sabes cómo es ella. Por supuesto que voy a encontrar a Rachel y a traerla a vivir con nosotros.

—Te aseguro, Andrew, que vi algo en sus ojos que me impactó muchísimo.

—El sábado vamos a visitarla y si no la vemos bien, la llevamos al médico… aunque no será tarea fácil.

Dos días después, mientras cenaban, Andrew recibió una llamada urgente de la vecina de su madre, alarmada porque Mercedes había salido temprano a su paseo acostumbrado y aún no regresaba. No estaba en su casa y ella había ido hasta la playa a ver si la encontraba, pero nada.

Andrew y Clara partieron en el tiempo que les tomó abordar un taxi. Frente a la casa de Mercedes, con cara de preocupación, los esperaba la vecina, una señora de mediana edad. Entraron por la puerta trasera y revisaron la casa sin encontrar señal de ella. La vecina ofreció una linterna para buscarla en la playa y antes de salir Andrew llamó a la policía.

Infructuosamente la buscaron esa noche y la mañana siguiente. Al final, la policía confió a Andrew el temor de que la anciana hubiera sufrido algún desmayo y que la marea, al subir, la hubiera arrastrado. En cualquier caso, se abriría una investigación formal.

Al día siguiente, Andrew y Clara estuvieron presentes cuando un detective interrogó a otra de las vecinas, que confirmó haber visto salir a Mercedes el día anterior, más temprano que de costumbre. Caminaba en la playa por su ruta de siempre y a su lado iba un señor; era la primera vez que la veía salir acompañada. Clara sintió que se desmayaba y se abrazó a Andrew para no caer. De vuelta en el hogar Andrew le pidió que, aunque fueran coincidencias, sería mejor no contar a nadie, ni siquiera a la familia, el sueño de Mercedes y el relato de la vecina.

—Estoy seguro —añadió, meditabundo— de que su cuerpo nunca aparecerá. En alguna ocasión mi madre me confió que más que a la muerte temía que la enterraran.

Los restos de Mercedes viuda de Thomas jamás aparecieron y para tramitar el juicio de sucesión Andrew hubo de pedir al juez la declaratoria de presunción de muerte. Los esposos Thomas no hablaron más entre ellos ni mencionaron a nadie las circunstancias que habían rodeado la desaparición de Mercedes.

En los Estados Unidos, Jorge aprovechó las vacaciones del día de Acción de Gracias para viajar a Los Ángeles y tratar de localizar a la tía Rachel. Aunque desconocía su paradero actual, tenía la última dirección y sabía que los Thompson vivían, desde hacía años, en carros casa. Alquilaría un auto para visitar los lugares destinados a que los nómadas de las carreteras aparcaran sus viviendas rodantes. Afortunadamente, la última dirección dada por la tía Rachel no correspondía a uno de esos lugares sino a un suburbio de la ciudad habitado sobre todo por hispanos. Allí se enteró de que los Thompson habían vivido en un cuchitril del que fueron echados por no pagar la renta, que era de menos de cien dólares mensuales. Los vecinos los recordaban bien, especialmente porque el señor Thompson era un borracho empedernido y su esposa una abnegada mujer que trabajaba en varios oficios para llevar algo de dinero a la casa. Su último empleo había sido en un restaurante de tercera del cual la habían despedido hacía menos de un mes por lo mal que se desempeñaba lavando platos. El gerente le informó a Jorge que la señora Thompson probablemente vivía cerca porque en dos ocasiones había llegado a ver si estaba listo el cheque de su última paga, que el propietario había retenido mientras hacía el inventario de los platos rotos. Una

excompañera de trabajo se le acercó después a Jorge para darle el número de teléfono que Rachel había dejado al que podía llamarla entre siete y siete quince de la noche. Jorge anotó el teléfono y esperó a que fuera la hora para llamar a su tía.

—*Hello* —respondió una voz apagada, después del segundo timbrazo.

—*Is this Rachel Thompson?* —preguntó Jorge.

—*Who wants to know?*

—Tía Rachel, soy yo, Jorge Thomas, su sobrino. Estoy de paso en Los Ángeles y quiero verla.

Hubo un prolongado silencio.

—*Did your father send for me?*

—*Not really. I am studying in the U. S. We all miss you and want to know how you are.*

—*How did you find me?*

Jorge intentó volver al castellano.

—No fue nada fácil, tía.

—Mi español está malo. Hablemos inglés.

Jorge le contó cómo había dado con ella y Rachel trató de disuadirlo de ir a verla.

—Tu tío Fred no está muy bien —dijo.

—Yo sé todo lo del tío Fred y los problemas que está pasando usted. Por eso he venido a buscarla. Dígame dónde está —insistió Jorge, en un tono más autoritario.

Se produjo un nuevo silencio más dilatado que el anterior. Finalmente, Rachel le dio la dirección de una cafetería. Ella lo esperaría enfrente a las nueve en punto.

Jorge llegó al sitio con diez minutos de adelanto. La cafetería estaba ubicada en un barrio de gente de color, tan pobre como aquel en el que había estado esa mañana. Pasaron las nueve y aún no había trazos de la tía Rachel. Poco a poco la calle fue quedando desierta y Jorge empezó a temer por su seguridad. Cerca de las diez ya no había nadie en los alrededores y en la cafetería solo quedaba un cliente. Al fin, en la acera de enfrente apareció una señora que empezó a cruzar la calle muy despacio.

—¿Tía Rachel? —preguntó Jorge, esperanzado.

No hubo respuesta, pero al aproximarse, Jorge reconoció en aquel rostro avejentado y triste rasgos de la tía Sarita y de su padre. Instintivamente la abrazó y sintió en la mejilla la humedad del llanto de su tía. En silencio la llevó dentro de la cafetería y ordenó algo de tomar. Después de examinarlo con atención y de decirle que se parecía a su madre, Rachel contó a Jorge la pesadilla que había sido su vida.

A los pocos años de casados, Fred Thompson se había alcoholizado, lo que motivó su baja del ejército. Varias veces el pobre trató de reformarse para volver a caer. Perdieron todo y tuvieron que vender el carro casa. Desde entonces andaban dando tumbos por los barrios bajos de la ciudad de Los Ángeles. La salud de Fred era cada día más precaria, pero ya en los hospitales rehusaban admitirlo. Ella no se sentía capaz de abandonarlo y de allí que no respondiera las cartas de la

familia. No había forma de ayudar a Freddy y ella le rogaba que no intentara verlo. También le pedía que no dijera nada a su familia, sobre todo a su mamá. "¿Cómo está ella?".

Jorge le dio la noticia de la muerte de Mercedes, asegurándole que no había sufrido y que su último pensamiento había sido para ella. Rachel permaneció en silencio unos momentos, mirando al vacío, como si intentara recordar el rostro de su madre. Luego volvió a llorar. Sobre las once, la camarera se acercó para decirles que iba a cerrar. Una vez afuera, Rachel le suplicó a su sobrino que se despidieran allí. Jorge le hizo prometerle que lo mantendría informado de su paradero y del estado de salud del tío Fred. Al despedirse, las últimas palabras de la tía fueron: "*I trust you will know what to tell your father*". A regañadientes aceptó el dinero que su sobrino le ofrecía.

En el avión que lo llevó de vuelta a la universidad, Jorge no sabía qué pensar ni cómo contaría a su familia el encuentro con la tía Rachel. Reflexionó sobre las injusticias de la vida, cómo un mal matrimonio, un desvío en el camino, habían determinado que la tía Rachel fuera tan diferente del resto de los Thomas. Era indudable que aunque regresara a vivir con ellos en Panamá, el sufrimiento y la pobreza extrema la habían dejado marcada para siempre: "Yo soy yo y mis circunstancias", razón tenía Ortega y Gasset. Y a veces, pensaba Jorge, las circunstancias resultan más determinantes que el propio yo.

De regreso a la universidad, escribió una extensa carta a sus padres informándoles que había encontrado a la tía Rachel en Los Ángeles. Se reservó los detalles de la extrema pobreza en que vivía la tía y se limitó a decirles que estaba dedicada a cuidar a su marido, que se hallaba muy enfermo. Había prometido regresar a Panamá cuando Freddy abandonara finalmente este mundo. Mientras tanto, él se mantendría en contacto con ella.

Durante los dos años que tomó a Jorge completar su doctorado, mantuvo una comunicación periódica con la tía Rachel. Una vez al mes, esta lo llamaba por teléfono para informarle sobre el estado de Freddy, que seguía aferrado a la vida. En sus cartas, que procuraba enviar cada quince días, Jorge le mandaba algo del dinero que lograba ahorrar de sus gastos estudiantiles.

En 1956 regresó Jorge Thomas a Panamá con el título de doctor en Derecho y grandes planes para el futuro. Andrew no trató de ocultar el orgullo que sentía al poner en manos de su hijo y colega la escritura pública por medio de la cual se constituía la firma de abogados Thomas y Thomas.

Seis meses después de comenzar a laborar junto a su padre, Jorge lo había convencido de la necesidad de trasladar las oficinas a un sitio más conveniente. "Los tribunales y las notarías se hallan todos muy cerca de donde estamos ahora", trató de objetar Andrew. "Pero en la nueva dirección estaremos más cerca de los clientes y de la actividad comercial", había ripostado Jorge.

Aunque a su papá se lo comentaba con mucho tacto, Jorge conversaba largamente con su madre acerca de los cambios que quería hacer en la oficina y en la forma en que Thomas y Thomas debería desempeñar su actividad profesional. Sabía que para convencer a su padre la influencia de Clara sería determinante. Aunque Jorge quería que la firma mantuviera la fama y prestigio que Andrew Thomas había sabido imprimirle como abogado litigante, tenía la

intención de ampliar las actividades para abarcar las consultas corporativas y sobre todo la prestación de servicios a clientes del exterior. Durante su carrera había analizado la razón del buen éxito de las firmas grandes de la capital y se había convencido de que para crecer era necesario involucrarse en la actividad tradicional del país, que era la prestación de servicios. Pretendía, sin embargo, ir más allá y no limitarse a esperar que los clientes vinieran a ellos: había que ir a buscarlos dondequiera que estuvieran. Para todo ello era necesario incorporar más abogados que atendieran las actividades diarias mientras él visitaba futuros mercados.

Andrew observaba a su hijo con una mezcla de curiosidad, satisfacción y preocupación, pero lo dejaba actuar. Él seguía apegado a sus litigios y a su clientela tradicional mientras Jorge iba y venía, estableciendo nuevos contactos y ampliando la clientela local e internacional. Poco a poco la firma fue creciendo y al cabo de los primeros dos años ya había cinco abogados más prestando servicios en Thomas y Thomas.

Jorge continuaba viviendo en casa de sus padres, que ya eran abuelos. Su hermana Anabella había tenido dos hijos varones y Estela una niña. La familia procuraba reunirse por lo menos una vez a la semana en una tertulia musical y cuando Anabella no estaba, Jorge aprovechaba para tocar el piano y acompañar a Estela, que parecía cantar mejor cada día.

Clara mantenía una relación cada vez más cercana con su hijo varón y se preocupaba porque transcurría el tiempo sin que Jorge diera señales de querer poner fin a la soltería. "Recuerda que la continuidad del apellido Thomas depende de ti", le decía, a lo que Jorge respondía que no se preocupara, que él ya estaba buscando novia, pero con mucho cuidado. Si bien llevaba una vida social activa, todavía no había mostrado preferencia por ninguna muchacha en especial.

Un buen día, mientras escuchaban música, Jorge se sentó a los pies de su madre y le dijo sonriente:

—Ya encontré a su futura nuera, querida mamá. Se llama Elena López y aún le falta un año para acabar sus estudios en los Estados Unidos. En cuanto regrese me caso con ella. Es una muchacha perfecta y además es sobrina de aquella amiga suya, Analida Herrera, la que se quedó en Inglaterra.

Clara no sabía si alegrarse o entristecerse.

—¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora? —preguntó.

—Porque yo tampoco lo supe hasta la semana pasada. De pronto, Cupido se ensañó con el corazón de su pobre hijo.

—¿Y ella?

—No sabe nada todavía, pero yo ya advertí algo en su mirada.

—¡Cuánto optimismo! —exclamó Clara. Y luego de reflexionar un instante, añadió—: A veces pienso que es una lástima que esta casa tan grande se vaya quedando tan vacía.

—Pierda cuidado, viejita, que le garantizo que se la voy a llenar de nietos. He pensado que mi esposa y yo debemos vivir con ustedes hasta que ya no haya cupo.

Y así ocurrió. Jorge y Elena López fueron novios durante las vacaciones de diciembre y tres meses después de que ella culminara sus estudios contraían

matrimonio. Andrew y Clara arreglaron para ellos dos de las recámaras de la casona de la calle 38.

Para entonces Fred Thompson había fallecido y Rachel estaba de regreso en Panamá. Sarita y Andrew hacían lo indecible para que su hermana olvidara el pasado de penurias turnándose para que pasara una temporada en casa de Sarita en el sector atlántico y otra con los Thomas en la capital. Sin embargo, del rostro de Rachel no se borraría nunca el gesto de tristeza que tanto había impresionado a Jorge durante aquel encuentro en un sórdido barrio de Los Ángeles.

A pesar de su trabajo y sus viajes, Jorge no olvidaba sus lazos con Chiriquí. Alex Escobar había sido el caballero de honor en la boda y la luna de miel la habían pasado entre El Guayabo y la pensión Villarreal, que aún era la mejor de Boquete. Allá llevó a Elena a contemplar los paisajes de que tanto hablaban sus padres, pero a pesar de que buscó con afán el sitio en el que, recién casados, Andrew había prometido a Clara construir una casa y colmarla de hijos y nietos, le resultó imposible encontrarla porque la civilización había llegado antes que él y convertido en una urbanización más aquel paraje idílico.

Sin embargo, doscientos metros más arriba todavía no habían llegado los caminos ni la civilización y allí adquirió Jorge, sin decir nada a sus padres, una pequeña finca de diez hectáreas desde la cual se podía contemplar la población de Boquete, con sus techos rojos, su iglesia y su río, y el volcán Barú, con sus faldones verdes que se extendían hasta el océano Pacífico. "En algún lugar de aquella enorme planicie está El Guayabo", contaba Jorge a su esposa, señalando en lontananza. "Allí acabamos de iniciar tú y yo nuestra vida de casados y transcurrió la 'efímera infancia campesina'", de la que hablo en los versos que escribo".

—Te doy mi palabra de que, si estás de acuerdo, algún día tendremos una casa en este lugar —le prometió a Elena—. Mi padre no pudo cumplir su promesa a mi madre, pero yo la cumpliré por ambos y después los traeré aquí a renovar sus sueños de juventud. ¿Te parece bien?

—Créeme, Jorge, que a mí me gusta tanto como a ti la vida bucólica y este lugar es el más bello que he visto en mi vida. Ojalá tengamos tiempo de disfrutarlo.

Un año después nacía Andrew Thomas López. Según Sarita, era idéntico a su hermano. "Me parece estar viendo a Andrew en brazos de mamá", solía decir. Andrew y Clara recibieron con gran emoción y orgullo al niño que aseguraba la continuidad del apellido. A cuantos visitaban la casa de los Thomas, Andrew los llevaba a ver a su nieto al tiempo que mostraba un retrato de él cuando niño para que todos vieran lo mucho que se le parecía. Y, a decir verdad, el parecido era asombroso.

Diez

La firma Thomas y Thomas seguía creciendo a un ritmo acelerado. Hacia finales de los años setenta ya contaban con más de cuarenta abogados, de los cuales siete eran socios. La situación económica de la familia Thomas era holgada y ya Clara no tenía que preocuparse por los gastos mensuales. Elena, su nuera, había ido asumiendo poco a poco el manejo de la casa de la misma manera que Jorge lo había hecho de Thomas y Thomas. Andrew y Clara continuaban siendo el centro de la unidad familiar y contemplaban con orgullo el progreso de sus hijos. Jorge no había logrado cumplir su propósito de llenar de hijos la casa de sus padres, porque durante su segundo embarazo Elena había tenido una temprana pérdida que la dejaría imposibilitada de volver a concebir.

Una tarde Jorge entró a la oficina de su padre que, como de costumbre, se hallaba sentado frente a la máquina de escribir redactando algún escrito para uno de sus interminables pleitos.

—Viejo, vengo a consultarle algunos planes para la firma que he venido estudiando —anunció Jorge.

—Habíamos acordado que tú te encargarías de cualquier nuevo proyecto en conjunto con el director de Finanzas —respondió Andrew, sin dejar de teclear—. Recuerda que yo solamente atiendo litigios.

—Es cierto, papá, pero la decisión es trascendental y no quiero tomarla yo solo.

Sin mucho entusiasmo, Andrew dejó de escribir y padre e hijo fueron a sentarse en las poltronas, frente al escritorio.

—Como usted sabe —comenzó Jorge— una parte importante de nuestros ingresos proviene ahora de clientes del exterior y creo que llegó la hora de consolidar y ampliar nuestra presencia en los mercados más importantes. Pienso que debemos abrir oficinas en Londres y Ginebra, para cubrir Europa, y más adelante en Hong Kong, para tener un pie en Asia. Los gastos serían cuantiosos y consumirían parte de nuestra reserva.

—¿Y quién va a atender esas oficinas? —preguntó Andrew, más intrigado que preocupado.

—Ese es el otro punto que quería explorar con usted. Si abrimos las nuevas oficinas debemos tener gente nuestra que las dirija, para lo cual he estado hablando con el resto de los socios. A los asociados más antiguos, Agustín, Julio y Luis, los haríamos socios enseguida para que se encarguen de dirigirlas. Se irían por un par de años y después veríamos cómo los reemplazamos. Probablemente

tendríamos que hacer socios también a Ernesto y a Rolando. Yo supervisaría el desarrollo de las nuevas oficinas con un par de viajes al año.

—¿Y hay fondos suficientes para tanta cosa? —preguntó Andrew, ahora sí con preocupación.

—Según los cálculos del contralor, aunque mermara la ganancia en un cincuenta por ciento, nos quedaría aún en la reserva lo necesario para pagar los gastos operativos durante dos años.

Andrew se quedó observando a Jorge y por primera vez comprendió la enorme distancia que existía entre él y aquel hijo, que tanto se parecía a su madre. En los últimos años el mundo había avanzado a pasos agigantados y él se sentía incapaz de mantener aquella velocidad de marcha. Jorge, en cambio, encontraba muy natural la televisión, los aviones jet, los cohetes espaciales, la energía nuclear, los satélites artificiales y las computadoras. Andrew sentía, sin embargo, que en el trasfondo había un elemento que no podía cambiar.

—Tu madre y yo fuimos muy felices cuando se andaba en coche y volar en avión era una aventura peligrosa —dijo finalmente—. A veces no podemos dejar de preguntarnos si viviendo tan rápido, como lo hace tu generación, se puede ser feliz.

Jorge vaciló un momento antes de responder.

—Yo creo, papá, que lo que determina la felicidad realmente no ha cambiado. Si nuestros padres y nuestras esposas están satisfechos, si nuestros hijos se levantan, están sanos y alegres y sentimos que estamos haciendo algo de provecho para nosotros, para quienes nos rodean y para el país, entonces seremos felices, no importa si en lugar de visitar personalmente a los familiares y amigos los llamamos por teléfono, o si vamos a la oficina en coche o en automóvil. ¡A lo mejor somos felices, pero a mayor velocidad! —había concluido Jorge, riendo.

Pero Andrew no rio con él.

—Cuando te oigo hablar no puedo evitar pensar que cuanto más rápido andamos más rápido consumimos también la felicidad y esta no es inagotable. Hay cosas que ya se perdieron para siempre, que tú y tus hijos no verán jamás.

—¿Cosas como qué?

—Como, por ejemplo, qué sé yo… ¡las serenatas! ¿Quién puede llevar serenata a una dama que vive en un condominio y, peor aún, con aparatos de aire acondicionado haciendo bulla?

—Yo todavía pude llevarle serenatas a Elena. Recuerdo que teníamos que cargar el piano en la parte de atrás de un pick-up, desde donde tocábamos y cantábamos. En cualquier caso, lo que se ha perdido, tal vez, es una costumbre, pero la música sigue allí.

—No me hables de la música, que los ruidos de ahora no los entiende nadie. Estoy seguro de que si exhuman hoy los cuerpos de Beethoven, Mozart, Bach y los demás clásicos, a todos sin excepción los encontrarán en el ataúd tapándose los oídos.

Ambos rieron y luego Andrew agregó:

—Nos hemos desviado del tema, aunque creo que lo que hemos hablado viene al caso porque lo que tu madre y yo tememos es que tanto viaje y tanto trabajo te estén impidiendo disfrutar junto a Elena y Andy del fruto de tus

esfuerzos.

—No crea, papá. Dentro de poco tiempo habrá otro socio más joven dando vueltas por el mundo. Y ya verá cómo, cuando se incorpore el pequeño Andrew, podremos dedicarnos todos al *dolce far niente*.

—Andy nos va a superar a todos. Espero que Dios me dé vida para verlo.

—Al paso que va, no solamente verá a su nieto trabajando aquí sino también a sus bisnietos. Entonces, ¿vamos adelante con las nuevas oficinas?

—¡Claro que sí! Adelante con tus planes, hijo.

Solamente habían transcurrido tres años desde la apertura de las oficinas internacionales de Thomas y Thomas cuando ya la inversión y los gastos estaban recuperados en su totalidad. La actividad de la firma se cuadruplicó, al igual que las ganancias.

La salud de sus padres era ahora la mayor preocupación de Jorge. Había logrado que su madre visitara al médico periódicamente, pero su padre se le escapaba siempre que podía. Desde que los médicos lo habían sometido a régimen debido a la presión alta y al colesterol, eludía sistemáticamente el tema de su salud y las consultas médicas. Y no dejaba de trabajar. Jorge, que desde hacía tiempo andaba detrás de su padre para que tomara un descanso e hiciera un viaje alrededor del mundo, finalmente pudo convencerlo.

—No se preocupe, viejo, que ya Antonio Quirós sabe lo suficiente de pleitos como para encargarse de sus asuntos mientras dure el viaje —le había asegurado.

—No es eso lo que me preocupa, Jorge, sé que la oficina marchará igual o mejor sin mí. Además, los asuntos judiciales ya no tienen tanta importancia económica para Thomas y Thomas. Aunque tú no lo creas, de vez en cuando leo los informes financieros y sé que solamente el cuarenta por ciento de los ingresos proviene de los litigios. Lo que pasa es que nunca he aprendido a tomar vacaciones.

—Entonces, ya es tiempo, papá. No es posible que a estas alturas usted y mamá no hayan viajado juntos a Europa. Además, será un viaje interesante y conocerán de primera mano todos aquellos países y ciudades de las que tanto hablamos siempre. Será como sumergirse en la historia.

Un mes duraría el viaje de Andrew y Clara alrededor del mundo. Alicia, la hija mayor de Estela, fue con ellos para acompañarlos y asistirlos. Ningún lugar importante se quedaría sin visitar y en cada ciudad donde llegaban los esperaba un automóvil con chofer y un guía para llevarlos a conocer los sitios más emblemáticos. En Londres, Clara tuvo la enorme alegría de encontrarse con Analida Herrera, la amiga que nunca regresó a Panamá. Además de abrazos, intercambiaron recuerdos, que era lo único en común que les quedaba. Mrs. Brighton era una auténtica inglesa que ahora hablaba el español con acento extranjero y vivía sometida a las costumbres y tradiciones británicas. Andrew también sintió una gran satisfacción al visitar las sucursales de Thomas y Thomas en Londres, Ginebra y Hong Kong. No lograba ocultar su orgullo cuando leía el nombre escrito en la entrada de las oficinas.

A su regreso a Panamá, Jorge les tenía a sus padres una sorpresa. Durante su ausencia había adquirido para ellos un hermoso piso frente al mar en uno de los nuevos barrios de la capital. Él todavía permanecería un tiempo en la vieja casa

mientras terminaba de construir la suya en una barriada cercana. Para entonces la calle 38 había sido invadida por oficinas comerciales y profesionales y los Thomas habían hablado de la necesidad de mudarse, pero Clara sintió una gran tristeza al abandonar el vecindario que con tanto calor los había acogido a su llegada a la capital. Comprar aquella casa de la calle 38 le había causado tanta alegría como la de ver a sus tres hijos crecer en ella entre risas, música y libros. Además, se había acostumbrado a la compañía de Jorge y de sus nietos, sobre todo del pequeño Andrew, por quien el abuelo Thomas mostraba una predilección imposible de ocultar. "Es como verme a mí mismo creciendo", solía decir.

En su afán de dar a sus padres mayores oportunidades de descanso y distracción, Jorge adquirió para ellos una casa de campo frente al océano Pacífico, a escasas dos horas de la capital, a la que acudían regularmente los fines de semana, siempre acompañados por algún miembro de la familia.

A pesar de que en su despacho ya tenía poco que hacer, Andrew seguía yendo todos los días. La firma Thomas y Thomas contaba ahora con más de sesenta abogados, entre ellos veinte socios, e iba rumbo a ser el bufete más grande del país. "Si Jorge supiera que lo que más me entretiene es trabajar", pensaba Andrew, mientras se dejaba llevar de un lado a otro sin quejarse, ni siquiera ante Clara.

Jorge Thomas tenía un hogar feliz. Elena, que en un principio protestaba por las largas ausencias de su marido, ahora lo acompañaba en la mayoría de los viajes, permitiéndole armonizar el trabajo con el placer. El pequeño Andrew había superado a su padre en el desempeño académico y a los trece años ya dejaba entrever que seguiría los pasos de sus antecesores en la profesión de abogado.

A pesar de sus viajes y ocupaciones, Jorge procuraba seguir vinculado a Chiriquí. "No dejaré nunca de ser chiricano", solía decir con verdadero orgullo. Todos los veranos llevaba a su hijo a pasar por lo menos dos semanas a su provincia natal. En un principio habían ido a El Guayabo, pero hacía varios años que los Escobar habían tenido que vender la finca para pagar algunas malas inversiones de Alex, que ahora sembraba arroz en los alrededores de David. En Boquete, la pensión Villarreal seguía recibiendo a los Thomas con el mismo cariño con el que medio siglo antes acogiera a Andrew y Clara durante su luna de miel. Después de la última visita a Chiriquí, Jorge se decidió finalmente a construir la casa con la que antes habían soñado primero sus padres y ahora soñaban él y Elena. Contactó a un renombrado arquitecto y no escatimó en gastos. Elena comentaba que la casa de Boquete sería mejor que la de Panamá.

A fines del siguiente año, Thomas y Thomas abrió una oficina en David, lo que alegró sobremanera a Andrew. "Es la manera de devolver algo a la provincia", decía. El día de la inauguración hicieron el viaje desde la capital en un avión bimotor recién adquirido por Jorge. Sentado junto al piloto iba Andy, como lo llamaba su abuelo, que había comenzado a tomar lecciones de vuelo. Los dos Andrews seguían siendo inseparables y casi todos los fines de semana iban juntos a la casa de la playa de los abuelos.

—Cuando me den mi licencia de piloto lo llevaré a donde usted quiera, abuelo —había dicho Andy después de que despegara el avión.

—Me parece estar oyendo hablar a Crazy Sam —sonrió Andrew.

—¿Quién era Crazy Sam? —quiso saber Andy.

Andrew disfrutó contando a su nieto las aventuras con Crazy Sam allá por el año 27. Señaló desde el aire un lugar cercano a Penonomé donde se reabastecían de combustible y antes de llegar a David le indicó el sitio en los alrededores de Remedios donde habían tenido que aterrizar de emergencia para evitar una gran tormenta y los llanos de San Juan, donde un muy orgulloso Crazy Sam había aterrizado antes de que lo hiciera el famoso Charles Lindbergh.

—Después de ese vuelo, tu abuela me prohibió volver a subir a un avión. Esta es la primera vez que monto uno pequeño ¡desde hace más de cuarenta años! Pero lo cierto es que Sam Jones, que fue uno de los pioneros de la aviación panameña, murió tranquilo en su cama.

Luego de inauguradas formalmente las oficinas en David, los Thomas siguieron rumbo a Boquete. Al pasar por la Mata del Francés, Jorge disminuyó la velocidad mientras le recordaba a su hijo lo que ese lugar significaba para sus abuelos y para él.

—Ya no hay carretas tiradas por bueyes ni vagones de ferrocarril, sino esta moderna carretera que nos permite ir de David a Boquete en veinte minutos. Pero el paisaje, dominado por el volcán que vemos enfrente, aún es hermoso, el sitio donde paraba el motor se sigue llamando la Mata del Francés y la finca que un día fue de los primos Escobar todavía se conoce como El Guayabo.

—Tal parece, Andy —había añadido sarcástico el abuelo Thomas—, que los lugares y sus nombres son de las pocas cosas que sobreviven a los avances de la civilización, que anda a saltos y por saltar tanto un día no muy lejano va a sufrir un descalabro.

Al llegar a Boquete, Jorge desvió el automóvil hacia la derecha y empezó a ascender la montaña que encerraba el poblado por el noroeste.

—Este no es el camino para la pensión Villarreal —observó Andrew.

—Quiero enseñarles algo antes de llegar —respondió Jorge.

Ascendieron durante diez minutos hasta llegar a una entrada que apenas se veía a un costado de la ladera. Allí entraron por un camino sembrado de campánulas y geranios hasta finalmente arribar a una casa erigida en *cantilever* sobre la pendiente.

—¡He aquí la casa que usted le prometió a mamá durante la luna de miel! —exclamó Jorge, ufano.

Andrew y Clara descendieron del auto anonadados. Era una casa grande y hermosa, construida de madera, piedras y vidrio. Desde el ventanal de la sala se divisaba el volcán Barú y desde su recámara Andrew y Clara podían distinguir la cinta del río, los techos rojos y la torre de la iglesia de Boquete.

—Qué lugar tan hermoso —musitó Clara, mientras abrazaba a su hijo.

—¡Y con una vista espectacular! —exclamó Andrew—. Hasta acá arriba nunca ascendimos tu madre y yo.

—Creo que en aquellos tiempos esto era todavía una selva virgen, papá. El paraje que encontraron ustedes está como doscientos metros más abajo, pero allí llegó ya la civilización. Aquí sí estamos realmente "lejos del mundanal ruido", como escribió una vez Thomas Hardy.

—Pero con todos los adelantos modernos, según puedo ver —observó Clara.

—Cosas de la vida que nos va imponiendo comodidades que después se

tornan indispensables —comentó Elena—. Sin embargo, suegra, la naturaleza es pródiga en este sitio. Mañana los llevamos para que vean el ojo de agua, el estanque, las flores y todo lo que hace tan especial este lugar.

La mañana del día siguiente, cogidos de la mano, Andrew y Clara recorrieron aquel trozo de paraíso que su hijo había hecho construir para ellos. Boquete había quedado allá abajo, pequeñito; la cima del volcán Barú la veían enfrente, casi a la misma altura.

Once

Thomas y Thomas había tenido que volver a mudarse a un sitio más amplio. Ahora ocupaba los últimos cinco pisos de uno de los más imponentes edificios de la capital. Andrew seguía yendo todos los días a la oficina, aunque ya su única función era la de resolver consultas de los demás abogados. Desde el piso 25, el viejo abogado contemplaba la ciudad y su bahía. "He visitado muchos lugares —pensaba— pero en ninguno he visto una bahía tan hermosa como la nuestra".

Acababa de leer, por segunda vez, la última carta de su nieto, el "pequeño" Andrew, un mocetón de 1,80 de estatura que acababa de iniciar sus estudios de leyes en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra. "Quiero que conozcas bien Europa, pues allá está el futuro económico", le había recomendado Jorge a su único hijo. "Además, podrás visitar nuestras oficinas europeas y familiarizarte con lo que hacemos".

En la carta Andy le preguntaba al abuelo si seguía yendo a la playa y a la casa de Boquete. Le contaba también que sus notas en el primer semestre habían sido muy buenas y que después de terminar Derecho se proponía estudiar también Finanzas. "Como se habrá dado cuenta, abuelo, Thomas y Thomas, más que una oficina de abogados se ha convertido en una gran empresa y se necesitan conocimientos financieros para manejarla con eficiencia". Andrew, sonriendo al pensar lo feliz que lo hacía aquel nieto, se había sentado frente a la máquina de escribir para responder su carta cuando sintió un intenso dolor en el pecho. Le faltaba el aire y con mucha dificultad logró marcar el número interno de la oficina de Jorge, a cuya secretaria le pidió avisarle que lo necesitaba con urgencia. Nunca había escuchado la secretaria del doctor Thomas a don Andrew hablar en un tono tan angustiado y corrió a interrumpir la reunión que en ese momento sostenía su jefe con un cliente. "Algo le pasa a su padre", dijo alarmada. Jorge no demoró diez segundos en correr de su despacho al de su padre. Al llegar lo encontró tendido boca abajo sobre el escritorio y enseguida llamó a una ambulancia y dio órdenes de que localizaran al cardiólogo.

Andrew estaba inconsciente y parecía que no respiraba. Jorge le tomó la mano mientras le decía suavemente que pronto llegaría ayuda. Los minutos pasaron con lentitud y Jorge sintió que la mano de su padre iba perdiendo calor en la suya. Cuando finalmente llegó la camilla, Jorge sabía que su padre había fallecido. Llamó a Elena y a sus hermanas para contarles lo ocurrido y pedirles que toda la familia se reuniese más tarde en casa de su madre. Luego acompañó a su padre en la ambulancia; en el hospital confirmaron que había muerto de un infarto

fulminante del corazón.

Clara se entretenía arreglando algunas plantas de su balcón cuando llegaron sus hijos. Anabella y Estela lloraban, y Clara advirtió que, aunque no lloraba, la expresión de Jorge era la más triste. No hubo necesidad de decir nada antes de que los Thomas Calero abrazaran a su madre. Clara quiso saber todos los detalles y su dolor se mitigó cuando supo que Andrew había muerto mientras leía una carta de Andy. "Al menos sabemos que en ese momento estaba feliz", dijo, entre sollozos. Para consolarla, Jorge recalcó que los médicos le habían asegurado que su padre no había sufrido. "Si acaso sintió algún dolor fue al inicio, pero ya después no se dio cuenta de nada más".

Después de la muerte de Andrew, los hijos habían tratado de llevar a su madre a vivir en casa de alguno de ellos, pero Clara insistió en permanecer en su piso frente al mar. "Este es mi hogar. Aquí están todas las cosas que Andrew y yo compartimos; recordar será de ahora en adelante lo más importante en mi vida". Desde Londres Andy logró hacer el viaje hasta Panamá y llegar a tiempo de atender las honras fúnebres. Al contemplarlo en la iglesia, de pie frente a las cenizas y la foto del abuelo, Clara no pudo evitar compararlos. Andy tenía ahora la misma edad de Andrew cuando ella lo conoció en David y el parecido era asombroso. Un poco más alto y grueso el nieto que el abuelo, pero con la misma pose, las mismas facciones y los mismos gestos. En ese momento era el más afligido de los deudos.

Andy regresó a Inglaterra, Jorge y sus hermanas a sus quehaceres rutinarios y Clara a sus recuerdos. Para entretenerse se dedicó a recopilar los artículos de periódico y las poesías de su marido y comparó las que escribiera en provincias con las que hilvanara luego en la capital. Aquellas siempre le habían gustado más, aunque había algunas recientes de las que Andrew se sentía más satisfecho. "Tal vez será mejor poesía la de ahora —sostenía Clara— pero es también más intelectual, más fría. La que escribiste en Chiriquí es una poesía más fresca, más natural… más romántica". "Más bucólica y más tuya", había replicado Andrew.

Clara no dejaría de sentirse sola aunque sus hijos la visitaran casi todas las tardes. "Quiero mucho a mis hijos —pensaba— pero sin Andrew ya mi soledad es permanente".

En la oficina, Jorge ordenó mantener el despacho de su padre tal como este lo dejara. La máquina de escribir antigua; los códigos y libros de jurisprudencia con el tomo gastado por el uso constante; sobre el escritorio la foto de toda la familia y al lado la de don Alfredo Espinosa, sonriendo a través del tiempo. Jorge esperaba que muy pronto Andy regresara para ocupar el despacho de su padre. "Ni siquiera habrá que cambiar el nombre en la puerta", se decía.

Jorge procuraba visitar cada semana a sus tías Sarita y Rachel, que ahora vivían en la casita verde que fuera de Mercedes. El señor Douglas había fallecido hacía unos años y las hermanas Thomas habían decidido ocupar la casita frente al mar para desgranar su vejez junto al recuerdo de su madre. La playa en la que Mercedes recogía conchas había sido invadida por multifamiliares y la casita verde era el último reducto de un tiempo ido, pero los esfuerzos de Jorge por trasladarlas a un mejor barrio resultaron infructuosos.

Andrew Thomas López terminó la carrera de leyes en la Universidad de

Cambridge con notas sobresalientes. Al iniciar los estudios de Finanzas ya participaba en la formulación de la estrategia financiera de Thomas y Thomas. A su padre le sugería la conveniencia de ampliar la oficina de Londres para trasladar allá todas las actividades financieras, que cada vez adquirían mayor importancia. Desde hacía dos años salía con una muchacha británica, nacida en Carmarthen, ciudad galesa no muy distante de Aberystwyth, donde había nacido el abuelo Andrew. Su mayor distracción era la carrera de motos, en la cual había desarrollado tal habilidad que pensaba que quizás algún día podría competir profesionalmente. Cuando Jorge le comentaba a su madre la preocupación que lo embargaba por el pasatiempo tan peligroso que Andy había escogido, Clara le recordaba la poesía de Khalil Gibran: "Vuestros hijos no son hijos vuestros… Sois el arco desde el que vuestros hijos son disparados como flechas vivientes hacia lo lejos…".

—Tal vez, hijo, has lanzado la flecha con más tensión en el arco. Igual nos pasó a Andrew y a mí contigo.

Terminada la carrera de Finanzas Andy se casó con su novia galesa. Las respectivas familias acordaron celebrar la ceremonia civil en Panamá y la religiosa en Londres. Elizabeth Johnson resultó ser una hermosa representante de su linaje. Casi tan alta como Andrew, se había recibido de Derecho y, al igual que su marido, hablaba cuatro idiomas, entre ellos el español, que le permitía comunicarse con Clara sin ningún problema. Abuela y nieta política habían congeniado bien, aunque a Clara no le gustaba que Elizabeth quisiera esperar algunos años antes de tener hijos. "Ten presente —le decía— que ahora depende de ti y de Andy que el apellido Thomas continúe, y no me refiero solamente a Thomas ingleses sino también a Thomas panameños".

El ingreso de Andy produjo cambios trascendentales en Thomas y Thomas. Al poco tiempo había convencido a su padre y a los demás socios de la necesidad de separar las actividades jurídicas de las financieras, que se controlarían desde su oficina en Londres. Bajo la dirección del más joven de los Thomas, las actividades fiduciarias adquirieron también una gran importancia, a tal punto que se discutía una posible fusión con un prestigioso grupo suizo. "La decisión que hay que tomar —escribía Andy a su padre— es si nos aliamos al grupo suizo, que tiene un banco en su organización, o salimos a tratar de fundar o adquirir nuestro propio banco, que nos hace mucha falta".

—Me asusta un poco la agresividad de Andrew —comentaba Jorge a su madre.

—Acuérdate de ti mismo a esa edad —replicaba Clara—. Me parece estar viendo el gesto de preocupación de tu padre cuando me dijo que querías abrir oficinas fuera de Panamá.

Andy y Elizabeth visitaban a sus padres y al resto de la familia por lo menos dos veces al año. Durante la última visita ya no fueron a la casita verde de la playa porque Sarita y Rachel habían fallecido hacía algunas semanas, con dos días de diferencia. A la abuela Clara la encontraron muy saludable y le causaron una gran alegría con la noticia del embarazo de Elizabeth.

—Anabella y Estela ya me han dado bisnietos, pero este será el primero que llevará el apellido Thomas. ¿Saben si será niño o niña? —había preguntado,

ansiosa.

—Preferimos la sorpresa —había respondido Elizabeth.

Como de costumbre, Elizabeth y Andy pasaron un par de días con sus padres en la casa de Boquete, donde Jorge procuraba ir todos los meses. Él seguía apegado a Chiriquí, aunque le entristecía que ya casi nunca veía a los Escobar. Años atrás, Jorge se había hecho cargo de la educación de su ahijado, Alex Jr., y sospechaba que esta podría ser la razón por la cual su compadre trataba de eludirlo.

La casa de Boquete estaba llena de cuartos que nadie habitaba. Jorge y Elena ocupaban el de ellos y Andy y Elizabeth el que fuera de sus abuelos, a menos que también estuviera la abuela Clara. Ella en realidad iba muy poco a Boquete y ponía su edad como excusa. "Hijo, ¿no te das cuenta de que ya tengo ochenta y cinco años?".

Sin embargo, una vez le había confesado a su hijo Jorge que una de las razones por las cuales no le gustaba ir durante las visitas de Andy era que no encontraba placer en escucharlos a él y a su hijo conversar de negocios todo el tiempo. Andy en particular parecía no pensar en otra cosa y aprovechaba cada minuto que pasaba con su padre para hablarle de los nuevos proyectos que tenía en mente con el propósito de incrementar las ganancias del grupo. En el fondo Clara lamentaba que su nieto, el consentido de Andrew, no pareciera sentir ninguna emoción frente al verdor azuloso del volcán, el canto de las aves, el bajareque, los colores del arcoíris y tantas otras cosas que habían llenado de recuerdos imperecederos la vida de los esposos Thomas. Jorge, a pesar de su atareada vida profesional, había sabido mantener un espacio inviolable dedicado a los buenos recuerdos de la vida en Chiriquí, aunque tal vez por falta de tiempo no había podido inculcárselos a Andy, que parecía tener un concepto de la belleza más inclinado hacia los edificios imponentes, los altos y extensos puentes, los grandes trasatlánticos, las autopistas, los trenes bala, los automóviles y las motos último modelo. El padre encontraba la belleza en las cosas creadas por Dios y el hijo en aquéllas construídas por el hombre. "Es la marcha inexorable del progreso", se confortaba Clara.

Dos meses habían transcurrido desde la última visita de Andy a Panamá cuando Jorge recibió la llamada desconsolada de Elizabeth. Le pareció que el mundo se derrumbaba a su alrededor cuando oyó a su nuera decir que Andy acababa de sufrir un terrible accidente de motocicleta: la muerte había sido instantánea.

Epílogo

La expresión de Clara al recibir la noticia era la misma que Jorge vio diez años antes a raíz del fallecimiento de Andrew. El cansancio de todos sus años pareció apoderarse de ella y por primera vez pensó en la muerte como algo dulce y deseable. El cuerpo de Andrew Thomas López fue cremado en Londres y sus cenizas depositadas en la cripta de la familia Johnson en Carmarthen. Jorge y Elena viajaron para atender las exequias y a su regreso a Panamá hubo un servicio religioso al que concurrieron los buenos amigos y los demás miembros de la familia, entre los que estaba Alex Escobar. Por encima de los consejos de su hijo, Clara había insistido en asistir. "Andrew lo hubiera querido".

Dos semanas después, tras mucho rogarle, Jorge convencía a su madre de que los acompañara a él y a Elena a pasar unos días en la casa de Boquete. "Marzo allá arriba es hermoso, mamá. Además, hay tanto que quiero decirle…".

El avión de los Thomas aterrizó en David y enseguida emprendieron el recorrido hacia Boquete. A medida que ascendían por la carretera Clara volvía a llenarse de recuerdos. Aunque sus ojos ya no distinguían mucho, sabía que la montaña que los acompañaba era el volcán Barú.

—De allá bajó tu padre con sus primeros versos para mí —musitó.

—"Sí, tienes razón, soy poco grato para tu alma noble y delicada porque soy rudo y triste y no es mi trato el que pueda agradarte, dulce amada" —recitó Jorge, también en voz baja—. Son los versos que más me gustan de todos los que escribió el viejo.

—También son mis preferidos —suspiró Clara.

Al pasar frente a la Mata del Francés, Jorge aminoró la velocidad.

—Por aquí quedaba la entrada de El Guayabo. ¿Qué habrá sido de la casa de los Escobar? Mis años más felices los pasé allí.

—Andrew lo recordaba siempre. Solía decirme que tú eras mucho más chiricano que él.

Clara había cerrado los ojos y parecía dormitar, pero los abrió nuevamente cuando Jorge aceleró la marcha.

—Este camino de David a Boquete ha ocupado siempre un lugar especial entre nosotros —recordó—. No muy lejos de donde detuviste el auto pasé la noche junto a mis padres cuando era niña. Fue la última vez que vi a mi madre feliz mientras papá inventaba nombres a las estrellas. También muy cerca de aquí hice que tu padre me recitara otro de sus poemas. Recuerdo que íbamos en el motor y al final todo el mundo aplaudió. Mi padre, que quería a Andrew tanto

como yo, decía que esa poesía, "Junio", era la que más le gustaba.

—"Un cielo azul tan claro como la luz del día, un sol que es un diamante radiante de esplendor…" —volvió a recitar Jorge.

—¿También la conoces?

—Jorge se sabe de memoria todas las poesías de mi suegro —comentó Elena.

—A Andrew le habría encantado saberlo.

—Él lo sabía, mamá —le aseguró Jorge, mientras el auto iniciaba el descenso hacia Boquete.

—Como siempre en esta época, bajarequea —observó Elena.

—No demora en aparecer un arcoíris —dijo Clara, saliendo de su somnolencia.

Elena estaba por indicarle a su suegra el ancho y hermoso arcoíris que se curvaba frente a ellos, pero Jorge, oprimiéndole la mano, le hizo una seña para que callase. Los ojos de Clara miraban directamente hacia los colores sin poder distinguirlos.

Una vez llegaron a la casa, Jorge acompañó a su madre hasta la recámara.

—A las seis en punto vengo a buscarla para que veamos juntos el poniente.

—Acuérdate de que mis ojos no ven como antes.

—Le aseguro, mamá, que estos colores sí podrá verlos.

Poco antes de las seis, Jorge y Elena se sentaron frente al ventanal a ver cómo iba muriendo el día.

—¿Qué piensas hacer con la oficina, Jorge? Tú solo no puedes atender tantas cosas —preguntó Elena.

—Mi primera opción es vender el negocio financiero. Sin embargo, tendré que consultar a los demás socios —Jorge meditó un momento—. Lo que realmente quisiera es retirarme y venir a vivir aquí.

—¿Y por qué no lo haces?

—No sé. A veces pienso que nos acostumbramos a todo, hasta a no ser felices.

—Si bien es cierto que hemos sufrido tragedias muy grandes, quisiera pensar que hemos sido felices; que tú también lo has sido, Jorge.

—Claro que lo he sido, Elena. Lo que nunca sabré es si hubiera sido más feliz viviendo acá, en Chiriquí.

Terminaba Jorge de hablar cuando advirtieron que Clara se aproximaba. Ambos se pusieron en pie para ayudarla a sentarse. Parecía más alegre y despierta.

—Me dormí y soñé con mi padre —dijo—. Era un sueño extraño, pues andábamos de la mano por las montañas, solo que no eran verdaderas montañas, sino edificios redondos, llenos de ventanas por todos lados. Luego mi padre me dejó en la cumbre del más alto y me dijo: "Clarita, ten mucho cuidado con los ascensores".

—¡Has soñado con montañas de cemento, mamá! —exclamó Jorge, divertido —. Elena y yo hablábamos de cosas parecidas.

—¿De qué cosas?

—Bueno, yo me preguntaba cómo habría sido nuestra vida si no nos hubiésemos mudado de David a la capital.

—Eso jamás lo sabremos, ¿verdad? Aunque creo que nunca nos habríamos quedado aquí, en provincias. A tu padre los espacios se le iban haciendo

pequeños.

—Sin embargo, se quedó en Panamá.

—¿Crees tú? ¿No piensas más bien que a través de ti y de Andy siguió dando zancadas, hasta que finalmente los Thomas se escaparon del paisaje?

Luego de un prolongado silencio, Clara preguntó si habían sabido de Elizabeth.

—Sí, claro. Estaba por contárselo, mamá. Ella decidió regresar a su pueblo natal, Carmarthen, a tener allá al bebé sin las complicaciones de Londres.

—Y después de que nazca, ¿te ha dicho que hará?

—En su carta no lo decía. Elena y yo pensamos ir a acompañarla en el parto y supongo que allá lo hablaremos.

Jorge empezó a amontonar remembranzas cuando el sol, enrojecido por el verano, se ocultaba detrás de la cima del volcán. De su padre, el recuerdo que más vívidamente se le había grabado era el de aquella mañana de marzo en El Guayabo cuando competía con él y con Alex por ver quién atrapaba más hojas en el viento. Lo imaginó haciendo lo mismo de pequeño en La Ladera y su rostro sonriente era el de Andy; de su padre, afanándose en David por ser abogado y el optimismo inquebrantable con el que enfrentara todos los desafíos, primero en la provincia y luego en la capital. Su única gran decepción había sido la política, pero, como él mismo decía, de no haber sido así quizás Thomas y Thomas no habría llegado a existir.

Pensó en su madre, que ahora a su lado contemplaba el poniente con la placidez de aquellos seres para quienes la vida no guarda ya ningún secreto; su madre que de niña, al ver desaparecer la fortuna de sus padres, había sabido reemplazarla con paisajes. Recordó a su abuelo, Jorge, y el orgullo con el que él lo presentaba a sus amistades durante aquellos inolvidables paseos vespertinos en David. "Este pequeño es mi tocayo y mejor amigo". Lo imaginaba mientras forjaba una nueva vida en las montañas de Boquete, llevando de la mano a su Clarita, para descubrir nuevos paisajes, no solo en el cielo y las montañas, sino dentro de sí mismos, al tiempo que intentaban olvidar la tragedia de la madre y esposa ausente.

Pensó también en la abuela Mercedes, que tanta curiosidad le inspirara siempre. Su padre solía recordarle el enorme cariño con el que ella lo había cuidado durante sus primeros dos meses de existencia, cuando aún se dudaba si su primer nieto tendría una vida normal. Mercedes, aquella extraña abuela que una tarde desapareció en el mar.

A la memoria regresaban tantos otros seres idos, cuyas vidas habían contribuido a determinar la que habría de ser finalmente la suya propia. La tía Sarita, que en el momento preciso asumió la responsabilidad por el futuro de la familia. La imaginaba vestida de india mientras el coronel Winston la rodeaba de balas y puñales. Y la tía Rachel, que posiblemente había recogido en su camino más dolores y tristezas que todo el resto de la familia junta. Y sus hermanas, Anabella y Estela, que tanto lo habían enseñado a disfrutar la música, pero en cuya descendencia se iba perdiendo, poco a poco, el apellido Thomas.

Finalmente pensó en Andy, y una gran tristeza se apoderó de él mientras veía desaparecer detrás de la serranía los últimos rayos del sol. Lo angustiaba tanto la

muerte prematura de su hijo como saber que desde muy temprano, sin que él, su padre, hiciera nada por evitarlo, había empezado a alejarse de ellos para sumergirse en aquella vida apresurada y loca de hoy. Lo veía sonreír con el mismo optimismo de su abuelo Andrew, enfrentando un mundo de dimensiones que a Jorge aún se le hacía difícil imaginar. Tal vez en el vientre de Elizabeth había otro pequeño Andrew que mantendría vivo el apellido Thomas, un Thomas galés, como su bisabuelo.

La oscuridad era ya total y solo se escuchaba la respiración, algo forzada, de Clara. Elena, como tantas veces, compartía gustosa el silencio de su marido. Jorge la tomó de la mano.

—Ya decidí lo que voy a hacer —le dijo.

Tras una pausa prosiguió.

—Me voy a encerrar aquí arriba un par de meses a escribir la saga de los Thomas.

—¿Crees que de la oficina te dejarán tranquilo? —preguntó Elena.

—No les quedará más remedio porque pienso desconectar el fax, el teléfono, la parabólica, la televisión y todo lo que signifique contacto con el mundo de allá afuera.

—¿Y yo?

—Tú, mi querida Elena, permanecerás aquí conmigo. Serás el sostén y la crítica del escritor.

—¿Y yo? —preguntó a su vez Clara.

—Usted, madre, será mi fuente de recuerdos. Hace un rato ya me insinuó el título de la novela. ¿Qué le parece *Fugitivos del paisaje*?

FIN

«Reiniciado el trayecto, y luego de dar vuelta a un recodo, Andrew contempló por primera vez la masa azul del volcán, una majestuosa montaña que como un imán gigante parecía atraer el quitrín y la carreta en su lento y prolongado ascenso.»

Independizada de Colombia a inicios del siglo XX, Panamá se convierte en un destino prometedor para familias que llegan a tierras extrañas, muchas veces alejadas de concentraciones urbanas, en donde todo está por hacer. En el Chiriquí rural, muy cerca de Costa Rica, se instalarán los Thomas-Calero; a través de ellos, seremos testigos de una azarosa saga familiar en la que las decepciones, los triunfos, el romance y las tragedias recorrerán tres generaciones en una magnífica ambientación histórica.

Fugitivos del paisaje es una novela encantadora; la prosa, elegante, el elenco de personajes, extraordinario, entre los cuales "el paisaje" se convierte en un protagonista esencial.

Juan David Morgan nos envuelve, entre la ficción y la realidad, en una historia que se sitúa en el centro de América.

Otros títulos en Alfaguara:

La rebelión de los poetas La cabeza de Balboa

En DeBolsillo:

Entre el honor y la espada

Juan David Morgan

(Chiriquí, Panamá, 1942) Abogado, empresario, escritor y filántropo. Es autor de una docena de obras de distinto género literario, siendo sus novelas históricas las que se han convertido en verdaderos referentes para sus lectores.

Ha recibido varios premios nacionales y algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas.

Socio fundador de la firma Morgan&Morgan, presidente del Patronato del Museo del Canal Interoceánico de Panamá de 1996 a 2018, y presidente de la Junta de Síndicos del Patronato de la Ciudad del Saber desde 1998.

Miembro de la Cámara Panameña del Libro, de la Academia Panameña de la Lengua y miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Cartagena de Indias, Colombia.

Penguin Random House Grupo Editorial

Fugitivos del paisaje Edición en formato digital: enero, 2023

D. R. © 2022, Juan David Morgan D. R. © 2023, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-382-576-4

Composición digital:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

Facebook: @penguinebooks Twitter: @penguinlibrosmx Instagram: @penguinlibrosmx Youtube: @penguinlibrosmx